



Universidad de Concepción
Dirección de Postgrado
Facultad de Humanidades y Arte-Programa de Magíster en Historia

“¡Nadie nos trancará el paso!”
Contribución a la historia del
Movimiento Campesino Revolucionario (MCR)
en las provincias de Cautín y Malleco (1967-1973)

Tesis para optar al grado de Magíster en Historia

CRISTIAN ANDRÉS SUAZO ALBORNOZ
CONCEPCIÓN-CHILE
2016

Profesor Guía: Claudio González Parra
Depto. de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Concepción

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I.	
ELEMENTOS TEÓRICOS E HISTORIOGRÁFICOS.	11
1. Marco teórico-conceptual: El MCR como un fenómeno histórico esencialmente político.	11
1.1 Acumulación de fuerza social y movimiento sociopolítico.	14
1.2 Relaciones de fuerzas sociales, relaciones de poder.	34
1.3 Situación política, orden social y estructura de poder.	39
2. Perspectiva historiográfica: nueva historia política y nueva historia social.	45
2.1 El MCR y la nueva historia política.	45
2.2 El MCR y la nueva historia social.	54
3. Estado actual de los conocimientos sobre el tema.	82
3.1 Unidad Popular.	83
3.2 Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).	93
3.3 Movimiento campesino y Reforma Agraria.	95
3.4 Historia del pueblo mapuche.	96
3.5 Investigaciones sobre el MCR en particular.	99
CAPÍTULO II.	
ANTECEDENTES HISTÓRICOS A CONSIDERAR SOBRE LA CONSTITUCIÓN DEL MCR EN CAUTÍN Y MALLECO.	103

2.1. Ocupación militar de la Araucanía y colonización del territorio históricamente mapuche: presión de la elite comercial y terrateniente para la apropiación de La Araucanía desde mediados del siglo XIX.	104
2.2 Estructuración de la propiedad agraria en La Araucanía: agriculturización y campesinización forzosa.	115
2.3. Organizaciones políticas y movilización mapuche en La Araucanía durante el siglo XX.	127

CAPÍTULO III.

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS, SOCIALES Y POLÍTICAS INMEDIATAS A LA CONFORMACIÓN DEL MCR EN CAUTÍN.

143

3.1. Análisis de la estructura social de clases reinante en los campos de Cautín.	143
3.2 El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Desde sus orígenes hasta las primeras inserciones en comunidades mapuche de Cautín y Malleco (1965-1969).	151
3.3. El movimiento mapuche de recuperación de tierras durante la segunda mitad del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1967-1970).	158

CAPÍTULO IV.

“DOS CAUCES SE JUNTAN”: PROCESO FORMATIVO DEL MCR EN CAUTÍN.

	163
4.1. La inserción de miristas en los campos de Cautín.	163
4.2. Las primeras “corridas de cerco”.	179
4.3. Nacimiento y organización del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en Cautín y Malleco.	203

CAPÍTULO V.

DESARROLLO POLÍTICO DEL MCR EN LAS PROVINCIAS DE CAUTÍN Y MALLECO: DESDE EL TRIUNFO ELECTORAL DE SALVADOR ALLENDE HASTA EL GOLPE MILITAR. 214

5.1. El MCR durante los primeros meses del Gobierno de la Unidad Popular. 214

5.2. El MCR durante el año 1971: agudización de la lucha de clases en Cautín. Desde el reflujó de las movilizaciones hasta la reorganización patronal. (marzo 1971-1972) 235

5.3. El MCR, la insurrección de la burguesía agraria y el Golpe Militar (1972-1973). 245

CONCLUSIONES. 256

BIBLIOGRAFÍA. 259



INTRODUCCIÓN

“¡Nadie nos trancará el paso!”¹ Contribución a la historia del Movimiento Campesino Revolucionario en las provincias de Cautín y Malleco (1967-1973)

RESUMEN

El propósito fundamental de esta investigación es aportar historiográficamente a la reconstrucción de la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en las provincias de Cautín y Malleco entre los años 1967 y 1973. De forma específica se busca interpretar su conformación como movimiento sociopolítico considerando las experiencias de sus protagonistas, narrar analíticamente su desenvolvimiento histórico, y comprender su relación con el contexto social en el cual se materializó históricamente. Para lograr tales objetivos la investigación será estructurada en cinco capítulos que permitirán exponer de forma sistemática el tema de estudio, encauzando una comprensión histórica adecuada de la experiencia del MCR.

El primer capítulo contempla las consideraciones teóricas e historiográficas que permitirán profundizar en el estado actual de los conocimientos sobre el tema, en la perspectiva historiográfica utilizada y en el marco teórico-conceptual; aspectos todos que darán forma al marco interpretativo de la historia del MCR. El segundo capítulo incluiría las consideraciones históricas de larga trayectoria que permiten comprender la conformación del MCR. En el tercer capítulo se pretende analizar los antecedentes históricos inmediatos que influyeron en la gestación del MCR en la zona de estudio. El cuarto capítulo aborda el proceso político formativo del MCR, considerando la inserción del MIR en la zona como también al movimiento mapuche durante la segunda mitad del gobierno de Eduardo Frei Montalva. Finalmente, el quinto capítulo comprende el desarrollo

¹ “¡Nadie nos trancará el paso!” fue una de las principales consignas de lucha del MCR.

histórico del MCR desde su fundación y el triunfo electoral de la Unidad Popular (septiembre de 1970), hasta el Golpe Militar de septiembre de 1973, momento en el cual la insurrección de la elite agraria y las fuerzas militares acaban con su existencia.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Realizar una investigación de carácter historiográfico acerca del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en las provincias de Cautín y Malleco durante el período 1967-1973, implica necesariamente un análisis reflexivo sobre las causas y motivos de su conformación. Para esto es indispensable explicar los factores que influyeron en la creación de este movimiento revolucionario, el cual involucró al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y al campesinado pobre -chileno y mapuche- de las zonas mencionadas. Pero, ¿por qué es necesario conocer los factores que influyeron en su creación?

Considerar los distintos elementos que contribuyeron a la gestación del MCR posibilita una comprensión precisa de su desarrollo, detectando sus características, su expresión social (como movimiento revolucionario), su relación con el contexto socio-histórico, los sujetos que lo componían, y principalmente, las acciones que materializó en el plano rural para alcanzar sus objetivos. Es importante plantearse esta problemática antes de emprender el estudio sobre el desarrollo mismo del MCR y su dinámica social, porque – como se ha indicado– para comprender la lógica de los sucesos que acontecieron en Cautín y Malleco durante el período señalado, se requiere, previamente, explicar los factores que catalizaron su conformación. He aquí la relevancia del problema a investigar, que se expresa en la siguiente interrogante: ¿Qué factores influyeron en la creación del Movimiento Campesino Revolucionario?

Existen diversas interpretaciones que explican la construcción del MCR a partir de la definición de la naturaleza del mismo, estableciendo al MIR y a los campesinos pobres de Cautín y Malleco (en su gran mayoría mapuche) como los sectores sociales fundamentales que determinaron su creación. Es necesario destacar aquí, antes de revisar las interpretaciones, que el análisis sobre la conformación del MCR inherentemente formará

parte de un estudio integral que comprenda el desarrollo de éste en el contexto especificado, y también su desaparición hacia 1973 producto de la insurrección de la burguesía agraria y el golpe militar.

Entre los escasos estudios que aluden al tema, la gran mayoría de las versiones indican que el MCR representó la orgánica campesina e indígena del MIR, muchas veces nombrada como “brazo campesino” o “frente campesino”. También se hace referencia al MCR como un movimiento que implicó la unión de los campesinos chilenos y mapuche pobres en la lucha por la tierra, la cual fue complementada con la participación de varios jóvenes miristas. Dicha alianza es también definida como un “frente de clase” en el que confluyeron todos los explotados del campo. Por otro lado se especifica que el MCR significó la convergencia de algunas comunidades mapuche con el MIR, los cuales construyeron mutuamente dicho movimiento. Desde otro punto de vista se define al MCR como producto de un “proyecto civilizador” del MIR que tenía como principal objetivo educar a los mapuche en la política de clases.

El análisis de cada una de las interpretaciones anteriores permite inducir que la definición de la naturaleza misma del MCR, es decir de su conformación orgánica, contribuye a detectar los factores que influyeron en su creación y las causas de su constitución. Sin embargo, solucionar solamente esta problemática significaría caer en un reduccionismo historiográfico, ya que la identidad política de un movimiento revolucionario (campesino indígena en este caso) se expresa en su praxis, por tanto será indispensable asumir también el análisis de su despliegue social y político en el contexto especificado.

HIPÓTESIS DE TRABAJO

El Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) fue un movimiento mapuche-campesino de acción directa y revolucionaria que mediante las “corridas de cerco” y las “tomas de fundo” aprovechó la aplicación de la Reforma Agraria para recuperar las tierras usurpadas por colonos chilenos y extranjeros amparados por el Estado de Chile. Se constituyó esencialmente por comuneros y campesinos indígenas pertenecientes al originario pueblo

mapuche, quienes además de pertenecer mayoritariamente a los sectores más pobres del campo producto del despojo territorial, sufrían la explotación y la discriminación étnica en los fundos agrícolas donde debían vender su mano de obra para subsistir. Para superar estas condiciones se organizaron, coordinaron y articularon masivamente en un proceso político de movilización social contra el latifundismo y el poder rural, independiente del sistema de partidos políticos oficiales, de la institucionalidad estatal y del sistema económico imperante. Surgió asociado al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido político marxista-leninista extraparlamentario al cual pertenecieron los militantes que participaron de la organización inicial de este movimiento, en conjunto con los dirigentes mapuche de las comunidades involucradas, algunos de los cuales se incorporaron al partido en la estructura regional, recayendo sobre ellos naturalmente la conducción del MCR. Este fenómeno intersubjetivo y recíproco de politización entre un movimiento social indígena y un partido político de izquierda revolucionaria requiere ser estudiado con mucha atención para comprender el carácter sociopolítico del MCR.

OBJETIVO PRINCIPAL

- Contribuir a la reconstrucción de la historia del Movimiento Campesino Revolucionario en las provincias de Cautín y Malleco entre los años 1967 y 1973.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Interpretar la conformación del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) a partir del protagonismo de los sujetos directamente involucrados.
- Narrar analíticamente el desenvolvimiento histórico del MCR.
- Comprender la relación del MCR con el contexto social en el cual se materializó históricamente.

METODOLOGÍA

La presente investigación utilizará el método cualitativo para interpretar históricamente el objeto de estudio, lo cual implica considerar las experiencias subjetivas en su relación con la realidad social en la cual se desenvuelven. La interpretación histórica del objeto de estudio considerará los testimonios de sus protagonistas en lo referente a sus experiencias y al correspondiente contexto socio-histórico, por tanto la investigación seguirá el método cualitativo, entendiendo que el centro de estudio es un fenómeno social.

FUENTES

Para dar sustento a la investigación necesariamente se tendrá que recurrir a la utilización efectiva de fuentes primarias, tarea que ha permitido acercarnos a la historicidad del fenómeno estudiado producto del contacto directo con personas que fueron protagonistas, y más específicamente aún, dirigentes mapuche del MCR y militantes del MIR que formaron parte de esta historia. Han sido recogidos sus testimonios en varias ocasiones, por lo demás muy valiosos, cuestión que le entrega más sustento a nuestra investigación y permite introducir los elementos subjetivos necesarios para alcanzar con mayor precisión la expresión histórica del MCR. Se realizaron entrevistas a Víctor Gavilán, Gustavo Marín, Juan Saavedra y Roberto Moreno, en esos tiempos militantes del MIR y protagonistas de la creación del MCR; y por otra parte, hemos recogido los testimonios de Rafael Railaf, Víctor Molfinqueo y Félix Huentelaf, quienes fueron dirigentes mapuche de sus comunidades y también del MCR.

Por otra parte, hasta el momento se ha utilizado bibliografía de carácter testimonial, tipo “memorias”, las que contienen en sus páginas las experiencias de varios protagonistas. Esto ha permitido acceder a los componentes subjetivos del fenómeno histórico investigado, sin los cuales difícilmente se podrá concretar el trabajo historiográfico. Es así como estas fuentes secundarias alcanzan un valor significativo para contribuir a la historia de MCR, sobre todo cuando unos de los objetivos es conocer su conformación orgánica como movimiento sociopolítico y los sujetos que le dieron forma. Entre estos libros-

memorias destacan “Memorias de la lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundo”, de Julián Bastías Rebolledo, uno de los protagonistas (mirista) de los hechos históricos a investigar. También se ha utilizado “La Nación Mapuche-Puelmapu Ka Gulumapu” de Víctor Gavilán, igualmente protagonista del MCR y perteneciente a la etnia Mapuche. Y por último, el libro “A desalambrar. Historias de mapuches y chilenos en la lucha por la tierra”, en el cual aparecen los testimonios de Rafael Railaf, Lucy Traipe, Félix Huentelaf, Víctor Molfinqueo, José Peralta y Rudecindo Quinchavil, todos ellos militantes del MCR durante el periodo que contempla la investigación. Por lo tanto, aunque estos relatos no hayan sido resultado directo del trabajo de quien realiza esta investigación, sí tienen el valor testimonial que aquella metodología produce, aspecto que precisamente interesa recoger para incorporar a esta interpretación histórica.

Las otras fuentes secundarias se enmarcan dentro de la historiografía propiamente tal, esto es, investigaciones sobre diferentes temas vinculados –directa o indirectamente– al objeto de estudio, los cuales aportan elementos y enriquecen el trabajo. Por su parte, las fuentes primarias corresponden a archivos periodísticos de la época, diarios, periódicos y revistas. Estas fuentes poseen un valor sumamente significativo para los objetivos planteados, ya que muchos de los acontecimientos que se pretenden reconstruir se encuentran registrados por el “Diario El Austral” de Temuco, “El Mercurio”, la revista “Punto Final”, el periódico “El Rebelde”, el periódico “El Siglo”, las revistas “Chile Hoy” y “Ercilla”. Es posible encontrar en estas revistas también una serie de imágenes capturadas en ese momento histórico, cuya importancia es un aporte para conocer elementos que de otra manera sería un tanto dificultoso encontrar.

Al interior de cada uno de estas fuentes periodísticas existe bastante información relevante, la que al ser asociada con las fuentes testimoniales, otorgan conjuntamente sustentabilidad a la investigación, pues se complementan los elementos subjetivos con los hechos sociales. La interrelación de cada una de las fuentes generará información significativamente útil para lograr los objetivos propuestos, sin la cual sería imposible (re) construir la historia del MCR.

CAPÍTULO I.

ELEMENTOS TEÓRICOS E HISTORIOGRÁFICOS.

1. Marco teórico-conceptual: El MCR como un fenómeno histórico esencialmente político.

La constitución del MCR como una fuerza social en movimiento (movimiento sociopolítico), su intervención protagónica y radical en la dinámica de las relaciones de fuerza reinante en los campos de Cautín y Malleco, y el carácter pre-revolucionario del periodo histórico en el cual se desarrolló, son componentes fundamentales que conjuntamente determinan la centralidad política de su historicidad. El entramado de relaciones sociales desde el cual emergió –y en el cual se manifestó históricamente– representó un campo de fuerzas sociales en disputa en torno al problema de la propiedad de la tierra, un “espacio de poder, conflicto y antagonismo”² que hizo del MCR un fenómeno histórico esencialmente político, y cuya expresión concreta fue la lucha de acción directa contra el sistema de tenencia de tierras hegemónico en los campos de la región: el latifundio.

La gran mayoría de los comuneros y campesinos mapuche de la región se encontraban sumidos en una profunda pobreza por la escasez de tierras producto del proceso histórico de usurpación del territorio ancestral, y además muchos de ellos, debido a este despojo, debieron vender por necesidad su fuerza de trabajo en los fundos y parcelas colindantes para la subsistencia familiar, misma situación experimentada por una cantidad considerable de trabajadores agrícolas y campesinos chilenos pobres sin tierras. Pobreza y explotación, sumado al racismo en contra de los mapuche por parte de colonos chilenos y extranjeros, fueron factores que influyeron en el levantamiento popular encabezado por el MCR en contra del poder rural acaparado por los grandes y medianos propietarios de la zona, quienes de forma organizada se constituyeron como una fuerza social en defensa de

² Mouffe, Chantal, *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 16.

sus intereses históricos asociados a la propiedad de la tierra. Fenómeno que puede ser comprendido de modo general a partir de la reflexión política de Chantal Mouffe:

Las prácticas articulatorias a través de las cuales se establece un determinado orden y se fija el sentido de las instituciones sociales son “prácticas hegemónicas”. Todo orden hegemónico es susceptible de ser desafiado por prácticas contrahegemónicas, es decir, prácticas que van a intentar desarticular el orden existente para instaurar otra forma de hegemonía.³

Precisamente las prácticas hegemónicas en las sociedades rurales de Cautín y Malleco estaban determinadas por un orden que impedía cualquier intento de transformación del agro en perjuicio del latifundio, para ello era necesario mantener la dominación sobre los sectores explotados, marginados y oprimidos del campo que pudiesen involucrarse en procesos políticos que removieran los pilares fundamentales del régimen, justamente lo que el MCR por medio de su acción política comenzó a desplegar desde fines de la década de 1960 y más profundamente desde septiembre de 1970, aprovechando las posibilidades de cambio que se abrieron con la aplicación de la Reforma Agraria durante la Unidad Popular. Esta concepción del orden social-dominante entendido en términos políticos como una construcción hegemónica, se nutre y enriquece también de los planteamientos propuestos por el cientista político Martín Retamozo, para quien esta interpretación implica:

[...] considerar que dentro del orden, mediante operaciones singulares de exclusión, se producen desigualdades y diferencias, cuyo resultado es la instauración de lugares dominantes y lugares subalternos. Las relaciones asimétricas en determinado ordenamiento de la sociedad generan posiciones de subalternidad en tanto quienes las ocupan se ven sometidos a las decisiones de otros en una estructura de dominación. De este modo, en un orden social pueden encontrarse múltiples y heterogéneas formas de sometimiento que operan en la sujeción-subjetivación para producir y reproducir el ordenamiento. [...] Sin embargo, el ejercicio del poder no se despliega sobre la pasividad de los sujetos, no sólo

³ *Ibidem*, p. 25.

porque donde hay poder hay libertad, sino también porque esas relaciones sociales de subordinación pueden ser lugares de resistencia colectiva.⁴

A partir de esta interpretación el estudio del MCR requiere –en concordancia con Martín Retamozo– un análisis riguroso y sistémico sobre la conformación histórica del latifundio en la zona y su reproducción social, los mecanismos y operaciones particulares a través de los cuales se articuló y ejerció la hegemonía terrateniente, y las condiciones subjetivas que posibilitaron la emergencia del conflicto en torno al problema de la tierra:

El conflicto social, así como el sometimiento, es un proceso social histórico y contingente. En esta perspectiva el análisis político debe asumir la tarea de indagar tanto las formas eficaces de la dominación como en qué condiciones una situación de subordinación se politiza (se transforma en opresión) y cuáles son los alcances de esta operación tanto en la constitución de los sujetos políticos como en la conformación del orden social.⁵

Fue precisamente un contexto político determinado por la agudización de una contradicción en particular (conflicto de tierras) la situación histórica en la cual se materializó socialmente el MCR, antagonismo que por dicho motivo “debe ser investigado como una producción histórica y social, como un terreno para la constitución de los sujetos y momento de apertura para el cambio social”⁶. Para ello no se debe perder de vista el protagonismo que en todo fenómeno histórico asumen los actores sociales, aquel factor humano que actúa como fuerza motriz de los procesos de transformación social y que por lo mismo encarna en todo momento el desarrollo del conflicto. Se trata de reconocer efectivamente la utilidad que la categoría de subjetividad colectiva posee “para el análisis los modos de producción del antagonismo y la constitución de sujetos”, condición imprescindible para estudiar la acción política real, pues como insiste Retamozo “es en el

⁴ Retamozo, Martín, “Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, vol. LI, núm. 206, mayo-agosto, 2009, p. 83. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42115999004>

⁵ Ídem.

⁶ *Ibíd.*, p. 84.

campo de la subjetividad colectiva donde puede darse el proceso de subjetivación que instala nuevas condiciones de experiencia y acción”.⁷

La consideración del componente subjetivo es determinante para comprender la singularidad política del MCR y la especificidad de sus integrantes, esto porque fue la articulación de diversos y distintos grupos humanos –comunidades mapuche, campesinos chilenos pobres, trabajadores agrícolas, militantes de la izquierda revolucionaria, entre otros– la fuerza real que agitó el sistema de relaciones sociales en los campos de Cautín y Malleco, incidió directamente en la agudización de las contradicciones, involucró a la movilización a otros sectores del campo y de la ciudad, y removió mediante la lucha directa los pilares estructurales de la dominación. Fue concretamente en el ámbito de la intersubjetividad donde la politización se hizo efectiva y donde se encuentran los aspectos particulares (identidades, relaciones interpersonales, conciencia de lucha, convicciones, sentido común, cotidianidad, etc.) que dieron forma al tejido social desde el cual emergió el MCR. En este sentido el aporte de Hugo Zemelman sobre la cuestión política y el rol de los actores sociales adquiere mucha validez analítica, quien a modo de síntesis define el campo de lo político “como la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables”.⁸

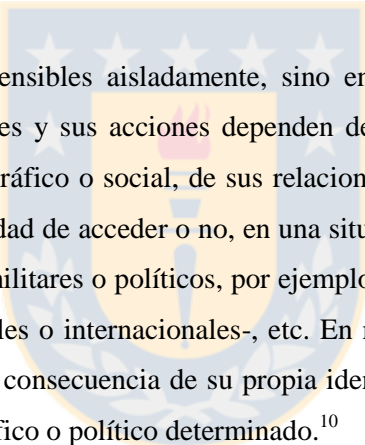
1.1 Acumulación de fuerza social y movimiento sociopolítico.

Una vez precisada la concepción de lo político en términos generales, deben ser abordados los componentes específicos que determinan la centralidad política del MCR, para ello es necesario en primera instancia evidenciar los argumentos que explican política e históricamente la constitución de fuerza social como aspecto constitutivo y esencial del MCR. Primeramente cabe señalar que la generación de este agente político resultó de un proceso gradual y acelerado de acumulación de fuerza social que maduró en la medida que avanzaba la lucha por la tierra en los fundos de la zona, las comunidades mapuche,

⁷ Ídem.

⁸ Zemelman, Hugo, *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, México, Siglo XXI Editores y Universidad de las Naciones Unidas, 1989, pp. 82-83.

principal actor de este movimiento, mantuvo viva la memoria histórica de resistencia colectiva de sus ancestros frente al despojo de tierras, experiencia social acumulada que sirvió de empuje y le dio continuidad a la lucha histórica del pueblo mapuche por la recuperación territorial. Adicionalmente, el involucramiento estratégico del MCR en el proceso de Reforma Agraria permitió sumar a sectores del campesinado chileno que se encontraban sumidos en la pobreza por la falta de tierras, diversificación que ensanchó su campo político de acción contra el latifundio. Por lo tanto, la fortaleza política del MCR respondió precisamente –junto a otros factores– a esta asociación autónoma de actores sociales diversos pertenecientes a distintas localidades de las provincias de Cautín y Malleco, quienes se auto-percibieron como sujetos de acción colectiva⁹ capaces de transformar radicalmente sus condiciones de vida. Como adecuadamente afirma el historiador François-Xavier Guerra:



Los actores no son comprensibles aisladamente, sino en relación con los demás actores circundantes. Sus actividades y sus acciones dependen del campo estratégico en el que se encuentran, del marco geográfico o social, de sus relaciones de oposición o de afinidad con otros actores, de su posibilidad de acceder o no, en una situación dada, a un tipo determinado de recursos –económicos, militares o políticos, por ejemplo–, de sus alianzas con grupos más vastos –regionales, nacionales o internacionales–, etc. En muchísimos casos las actitudes de los actores no son sólo una consecuencia de su propia identidad, sino también del lugar que ocupan en un marco geográfico o político determinado.¹⁰

Por este motivo, la fuerza social conformada *al calor* de esta lucha política tiene que ser interpretada fundamentalmente como la aglomeración de sujetos reales, de seres humanos que concretamente aplicaron la voluntad colectiva para cambiar sus realidades inmediatas. Para ello es imprescindible reconocer, a la manera de Norbert Lechner, “la construcción de acciones recíprocas y, particularmente, la determinación recíproca de los

⁹ Portantiero, Juan Carlos, *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1983, p. 150.

¹⁰ Guerra, François-Xavier, “El renacer de la historia política, razones y propuestas”, en José Andrés Gallego (dir.), *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una nueva historia*, Madrid, Actas, 1992, p. 241.

sujetos como el núcleo central de la práctica política”.¹¹ Para el mismo propósito es oportuno tomar en consideración el aporte del pensamiento marxista de Antonio Gramsci, quien en el campo de la teoría política –y desde un enfoque historicista y humanista– profundiza sobre la influencia de los actores sociales en el curso de los procesos históricos, situando siempre

como máximo factor de historia no los hechos económicos, en bruto, sino el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se acercan unos a otros, que se entiende entre sí, que desarrollan a través de estos contactos (civilidad) una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, los juzgan y los condicionan a su voluntad, hasta que esta deviene el motor de la economía, plasmadora de la realidad objetiva, que vive, se mueve y adquiere carácter de material telúrico en ebullición, canalizable allí donde a la voluntad place, como a ella place.¹²

Según lo antes señalado, el análisis de la intervención política del MCR sobre el sistema de tenencia de tierras, y en lo específico sobre las relaciones de dominación-subordinación que lo sustentaron, responde al principio fundamental de que “el componente humano es un aspecto inexcusable en todo análisis de las estructuras y relaciones de poder”.¹³ En este mismo aspecto el aporte del filósofo Enrique Dussel sobre la centralidad de los sujetos en el campo de lo político refuerza aún más la argumentación que se ha venido sosteniendo:

Todo *campo político* es un ámbito atravesado por fuerzas, por sujetos singulares con voluntad, y con cierto poder. Esas voluntades se estructuran en universos específicos. No son un simple agregado de individuos, sino de sujetos intersubjetivos, relacionados ya desde

¹¹ Lechner, Norbert, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Santiago de Chile, FLACSO, 1984, p. 30.

¹² Gramsci, Antonio, “La revolución contra el capital”, en Manuel Sacristán, *Antonio Gramsci: Antología, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004, p. 34.

¹³ Javier Gil Pujol, “Notas sobre el estudio del poder como nueva valoración de la historia política”, en *Pedralbes. Revista de Historia Moderna*, Barcelona, núm. 3, 1983, p. 73. Disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/Pedralbes/article/view/100417>.

siempre en estructuras de poder o instituciones de mayor o menor permanencia. Cada sujeto, como *actor* es un *agente* que se define en relación a los otros.¹⁴

En relación a los factores subjetivos también es fundamental decir que los procesos de politización se hacen efectivos prácticamente en el ámbito de la experiencia cotidiana de los grupos humanos, ahí justamente se encuentran las vivencias comunes e individuales (recuerdos, desigualdades, injusticias, malestares, discriminaciones, violencias, etc.) que alimentan el descontento social de los grupos subalternos, los cuales están compuestos por mujeres y hombres reales, “formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepción del mundo, etc.”.¹⁵ Tales componentes subjetivos, al ser acertadamente valorados en el análisis político, ayudan a entender de mejor manera los fundamentos y las motivaciones que activaron en estos sujetos el interés de organizarse, movilizarse y luchar con convicción por una causa que consideraron justa y necesaria. Esto en el plano metodológico representa según Ingrid Bolívar “uno de los desafíos que la investigación histórica plantea para la comprensión de la política: la constitución de sujetos políticos.”¹⁶ En la superación de este mismo desafío, añade Martín Retamozo, las dimensiones de la historicidad, la memoria y la experiencia son ingredientes necesarios y esenciales para comprender con precisión la forma en que se construyen justamente la identidad colectiva y los sujetos políticos:

En este plano, el análisis político de los sujetos deberá incorporar la historicidad (tanto del orden como de las subjetividades) y los complejos modos de construir la memoria colectiva fundamental en la elaboración del nosotros. El estudio de los imaginarios, representaciones y formas de sentir históricamente construidos por determinados grupos sociales son clave para comprender la emergencia de los actos de subjetivación y los sujetos políticos. Del mismo modo, resulta fundamental atender a los procesos de elaboración de experiencias colectivas,

¹⁴ Dussel, Enrique, *20 tesis de política*, México, Siglo XXI Editores- CREFAL, 2006, p. 16.

¹⁵ Gramsci, Antonio, “Espontaneidad y dirección consciente”, en Manuel Sacristán, op. cit., p. 310.

¹⁶ Bolívar, Ingrid, “La interacción histórica entre política y cultura”, en César Ayala (ed.), *La historia política hoy: sus métodos y las ciencias sociales*, Bogotá, CINEP-Universidad Nacional de Colombia, 2004, p. 374.

cómo son significadas determinadas coyunturas, la propia movilización y la mirada de las alteridades.¹⁷

Los aportes de la antropología política sobre este asunto son significativamente útiles, enriquece con sus enfoques el estudio de los actores políticos que participan e inciden en el cambio social, y contribuyen metodológicamente en la aproximación a los factores subjetivos que determinan finalmente los procesos de movilización política. En el caso de los sujetos que formaron parte del MCR, la contribución de esta disciplina es valiosa porque refuerza el entendimiento de los elementos identitarios y socio-culturales típicos del campesinado pobre de la zona, especialmente de los mapuche que por su condición de pueblo originario (colonizado) presentan características distintas al campesinado pobre chileno, permitiendo de esta manera esclarecer y explicar lo particular de su accionar político. Acerca de este factor ineludible en el estudio de las luchas políticas, el antropólogo Héctor Tejera sugiere en ámbito de las condiciones subjetivas “considerar tanto los aspectos racional-cognoscitivos, como los tradicionales y afectivos”, “la constitución histórica de los sujetos, sectores, grupos u organizaciones sociales”, e igualmente establecer “los factores que intervienen en la formación de las identidades políticas y analizar su acción”.¹⁸ Verificar la presencia de estos elementos ayuda a comprender los tipos de influencias, mediaciones y transformaciones que recíprocamente se dan entre las identidades de los actores sociales y las expresiones políticas en un periodo histórico determinado.¹⁹

Pero para alcanzar un análisis integral del escenario en el cual se desarrolló el MCR, también deben ser estudiadas las influencias que ejercen las estructuras sociales sobre su accionar político, principalmente la formación económica (estructura de base) de aquella sociedad.²⁰ Como bien advierte François-Xavier Guerra desde la *historia política* –

¹⁷ Retamozo, op. cit., p. 86.

¹⁸ Tejera, Héctor (coordinador), *Antropología política: enfoques contemporáneos*, México, Editorial Plaza y Valdés-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, p. 17.

¹⁹ Prol, María Mercedes, “Entre la ciencia política y la historia, entre los actores y las estructuras”, en *Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, Buenos Aires, año 2, núm. 5, 2010, p. 14.

²⁰ Vitale, Luis “Modos de producción y formaciones sociales en América latina”, en *Introducción a una teoría de la historia para América Latina*, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 6.

refiriéndose a las estructuras– ellas constituyen “el marco natural de la acción humana, un límite a una total libertad de acción, pero al mismo tiempo la condición de su ejercicio”.²¹ Los factores subjetivos y objetivos que actúan sobre los fenómenos políticos no se encuentran disociados en la realidad concreta, y por lo tanto “el problema no consiste necesariamente en oponer el análisis de las características sistémicas a un estudio de las conductas de actores políticos individuales y colectivos”.²² Al contrario, el ejercicio consiste en analizar la conjugación de ambos factores en un sistema complejo de relaciones sociales establecidas entre los sujetos, y entre éstos con su entorno. Es lo que François-Xavier Guerra define como “red relacional”, es decir que las estructuras “no son entidades independientes de los hombres o exteriores a ellos, sino la formalización, realizada por el observador, de las múltiples relaciones de los hombres con la naturaleza y con los otros hombres”.²³

Sin embargo, pese a que los límites establecidos por los estructuras de una sociedad condicionan el ejercicio de la actividad política, “es el hombre, sujeto último de estas relaciones, quien las modifica constantemente por su acción”.²⁴ Y cuando esa acción política adquiere un ímpetu revolucionario, cuestionando y agitando profundamente el régimen de dominación, los pilares (oligopolio de la tierra) que mantienen las estructuras hegemónicas (latifundio) pueden llegar a ser desestabilizados, generándose una situación histórica de ruptura social. En ese momento los procesos de politización son aceleradamente agitados, el campo de las identidades es reforzado por los acontecimientos y las contradicciones entre los intereses de los grupos sociales en conflicto se agudizan al máximo, aspectos que deben ser abordados con mucha atención para comprender la multiplicidad de causas y motivaciones que inciden en los cambios estructurales:

Las rupturas son tan ciertas como la permanencia habitual de las estructuras y para el historiador constituyen un objeto privilegiado de investigación, ya que es en las rupturas donde se revelan los actores (su identidad, sus valores, imaginarios, ideas y

²¹ Guerra, op. cit., p. 28.

²² Krotz, Esteban, “Poder, símbolos y movilizaciones: sobre algunos problemas y perspectivas de la ‘Antropología política’”, en *Nueva Antropología*, México, vol. IX, núm. 31, diciembre, 1986, p. 18.

²³ Ídem.

²⁴ Ídem.

comportamientos), los sistemas de relaciones en los que están inmersos y las casualidades múltiples que actúan en la sociedad.²⁵

Como se ha venido sosteniendo, la consideración de los factores subjetivos e intersubjetivos es una tarea que infaliblemente debe ser realizada para interpretar con la mayor precisión posible, y poder conocer desde su interior, el fenómeno político de acumulación de fuerza social que dio nacimiento al MCR. Pero además del plano propiamente interno de este proceso, se hace necesario e imprescindible definir con precisión la forma concreta que asumió su manifestación política en el plano de las relaciones de poder. En este sentido el MCR debe ser interpretado a partir de la expresión dinámica de su fuerza, logrando así una primera aproximación a su definición –y categorización– política como movimiento social, es decir en términos generales como “un actor colectivo que interviene en el proceso de cambio social”.²⁶ Esta condición de sujeto (actor) histórico colectivo propia del MCR significa en palabras de Joachim Raschke que:

Los movimientos son un contexto de acción colectiva formada por individuos ligados entre sí. No son simples «medios» del cambio social, ni la pasiva expresión de tendencias sociales de cambio, sino que, en mayor medida, son actores que se involucran activamente en el curso de las cosas con el fin de influir sobre ese desarrollo.²⁷

Por otra parte, el MCR se ajusta conceptualmente a la definición de movimiento social ofrecida por Marisa Revilla Blanco en cuanto forma específica de acción colectiva, es decir de una “acción conjunta de individuos para la defensa de sus intereses comunes”.²⁸ Esta defensa colectiva de intereses comunes (particularmente la tierra en el caso del MCR) es equivalente a la categoría de solidaridad utilizada por Alberto Melucci en el estudio y definición de los movimientos sociales, para quien “la acción colectiva, en sentido estricto, está definida por la presencia de una solidaridad, es decir por un sistema de relaciones

²⁵ Guerra, op. cit., pp. 28-29.

²⁶ Raschke, Joachim, “Sobre el concepto de movimiento social”, en *Zona Abierta*, Madrid, núm. 69, 1994, p. 122. Disponible en:

http://www.ses.unam.mx/docencia/2014II/Raschke1994_SobreElConceptoDeMovimientoSocial.pdf

²⁷ *Ibíd.*, p. 123.

²⁸ Revilla, Marisa, “El concepto de movimiento social. Acción, identidad y sentido”, en *Última Década*, Viña del Mar, núm. 5, 1996, p. 3. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19500501>

sociales que liga e identifica a aquéllos que participan en él”²⁹. Pero junto a la defensa de intereses comunes y la solidaridad de sus miembros, una forma de acción colectiva como el MCR también debe ser concebida a partir de su relación antagónica con un adversario (sector latifundista), dimensión conflictiva que según la contribución de Alain Touraine define a un movimiento social como “la conducta colectiva organizada de un actor luchando contra su adversario por la dirección social de la historicidad en una colectividad concreta”.³⁰ El MCR desde esta perspectiva está definido por la presencia de un conflicto y por lo tanto, como forma de acción colectiva –afirma Melucci– “es siempre el fruto de una tensión que disturba el equilibrio del sistema social”³¹, contradicción que a su vez “implica la lucha entre dos actores colectivos. Cada uno definido por una solidaridad específica, que se enfrentan por la apropiación y la destinación de los valores o recursos sociales.”³² Y además de luchar contra un sujeto colectivo determinado, los movimientos sociales también entran en confrontación con el sistema de dominación y la estructura de clases de la sociedad a la cual pertenece, superando las fronteras establecidas por la legalidad vigente:

La acción colectiva comprende también todas las conductas que infringen las normas institucionalizadas en los roles, que desbordan las reglas del sistema político y/o atacan la estructura de las relaciones de clase de una cierta sociedad. [...] Es necesario precisar que, para hablar de movimiento social deben verificarse ambas condiciones (conflicto y superación de los límites del sistema considerado).³³

En el mismo origen de los movimientos sociales es posible verificar la presencia de una situación de conflicto, ya que en palabras de Gilberto Giménez “los movimientos sociales son siempre expresión de conflictos estructurales del sistema social”, generados fundamentalmente porque la contradicción entre los intereses de los grupos implicados no ha sido superada en el tiempo, arrastrándose de forma latente hasta que se dan las

²⁹ Melucci, Alberto, “La teoría de los movimientos sociales”, en Jean Cohen, Alain Touraine et al, *Teoría de los Movimientos Sociales*, Costa Rica, FLACSO, 1998, p. 99.

³⁰ Touraine, Alain, “Los movimientos sociales”, en *Revista Colombiana de Sociología*, Colombia, núm. 27, 2006, p. 255.

³¹ Melucci, op. cit., p. 93.

³² *Ibidem*, p. 99.

³³ *Ídem*.

condiciones para su transformación en una lucha abierta, razón por la cual, añade Giménez, los movimientos sociales también son “activados o ‘revelados’ por crisis coyunturales”³⁴. Esta misma situación política –el surgimiento de los movimientos sociales– puede ser entendida desde la hipótesis planteada por Marisa Revilla:

La hipótesis que se baraja aquí sobre el origen de los movimientos sociales plantea que el movimiento social surge donde las voluntades colectivas sobre el orden social (la interacción entre los distintos proyectos de sociedad) no tienden a la inclusión y representación de todos los individuos y colectividades que conforman una sociedad en un espacio y tiempo determinados.³⁵

El cuestionamiento a la lógica de dominación y la superación de los márgenes de la institucionalidad mediante la acción colectiva, por una parte, y la presencia del conflicto como factor determinante en el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales por la otra, son condiciones que permiten definir a estos actores colectivos en general –y al MCR en particular– como “sujetos potencialmente antagónicos y emancipatorios”.³⁶ En el mismo sentido, retomando la tesis de Alain Touraine, un movimiento social también puede ser definido como un tipo particular de lucha en cuanto acción organizada, rupturista y contra-hegemónica:

Un movimiento social no interviene solo y no está jamás separado completamente de reivindicaciones y de presiones, de crisis y de rupturas que dan nacimiento a unos tipos diferentes de luchas. *Yo llamo luchas a todas las formas de acción conflictivas organizadas y conducidas por un actor colectivo contra un adversario por el control de un campo social.* Un movimiento social es el tipo particular de lucha más importante.³⁷

³⁴ Giménez, Gilberto, “Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM, vol. 56, núm. 2, abril-junio, 1994, p. 9.

³⁵ Revilla, op. cit., p. 12.

³⁶ Svampa, Maristella, “Protesta, movimientos sociales y dimensiones de la acción colectiva en América Latina”. Texto presentado en las *Jornadas de Homenaje a Charles Tilly*, Universidad Complutense de Madrid-Fundación Carolina, 7-9 de mayo del 2009, p. 7. Disponible en: <http://maristellavampa.net/archivos/ensayo57.pdf>

³⁷ Touraine, op. cit., p. 262.

Esta manera de concebir un movimiento social tiene directa relación con la tesis trabajada por Sidney Tarrow, quien da cuenta del carácter contencioso propio de su accionar. Este surge del poder que los movimientos manifiestan una vez que sus integrantes se unifican para construir colectivamente una fuerza cuya interacción con los grupos social y políticamente dominantes –específicamente con los cuales entra en directa contradicción– adquiere la forma de enfrentamiento abierto.³⁸ El MCR, por consiguiente, bajo la concepción elaborada por Tarrow queda definido del siguiente modo:

El acto irreductible que subyace a todos los movimientos sociales y revolucionarios es la *acción colectiva contenciosa*. [...] Se convierte en contenciosa cuando es utilizada por gente que carece de acceso regular a las instituciones, que actúa en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas y que se conduce de un modo que constituye una amenaza fundamental para otros. Da lugar a movimientos sociales cuando los actores sociales conciertan sus acciones en torno a aspiraciones comunes en secuencias mantenidas de interacción con sus oponentes o las autoridades. La acción colectiva contenciosa es la base de los movimientos sociales.³⁹

En cuanto forma contenciosa de acción colectiva, el MCR fue portador de un poder que colectivamente enfrentó (desafío colectivo) al de los grandes propietarios de tierras (oponentes), fortaleció el apoyo mutuo entre comunidades y campesinos indígenas y chilenos (solidaridad) producto de intereses en común (objetivos comunes), y mantuvo con vida su lucha aproximadamente por tres años –1970-1973– (mantenimiento de la acción colectiva). Estas son las cuatro propiedades básicas y empíricas que según Sidney Tarrow definen a los movimientos sociales, y por lo tanto al MCR:

El mejor modo de definir a los movimientos es como desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenido con

³⁸ Tarrow, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, p. 17.

³⁹ *Ibíd.*, p. 19.

las elites, los oponentes y las autoridades. Esta definición tiene cuatro propiedades empíricas: desafío colectivo, objetivos comunes, solidaridad e interacción mantenida.⁴⁰

Ahora bien, el tratamiento de estas propiedades en la definición de un movimiento social como el MCR será efectivo siempre y cuando se refiera al proceso de identificación colectiva, esencialmente porque en él se constituye el fundamento subjetivo de la movilización: la identidad colectiva. El “cómo los individuos coinciden en constituirse en un nosotros sujeto de la acción”⁴¹ es el significado que Marisa Revilla le otorga al proceso de identificación colectiva, y la importancia de su análisis radica tanto en la interpretación y articulación teórica del proceso de constitución de la identidad colectiva, como en la indagación de “las causas de que en un momento dado surjan movimientos sociales que articulen identidades colectivas nuevas o que redefinan identidades previas”.⁴² La identidad colectiva activa, organiza y cataliza la movilización social, representa un incentivo selectivo para la acción como precisamente plantea Marisa Revilla:

Para que la identidad colectiva sea el incentivo selectivo *principal* de la acción, la unidad en esta identidad sólo puede existir como resultado del proceso de la acción. [...] El *proceso de identificación* [...] significa *la confirmación de la identidad personal y colectiva en el curso de la acción*.⁴³

El desarrollo del MCR en este sentido debe ser explicado desde la centralidad que asume el proceso de (re) constitución de la identidad individual y colectiva mapuche en el curso de la acción social-revolucionaria por la aplicación de la Reforma Agraria, pero dentro de un proceso histórico mayor y de larga trayectoria de interpelación al Estado de Chile por la recuperación del territorio ancestral usurpado. Con estas consideraciones sociales, políticas y por lo tanto históricas, es posible situar al MCR en la definición de movimiento social propuesta por Marisa Revilla:

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 21.

⁴¹ Revilla, *op. cit.*, p. 1.

⁴² *Ibíd.*, p. 2.

⁴³ *Ibíd.*, p. 7.

Definimos [...] el movimiento social como proceso de (re) constitución de una identidad colectiva, fuera del ámbito de la política institucional, por el cual se dota de sentido (certidumbre) a la acción individual y colectiva en la articulación de un proyecto de orden social.⁴⁴

El sentimiento y la conciencia de pertenencia a un pueblo originario fuertemente identificado con su historia y su memoria, el reconocimiento colectivo de una lucha en común por la tierra y la determinación conjunta de su propia forma de organizarse y movilizar su fuerza social, entre otros fenómenos relacionados (resistencia, racismo, colonialismo interno, cosmovisión, marginación, etc.), fueron componentes de la identidad colectiva –étnica mapuche– que sustentaron, activaron y catalizaron la movilización de las comunidades indígenas asociadas al MCR, porque efectivamente “para poder establecer un vínculo entre intereses y movilización colectiva, se requiere la presencia de una identidad colectiva, de un ‘nosotros’ en el cual reconocerse para poder dar consistencia y continuidad a la acción”.⁴⁵ La cohesión del MCR en torno a la (re) constitución de su identidad colectiva es también interpretada por Joachim Raschke como la “alta integración simbólica” de un actor colectivo movilizador, explicada del siguiente modo:

El grupo que se constituye como movimiento social se caracteriza por un pronunciado «sentimiento de nosotros» [...]. Esa conciencia de pertenencia común se desarrolla sobre la base de una identificación entre aquellos que están «a favor» y los que están «en contra».⁴⁶

La conciencia y el sentimiento de pertenencia común a su vez contienen aspectos específicos tales como mentalidades, expectativas, emociones, valores, afectividades, entre otros, que merecen ser igualmente reconocidos y abordados al momento de justificar el proceso de construcción, adaptación y mantenimiento de la identidad colectiva, y por consiguiente, de la movilización social. Por tal razón es conveniente en este momento explicitar el significado otorgado a la identidad colectiva, utilizando para ello la definición ofrecida por Alberto Melucci, quien la sintetiza de la siguiente manera:

⁴⁴ Ibídem, p. 15.

⁴⁵ Giménez, op. cit., p. 10.

⁴⁶ Raschke, op. cit., p. 124.

La identidad colectiva es, por tanto, un proceso a través del cual los actores producen las estructuras cognoscitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costes y beneficios de la acción, las definiciones que formulan son, por un lado, el resultado de las interacciones negociadas y de las relaciones de influencia y, por otro lado, el fruto del reconocimiento emocional.⁴⁷

Desde esta concepción de la identidad colectiva el desafío consistirá en saber identificar los fundamentos emocionales y cognoscitivos que influyeron en la construcción interactiva y comunicativa del MCR, cuestión que según Melucci no puede ser evitada en investigaciones que se enfrentan a las dimensiones colectivas de la acción social⁴⁸ y fundamentalmente como en este caso, a las “condiciones subjetivas de la organización del movimiento”.⁴⁹ Es lo que desde otro punto de vista François Houtart delimita como aspecto subjetivo-afectivo de la acción: “Los actores humanos son seres completos y no actúan solamente en función de la racionalidad de las lógicas sociales. El compromiso es un acto social caracterizado por un elemento afectivo fuerte y aún central”.⁵⁰

Una vez reconocida la centralidad de la identidad colectiva en la interpretación de un movimiento social, asumiendo por una parte su condición de sujeto colectivo, y por la otra el carácter conflictivo de su accionar, es posible definir al MCR desde una concepción integral que “ubique a los movimientos sociales como formas diversas de organización de conjuntos sociales con patrones de identidad propia, inmersos en relaciones sociales de antagonismo socio-político y cultural [...] que por su misma configuración apuntan hacia algún tipo de lucha anti-*statu-quo*”⁵¹, para ello será indispensable tratarlos como “sujetos colectivos (con organización e identidad propias) que dentro de la dinámica dialéctica de

⁴⁷ Melucci, op. cit., p. 173.

⁴⁸ Ibídem, p. 177.

⁴⁹ Galafassi, Guido, “Teorías diversas en el estudio de los movimientos sociales. Una aproximación a partir del análisis de sus categorías fundamentales”, en *Cultura y representaciones sociales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 6, núm. 11, 2011, p. 30. Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/crs/article/view/27112>

⁵⁰ Houtart, François, “Los movimientos sociales y la construcción de un nuevo sujeto histórico”, en Borón, Atilio, Javier Amadeo y Sabrina González (compiladores), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, CLACSO, 2006, p. 442. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/P4C3Houtart.pdf>

⁵¹ Galafassi, op. cit., p. 27.

los procesos de movilización social se hallan inscritos en alguna variante de cambio social o de transformación de la sociedad”.⁵²

Con todo lo anterior es posible concebir concretamente al MCR como un movimiento mapuche-campesino de acción directa y revolucionaria que mediante las “corridas de cerco” y las “tomas de fundo” aprovechó la aplicación de la Reforma Agraria para recuperar las tierras usurpadas por colonos chilenos y extranjeros amparados por el Estado de Chile. Se constituyó esencialmente por comuneros y campesinos indígenas pertenecientes al originario pueblo mapuche, quienes además de pertenecer mayoritariamente a los sectores más pobres del campo producto del despojo territorial, sufrían la explotación y la discriminación étnica en los fundos agrícolas donde debían vender su mano de obra para subsistir. Para superar estas condiciones se organizaron, coordinaron y articularon masivamente en un proceso político de movilización social contra el latifundismo y el poder rural, independiente del sistema de partidos políticos oficiales, de la institucionalidad estatal y del sistema económico imperante. Surgió asociado al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido político marxista-leninista extraparlamentario al cual pertenecieron los militantes que participaron de la organización inicial de este movimiento, en conjunto con los dirigentes mapuche de las comunidades involucradas, algunos de los cuales se incorporaron al partido en la estructura regional, recayendo sobre ellos naturalmente la conducción del MCR. Este fenómeno intersubjetivo y recíproco de politización entre un movimiento social indígena y un partido político de izquierda revolucionaria requiere ser estudiado con mucha atención para comprender el carácter sociopolítico del MCR. Para ello es sumamente conveniente considerar la tesis del historiador Luis Vitale sobre este tipo de estudios:

La participación de los movimientos sociales en la lucha política plantea la necesidad de redefinir la categoría *sujeto social* en la historia latinoamericana considerando no sólo como factor subjetivo a los partidos políticos sino también a las vanguardias sociales de esos movimientos, donde se entrecruzan cuestiones de clase, de sexo y de etnia. *Hay que redimensionar el concepto de lo político*, no restringiéndolo a los gobiernos y partidos sino

⁵² *Ibíd.*, p. 28.

ampliándolo a todas las manifestaciones sociales y culturales que a menudo se politizan en el proceso de sus luchas contra el Estado y la clase dominante. La política viene a ser el punto de condensación de la lucha de clases, por lo cual una de las tareas del historiador es descubrir las diferentes maneras de hacer política, tanto de los partidos como de los movimientos sociales, manejando sin ningún reduccionismo las categorías de clase, etnia, sexo y colonialismo interno y externo.⁵³

La movilización social impulsada por el MCR aplicó como método de lucha la acción directa para conseguir sus objetivos estratégicos (históricos), sobrepasando los límites establecidos por el poder de la institucionalidad, aunque también utilizando sus mecanismos cuando la situación lo requirió. Si bien los movimientos sociales a nivel general no “están fijados por principio a una forma de acción determinada, sea del tipo institucionalizado o del tipo de acción directa”, tal y como afirma Joachim Raschke, “existen fuertes afinidades entre los movimientos sociales y las formas de acción no convencionales”.⁵⁴ La experiencia histórica del MCR no escapa a esta tendencia, más bien encuentra cabida en ella, sobre todo si se asume junto con Raschke que:

Los actores de los movimientos sociales no son solamente «de otro pensar», sino más aún «de otro actuar». Esto es así porque los movimientos nacen de la incapacidad del sistema institucional establecido para encontrar respuestas a los problemas articulados en los movimientos sociales.⁵⁵

Para los mapuche que se sumaron al proceso de recuperación territorial orientado por el MCR, la movilización social –utilizando el método de acción directa y aprovechando las condiciones que ofrecía la coyuntura– representó la manera más viable y eficaz de practicar la política, no al estilo tradicional por supuesto, sino que presionando por fuera de la legalidad para conseguir la aplicación de la Reforma Agraria y recuperar así el territorio usurpado. Las demandas puestas en los cursos legales e institucionales no habían generado

⁵³ Vitale, Luis, *Introducción a una teoría de la historia para América Latina*, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 8.

⁵⁴ Raschke, op. cit., p. 126.

⁵⁵ Ídem.

respuestas satisfactorias a sus reivindicaciones territoriales, encontrándose estancadas durante mucho tiempo en las trabas burocráticas de los juzgados e instituciones asociadas. Esta situación explicó en gran medida la postura crítica del MCR frente a las instituciones del Estado de Chileno y al régimen latifundista en general, actitud que influyó de manera notable en la definición de su identidad colectiva, porque efectivamente la “identidad principal de un movimiento social radica precisamente en su posicionamiento crítico frente a alguna de las características o aspectos de la política vigente, o a toda ella, peticionando algún tipo de transformación, sea esta parcial o casi total”.⁵⁶

La alternativa más convincente en ese momento para los mapuche organizados en este movimiento fue la vía revolucionaria canalizada por el MCR (y el MIR), porque se demostró en la práctica que esta opción ofreció la oportunidad de solucionar las demandas y reivindicaciones de tierras que la mediación institucional –vía legal– no resolvió positivamente para los mapuche, peor aún, hasta ese momento las sentencias favorecieron a latifundistas y medianos propietarios (colonos chilenos y extranjeros), situación que obviamente generó descontento y sentimiento de injusticia social en los primeros. Por este motivo el desafío colectivo del MCR frente al sistema de dominación se planteó a través de lo que Sidney Tarrow define como “acción directa disruptiva contra las elites, las autoridades u otros grupos o códigos culturales”⁵⁷, cuyo poder “radica en su capacidad de desafiar a las autoridades, fomentar la solidaridad y crear incertidumbre”.⁵⁸

De este modo las acciones directas encauzadas por el MCR significaron realmente “posibilidades revolucionarias desde la movilización social”⁵⁹ que dieron respuestas inmediatas a las necesidades e intereses de sus protagonistas. Este “salto revolucionario” respondió en términos generales a lo que el historiador Luis Thielemann define como “la

⁵⁶ Galafassi, op. cit., p. 28.

⁵⁷ Tarrow, op. cit., p. 22.

⁵⁸ Ibídem, p. 194.

⁵⁹ Thielemann, Luis, “El Movimiento Popular y la historiografía en Chile: Elementos para un balance a 40 años del Golpe de Estado”, en *Revista de Historia y Geografía*, Santiago, Universidad Católica Silva Henríquez, núm. 29, 2013, p. 113. Disponible en: <http://ediciones.ucsh.cl/ojs/index.php?journal=RHYG&page=article&op=view&path%5B%5D=209>

tendencia de los movimientos sociales de carácter popular en su vinculación con las organizaciones de izquierda a producir la crisis de dominación.”⁶⁰

Cuando se define al MCR como un movimiento social también se está asumiendo su condición de movimiento político, aclaración necesaria para evitar cualquier tipo de disociación entre lo social y lo político que perjudique una concepción integral y precisa de este movimiento. La utilización del concepto de movimiento político en lugar del de movimiento social, y viceversa, responde a lo que Joachim Raschke cataloga como “una estrecha concepción de la política”, proponiendo a modo de superación una concepción amplia que explique simultáneamente ambas dimensiones:

Ya que los movimientos sociales se caracterizan, entre otros factores, a través de una meta consistente en lograr cambios fundamentales estructurales (cambios sociales), cada movimiento social es al tiempo un movimiento «político». En tanto en cuanto se anclan los movimientos sociales en las contradicciones sociales y en los conflictos, los movimientos políticos son también y al tiempo movimientos sociales.⁶¹

La resolución de esta problemática también es superable a partir de la clarificación que Charles Tilly junto a Lesley Wood exponen acerca de los movimientos sociales como una forma de hacer política, particularmente como “una forma única de la contienda política”:

Contienda por cuanto esos movimientos sociales plantean una serie de reivindicaciones colectivas que, de ser aceptadas, chocarían con los intereses de otras personas; política por cuanto, de un modo u otro, los gobiernos, con independencia de su signo político, figuran en tales reivindicaciones, bien como autores, bien como objeto de la reivindicación, bien como aliados del objeto, bien como árbitros de la disputa.⁶²

La concepción de la política en sentido ampliado, abarcando el campo social y sus contradicciones, implica según Alessandro Pizzorno “entender algo que es más amplio que

⁶⁰ *Ibidem*, p. 114.

⁶¹ Raschke, *op. cit.*, p. 130.

⁶² Tilly, Charles y Lesley J. Wood, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a facebook*, Barcelona, Editorial Crítica, 2010, p. 21.

aquello a lo que se refiere normalmente el proceso electoral, y algo que de todos modos es más amplio también de cuanto repercute en la actividad del Estado”⁶³, razón por la cual el fenómeno de los movimientos sociales también representa una forma de participar en el ámbito de la política, su misma realización es un acto político. El poder institucional del Estado no vendría a ser por lo tanto el único lugar de disputa política, la lucha directa y abierta en el campo social entre grupos con intereses antagónicos también representa un ámbito de conflicto político, sobre todo si se reconoce con Pizzorno que “las relaciones de un sistema de intereses son siempre relaciones de poder”.⁶⁴

Si el MCR representó desde esta perspectiva una forma de participación política, esto es “una acción que se cumple en solidaridad con otros [...] con vistas a conservar o modificar la estructura (y por tanto los valores) del sistema de intereses dominantes”, y si además “se trata de una acción que se desarrolla dentro de las relaciones de poder”⁶⁵, indiscutiblemente su condición también fue la de un movimiento político:

Un movimiento político actúa para transformar los canales de la participación política o para desplazar las relaciones de fuerza en los procesos decisionales. Su acción tiende a romper las reglas del juego y los límites institucionalizados del sistema, impulsando la participación más allá de los límites previstos.⁶⁶

El reconocimiento del MCR como un movimiento político además de evidenciar su desarrollo dentro de las relaciones de poder, debe al mismo tiempo dar cuenta de su politicidad a nivel de la identidad colectiva, es decir, de su identidad política. En el MCR Cautín-Malleco confluieron principalmente mapuche-campesinos de distintas comunidades, pero también, aunque en menor medida, miembros del campesinado pobre chileno que se sumaron a sus filas y se incorporaron a las movilizaciones por la aplicación de la Reforma Agraria para conseguir mejores condiciones materiales de vida. El MCR canalizó y expresó la síntesis de una identidad política que estratégicamente buscó

⁶³ Pizzorno, Alessandro, “Introducción al estudio de la participación política”, en Pizzorno, Alessandro, Marcos Kaplan y Manuel Castells, *Participación y cambio social en la problemática contemporánea*, Buenos Aires, Ediciones Siap-Planteos, 1975, p. 29.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 39.

⁶⁵ *Ídem*.

⁶⁶ Melucci, *op. cit.*, pp. 99-100.

acumular una fuerza social amplia, tanto a los comuneros y campesinos mapuche como a los campesinos pobres chilenos, es decir a lo que el MIR y el MCR identificaron como “los pobres del campo”, categoría política que abarcaba al campesinado pobre en general como clase social, incluyendo en esta identidad colectiva también a los mapuche-campesinos. Para los mapuche identificarse como campesinos pobres no excluía su condición esencialmente indígena, aún más, reforzaba de esta manera el reconocimiento colectivo como campesinado mapuche. De esta manera como afirma Pizzorno, “en la medida en que es político, el movimiento hace prevalecer una identificación y solidaridad política por encima de las identificaciones y solidaridades privadas de los miembros”.⁶⁷

El proceso de identificación política en el MCR se fue construyendo al mismo tiempo y directamente vinculado con el desarrollo del movimiento social, por consiguiente, tanto a nivel orgánico como en cada uno de sus miembros el estudio de su identidad política tiene que situarse al interior de esta dinámica. Para Rodrigo Baño esta problemática se enmarca en la relación de lo social y lo político, dilema clave en el estudio de los movimientos populares que se resuelve según el autor de la siguiente manera:

[...] el estudio de una determinada situación política –y entendemos aquí a los movimientos sociales como una relación política– requiere invertir el orden del análisis y no partir de ciertos sectores sociales para después ponerlos en movimiento, sino que del movimiento mismo, como expresión del conflicto, para desde ahí determinar a los sujetos sociales que los desarrollan.⁶⁸

De acuerdo a los argumentos expuestos, y a modo de incluir en una misma concepción las dimensiones social y política, es pertinente situar al MCR en el campo de los movimientos sociopolíticos, definición que además de sustentarse teóricamente en los postulados hasta aquí desarrollados, encuentra asidero en la tesis que Pablo Trejo elabora desde la ciencia política sobre la conjugación entre lo social y lo político a nivel de la acción colectiva:

⁶⁷ Pizzorno, op. cit., p. 74.

⁶⁸ Baño, Rodrigo, *Lo social y lo político. Un dilema clave del movimiento popular*, Santiago, FLACSO, 1985, p. 10.

Es pertinente señalar que concebimos a los movimientos sociopolíticos como aquellas fuerzas sociales y políticas que han suscitado luchas colectivas, que se han gestado y desarrollado a lo largo de la historia. Desde nuestro punto de vista, todas las luchas colectivas llevan mezclado un movimiento político y un movimiento social al mismo tiempo.⁶⁹

Adicionalmente es importante reconocer en el MCR la presencia de un proyecto político revolucionario con demandas y reivindicaciones históricas, ejercicio que requiere a su vez el tratamiento de una serie de elementos determinantes para poder entender y definir con precisión el quehacer político del MCR en su condición de movimiento sociopolítico, entre los cuales destacan: el componente propiamente orgánico, es decir lo referente a las formas de organización y administración de la fuerza; los medios utilizados para conseguir sus propósitos en el corto, mediano y largo plazo, es decir lo relativo a la estrategia y táctica; la plataforma de lucha y el programa de la organización; y el área de la propaganda política (discursos, manifiestos, consignas, proclamas, etc.). El estudio del proyecto político asociado al MCR favorece la comprensión de su condición como movimiento sociopolítico, tal cual lo reafirma Pablo Trejo:

Podemos ubicar y estudiar a los movimientos sociopolíticos en la historia a través de sus proyectos, por lo que es fundamental considerar al proyecto político como un conjunto de lineamientos y propuestas que se plantean en un determinado momento histórico –coyuntura política o crisis revolucionaria–, con la finalidad de transformar, reformar o reafirmar el estado de cosas imperante en una sociedad dada.⁷⁰

Por último cabe señalar que en cuanto a su condición de movimiento sociopolítico el MCR surgió como acción colectiva de un sector específico de la sociedad rural de Cautín-Malleco, desde los espacios de vida, trabajo y sociabilidad en general (comunidades, fundos, hogares, etc.), además, representó los intereses y las aspiraciones de un sector con gran presencia en la zona, un sector socialmente amplio, diverso y popular que transformó

⁶⁹ Pablo Trejo, “Los proyectos políticos: una propuesta para el estudio de los movimientos sociopolíticos en la historia”, en *Relaciones*, México, El Colegio de Michoacán, vol. XVI, núm. 53, 1993, p. 52. Disponible en: <http://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/053/PabloTrejoRomo.pdf>

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 49.

el descontento acumulado históricamente en una movilización social potente, fenómeno que innegablemente, y por los mismos motivos, también es de carácter político. La emergencia del MCR (origen, composición, escenario, etc.) explica por consiguiente su definición como movimiento social, pero al mismo tiempo el carácter de su proyección, particularmente de su accionar colectivo, determina su definición como movimiento político, sobre todo si se extiende “el concepto de lo social al ámbito mismo de la acción colectiva organizada de las clases populares, es decir, al ámbito mismo de lo político”⁷¹, como precisamente lo hace Francisco Díaz al analizar el concepto de movimiento popular, nutriéndose para ello de los aportes del historiador Mario Garcés sobre los procesos de politización de los sectores populares chilenos:

En la historia del movimiento popular chileno, la política popular ha estado siempre “condicionada” desde abajo; desde los movimientos sociales populares que en la medida que han alcanzado mayores grados de desarrollo y articulación han obligado a los partidos a tomar posiciones y a cumplir roles históricamente más eficaces.⁷²

1.2 Relaciones de fuerzas sociales, relaciones de poder.

Hasta acá se ha argumentado sistematizadamente y recurriendo a otras ciencias sociales como la antropología, la sociología y la ciencia política, el proceso de acumulación de fuerza social, política y revolucionaria como factor determinante en la centralidad política del MCR. Corresponde ahora el tratamiento del segundo componente fundamental que también determina la centralidad política de su historicidad: su intervención protagónica y radical en la dinámica de las relaciones de fuerza reinante en los campos de Cautín y Malleco.

El levantamiento social impulsado por el MCR en dichas zonas contra el latifundismo y el poder rural representó una participación activa en la dinámica de las relaciones de poder, la misma constitución en un movimiento sociopolítico, es decir en una fuerza social

⁷¹ Díaz, Francisco, *El concepto de movimiento popular. Revisión de la historiografía (1950-2013) y una proposición conceptual*, Tesina para optar al grado de Licenciatura en Historia, Santiago, Universidad de Chile, 2013, p. 88.

⁷² Garcés, Mario, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, LOM, Santiago, 2003, p. 9. Citado en Díaz, op. cit., p. 92.

en movimiento, fue expresión embrionaria de una particular construcción de poder; y asimismo su lucha contra la hegemonía rural implicó un conflicto contra el poder reinante, desafiando –y por un tiempo contrarrestando– la dominación. En este tipo de hechos históricos –sostiene Rodrigo Baño– “la dominación debe siempre entenderse como una relación de poder y no meramente como una potencialidad que se ejerce. No ha de extrañar, entonces, la importancia que se asigna a los movimientos sociales en tal relación de poder”.⁷³ Se trata de la esencia misma de la política en el amplio sentido social de la categoría como el sistema de relaciones sociales de fuerza de un territorio determinado, concepción que desde la óptica de François-Xavier Guerra implica entender a la “Política en el sentido más fuerte de la palabra, es decir el de las relaciones de alianza y de oposición, de autoridad y de subordinación entre actores sociales”.⁷⁴ El mismo tipo de relación es concebida por Enrique Dussel cuando plantea que “todo *campo político* es un ámbito atravesado por fuerzas, por sujetos singulares con voluntad, y con cierto poder”, fuerzas sociales que interactúan en un “*espacio político* de cooperación, de coincidencias, de conflictos”.⁷⁵ Desde la antropología política Josep Llobera, aludiendo a la naturaleza política de todo orden social, reconoce en las relaciones de poder y autoridad el sustento de su dominación:

Aquellos aspectos de las relaciones sociales que pueden ser identificados como políticos están específicamente relacionados con el poder y la autoridad cuando éstos ocurren en las relaciones sociales. El poder es una capacidad para influenciar el comportamiento de otros y/o lograr influencia sobre el control de las acciones valoradas.⁷⁶

La rebelión del MCR fue un hecho político que se desarrolló fuera del ámbito político-institucional, su campo de acción fue el mundo rural y sus espacios de sociabilidad/conflictividad (comunidades, fundos, asentamientos, campamentos, tomas, etc.), la acción política se efectuó por la vía revolucionaria, antiautoritaria y extra-

⁷³ Baño, op. cit., p. 14.

⁷⁴ Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992, p. 14.

⁷⁵ Dussel, op. cit., p. 9.

⁷⁶ Llobera, José (compilador), *Antropología política*, Barcelona, Editorial ANAGRAMA, 1979, p. 34.

institucional, contra el sistema latifundista, legislativo y judicial. Se rechaza de este modo “la idea de concebir *la política* como sinónimo de los Estatal Nacional y sus distintas dinámicas”, para entenderla más bien “como un campo de fuerzas y el resultado de experiencias sociales diversas”.⁷⁷ Merece atención nuevamente la concepción gramsciana del poder estatal para entender al MCR dentro de sus relaciones sociales, significa esto que no necesitó –ni tampoco buscó– ocupar los espacios institucionales ni los partidos parlamentarios para ejercer la política y resolver sus demandas, prefirió premeditada y decididamente optar por la acción directa y la vía revolucionaria, manifestaciones que por pertenecer al campo de las relaciones de poder también son prácticas políticas; por otra parte entender el enraizamiento social del estado y sus mecanismos de dominación permite incorporar el latifundio como una de sus expresiones hegemónicas: el poder del estado y del latifundio en realidad formaron una misma estructura de dominación, opresión y explotación. Manuel Almeida en este caso desde la ciencia política utiliza la concepción de Gramsci referente a lo político “entendido como el problema fundamental de las relaciones entre grupos dirigentes y dirigidos, o gobernantes y gobernados”⁷⁸, entendimiento que nace de una “percepción del estado como algo más que un aparato o instrumento del cual uno podía simplemente apropiarse como si fuera una cosa singular”, en vez “debía verse como un conjunto de relaciones sociales y de poder que se extendían por todo el entramado social”.⁷⁹ Queda de esta forma desechado cualquier intento de limitar el espacio de lo político a las instancias formales e institucionales de los poderes dominantes y “de pensar que hay un corte neto y casi preestablecido entre lo que es político y lo que no lo es”, preferible es “entender mejor cómo se entretajan las relaciones de poder, sus ramificaciones y las prácticas a las que dan lugar”⁸⁰, objetivos y objetos de estudio que, desde la antropología política Marc Abélès sugiere abarcar.

⁷⁷ Almario, Óscar, “Contribución a un balance y perspectivas de la historia política regional en el suroccidente colombiano, desde la relación Historia-Antropología”, en Ayala, César, op. cit., p. 126.

⁷⁸ Almeida, Manuel, *Dirigentes y dirigidos: Para leer los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, Popayán, Envión Editores, 2010, p. 17.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 26.

⁸⁰ Abélès, Marc, “La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos”, en Aurora Marquina (comp.), *El ayer y el hoy: Lecturas de antropología política. Hacia el futuro. Volumen 1*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2013, p. 53.

Cuando se identifica a las relaciones de fuerzas sociales como relaciones de poder se está asumiendo su carácter político, pero es oportuno aclarar que también estas relaciones poseen un contenido innegablemente económico. Las relaciones de poder en los campos de Cautín y Malleco se expresaron también a través de las relaciones económicas de explotación laboral en los grandes y medianos fundos (empresas agrícolas), y de tipo comercial-financiera en el mercado capitalista (agricultura de subsistencia ligada al mercado, relaciones de intercambio mercantil, intermediarismo, etc.), entre otras. En consecuencia, “estas relaciones económicas son relaciones de poder y, por lo tanto, son esencialmente políticas, al formar una parte principal del orden político en cualquier sociedad”⁸¹, como sintetiza acertadamente Josep Llobera, procurando además no disociar lo social de lo político y de lo económico en el plano del análisis histórico:

De ahí que una visión «política» no sea una negación de lo económico o de lo socio-económico, sino la aspiración a un análisis más global. Este enfoque incluye necesariamente en el estudio la dimensión socio-económica como una de las variables que configuran al actor y a sus relaciones con los otros actores.⁸²

Estudiar al MCR en su relación contradictoria con el latifundio y el Estado, es decir en medio de las relaciones de poder, significa finalmente hacer un análisis de la situación política, porque en lo fundamental “las relaciones de los grupos dirigentes con las mayorías son la base del estudio de la política y por lo tanto del poder”.⁸³ Por situación política se entenderá con Juan Carlos Portantiero lo mismo que coyuntura, quien se sustenta en Gramsci y su propuesta de análisis para “considerar las situaciones como una *relación* entre fuerzas, como un *producto* de actores sociales que se oponen y articulan entre sí y poseen distinto grado de organización y coherencia”.⁸⁴ En este sentido el MCR debe ser estudiado como parte de una situación política que requiere ser examinada a nivel local y

⁸¹ Llobera, op. cit., p. 58.

⁸² *Ibidem*, p. 14.

⁸³ García de los Arcos, María Fernanda, “El ámbito de la nueva historia política: una propuesta de globalización”, en *Historia Contemporánea*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993, p. 48. Disponible en: http://revista-hc.com/includes/pdf/09_04.pdf

⁸⁴ Portantiero, Juan Carlos, “Gramsci y el análisis de coyuntura (algunas notas)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, vol. 41, núm. 1, 1979, p. 71. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3540110>

nacional (y en algunos aspectos también a nivel internacional) para comprender la centralidad justamente política de su historicidad. Esto coincide a su vez con lo que Hugo Zemelman llama en el plano nacional “vida política” de un país en un momento histórico determinado:

De esta manera, la vida política en un país (en un momento cualquiera de su desarrollo) es a la vez el producto de la forma en que han podido sus fuerzas sociales transformarse en fuerzas políticas, y de cómo estas pueden ser capaces de crear condiciones inéditas para la emergencia de nuevas fuerzas sociales.⁸⁵

En el concepto de lo político trabajado por Carl Schmitt se logra identificar también la centralidad de las relaciones de fuerzas especialmente antagónicas, pero interpretando la diferenciación específicamente política entre esas fuerzas desde la contradicción amigo/enemigo, criterio a través del cual es posible comprender los actos y las motivaciones políticas de un conflicto social en particular:

La diferenciación entre amigos y enemigos tiene el sentido de expresar el máximo grado de intensidad de un vínculo o de una separación, una asociación o una disociación. [...] El enemigo político [...] es simplemente el otro, el extraño, y le basta a su esencia el constituir algo distinto y diferente en un sentido existencial especialmente intenso de modo tal que, en un caso extremo, los conflictos con él se tornan posibles, siendo que estos conflictos no pueden ser resueltos por una normativa general establecida de antemano, ni por el arbitraje de un tercero “no-involucrado” y por lo tanto “imparcial”.⁸⁶

El grado de disociación entre los intereses históricos de las comunidades mapuche y los privilegios sobre la propiedad de la tierra de la burguesía agraria (colonos latifundistas fundamentalmente) durante el periodo de la Unidad Popular entraron en abierta contradicción, a tal punto que el antagonismo alcanzó niveles de enfrentamiento mutuo en distintos grados (tomas, retomas, enfrentamiento armado, muertes, etc.). Esta enemistad política se encasilla por cierto en lo que Schmitt ha establecido como diferenciación entre

⁸⁵ Zemelman, op. cit., p. 36.

⁸⁶ Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios. Versión de Rafael Agapito, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 57.

amigos (comunidades mapuche y campesinado asociado al MCR) y enemigos (medianos y grandes propietarios de tierra), o viceversa. En efecto, la amistad-enemistad en el sentido de la diferenciación política equivale a lo que se ha venido estableciendo como relación conflictiva de fuerzas sociales –al mismo tiempo relación política (de poderes) – que a un nivel máximo de agudización posibilita la apertura de un proceso de lucha radical (situación política pre-revolucionaria en el contexto socio-histórico del MCR). En relación a este fenómeno María Antonia Muñoz, usando como referente al teórico político Ernesto Laclau, plantea que “lo político está asociado al momento de subversión de lo instituido, de aparición del antagonismo que muestra el carácter contingente del orden social y de la superación de esta dislocación a través de relaciones de poder”.⁸⁷ Similar razonamiento es el que realiza Hugo Zemelman desde la premisa de la (auto) regulación de toda realidad social en función de la relación interna de sus fuerzas, poniendo de manifiesto que “lo político se configura como el nivel real desde el que se organiza la regulación entre las fuerzas”⁸⁸, dotado de dinamismo y complejidad en cuanto movimiento histórico, y en última instancia “determinado por las influencias de las distintas fuerzas sociales”.⁸⁹

1.3 Situación política, orden social y estructura de poder.

Una vez exhibida la red argumentativa del segundo componente que determina la centralidad política del MCR, esto es su intervención protagónica y radical en la dinámica de las relaciones de fuerza reinante en los campos de Cautín y Malleco, corresponde en tercer lugar referirse al carácter pre-revolucionario del periodo histórico en el cual se desarrolló. La naturaleza del contexto socio-histórico a escala nacional también representa un argumento que permite explicar con precisión la centralidad de “lo político” en el estudio del MCR, específicamente porque su historia se desenvuelve dentro de un periodo de carácter pre-revolucionario. Entre los factores activadores de esta situación política destacan de manera general dos fenómenos que coinciden en el tiempo: por una parte, la

⁸⁷ Muñoz, María Antonia, “Laclau y Rancière. Algunas coordenadas para el estudio de lo político”, en *Andamios*, México, vol. 2, núm. 4, junio, 2006, p. 122. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632006000100005

⁸⁸ Zemelman, op. cit., p. 82.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 86.

división crítica dentro del bloque dominante expresada concreta y políticamente en la presentación por separado de dos candidaturas a las elecciones presidenciales de 1970, Radomiro Tomic por la Democracia Cristiana (DC) y Jorge Alessandri por el Partido Nacional (PN); y por otra parte, un ascenso de los movimientos socio-políticos populares en las zonas rurales y urbanas de Chile que venían desarrollándose aproximadamente desde mediados de la década de 1960, alcanzando la fase de cristalización en septiembre de 1970 con el triunfo de la Unidad Popular (UP), precisamente el mismo mes de fundación del MCR en Temuco.

El análisis de la situación política nacional permite conocer a grandes rasgos el escenario en el cual se desarrolló el MCR, porque su condición política además de explicarse en términos de la movilización social y de la relación de fuerzas, debe dar cuenta de su pertenencia estructural a un orden social hegemónico que en aquel momento histórico experimentó un proceso político revolucionario, expresándose de la misma manera pero con sus propias particularidades en el escenario rural de Cautín y Malleco. Siguiendo la concepción de lo político elaborada por Chantal Mouffe, es decir admitiendo que “se vincula a los actos de institución hegemónica”⁹⁰, se dirá que el MCR representó un fenómeno de aquella naturaleza porque, por un lado su propia existencia estuvo condicionada por un orden social –y “todo orden es político y está basado en alguna forma de exclusión”⁹¹ como afirma Mouffe–, y por otro lado su lucha revolucionaria fue precisamente contra el orden establecido (sistema latifundista), una lucha por consiguiente de tipo contra-hegemónica. Así el análisis del MCR a este nivel de disputa por la conformación del orden social posibilita una comprensión más amplia y panorámica de su fundamento político, porque tal cual sintetiza Martín Retamozo “*lo político* como lugar privilegiado de análisis para la comprensión de los procesos sociales adquiere importancia epistemológica en tanto hace inteligible el orden social”⁹², e igualmente, según las coordenadas de María Antonia Muñoz, “lo político se convierte en un elemento

⁹⁰ Mouffe, op. cit., p. 24.

⁹¹ *Ibidem*, p. 25.

⁹² Retamozo, op. cit., p. 80.

indispensable para explicar la formación y cambio del orden social y, por lo tanto, se superpone la forma hegemónica a la forma de lo político”.⁹³

El estudio de la condición política del MCR en sentido hegemónico significa entender su posición en la estructura agraria de clases, y desde ahí las causas socio-económicas que influyeron en su rebelión contra la clase dominante. Semejante valoración ofrece Roberto Varela desde la antropología al argumentar que el estudio de la política “incluye la caracterización de estructuras de poder, la determinación de acciones que influyen en ellas y la identificación de unidades operantes que las producen”.⁹⁴ Producto de tales razonamientos es que junto al historiador Luis Vitale:

Prestamos la debida atención a lo político porque es en el plano donde se resuelve temporalmente y de modo inestable el conflicto social, condicionado por la economía y estructura de clases, las que a su vez son modificadas por lo político, como expresión de la lucha de clases.⁹⁵

El análisis de la situación –y condición– política del MCR a nivel estructural deriva por sobre todo de una concepción del Estado como sistema organizado del poder hegemónico, es decir “en cuanto expresión del todo social”⁹⁶, cumpliéndose así el principio que Rodrigo Baño plantea como solución al dilema entre lo social y lo político en el estudio de los movimientos social-populares semejantes al MCR: “Para ser política una actividad social debe estar directamente relacionada con el poder general que se ejerce en una sociedad”.⁹⁷ En consecuencia lo político no dependió exclusivamente de la actividad colectiva del MCR y de las relaciones de fuerzas que lo dinamizaron, sino que también del reconocimiento de su praxis política como función de una totalidad social, porque después de todo el sistema es “de naturaleza política y, por consiguiente, debe ser considerado como ejerciendo una función política por lo que respecta a su actividad general”.⁹⁸ Antonio

⁹³ Muñoz, op. cit., p. 123.

⁹⁴ Varela, “Cultura política”, en Héctor Tejera Gaona, op. cit., p. 51.

⁹⁵ Vitale, op. cit., p. 178.

⁹⁶ Baño, Rodrigo, “Los sectores populares y la política: una reflexión socio-histórica”, en *Política*, Chile, Universidad de Chile, núm. 43, primavera, 2004, p. 38.

⁹⁷ Baño, “Lo social y lo político...”, op. cit., p. 153.

⁹⁸ Llobera, op. cit., p. 30.

Gramsci en sus escritos políticos superó este dilema entre lo político y lo social a nivel hegemónico ampliando la categoría de estado a todo el entramado social, integrando el análisis sociológico con el de la ciencia política en el área de las disciplinas para conseguir tal propósito:

Lo que hay de realmente importante en la sociología no es otra cosa que ciencia política. “Política” se convirtió en sinónimo de política parlamentaria o de camarillas personales [...] Este modo de ver provocó el empobrecimiento del concepto de estado. Si la ciencia política significa ciencia del estado y el estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que consigue obtener el consenso activo de los gobernados, es evidente que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son nada más que las cuestiones de la ciencia política.⁹⁹

Si bien la institucionalidad del estado de Chile en la zona entró en contacto con el MCR, fue el latifundio la estructura agraria de poder que más directa y hegemónicamente lo condicionó, aunque ambas se conjugaron orgánicamente como poder general. De todos modos esta realidad demuestra que las estructuras de poder no se reducen al aparataje estatal (poder institucionalizado como lo define Manuel Tuñón de Lara)¹⁰⁰, existen de hecho también y con bastante fuerza en otros planos sociales de la realidad, el latifundio es un ejemplo histórico de ello. Partiendo desde esta referencia teórica, María Fernanda G. de los Arcos ratifica la necesaria apertura analítica en el estudio de las estructuras de poder, por lo demás bastante favorable para el estudio del MCR:

Por lo tanto el estudio de las estructuras de poder ha de rebasar el ámbito estatal (aunque sea éste territorio privilegiado) para comprender realmente la marca de impulsos y presiones que se dan en una sociedad y que determinan la distribución del poder. Así el estudio de la clase

⁹⁹ Gramsci, Antonio, *Escritos políticos (1917-1933)*, México, Ediciones Pasado y Presente-Siglo XXI editores, 1998, p. 11.

¹⁰⁰ Tuñón de Lara, Manuel, *Historia y realidad del poder. El poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX*, Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1967, p. 13.

dominante y de la fracción hegemónica es imprescindible y también el de sus relaciones con el resto de las instancias sociales.¹⁰¹

El poder político dominante en la sociedad rural de Cautín y Malleco lo concentró la gran burguesía agraria y lo ejerció a través de un sistema de tenencia de la tierra de tipo latifundista, la hegemonía de la gran propiedad se consolidó mediante una rígida estructura agraria de clases dividida según la distribución y la posesión de tierras. Este marco general de la hegemonía rural fue el escenario donde se desarrolló el MCR, en su interior surgió y contra él se rebeló, por ello la importancia de su estudio en términos estructurales. De igual forma su interpretación encuentra fundamentación teórica en el postulado antropológico político de Georges Balandier:

El poder político organiza la dominación legítima y la subordinación y crea una jerarquía que le pertenece. Es sobre todo una desigualdad más fundamental lo que expresa «oficialmente»: la que la estratificación social y el sistema de las clases sociales establecen entre los individuos y los grupos. El modo de diferenciación de los elementos sociales, los diversos órdenes en el seno de los cuales se insertan y la forma asumida por la acción política son fenómenos estrechamente vinculados.¹⁰²

La investigación dedicará un apartado al análisis de la estructura agraria de clases para conocer el origen social del sujeto histórico colectivo que participó del MCR en los campos de Malleco y Cautín, sus condiciones socio-económicas y los diversos tipos de relaciones existentes con los otros grupos sociales, entre ellos principalmente los grandes propietarios (oligarquía latifundista) con los cuales las relaciones de fuerza se agudizaron al máximo en la disputa por las tierras. Un análisis concreto de la sociedad rural (entramado social) de ambas provincias ayudará a explicar su estructura de poder y las agrupaciones sociales (clases, grupos, sectores, etc.) que la integraron, así lo reafirma María Fernanda García de los Arcos desde el ámbito de la nueva historia política:

¹⁰¹ García de los Arcos, María Fernanda, “El misterio del pequeño número o sobre la historia del poder: una aproximación a la nueva historia política”, en *Revista Iztapalapa*, México, año 12, núm. 26, julio-diciembre, 1992, p. 63. Disponible en:

<http://148.206.53.234/revistasuam/iztapalapa/include/getdoc.php?id=1344&article=1379&mode=pdf>

¹⁰² Balandier, Georges, *Antropología política*, Barcelona, Ediciones Península, 1969, p. 91.

Las estructuras de poder son obviamente inseparables del estudio de clases, castas o cualesquiera que sean los grupos sociales que se den en el ejemplo que se estudia. Algo que parece inútil recordar, pero que tal vez no lo sea tanto, es la necesidad de comprender la sociedad para poder explicar la lógica de las estructuras de poder que las sustentan.¹⁰³

La hegemonía, el poder político y la estructura de poder son expresiones sociales de dominación establecidas a escala global, representan por lo tanto el marco general que dotó de centralidad política al MCR, e inversamente desde el cual es posible explicar la globalidad socio-rural (totalidad social), ambos sentidos serán debidamente tratados. En cuanto fenómeno sociopolítico, se trata de situar al MCR en el conjunto de la sociedad rural en que se manifestó concretamente, porque, siguiendo a Esteban Krotz:

Cuando se habla de fenómenos sociales en términos de poder, política, conflicto, legitimidad, crisis, control social, centralización, burocracia, revolución, cultura política etc. se trata de la sociedad en cuestión como *totalidad*, pero desde una *determinada perspectiva* (que, según los diferentes autores, es la de la tensión entre reproducción y transformación social, entre orden e impugnación, entre cohesión y ruptura, entre consenso y coerción, etc.).¹⁰⁴

Con todo lo anterior corresponde finalmente destacar que el fundamento del hecho político total es el complejo social en su conjunto, lo social entendido a partir de la definición ofrecida por María Fernanda G. de los Arcos como “todo aquello que atañe al grupo humano en sus relaciones colectivas: economía, demografía, clases, ambientes, cultura, prácticas religiosas y un largo etcétera”, reforzando así el principio analítico de que “lo político es inseparable de lo social”.¹⁰⁵ Se reconoce junto a la autora la naturaleza social de todo fenómeno político, y por cierto el MCR fue expresión histórica de aquello.

¹⁰³ María Fernanda G. de los Arcos, “El ámbito de la nueva historia política: una propuesta de globalización”, op. cit., p. 46.

¹⁰⁴ Krotz, op. cit., p. 16.

¹⁰⁵ García de los Arcos, “El misterio del pequeño número o sobre la historia del poder”, op. cit., p. 57.

2. Perspectiva historiográfica: nueva historia política y nueva historia social.

2.1 El MCR y la nueva historia política.

La concepción ampliada del lugar de lo político en la sociedad ha repercutido en la disciplina historiográfica de manera significativa en el último tiempo, marcando un punto de inflexión entre el estilo tradicional de su quehacer y las nuevas formas emanadas de un replanteamiento (redimensión) del ámbito político. La historia política según Peter Burke se ha visto afectada por esta división, “escindida no sólo en las llamadas escuelas altas y bajas, sino también entre los historiadores preocupados por los centros de gobierno y los interesados por la política del hombre de la calle”.¹⁰⁶ El estudio de la historia del MCR responde precisamente a este segundo interés, sobre todo porque su acción política se desarrolló en el escenario rural y fuera de los espacios institucionales, específicamente luchando por la propiedad de la tierra en los fundos de la zona. Porque como bien destaca Peter Burke “el territorio de lo político se ha expandido en el sentido de que [...] los historiadores tienden cada vez más a analizar la lucha por el poder en el plano de la fábrica, la escuela o, incluso, la familia”.¹⁰⁷

La historia política tradicional emergió de aquella forma reduccionista de entender la actividad política, una visión institucional y estatista de la participación en las relaciones de poder de una sociedad determinada, estatista en el sentido elitista del término (asociada a los partidos políticos oficiales y a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial) e institucional en cuanto a la exclusividad de la vía electoral como método único de deliberación popular. La repercusión en el ámbito historiográfico dio nacimiento según Jacques Julliard a una historia política “elitista, incluso biográfica” centrada y reducida en los grandes personajes (presidentes, militares de alto rango, ministros, etc.) que “ignora la sociedad global y las masas que la componen” (sociedad civil, pueblos, sectores populares, etc.), que simplemente “es narrativa e ignora el análisis” (descriptiva, sin interpretaciones),

¹⁰⁶ Burke, Peter, “Obertura: La nueva historia, su pasado y su futuro”, en *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 14.

¹⁰⁷ Ídem.

y que además “es puntual e ignora la larga duración”; en suma, como reafirma el historiador francés:

[...] la historia política se confunde con la visión ingenua de las cosas, la que atribuye a la causa de los fenómenos a su agente más aparente, el situado más alto, y que mide su importancia real por su resonancia en la conciencia inmediata del espectador.¹⁰⁸

La historia política por largo tiempo estuvo asociada a una concepción reducida del poder y su entramado social, limitado única y exclusivamente al hecho estatal, sin embargo esta forma tradicional de interpretar el hecho político ha sido cuestionada y en muchos casos superada por “una noción del poder mucho más amplia, en la que el Estado, esta «institución de las instituciones», no sería más que un caso particular, incluso un caso límite”.¹⁰⁹ Esta tradicional historia política también posee un contenido fuertemente positivista en cuanto al uso de las fuentes, validando únicamente aquellas depositadas en documentación escrita y oficial (institucionalmente), y además producto de su estilo narrativo centrado, “por un lado, en las trayectorias oficiales de grandes figuras públicas y en el recuento del funcionamiento de las instituciones, y a las historias heroicas militantes teleológicas, por el otro”.¹¹⁰ Pero no sólo el contenido temático de este tipo de narración ha presentado limitaciones, puesto que también la forma narrativa ha sido simplemente descriptiva, superficial y carente de interpretación, crítica sostenida similarmente por Guy Bourd e y Hervé Martin:

Prisionera de su propio estatuto y de sus fuentes (escritas y oficiales), se concentra en el Estado, las instituciones, las luchas por el poder, etc., empleando un relato rico en erudición pero considerablemente desprovisto de contenido, de densidad y de profundidad explicativa.¹¹¹

¹⁰⁸ Julliard, Jacques, “La política”, en Le Goff, Jacques y Pierre Nora (eds.), *Hacer historia*, vol. II, Barcelona, 1979, p. 237.

¹⁰⁹ *Ibídem*, p. 253.

¹¹⁰ Ulianova, Olga, *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile-Ariadna Ediciones, 2007, p. 9.

¹¹¹ Bourd e, Guy y Martin, Hervé, “Las escuelas históricas”, Madrid, Ediciones AKAL, 2004, p. 252.

Durante mucho tiempo este tipo de historia política fue hegemónica en América Latina, incluso reconocida como la única forma de practicar la disciplina, “presentaba a los hombres destacados de cada acontecimiento como los héroes, únicos responsables de los éxitos y de los fracasos”¹¹², y en palabras Guillermo Palacios era vista como “La Historia” en sí, una historia política “como aventura del Estado, las gestas heroicas de los fundadores de la nacionalidad, las guerras por la definición y consolidación de las fronteras, los prohombres de la diplomacia, los inmensos estadistas que nos dieron patria”.¹¹³ Por su parte José del Pozo evidencia una crítica semejante a esta tradicional forma de hacer historia cuando reclama la falta de tratamiento de los grupos subalternos y sus representantes en relación a la atención que históricamente han recibido los referentes de los grupos dirigentes en América Latina:

Tradicionalmente, los historiadores han privilegiado el estudio de los dirigentes de las sociedades, los jefes de Estado, militares de alta graduación y líderes políticos e intelectuales. Esos personajes y los hechos ligados a ellos están presentes en este volumen, pero al lado de ellos aparecen otros menos habituales: viajeros, jefes sindicales, caciques indígenas, mujeres anónimas, curas de pueblo. Ello corresponde a una visión de la historia que no considera únicamente a los líderes, sino también al conjunto de las sociedades.¹¹⁴

No obstante el predominio por largo tiempo de esta versión clásica de la historia política, los límites de su ámbito de estudio han sido expandidos y superados paulatinamente por una nueva forma de abordar los fenómenos políticos, y con ello también han sido renovados los métodos de investigación, el uso de fuentes y las consideraciones teórico-conceptuales. Se trata por consiguiente de la aparición de una “nueva” historia política, o si se prefiere, de una revitalización de la historiografía política como lo ha calificado Guillermo Palacios para América Latina. Renovación, revalorización o nueva

¹¹² Curi, Claudia, “Francois Guerra y la revalorización de la historia política”, en *Tiempo y Espacio*, año 17, n° 17, 2008, p. 78.

¹¹³ Palacios, Guillermo, “Entre una ‘nueva historia’ y una ‘nueva historiografía’ para la historia política de América Latina en el siglo XIX”, en Palacios, Guillermo (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, s. XIX*, México, El Colegio de México, 2007, p. 4.

¹¹⁴ Del Pozo, José, *Historia de América Latina y del Caribe. Desde la independencia hasta hoy*, Santiago, LOM Ediciones, 2002, p. 4.

mirada en el estudio de la historia política, cualquiera sea el calificativo que se le otorgue, de lo que realmente se ha tratado “es del surgimiento de una historia política renovada, rejuvenecida, como resultado de la dinámica de la producción historiográfica de los últimos tiempos y como resultado también de la relación entre la historiografía y los movimientos de la sociedad”.¹¹⁵ Apelativos diversos sobre un mismo fenómeno que progresivamente ha ido (re) posicionándose y que según Cristina Moyano “ha comenzado a recuperar un sitio clave en la producción historiográfica no sólo nacional sino que también en otros espacios latinoamericanos y anglosajones, así como en la tradición de la escuela francesa de los *Annales*”.¹¹⁶ En su artículo sobre la renovación experimentada particularmente por la historia política argentina, Hilda Sabato al respecto señala lo siguiente:

Los clásicos estudios sobre líderes y partidos, instituciones estatales y agencias de gobierno, se han visto desplazados –quizá en exceso– por la preocupación por cuestiones referidas a la prácticas de participación, a los comicios, las redes políticas y las clientelas electorales; a la estructura y actividad de las milicias; a las formas de acción y movilización colectivas de la población; a la constitución del movimiento asociativo, entre otras.¹¹⁷

Precisamente la experiencia histórica del MCR forma parte de la preocupación por estas cuestiones políticas, específicamente por las “formas de acción y movilización colectivas” mencionadas anteriormente por la historiadora argentina. La constitución de movimientos sociales ha sido una de las principales “formas de hacer política” de los pueblos latinoamericanos afirma Mario Garcés, tendencia general en la cual se inserta la historia particular del MCR, y por esta razón, “en contra de un sentido común dominante, nuestra historia política no es solo, ni mucho menos, la historia de los Estados, sino que la historia de las resistencias y las alternativas de cambio que emergen una y otra vez desde la

¹¹⁵ Ayala, César, “Historiografías del siglo XX y el retorno de la historia política”, en Ayala op. cit., p. 162.

¹¹⁶ Moyano, Cristina, “La historia política en el bicentenario: Entre la historia del presente y la historia conceptual. Reflexiones sobre la nueva historia política”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Universidad de Santiago de Chile, vol. 15, n° 1, 2011, p. 228.

¹¹⁷ Sabato, Hilda, “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada”, en Palacios, op. cit., p. 87.

sociedad civil”.¹¹⁸ En consecuencia es válido afirmar según estas consideraciones que el estudio de la historia del MCR se inscribe en esta nueva historia política, tanto por las problemáticas y temáticas involucradas como por los métodos y perspectivas utilizadas en su investigación:

Profundizada, renovada y ampliada en sus problemáticas, objetivos y métodos, la historia política multiplica los campos de investigación, en constante movimiento entre la política en el sentido clásico del término (el poder y la vida política) [...] y el hecho político en sentido global (los diversos aspectos de la «cultura política» y de las determinaciones políticas que inciden en los individuos y los grupos).¹¹⁹

La conveniencia de situar el estudio del MCR en esta nueva historia política responde también al reconocimiento historiográfico de la centralidad y determinación de los sujetos en el análisis histórico de los procesos políticos, justamente por esto es que la historiadora Olga Ulianova ha llegado a plantear que la historia política está de vuelta, no en su forma “antiguada y reducida a los grandes relatos de los historiadores tradicionales”¹²⁰ evidentemente, más bien dedicándose a:

[...] rescatar al sujeto de los procesos políticos, no sólo colectivo, sino también individual, con sus motivaciones, subjetividades y su identidad en constante construcción, recurriéndose al concepto de militancia, a la vez de centrar el análisis en las formas de vinculación de los actores, tanto a nivel local, nacional como global [...].¹²¹

En este mismo sentido François-Xavier Guerra habla de un renacer de la historia política, diferenciada de su práctica tradicional por la ampliación de los campos de investigación, por sacar “del olvido a hombres y sectores sociales hasta entonces preteridos porque no pertenecían al mundo de las elites”¹²², y fundamentalmente por reconocer la importancia de captar a los actores colectivos y sus relaciones (de autoridad y de

¹¹⁸ Garcés, Mario, *El “despertar” de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*, Santiago, LOM Ediciones, 2012, p. 46.

¹¹⁹ Bourdó y Martín, op. cit., p. 258.

¹²⁰ Ulianova, op. cit., p. 9.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 18.

¹²² Guerra, op. cit., p. 12.

subordinación) utilizando las aportaciones de la nueva historia. El estudio del MCR encuentra asidero en este renacimiento de la historia política porque su existencia precisamente responde a la relación de actores colectivos entre sí (comunidades mapuche, campesinos chilenos pobres, militantes del MIR, etc.) y en contradicción con otras agrupaciones sociales (latifundistas organizados, sindicatos agrícolas, gremios, fuerza policial, grupos militares, etc.), así como también a su relación revolucionaria con el orden social dominante (sistema latifundista, colonialista y capitalista):

[...] para captar estos actores colectivos reales hay que utilizar necesariamente todas las aportaciones de la nueva historia: adentrarse en los territorios de la investigación histórica abiertos por ella y utilizar los instrumentos que ha ido elaborando para el estudio de lo económico, de lo social, de lo cultural; pues como ya lo hemos dicho, los elementos que constituyen un actor colectivo real son de múltiples tipos, como lo son también, en sistemas más vastos, las relaciones de estos actores entre sí. No quiere decir esto que todo sea política, sino que, como ésta concierne la organización de la sociedad y las relaciones de autoridad y de subordinación entre los actores sociales, todo lo que los constituye y regula sus relaciones, es indispensable para comprender lo político.¹²³

Por estas razones el estudio del MCR encuentra un espacio adecuado en la nueva historia política, su perspectiva historiográfica ayuda a justificar teórica y metodológicamente la centralidad política de su historicidad, tanto a nivel de las condiciones objetivas y estructurales de la sociedad como de los factores (inter) subjetivos. Y si además a ello se le agrega “la importancia que comienza a adquirir las preocupaciones por la subjetividad, los actores políticos, la memoria (y sus luchas) y el tiempo presente, la historia política renace recargada para buscar recuperar un sitio antes perdido”¹²⁴, como acertadamente reflexiona Cristina Moyano, reconociendo el protagonismo de agentes sociales históricamente marginados y ejes de análisis excluidos por la historiografía política:

¹²³ *Ibíd.*, p. 27.

¹²⁴ Moyano, *op. cit.*, p. 228.

[...] la nueva historia política venía recargada de sujetos, actores, memorias, saberes, partidos políticos y comunidades sociales, culturas políticas, como nuevos ejes de análisis, donde la guerra, las relaciones diplomáticas e internacionales, ya no ocupaban el espacio central, además de haberse resignificado teórica y metodológicamente.¹²⁵

La problemática social del poder, sus relaciones y su reparto, constituyen conjuntamente otra cuestión fundamental para la nueva historia política, y precisamente la historia del MCR (surgimiento, desarrollo y desenlace) es comprensible a partir del fenómeno del poder latifundista y estatal, pero también a partir de su proceso de acumulación de fuerza social en cuanto germen de poder político. Una renovada historia política, propone María Fernanda G. de los Arcos, sería una historia del poder y sus relaciones sociales, “de manera que rebase el ámbito de lo estrictamente gubernamental o estatal y se ocupe de lo que ha atraído el interés de la más avanzada historiografía de la centuria: de las colectividades y las estructuras”.¹²⁶ Se trata de la concepción ampliada del poder (y de los poderes), considerando su entramado social, sus relaciones de fuerzas, su distribución, etc., es el ámbito de la nueva historia política propuesta por María Fernanda G. de los Arcos:

Algo que renovarían profundamente a la historia política sería poner en relación el estudio del poder con las masas, sin pretender que nunca se haya hecho algo así pero justamente perfeccionando esta línea. Es decir ver la política como un proceso que se opera entre dos, que no son individuos sino dos conjuntos o complejos: gobernantes y gobernados, dominantes y dominados, los que ejercen el poder y aquellos sobre los cuales éste es ejercicio. Lo activo y lo «pasivo» del fenómeno del poder.¹²⁷

La lucha desplegada por el MCR en contra del latifundio fue una lucha de recuperación de tierras enmarcada en un proceso de Reforma Agraria de tipo revolucionaria, el criterio de disputa contra los grandes y medianos propietarios fue precisamente el poder (propiedad) de la tierra. Representó una lucha política en este sentido

¹²⁵ *Ibíd.*, p. 229.

¹²⁶ García de los Arcos, “El ámbito...”, *op. cit.*, pp. 41-42.

¹²⁷ *Ibíd.*, p. 42.

porque el MCR la dirigió contra el poder rural de Cautín y Malleco, razón por la cual, de acuerdo al criterio propuesto por María Fernanda G. de los Arcos, su estudio entra en el ámbito de la (nueva) historia política:

[...] hacer entrar en el territorio de la historia política aquellos fenómenos sociales que impliquen en mayor o menor grado una *lucha por el poder*, entendiendo lucha por el poder tanto las acciones encaminadas a conseguirlo (se pretende el poder en forma total o parcial y cualquiera que sea el medio que se use para lograrlo: revolución, actividad de grupos organizados, contienda electoral, guerra u otros) como aquellas actividades que, desde un poder establecido, tengan como objetivo el mantenimiento de esa estructura, el grupo dirigente, la clase dominante y el conjunto de valores morales y de toda índole que lo sustentan.¹²⁸

El poder y su entramado social (relaciones de poder), tal como se ha visto, constituyen un hecho histórico predilecto para esta forma de hacer historia, se han renovado y redimensionado tanto los límites de la actividad política como los del ejercicio del poder, superando aquellos enfoques que lo han cosificado, personalizado y reducido a los espacios de dirección, identificando “a menudo el estudio del poder con el de los hombres que lo detentan, en tanto que integrantes de las élites de gobierno o clases dirigentes”.¹²⁹ Xavier Gil Pujol en este sentido ha llegado a plantear al análisis comprensivo de las relaciones de poder (análisis político del proceso histórico) como una nueva valoración de la historia política, “el poder es el tema sobre el que gravita buena parte de la revaloración de la historia política”¹³⁰ señala el historiador catalán. Asimismo, María Fernanda G. de los Arcos se refiere al poder en cuanto estructura jerárquica de dominación sustentado “en un sistema de valores y presiones” que constituyen “la personalidad de un régimen político”, y justamente –sostiene la historiadora– “la capacidad de establecer o de imponer ese sistema (sean cuales sean los métodos empleados) es el poder”, reafirmando así a modo de síntesis que “la historia política es la historia del poder”.¹³¹ Sin embargo un análisis del fenómeno

¹²⁸ *Ibíd.*, pp. 49-50.

¹²⁹ Gil Pujol, “Notas sobre el estudio del poder como nueva valoración de la historia política”, *op. cit.*, p. 71.

¹³⁰ *Ibíd.*, p. 70.

¹³¹ García de los Arcos, “El misterio...”, *op. cit.*, p. 57.

del poder en cuanto totalidad social solamente será posible si debidamente se considera a las grandes mayorías que experimentan la dominación, precisamente ellas representan el sustento real en el cual se enraíza y cobra sentido el poder de las minorías (naturaleza social del poder político). La traducción de esta premisa en la experiencia histórica del MCR implica un estudio del poder rural a nivel del sector latifundista-estatal y, complementariamente, a nivel de las grandes mayorías marginadas, explotadas y oprimidas del campo, compuestas principalmente por la población mapuche-campesina, intento que por todo lo anteriormente expuesto se sitúa en la nueva historia política propuesta por María Fernanda G. de los Arcos:

La nueva historia política busca por lo tanto un análisis de las colectividades, de los sistemas, de las mayorías. Si la política engendra siempre el “misterio” del pequeño número, es decir, algo que no deja nunca de sorprender a una mirada lúcida: el hecho de que los más se dejen gobernar por los menos, de que el ejercicio del poder sea, haya sido hasta ahora asunto de una minoría, también se ha de plantear que en buena lógica, ese “misterio” no puede ser estudiado más que a través de una investigación que incluya a las mayorías, ya que sólo el conocimiento de éstas hará comprender los fundamentos reales del poder, en qué valores se basa, cuáles son los pilares de la legitimidad si la hubiere y, naturalmente, comprender y apreciar los mecanismos de poder, en el caso en que éste fuera impuesto: qué tipo de represión, manipulación u otros medios se ejercen.¹³²

Se ha reconocido la naturaleza social del poder con el fin de generar una conexión hacia la perspectiva historiográfica de la nueva historia social, en última instancia como bien afirma María Fernanda G. de los Arcos “la historia política es inseparable de la social”¹³³ y además “si se está proponiendo justamente una historia del poder en relación con las sociedades es obvio que se está invadiendo el terreno de la historia social”.¹³⁴ De acuerdo con esta definición el estudio del MCR en cuanto fenómeno político requiere una comprensión global de la sociedad rural en la cual se materializó históricamente, análisis que incluye el estudio de la estructura agraria de clases y su sistema económico,

¹³² *Ibíd.*, p. 58.

¹³³ *Ibíd.*, p. 59.

¹³⁴ García de los Arcos, “El ámbito...”, *op. cit.*, p. 49.

fundamento material del poder latifundista. Por este motivo “la conexión con lo social ha de recalcarse como imprescindible, hasta el punto de que la nueva historia política ha de tener como objeto primordial el descubrimiento de las bases socioeconómicas de los fenómenos ligados al poder”.¹³⁵

El encuentro con la nueva historia social presenta más puntos de intersección en los aspectos metodológicos, particularmente en torno a los aportes de la memoria social colectiva como fuente subjetiva de reconstrucción histórica del pasado reciente, sobre este aspecto la nueva historia política se ha interesado por lo que la historiadora Cristina Moyano ha calificado como memorias militantes, fundamentales en este caso para contribuir en la reconstrucción de la historia del MCR, utilizando por una parte los testimonios de militantes chilenos del MIR asociados a este movimiento político, y por otra las memorias de los propios mapuche-campesinos que actuaron como dirigentes y militaron en aquel partido:

[...] la historia política ha realizado interesantes cruces con la historia social, en especial a través de la preocupación por la memoria, entendida como facultad colectiva e individual de trabajar con el pasado. Dicha facultad se expresa en lugares de memoria, se impone, circula y es objeto de debates colectivos, sociales e institucionales. De allí que la producción social de memoria tiene un componente político ineludible y la mixtura entre estas dos áreas ha impactado notoriamente en la historia política más contemporánea. [...] Junto a lo anterior, esta nueva historia política del tiempo presente [...] ha demostrado un gran interés por las memorias militantes, que han comenzado a ser usadas tanto como fuente para acceder a procesos reconstructivos del pasado reciente y de la experiencia [...].¹³⁶

2.2 El MCR y la nueva historia social.

La presente investigación también se circunscribe en la corriente historiográfica conocida como “Nueva Historia Social”, impulsada en Chile aproximadamente a partir del año 1985 gracias a la influencia de historiadores como Gabriel Salazar, María Angélica Illanes y Leonardo León, entre otros, pertenecientes a la denominada “generación de historiadores

¹³⁵ García de los Arcos, “El misterio...”, op. cit., p. 60.

¹³⁶ Moyano, op. cit., p. 230.

del '85" y considerados como grupo fundador de esta corriente historiográfica. Es importante destacar aquí –y necesario por el carácter y temática del estudio– que esta “Nueva Historia Social” será considerada con su respectiva dimensión política, superando el debate y la dicotomía entre “lo social” y “lo político” como formas aisladas de análisis histórico.

La adhesión a esta corriente historiográfica favorece la interpretación del objeto de estudio fundamentalmente debido a dos motivos. Por un lado abarca de mayor y mejor manera los procesos históricos porque consiste en una historia social (global), lo que implica considerar los tópicos culturales, económicos, políticos y sociales (acercándose a una “historia total”). Y por otro lado ofrece nuevas perspectivas de análisis histórico como la “historia desde abajo” y nuevos recursos historiográficos-metodológicos tales como la “memoria histórica” y la “historia oral”.

El análisis histórico sobre la conformación y desarrollo del MCR en la provincia de Cautín y Malleco durante el período 1967-1973 responde a la necesidad y voluntad de rescatar desde el olvido a un sector importante del campesinado mapuche de aquellas zonas, reivindicándolo historiográficamente como sujeto histórico poseedor de un proyecto político revolucionario. Considerando esta propuesta de investigación, la “Nueva Historia Social” orienta el presente estudio porque “según esta corriente, campesinos, peones, mujeres, etnias y cuanto sujeto popular existiese, sería ‘reivindicados’, debiendo ser trasladado, desde el lugar de marginalidad académica a que habían sido confinados, hacia el centro de la reflexión historiográfica”.¹³⁷ Por lo tanto esta corriente tiene como propósito restituir e incluir a los sectores oprimidos y explotados como objeto de estudio, que en este caso corresponde a un porcentaje importante de los mapuche-campesinos. Más aún, y profundizando el propósito mencionado, se contribuye a la incorporación de este actor colectivo para luego transformarlo en sujeto histórico real con su respectiva dimensión socio-política (movimiento social-revolucionario), ejercicio historiográfico que el presente

¹³⁷ Fuentes, Miguel, *Gabriel Salazar y la ‘Nueva Historia’*. *Elementos para una polémica desde el marxismo clásico*. Informe de Seminario de Grado para optar al Grado de Licenciado en Historia. Edición electrónica, Santiago, 2007, p. 75. En línea http://www.archivochile.com/tesis/01_ths/01ths0006.pdf

estudio pretende considerar como eje central del desarrollo de la investigación para así mantener la coherencia con la corriente historiográfica a la que se está adhiriendo.

Gabriel Salazar plantea la importancia de considerar al “bajo pueblo” como sujeto histórico dotado de historia y voz, es decir con una dinámica propia, ya que éste ha sido excluido de los estudios historiográficos más tradicionales. Se concuerda con esta lógica en el sentido de que el presente trabajo pretende incluir a los mapuche-campesinos vinculados al MCR como actores y sujetos históricos “no tradicionales”, debido principalmente a que éstos no integraron lugares de poder en los ámbitos político y económico. Según Salazar estos sujetos históricos “fueron por siglos aglutinados –política y estadísticamente–, como una masa uniforme y que sin embargo pueden generar movimientos y cambios sociales que, hoy en día vale la pena tener en cuenta”.¹³⁸ Una de las principales características de la “Nueva Historia Social” es la integración de estos sujetos, pertenecientes a grupos no hegemónicos, a la interpretación y descripción de la génesis y evolución de los procesos históricos, considerando que, como sujetos vivos, poseen historicidad y son capaces de generar esos movimientos y cambios sociales a los que se refiere Salazar. Lo anterior mantiene una directa relación con el carácter de la presente investigación, ya que profundizar en el estudio y análisis historiográfico sobre el MCR supone necesariamente considerar a los mapuche-campesinos como sujetos históricos capaces de generar un movimiento social y político –de carácter revolucionario– e igualmente provocar cambios sociales como la profundización y radicalización del proceso de Reforma Agraria que se aplicó en Chile durante el gobierno de la Unidad Popular.

En cuanto perspectiva historiográfica la “Nueva Historia Social” se aproxima a la comprensión de los sectores populares en su desarrollo histórico, lo que para esta investigación significa también estudiarlos en su capacidad de generar movimientos sociales, para lo cual “intentaría ‘ampliar’ la visión del desarrollo histórico del movimiento popular en Chile, hasta ese momento ‘constreñidos’ casi exclusivamente al estudio del movimiento obrero y del artesanado”.¹³⁹ Por lo tanto, para efectos del presente estudio esta

¹³⁸ Cárdenas, María, La historia la escribe la gente. Entrevista a Gabriel Salazar”, *Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME)*. En línea http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0025.pdf

¹³⁹ Fuentes, op. cit., p. 75.

ampliación permite incluir también al movimiento mapuche-campesino como parte del desarrollo histórico del movimiento popular, considerando las respectivas particularidades y especificidades, ya que “lo popular” por sí solo oculta, en este caso, la composición étnica (pueblo originario) del MCR. Esta aclaración es necesaria porque “lo étnico” es más profundo aún que “lo popular”, ya que bajo este último es posible integrar al movimiento obrero, artesano, poblador, campesino, entre otros, sin embargo, el MCR de la provincia de Cautín y Malleco tenía mayoritariamente en su composición a los mapuche. Debido a lo anterior, es indispensable aclarar que “lo popular” es utilizable para estudiar los movimientos populares a lo largo de la historia, incluyendo bajo esta categoría a los sujetos históricos mencionados anteriormente, pero no especifica el carácter étnico que en este estudio debe ser prioritariamente evidenciado. Para efectos de la investigación el campesinado mapuche –sin perder su particularidad– también será considerado como sujeto popular.

Por otra parte, tal como se planteó al comienzo de este apartado metodológico es necesario incluir la dimensión política dentro de esta “Nueva Historia Social”, por el motivo de que aquella aporta y beneficia significativamente a esta nueva corriente historiográfica:

Desde esta perspectiva, sin constituirse en la columna vertebral de la historia, la política se transforma en un núcleo enriquecedor de la historia social, apuntando a que ésta sea el área historiográfica que más se acerque a la utopía normativa de la “historia total”.¹⁴⁰

Esta percepción del historiador Sergio Grez, referida a la integración de la dimensión política en esta nueva corriente historiográfica, se vincula totalmente al enfoque utilizado en la presente investigación, ya que considera al campesinado mapuche de Cautín y Malleco como un sujeto histórico esencialmente político, debido a que su identidad se expresa mediante la acción política-revolucionaria. En este sentido es válida la propuesta de Sergio Grez al desarrollar una historia de los sectores populares con la política incluida, ya

¹⁴⁰ Grez, Sergio, “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social. (Chile, siglo XIX)”, *CEME*. En línea: http://www.archivochile.com/Chile_actual/21_est_ide/chact_estidea0011.pdf

que no es factible concebir al campesinado mapuche (en el periodo señalado) como un sujeto histórico con el aspecto político excluido, porque se convertiría solamente en un actor social despolitizado, lo que secundariza la identidad política que definió al MCR, sus formas de organización y su proyección en el ámbito de la defensa de sus intereses. En esta línea historiográfica, Grez plantea lo siguiente:

Incorporar a la historia la dimensión política de la vida de la gente del pueblo significa intentar explicar –como lo hizo E. P. Thompson respecto de la clase trabajadora en Inglaterra– la manera como una clase o conglomerado social se construye a sí mismo a través de sus anhelos, peticiones, luchas, instituciones, propuestas y proyectos.¹⁴¹

Por lo tanto la integración historiográfica del aspecto político al estudio de los grupos sociales que no detentan el poder, y que se encuentran en situaciones y condiciones de subalternidad, se desprende de una concepción que sitúa a la política no solamente en los espacios influenciados por los sectores dominantes y el Estado, sino que también y –de forma más precisa– “la política es por antonomasia un campo privilegiado de decantación y defensa de los intereses de las clases y grupos sociales”.¹⁴² Sin embargo el aspecto político debe ser materializado en los sujetos que se están estudiando, ya que tratar lo político por sí solo excluye y disminuye a su mínima expresión a los sujetos históricos, es decir, se debe superar el mero análisis estructural de la dimensión política para desarrollarlo con énfasis en los grupos sociales que protagonizan movimientos socio-políticos de carácter revolucionario como el del presente estudio.

Según lo dicho, se insiste en una historia de los sectores populares con la política incluida, en primer lugar, superando esa historia de “los de abajo” vaciada de sus propuestas y acciones políticas, y en segundo lugar, profundizando sobre la superficialidad del análisis político estructural; en consecuencia:

[...] para descubrir e identificar a estos sujetos no basta con analizarlos desde un punto de vista estructural (cuantificarlos y caracterizarlos, mostrar su inserción en la estructura social

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 8.

¹⁴² *Ibidem*, p. 11.

del país y en el aparato productivo, analizar sus condiciones de vida y de trabajo, etc.). También es imprescindible esbozar sus relaciones con otras clases o sectores sociales.¹⁴³

En este aspecto, las relaciones entre clases o grupos sociales a las que se refiere Sergio Grez forman parte de un análisis historiográfico más acorde con el presente objeto de estudio, ya que el MCR se transformó en una herramienta política de los campesinos mapuche de la provincia de Cautín para recuperar sus tierras usurpadas por el Estado de Chile y latifundistas de la zona, lo que implicaba inevitablemente un enfrentamiento directo con los grandes y medianos propietarios, ya que cada uno se movilizó en defensa de sus intereses sobre la propiedad de la tierra (carácter político de las relaciones sociales).

De acuerdo con lo dicho, la “Nueva Historia Social” es enriquecida con los planteamientos de Sergio Grez, quien particulariza y enfatiza el aspecto político en el estudio de los movimientos populares, pero aún así considerando la importancia de la dimensión social en el análisis historiográfico. A nivel general, Grez sugiere que a la Historia Social y a la Historia Política es necesario utilizarlas conjuntamente cuando lo social y lo político confluyen en determinados procesos históricos:

Mi apuesta permanente ha sido la historia social con la política incluida. Por ello, al estudiar los movimientos populares he procurado dar cuenta de la relación compleja y dinámica entre lo político (y la política) y lo social, considerando no sólo los ‘desencuentros’ entre la política y lo social que son frecuentes en el mundo popular, sino también, y muy especialmente, las relaciones entre lo social y la política.¹⁴⁴

Los mencionados “desencuentros” entre la política y lo social, son los que se pretenden superar para llevar a cabo una comprensión más acabada e integral sobre la conformación y desarrollo del MCR en las provincias de Cautín y Malleco. Sin embargo, siguiendo la línea historiográfica de Sergio Grez, se estima conveniente para el estudio considerar la dimensión política como eje fundamental de análisis, relacionando las características sociales de la localidad rural con la acción política desarrollada por el MCR.

¹⁴³ *Ibíd.* p. 7.

¹⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 7-8.

Se plantea esta premisa porque la característica principal del movimiento mapuche-campesino acá abordado es su naturaleza revolucionaria, lo que inevitablemente circunscribe al objeto de estudio dentro del ámbito político (y de la política). Asimismo, este historiador resalta la perspectiva política cuando dice:

Doy por sentado que la historia social tiene una dimensión política, que la política no es un simple reflejo de otras esferas (como la economía o la cultura) sino que goza de cierta autonomía y que tiene lógicas y tiempos que le son propios. Una parte de mi opción como historiador consiste en hacer una historia social de la política, descubrir las condicionantes de la política por lo social y, a la vez, desentrañar las influencias de la política sobre lo social.¹⁴⁵

Desde otro punto de vista, pero continuando en la misma línea historiográfica, Igor Goicovic establece la necesidad de estudiar a los movimientos sociales considerando sus proyecciones políticas, vinculando de esta manera las acciones colectivas con los proyectos políticos que éstas involucran. Esta apreciación adquiere mucha importancia para la temática de estudio, ya que reflexionar sobre la conformación del MCR requiere, tal como lo propone Goicovic, considerar las acciones colectivas del campesinado mapuche en su afán y anhelo histórico de “recuperar la tierra”, incorporándolas estratégicamente a un proyecto político de carácter revolucionario orientado por el MCR (y en relación con el MIR). De acuerdo con lo expresado, Goicovic sostiene que:

Desde esta perspectiva las ciencias sociales deben poner fin a la actitud de enclaustramiento que las empuja a trabajar los movimientos sociales exclusivamente en su dimensión factual, para llegar a establecer y precisar las dimensiones proyectuales de rango estratégico (políticas), que permitan funcionalizar e incorporar la acción colectiva al proyecto político.¹⁴⁶

Esta dimensión factual de los movimientos sociales es la que se debe superar para comprender la naturaleza del MCR, es decir, surge la necesidad de no quedarse solamente con el aspecto social del cual ya se ha reflexionado anteriormente, sino que considerar la

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 8.

¹⁴⁶ Goicovic, Igor, “Sujetos, Mentalidades y Movimientos Sociales en Chile”, *CEME*. En línea: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/goicoi/goico0012.pdf

dimensión política en la cual Sergio Grez ha aportado enormemente, al igual que Igor Goicovic al considerar y especificar las dimensiones proyectuales de rango estratégico de las cuales hace mención (aspectos políticos).

Tal como se destacó al comienzo de este apartado, se recurre a la “Nueva Historia Social” como perspectiva historiográfica porque facilita y favorece la utilización de nuevos enfoques de análisis histórico, como la “historia desde abajo”, y nuevas “herramientas” metodológicas tales como la “memoria histórica” y la “historia oral”. Estos recursos historiográficos si bien no son propiedad de la “Nueva Historia Social”, se relacionan con ésta porque permiten aproximarse de mejor manera al objeto de estudio, y simultáneamente le dan coherencia metodológica y validez historiográfica. Por lo tanto, para efectos de la investigación, se vincularán de forma interrelacionada estos tres recursos historiográficos con la perspectiva más amplia de la “Nueva Historia Social”.

2.2.1 Memoria histórica.

La memoria histórica representa un valioso recurso historiográfico para la reconstrucción de una experiencia histórica determinada, a través de la cual el historiador se relaciona con aquella parte del pasado colectivo que se propone redescubrir y dotar de sentido histórico para construir conocimiento. Teniendo en cuenta esta apreciación, se considera necesario sistematizar el análisis con respecto a la memoria histórica con el propósito de profundizar tanto en los argumentos de su utilidad historiográfica, como en su relación concreta con los grupos sociales populares. Por lo tanto, para justificar su importancia se realizará la estructuración del análisis en base a tres aspectos: significado, características y función/funcionalidad.

a) Significado: En cuanto a su contenido la memoria histórica representa un conjunto de recuerdos y recreaciones del pasado que forman parte de los hechos vividos o experiencias significativas del sujeto histórico protagonista o testigo de los acontecimientos que se pretenden reconstruir. Por consiguiente, la síntesis resultante de esta relación con el pasado se convierte en fuente de información significativa para el historiador, quien la procesa cognitivamente para incluirla de forma rigurosa en un relato histórico: “Se trata de una

narración construida desde el presente, con fines de interpretación del pasado a partir de criterios normativos y valorativos, seleccionando por su significación los recuerdos de hechos vividos o recibidos por transmisión social”.¹⁴⁷

Desde este punto de vista la memoria histórica se convierte en un pilar fundamental para reconstruir la historia del MCR, ya que, a juicio de Sergio Grez, “la memoria constituye una cantera valiosísima de donde podemos extraer material para el trabajo historiográfico, sobre todo para aproximarnos a las percepciones que tienen las personas y grupos sobre ciertos hechos y el significado que ellos mismos les atribuyen”.¹⁴⁸ Por tal motivo es imprescindible considerar las percepciones de los sujetos históricos populares sobre los hechos experimentados con el MCR, además del significado que ellos mismos le otorgan a su participación en los acontecimientos.

A partir de lo mencionado anteriormente, la memoria histórica representa una materia prima para la historiografía, es decir, una fuente que complementa y enriquece la labor del historiador. En palabras de Mario Garcés:

[...] la memoria, crecientemente, está siendo reconocida por los historiadores como una nueva ‘fuente’ para sus estudios y elaboraciones sobre el pasado, es decir, una vía que hace posible acceder al pasado de un modo nuevo –con sus propias aportaciones y límites– en especial para conocer del pasado de grupos sociales populares o subordinados que dejan pocos o no dejan testimonios escritos (documentos) de su experiencia histórica”.¹⁴⁹

En este sentido la memoria histórica posibilita al investigador relacionarse con aspectos subjetivos como las visiones, los discursos y las expectativas de los protagonistas,

¹⁴⁷ Erice, Francisco, *Memoria histórica y deber de memoria: Las dimensiones mundanas de un debate académico*. En línea:

<http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:http://www.eumed.net/entelequia/pdf/2008/e07a03.pdf>

¹⁴⁸ Grez, Sergio, *Historiografía, memoria y política. Observaciones para un debate*. En línea: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/grezs/grezs0012.pdf

¹⁴⁹ Garcés, Mario, *Recreando el pasado: Guía metodológica para la memoria y la historia local*, Santiago, ECO, 2002, p. 12.

así como también con las percepciones acerca de su participación en la dinámica social del periodo, a las cuales difícilmente podría acceder de otra manera.¹⁵⁰

En su estudio sobre la importancia de la memoria colectiva para los historiadores, Peter Burke plantea que aquella debe ser entendida desde dos perspectivas distintas, en primer lugar, como una fuente histórica sometida a su debido proceso de contrastación con las otras fuentes, y en segundo lugar, como un fenómeno propiamente histórico que debe ser rigurosamente analizado debido a la flexibilidad y selectividad del recuerdo. Ahora bien, en concordancia con la problemática historiográfica aquí planteada, se entiende la memoria histórica desde el primer enfoque propuesto por el investigador británico, afirmando que los historiadores deben “estudiarla como fuente histórica para llegar a una crítica de la fiabilidad del recuerdo en la línea de la crítica tradicional de los documentos históricos”.¹⁵¹

La memoria histórica al ser estudiada como fuente favorece el acceso –por medio de los sujetos históricos– a los acontecimientos que se pretenden rescatar desde olvido, pero siempre teniendo en cuenta las limitaciones que se pueden presentar. Esto último es muy importante desde el punto de vista metodológico, ya que la memoria histórica –en cuanto fuente de información– debe cumplir requisitos al igual que todas las demás, cuyos requerimientos más importantes son los siguientes: “identificación como fuente idónea, contrastación, contextualización temporal, relativización, objetivación y construcción de un discurso metodológicamente fundamentado”.¹⁵²

Finalmente para concluir con el significado atribuido a la memoria histórica como una fuente disponible para el historiador, es decir, como una herramienta de investigación (un medio, y no un fin), se destaca la necesidad de recurrir a todas las fuentes posibles para contribuir a la reconstrucción historiográfica del MCR. Porque, como lo establecen Mario Garcés y Sebastián Leiva, “el mayor desafío del historiador es aprender de cada una de sus fuentes, reconociendo su naturaleza, su carácter, sus alcances y sus límites”.¹⁵³

¹⁵⁰ Rosemberg, Julia y Luciana Rosende, “La vía chilena al socialismo a través del relato testimonial”. En *Revista CCEHS*, n° 1, 2009, Santiago, pp. 42 y 44.

¹⁵¹ Burke, Peter, *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 69.

¹⁵² Aróstegui, Julio, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, p. 165.

¹⁵³ Garcés, Mario y Sebastián Leiva, *El Golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, Santiago, LOM Ediciones, 2005, p. 6.

b) Características: La subjetividad es una de las principales características de la memoria histórica, ya que se encuentra inherentemente vinculada con la experiencia humana y el recuerdo. No obstante, este aspecto no le resta veracidad ni fiabilidad desde el punto de vista científico, ya que toda fuente histórica presenta elementos subjetivos impregnados por sus propios autores y/o instituciones, además, “nadie puede asegurar que los documentos escritos –a los cuales rinde culto la historia tradicional– no hayan sido manipulados, escritos ex profeso, o no den cuenta de la subjetividad de sus autores”.¹⁵⁴

Como segundo atributo se reconoce el carácter político de la memoria histórica, cuya presencia en la problemática que se está investigando es innegable, ya que se encuentra vinculada directamente con un proyecto político de recuperación de tierras impulsado también “desde abajo” por medio de la movilización popular, y en la que se involucraron también partidos políticos de izquierda como el MIR. En este sentido cobra mucha relevancia lo planteado por Mario Garcés al expresar que “la memoria en Chile es política, además, porque se relaciona con los proyectos históricos que organizaron la lucha social y política del siglo XX”.¹⁵⁵ Sin embargo es necesario profundizar aún más en el carácter político de la memoria histórica, ya que no es tal por el simple hecho de estar vinculada con proyectos políticos de tendencia revolucionaria, sino que más específicamente aún, estas experiencias se encuentran “depositadas” en sujetos históricos que fueron a su vez protagonistas y militantes de una revolución y –consecuentemente– víctimas de una brutal represión militar. Así, la memoria histórica es política porque se materializa históricamente en los protagonistas de los cambios sociales y políticos acontecidos durante el periodo de la Unidad Popular, que posteriormente fueron víctimas de los ataques de la dictadura militar pinochetista. Ahora bien, la victimización de los sujetos históricos por sí sola no permite dimensionar políticamente –y en su cabalidad– la militancia que desarrollaron en el periodo, contrariamente:

¹⁵⁴ Ídem.

¹⁵⁵ Garcés, *Recreando el pasado...* op. cit., p. 8.

[...] si junto a la víctima se reconoce al militante y se elabora el significado de sus militancias, en el contexto de luchas por el cambio social, probablemente se enriquezca la memoria y con ella las lecturas que hacemos del pasado.¹⁵⁶

Finalmente, y como tercera característica de la memoria histórica, se destaca su dinamismo en el proceso de recreación y reconstrucción de experiencias. Esta movilidad consiste en la circulación de recuerdos que forman parte activa en el proceso dinámico de recreación de experiencias por parte de los protagonistas. El carácter dinámico de la memoria histórica ha sido descrito y desarrollado por Gabriel Salazar, indicando que:

[...] no es una memoria estática o congelada, sino dinámica, que se revuelve en la subjetividad de los individuos y en la inter-subjetividad de los grupos afectados por el sistema fáctico, que busca su salida lateral, su reconstitución colectiva para, una vez consolidada en lo ancho, inicie un movimiento hacia lo alto, contra la memoria oficial, y para reconquistar no sólo la “memoria pública”, sino también –sobre todo– la legitimidad del sistema social (o sea, su reconstrucción histórica).¹⁵⁷

Es importante señalar –y añadir– que el carácter dinámico de la memoria histórica tiene un origen empírico, es decir, este movimiento profundo de recreaciones se fundamenta concretamente en la experiencia misma, la cual se encuentra depositada, en forma de recuerdos, en las memorias de los militantes-protagonistas del MCR.

c) Función/funcionalidad: La memoria histórica también es significativamente útil para la reconstrucción del MCR producto de las funciones que cumple, e igualmente, de su respuesta a los distintos requerimientos emanados tanto desde la disciplina historiográfica propiamente tal como de la sociedad en general, es decir, funcional a intereses sociopolíticos externos a sus propiedades.

Pero antes de comenzar a reflexionar sobre la función de la memoria histórica, es preciso dar a conocer la premisa historiográfica expuesta por Peter Burke, importante a

¹⁵⁶ Garcés y Leiva, op. cit., p. 20.

¹⁵⁷ Salazar, Gabriel, “Función perversa de la ‘memoria oficial’, función histórica de la ‘memoria social’: ¿cómo orientar los procesos auto-educativos? (Chile, 1990-2002)”, *CEME*. En línea: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/salazarvg/salazarvg0034.pdf

tener en cuenta para continuar con el análisis: “Una de las funciones más importantes del historiador es la de recordador”.¹⁵⁸ Esta premisa es fundamental debido a que precisamente en esta función historiográfica propuesta por Burke –la de recordador– se inserta la función específica de la memoria histórica que consiste en recrear y reconstruir las experiencias de vida a partir de los recuerdos almacenados en los sujetos que fueron protagonistas de determinados fenómenos históricos. En suma, para cumplir la función de recordador, el historiador indispensablemente debe hacerlo recurriendo a la memoria histórica (por lo menos en investigaciones sobre historia reciente, como la del MCR).

Al profundizar aún más en esta función reestructora del pasado, se encuentra un fenómeno asociado indiscutiblemente a este rol de la memoria histórica, el cual consiste específicamente en una “resignificación del pasado”, cuyas propiedades y atribuciones la transforman en una función de esta fuente de información. Existe una relación directa entre memoria y resignificación, en el sentido de que esta última se desenvuelve como función de aquella, ya que:

[...] cuando hablamos de memoria estamos refiriéndonos no a la evocación objetiva de lo que aconteció, sino más bien a la reconstrucción que, desde el presente, se hace en un momento determinado de acuerdo a unos intereses concretos. Estaríamos, en consecuencia, ante un constructo social de significados, por tanto, cambiantes en el tiempo. La memoria, en este sentido, es siempre una memoria historizada, una resignificación del pasado.¹⁵⁹

Así, al contribuir en la reconstrucción histórica de los movimientos sociopolíticos populares durante “la vía chilena al socialismo”, a partir de las experiencias depositadas en las memorias de sus militantes, simultáneamente se está descubriendo el significado histórico de sus manifestaciones e injerencias en la estructura de clases del periodo, es decir, preservando en el tiempo y rescatando desde el olvido el sentido y valor histórico que aquellos idearios sociopolíticos –plasmados en proyectos histórico-revolucionarios– representaron.

¹⁵⁸ Burke, *Formas...* op. cit., p. 85.

¹⁵⁹ Azkarate, Agustín, *Memoria y Resignificación. Apuntes desde la gestión del patrimonio cultural*. En línea: http://www.fundacionfernandobuesa.com/pdf/20070718_ponencia_a_azkarate.pdf

Las funciones que presenta la memoria histórica –recreación y resignificación del pasado– aportan significativamente en la comprensión y reconstrucción histórica de la movilización social impulsada “desde abajo” por el MCR durante el gobierno de Salvador Allende. Pero también es de gran importancia, para tales propósitos, el carácter funcional que presenta esta fuente historiográfica, es decir, su capacidad para responder a funciones externamente determinadas, ya sea desde la disciplina historiográfica misma como desde el ámbito sociopolítico.

La memoria histórica es funcional a dos fenómenos de mucha importancia en la actualidad de la disciplina historiográfica: la “batalla de la memoria” y la “historización de la experiencia”. La primera ha sido desarrollada principalmente por María Angélica Illanes, quien plantea el surgimiento y desencadenamiento de esta “batalla de la memoria” desde una perspectiva historiográfica, pero que es consecuencia directa de la represión ejercida por la acción de las armas sobre los sujetos históricos que intentaron llevar adelante un proyecto histórico de profunda transformación social en el periodo de la Unidad Popular. Así, la “batalla de la memoria” consiste en una:

[...] batalla necesaria, cuya dialéctica confrontacional tiene el poder de romper la parálisis traumática provocada por la acción de las armas, posibilitando la restitución del habla de los ciudadanos, re-escribiendo su texto oprimido, especialmente cuando estas armas han violado brutalmente su cuerpo.¹⁶⁰

Cuando la historiadora menciona que esta “batalla de la memoria” hace posible la restitución del habla de los ciudadanos y la re-escritura de su texto oprimido, se comprende la importancia de la función que cumple la memoria histórica ya que precisamente a través de la re-escritura crítica de ésta es posible contribuir en la reconstrucción del proyecto histórico que representó el movimiento social asociado al MCR a comienzos de la década de 1970, y que fue posteriormente aniquilado por la represión militar pinochetista. Por tanto, la reconstrucción de estos hechos se circunscribe necesariamente en esta “batalla de la memoria”, que “al mismo tiempo que realiza el acto de la re-escritura de la memoria,

¹⁶⁰ Illanes, María Angélica, *La batalla de la memoria*, Santiago, Editorial Planeta Chilena, 2002, p. 12.

debe dar a conocer las claves de su trama, abrir el debate acerca de su contenido, reabrir el proceso de su historicidad”.¹⁶¹ De esta forma la “batalla de la memoria” adquiere mucho valor para el propósito de estudiar los acontecimientos vinculados a la compleja dinámica de agitación social durante la UP en los campos de Cautín y Malleco, además de reconstituir sistemáticamente su historia, ya que esta “lucha” supone una re-escritura del proyecto histórico que representaron esos “muertos”, superando el olvido y la “amnesia historicista”:

[...] porque, si no se enseña ese proyecto, si no se le re-escibe, si no se debate crítica y abiertamente en torno al ideario social y político que esos textos y esos cuerpos mutilados representaban, la batalla cultural no tiene sentido ni significación futura.¹⁶²

Por consiguiente junto a esos nombres y cuerpos es importante rescatar del olvido también el proyecto histórico político que encarnaron, adquiriendo así mucha relevancia la relación histórica entre este proyecto de transformación radical de la estructura de clases y el consiguiente genocidio que negó e impidió su completa realización.

En segundo lugar la memoria histórica es funcional al fenómeno conocido como “historización de la experiencia”, propuesta historiográfica desarrollada principalmente por Julio Aróstegui y que se basa en una objetivación de la memoria, proceso que implica racionalizar la memoria previamente a su inclusión en una narrativa historiográfica y convertirla en conocimiento histórico. Por lo tanto la historización de la experiencia finalmente es una historización de la memoria, ya que según Aróstegui “para que la memoria trascienda sus limitaciones y sea el punto de partida de una historia, es preciso que se opere el fenómeno de su historización, o, lo que es lo mismo, de la historización de la experiencia”.¹⁶³ Es posible de esta manera percatarse de la importancia que adquiere la memoria histórica en este proceso, ya que el recuerdo es determinante para historizar la experiencia en el sentido de hacer presente lo pasado. Asimismo “la historización, a través de la memoria, «integra» al individuo particular en la experiencia social, colectiva, de la

¹⁶¹ *Ibíd.*, p. 15.

¹⁶² *Ibíd.*, p. 16.

¹⁶³ Aróstegui, *op. cit.*, p. 165.

historia”¹⁶⁴, por lo que el sujeto comprende que sus experiencias de vida forman sistémicamente parte de un contexto histórico más amplio.

Lo anterior permite advertir la existencia de una directa relación entre memoria e historicidad, sin la cual sería imposible desarrollar esta “historización de la experiencia”. Esta vinculación es fundamental porque la historicidad impregna de sentido a las experiencias depositadas en las memorias de los sujetos históricos, transformándose en una “atribución humana que da sentido a la «vuelta sobre el pasado» para comprenderle como un presente, para comprender el pasado como un «presente que fue»”¹⁶⁵, configurando a dichas experiencias como aspectos históricamente reales. De esta forma, historizar la experiencia, y por lo tanto la memoria, implica someterla a un análisis histórico crítico, vinculándola simultáneamente a los acontecimientos que se pretenden reconstituir.

Si bien la memoria histórica es funcional a fenómenos pertenecientes a la disciplina historiográfica, también lo es a aquellos de carácter socio-político, específicamente a los procesos de transformación social y de disputa por el poder. El reconocido historiador medievalista Jacques Le Goff aporta con importantes reflexiones sobre el carácter funcional de la memoria histórica, expresando lo siguiente:

La memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva.¹⁶⁶

En este sentido la memoria histórica no es percibida ni compartida de la misma manera por todos los grupos sociales, es decir, no se configura homogéneamente en la sociedad, sino que responde a intereses tanto de los grupos dominantes como de los grupos dominados o en condición de subalternidad. Desde la perspectiva dominante, a través de diversos métodos y mecanismos se intenta manipular la memoria colectiva,

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 184.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 171.

¹⁶⁶ Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1991, p. 134.

específicamente aquellos recuerdos, experiencias y representaciones de fenómenos históricos que implicaron transformaciones sociales y políticas. Lo anterior mantiene un nexo con el carácter instrumental de la memoria histórica, debido fundamentalmente a que ésta representa un mecanismo e instrumento de poder funcional al dominio del recuerdo y de la tradición, esto es, a la manipulación de la memoria social en beneficio del conservadurismo. La preocupación por el dominio de la memoria, vinculada a la ya referida lucha por el poder, responde a la necesidad de mantener el *status quo* por parte de los sectores hegemónicos, quienes procuran proteger sus intereses históricos y su posición en la estructura social-clasista a partir de la manipulación de la memoria histórica, sobre todo de aquellos fenómenos que representaron una amenaza a dichos intereses. Ahora, el hecho de interesarse por la instrumentalización de la memoria histórica, ya sea manipulándola o manteniéndola en el olvido, es producto de la importancia que ésta representa en la lucha por la conservación del poder, porque como justamente sostiene Francisco Rodríguez: “La representación del pasado modeliza el presente y el futuro”¹⁶⁷, lo que permite a los grupos dominantes configurar el tipo de sociedad que sea correspondiente con sus respectivos intereses.

Por el contrario, para los sectores populares el hecho de preocuparse por sus memorias históricas responde a la necesidad de rescatar del olvido las experiencias que contribuyeron en la configuración de sus propias identidades, las cuales se ven amenazadas y perturbadas por esta “ausencia de memoria colectiva”. Fenómeno conocido también como “amnesia historicista” y que según Patricio Quiroga constituye “una grave perturbación que en la medida que se extiende a la memoria colectiva perturbará la identidad colectiva”.¹⁶⁸ Porque los recuerdos y los conocimientos que los protagonistas poseen depositados en su memoria histórica en forma de experiencias, forman parte también de su constructo identitario, tanto a nivel individual como colectivo. En este sentido, y relacionada con la historia del MCR, la memoria histórica de los grupos populares es funcional al esfuerzo por

¹⁶⁷ Rodríguez, Francisco, *Memoria histórica e identidad cultural en el ensayo centroamericano: el caso de Guatemala, las líneas de su mano*. En línea:

http://www.tec.cr/sitios/Docencia/ciencias_lenguaje/revista_comunicacion/Volumen%2011%20N%BA4%202001/pdfs/frodriguez.pdf

¹⁶⁸ Quiroga, Patricio, *Memoria, monumento y amnesia histórica*. En línea:

http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/quirogazp/quirogaz_p0005.pdf

vencer y superar el olvido, el ocultamiento y la “amnesia historicista” de las experiencias de organización y lucha en Chile durante el periodo señalado, los cuales –inherentemente– forman parte de la identidad colectiva de los mencionados sujetos históricos. De lo contrario, Sergio Grez advierte que “aquellos grupos carentes de una sólida memoria colectiva corren peligro de des-construirse, perder su fisonomía, diluir sus identidades en modelos propuestos por actores más fuertes y pujantes”¹⁶⁹, quienes mediante la política y el soporte de la “historia oficial” procuran silenciar y olvidar las experiencias históricas de las luchas sociales y políticas de los sectores populares.

De este modo, reconstruir historiográficamente fenómenos históricos de esta índole, interrogando y recordando el pasado, involucra necesariamente un proceso de profundización y ruptura de hegemonías, es decir, un confrontación dialéctica por el recuerdo entre la memoria y la desmemoria:

Enfrentar el pasado es desnudar el poder que ya ha construido su relato narrándonos todo a todos. Por tanto es evidente que resistir es un imperativo, una forma válida de ejercer memoria contra-hegemónica, más aún cuando, como lúcidamente lo señala Benjamin, para los oprimidos su historia es un permanente estado de excepción.¹⁷⁰

Finalmente, para culminar con el análisis acerca de la utilidad que la memoria histórica representa en la reconstrucción de la historia del MCR durante el periodo señalado –proceso innegablemente dialéctico y contrahegemónico–, es preciso referenciar la excelente reflexión desarrollada por Jacques Le Goff:

La memoria, a la que atañe la historia, que a su vez la alimenta, apunta a salvar el pasado sólo para servir al presente y al futuro. Se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación, y no a la servidumbre de los hombres.¹⁷¹

¹⁶⁹ Grez, Sergio, “Historiografía y memoria en Chile. Algunas consideraciones a partir del manifiesto de historiadores”, *CEME*. En línea http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0017.pdf

¹⁷⁰ Castro, Luis: “La memoria/desmemoria de la huelga de Santa María de Iquique hacia el centenario: el juicio contra Brigg, Olea y Santos Morales por el delito de infracción a la Ley de Reclutamiento Militar (1908-1910)”, en Artaza, Pablo et al., *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*, Santiago, LOM Ediciones, 2009, p. 35.

¹⁷¹ Le Goff, Jacques, op. cit., p. 183.

A modo de conclusión, mediante un análisis sistemático se ha dado a conocer la importancia que posee la memoria histórica en el –necesario– proceso de reconstrucción histórica de las clases y grupos populares durante la UP, particularmente de las diversas expresiones colectivas que dotaron de dinamismo social y político a la denominada “vía chilena de transición al socialismo”, como lo fue la experiencia histórica del MCR. La omisión de los movimientos sociopolíticos populares en los análisis e investigaciones sobre este proceso estimula la invisibilización de los sujetos históricos que protagonizaron las transformaciones sociales del periodo, generando de esta manera una “historia sin sujetos”. Al respecto, el excelente historiador Sergio Grez plantea lo siguiente:

[...] no se puede olvidar la historia plurisecular de pobreza, marginación, opresión y explotación de las grandes mayorías, que no es posible ocultar el estado de permanente desgarramiento de la nación, la profunda escisión entre sus componentes sociales, étnicos y culturales; que no se puede evacuar del análisis la reiterada historia de frustraciones populares, promesas no cumplidas y esperanzas siempre postergadas que llevaron a muchos a tratar de “tomarse el cielo por asalto” a fines de los 60 y comienzos de los 70.¹⁷²

Para redescubrir este pasado colectivo mediante la disciplina historiográfica, es necesaria la consideración de las diversas memorias colectivas de los sujetos históricos involucrados. Por tanto, y evitando cualquier tendencia excesivamente subjetivista, se estima que las experiencias de los que protagonizaron aquellos acontecimientos – depositadas en forma de recuerdos– representan fuentes de información significativamente útiles para comprender la dinámica del periodo en cuestión. De esta forma la memoria histórica favorece la aproximación a aquellos elementos subjetivos que difícilmente de otra manera se puede acceder, sobre todo si se trata de sectores sociales que –producto de una represión dictatorial– no dejaron testimonios escritos de sus experiencias.

Romper con la hegemonía del olvido implica una confrontación dialéctica con la “historia oficial”, que intenta situar la política única y exclusivamente en el aparato estatal, desconociendo que los sujetos históricos populares como los mapuche-campesinos durante la UP también protagonizaron –“desde abajo”– fenómenos políticos de transformación

¹⁷² Grez, Sergio, “Historiografía y memoria en Chile”, op. cit., p. 3.

social. Precisamente en este proceso contrahegemónico de reconstrucción del pasado la memoria histórica ocupa un lugar fundamental, siendo cada vez más reconocida por los historiadores como una fuente histórica.

2.2.2 Historia oral.

Si bien la metodología de la historia oral implica el contacto directo con los sujetos que protagonizaron un hecho determinado, es decir mediante entrevistas, conversaciones, cuestionarios, etc., lo significativo para una investigación historiográfica es el resultado de aquella relación, esto es, los testimonios en cuanto fuente de información. En este sentido, se hace referencia a la historia oral en lo que respecta al resultado de su metodología, manteniéndola estrechamente vinculada a la memoria histórica. Es así como las fuentes testimoniales a tratar, específicamente las memorias depositadas en la bibliografía a utilizar, son el resultado de trabajos realizados por terceros, pero que no por ello pierden su oralidad.

En consecuencia, el propósito de este apartado consiste en justificar la importancia que representa la historia oral en el rescate de la memoria histórica sobre el MCR. Este proceso es indispensable para reconstruir su historia en las provincias de Cautín y Malleco durante el periodo de la Unidad Popular. Para llevar a cabo esta justificación se torna necesario sistematizar la información sobre la historia oral de forma similar a lo realizado con la memoria histórica (teniendo en cuenta las respectivas particularidades) con el propósito de dar a conocer estructuradamente la manera en que la historia oral se relaciona y contribuye con este complejo proceso de reconstrucción histórica.

a) Significado: Tal como se procedió con la memoria histórica, la historia oral será concebida como un recurso historiográfico que posibilita el acceso a “lo histórico”, es decir, contribuye en la reconstrucción de un fenómeno histórico determinado. Este recurso historiográfico será considerado precisamente como una metodología específica de investigación histórica que utiliza los testimonios orales como fuentes para construir conocimiento expresado en un discurso histórico, por lo que se convierte en un procedimiento válido de investigación en la labor del historiador. En este sentido, Julio

Aróstegui plantea que “la historia oral sería una técnica cualitativa practicada con un cierto tipo de fuentes, las orales”,¹⁷³ expresadas en forma de testimonios poseedores de recuerdos y experiencias significativas para los protagonistas de un determinado fenómeno histórico. Tener claro el significado de la historia oral como una metodología de investigación permite aclarar que ésta no es una disciplina diferenciada del proceso de recuperación de la memoria histórica, sino que representa una técnica específica que incluye tanto la interpretación de los testimonios como su rescate. De forma lúcida Pilar Folguera señala en esta misma lógica que “efectivamente, la técnica, el método que se utiliza para recuperar los testimonios orales, puede servir para escribir no otra historia, como en ocasiones se ha afirmado, sino para recuperar el testimonio de los sin historia”.¹⁷⁴ Esta aclaración es relevante para comprender de qué forma se relaciona el significado de la historia oral con la reconstrucción de la historia del MCR y la comprensión de su naturaleza socio-política, en el sentido de que esta metodología de investigación implica una interpretación de los testimonios orales de los militantes del MCR incorporándola en el cuerpo historiográfico del presente trabajo, pero también es fundamental el significado de la historia oral como una metodología “rescatista” de la memoria histórica asociada al MCR.

Con lo anterior se procura dar a conocer la postura historiográfica de esta investigación acerca de cómo se entiende el significado de la historia oral, sustentando la reflexión en la opinión de Frank Gaudichaud¹⁷⁵ con respecto al acercamiento entre las dos orientaciones que sigue la práctica académica de la mencionada metodología. Precisamente se plantea el hecho de considerar conjuntamente la interpretación de los testimonios orales (significación teórica) con la recuperación de la memoria histórica (significación práctica) para sintetizar el significado que representa la historia oral en la presente investigación, y que se expresa también en la definición que realiza Mario Garcés: “una historia que nace de

¹⁷³ Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: Teoría y método*, Barcelona, Editorial Crítica, 2001, p. 413.

¹⁷⁴ Folguera, Pilar, *Cómo se hace Historia Oral*, Madrid, Editorial EUEDEMA, 1994, p. 8.

¹⁷⁵ Gaudichaud, Franck, *Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*, Santiago, LOM Ediciones, 2004, p. 55 (ver pie de página).

la memoria que las personas guardan de su pasado, y que se expresa normalmente como testimonio de experiencias significativas del pasado individual y colectivo”.¹⁷⁶

b) Características: La principal característica de la historia oral es su potencialidad metodológica en el tratamiento de los testimonios orales como fuentes históricas, las cuales “suelen ser creadas entre grupos sociales que han sido privados o que no han tenido acceso a la posibilidad de crear sus propias fuentes: en general las clases o grupos no-hegemónicos”.¹⁷⁷ Dicha potencialidad metodológica se refiere a la capacidad que posee la historia oral para componer sus propios documentos, creando de esta manera nuevas fuentes históricas nacidas de la interacción entre el investigador y los protagonistas. Se produce una especie de diálogo con los recuerdos y experiencias de estos últimos, es decir, con la memoria histórica, generándose nuevos saberes que serán configurados como conocimiento histórico. Por esta razón la importancia del relato testimonial es fundamental para la reconstrucción de la historia del MCR, ya que los testimonios de sus protagonistas enriquecen y complementan la información existente en fuentes bibliográficas y prensa de la época. “Es precisamente el testimonio que resulta de esas interrogaciones a los protagonistas lo que consideramos constituye la principal fuente a la hora de analizar fragmentos de la historia reciente”,¹⁷⁸ porque los sujetos históricos a través del testimonio oral entregan información de los acontecimientos que precisamente se están reconstruyendo, y de los cuales fueron sus protagonistas (campesinado mapuche, miristas, etc.).

Es fundamental señalar que las fuentes históricas producidas por la historia oral no son suficientes por sí mismas, ya que deben ser tratadas conjuntamente con las fuentes primarias y secundarias vinculadas a la temática de estudio. Los testimonios orales, en este caso de varios protagonistas del MCR, deben ser complementados obligatoriamente con la consulta y el análisis de los estudios historiográficos y de la prensa de la época (diarios, revistas, periódicos, etc.) para profundizar en el conocimiento de los acontecimientos. Por

¹⁷⁶ Garcés, Mario, “La historia oral, enfoques e innovaciones metodológicas”, *CEME*. En línea: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/garcesm/garcesm0007.pdf

¹⁷⁷ Fraser, Ronald: “La historia oral como historia desde abajo”. En línea: http://www.ahistcon.org/docs/ayer/ayer12_05.pdf

¹⁷⁸ Rosenberg, op. cit., p. 42.

este motivo se debe tener en cuenta “la utilización de las fuentes orales como complementarias en aquellas investigaciones en las que la evidencia oral sirve para confirmar, contrastar o bien refutar las hipótesis enunciadas a partir de las fuentes escritas”.¹⁷⁹ La complementariedad se entiende como una articulación entre el relato testimonial y las otras fuentes históricas, en la cual “la información oral sirve para comprobar la fiabilidad de otras fuentes, de la misma forma que éstas son su garantía”.¹⁸⁰ En este aspecto la historia oral al trabajar con relatos testimoniales asume una seriedad metodológica, ya que aquellos son utilizados como cualquier otro tipo de fuente en la reconstrucción de la historia del MCR. Esto implica someterlo a un análisis crítico, comprobando su validez y veracidad, contrastándolo con las otras fuentes y analizando su contenido para rescatar aportes que puedan nutrir la investigación.

En segundo lugar se debe señalar que la historia oral se caracteriza por su accesibilidad a los aspectos subjetivos del objeto de estudio, entre ellos los deseos, pensamientos, recuerdos y experiencias de quienes participaron, piezas infaltables en la reconstrucción de sucesos históricos recientes. En este ámbito Leopoldo Benavides aporta demostrando que la historia oral:

[...] lo que busca es precisamente el rescate de los aspectos subjetivos, individuales o sociales en un periodo determinado de nuestra historia, aclarar participaciones personales en hechos históricos conocidos, aclarar aspectos oscuros, nuevos puntos de vista, etc., que se insertan en un terreno ya conocido y que puede documentarse, es decir, confrontarse con las fuentes escritas.¹⁸¹

El nexo que la historia oral mantiene con las condiciones subjetivas (valores, experiencias, intenciones, intereses, etc.) enriquece enormemente el desarrollo de la investigación, pues ayuda a reconstruir más precisa y concretamente los acontecimientos históricos.

¹⁷⁹ Folguera, Pilar, op. cit. p. 17.

¹⁸⁰ Prins, Gwyn, “Historia oral”. En Burke, Peter, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 170-171.

¹⁸¹ Benavides, Leopoldo: “La historia oral en Chile”. En línea:
<http://cronopio.flacso.cl/fondo/pub/publicos/1987/DT/000312.pdf>

c) Funcionalidad: La historia oral es un recurso historiográfico utilizado desde diversos ámbitos y perspectivas en la reconstrucción de la historia reciente de los sectores populares. Es una metodología de investigación aprovechada también por la “nueva historia social” (con la dimensión política incluida) para acercarse a las voces populares silenciadas del pasado. Por este motivo a diferencia de lo realizado con la memoria histórica se profundizará exclusivamente en su funcionalidad, debido básicamente a que es el carácter funcional de esta metodología la que se presenta como principal contribución al momento de reconstruir la historia del MCR.

Recuperar la memoria histórica de grupos sociales invisibilizados por la “historia desde arriba”, como los campesinos e indígenas, requiere necesariamente el uso metodológico de la historia oral para conocer la voz de los sin voz. En esta lógica, “la recuperación de la memoria popular, como un factor relevante de la identidad popular se fue entonces develando como el terreno más fértil para el desarrollo de la historia oral”,¹⁸² favoreciendo una aproximación a los sectores del mundo popular que no han dejado testimonio escrito sobre sus experiencias de lucha en determinados procesos históricos.

Además la “historia oficial” más tradicionalista también ha contribuido enormemente en la invisibilización y silenciamiento de los sujetos históricos que han protagonizado procesos de transformación social, motivo por el cual se reivindica “el valor de las fuentes orales en la moderna historia social como forma de proporcionar presencia histórica a aquellos cuyos puntos de vista y valores han sido oscurecidos por la «historia desde arriba»”.¹⁸³

Se ha profundizado en la funcionalidad de la historia oral con el propósito de fundamentar la manera en que ésta contribuye significativamente en la reconstrucción de la historia del MCR. Su naturaleza metodológica es funcional al proceso de recuperación de la memoria histórica de los sujetos que formaron parte del movimiento social estudiado. Esta funcionalidad favorece el acercamiento a la realidad de los miristas y mapuche-campesinos que participaron en los acontecimientos que se están reconstruyendo, convirtiéndolos en

¹⁸² Garcés, *La historia...* op. cit., p. 2.

¹⁸³ Prins, op. cit., pp. 146-147.

sujetos históricos activos con su correspondiente presencia en la historia del periodo de la Unidad Popular. Invisibilizarlos y silenciarlos historiográficamente, significaría distorsionar la forma en que sucedieron los acontecimientos.

2.2.3 Historia desde abajo.

Tanto la memoria histórica como la historia oral han sido consideradas como recursos historiográficos, ambas vinculadas inherentemente entre sí producto de su interdependencia a la hora de reconstruir la historia del MCR. En este sentido, se ha procurado mantener constantemente las relaciones entre ambos recursos, así como también la manera en que éstos se enlazan a la corriente historiográfica de la “nueva historia social” con el objetivo de darle coherencia a la perspectiva historiográfica desde la cual se realiza la investigación. No obstante se estima como necesario incluir también el enfoque historiográfico conocido como “historia desde abajo”, con el objeto de complementar y potenciar la justificación historiográfica. Por lo tanto, para incorporarlo como parte fundamental de este sistema articulado, es imprescindible explicar el modo en que se enlaza con la memoria histórica y la historia oral. Esta explicación se efectuará sistemáticamente considerando el significado de la “historia desde abajo”, sus características, y sus funciones y funcionalidad.

a) Significado: La “historia desde abajo” no es un tipo diferenciado de historia, corresponde a una categoría fundamental dentro de la historia social que se expresa específicamente como un enfoque historiográfico, desde el cual es posible analizar y explicar el desarrollo de los procesos históricos incorporando la participación de los actores sociales y políticos pertenecientes a los grupos no dominantes. Por este motivo:

[...] la historia ‘desde abajo’ nace como una forma de distanciamiento de la historia historizante –estudio de acontecimientos particulares a través de la consulta de las fuentes escritas– y en este esfuerzo emergen nuevos problemas teóricos y metodológicos que amplían los horizontes reflexivos de los estudios del pasado sobre la definición de su oficio y cómo ejercerlo.¹⁸⁴

¹⁸⁴ Hernández, Yepsaly, *Hombres corrientes e historia social: ¿una nueva ortodoxia?* En línea:

En este caso de estudio, el hecho de utilizar este enfoque historiográfico provoca el surgimiento de problemas teóricos y metodológicos tal como lo señala Yepsaly Hernández. En el primer caso, desarrollar un análisis histórico sobre la conformación del MCR implica inevitablemente una reflexión teórica sobre el proceso revolucionario que éste protagonizó. Y en el segundo, explicar el desarrollo de los acontecimientos incorporando la participación de los sujetos mencionados, debe realizarse considerando también el contexto amplio y la estructura social en el cual se desenvuelven, porque cuando se alude a la “historia desde abajo” se da por asumido que existen por encima aspectos sociales, políticos y económicos que es necesario tener en cuenta (por ejemplo la estructura y el poder dominante).

En relación con lo anterior Jim Sharpe indica que el significado de la “historia desde abajo” “ofrece también el medio de restituir a ciertos grupos sociales una historia que podría haberse dado por perdida o de cuya existencia no eran conscientes”,¹⁸⁵ motivo por el cual se define no tanto por sus implicancias teóricas, sino más bien por su objeto de estudio, es decir, por los grupos sociales “de abajo”.

b) Características: La “historia desde abajo” –en cuanto enfoque historiográfico– se caracteriza principalmente por su capacidad para incluir a los actores históricos que han ocupado posiciones subalternas en la jerarquía de la estructura social correspondiente, en la reconstrucción de los acontecimientos de la historia reciente y “a la explicación de la formación, desarrollo o transformación de los procesos históricos”.¹⁸⁶ No obstante es importante enfatizar que este enfoque historiográfico debe incluir a todos los actores históricos, evitando el error de reemplazar unos sujetos por otros a la hora de reconstruir los acontecimientos, de lo contrario resultaría una interpretación incompleta del fenómeno histórico.

El rasgo señalado anteriormente aporta de manera significativa a la reconstrucción de la historia del MCR, ya que permite una aproximación desde abajo y desde las experiencias

<http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/26090/1/articulo3.pdf>

¹⁸⁵ Sharpe, Jim, “Historia desde abajo”. En Burke, *Formas de hacer...* op. cit., p. 56.

¹⁸⁶ Hernández, op. cit., p. 7.

de sus militantes a la historia política de este movimiento social, porque tal como lo indica Eric Hobsbawm:

[...] un aspecto importante de la historia desde abajo es lo que las personas corrientes recuerdan de los grandes acontecimientos a diferencia de lo que sus superiores piensan que deberían recordar, o lo que los historiadores pueden determinar que en verdad sucedió.¹⁸⁷

En consecuencia, la “historia desde abajo” presenta la ventaja de demostrar que los sujetos históricos invisibilizados por la “historia desde arriba” también fueron agentes que provocaron cambios en la sociedad y que influyeron significativamente en los espacios de poder. Sin embargo, para realizar esta demostración se requiere indispensablemente el uso de los relatos testimoniales como forma de acceder a las experiencias y perspectivas de “los de abajo” en el respectivo proceso de transformación social. Del mismo modo:

[...] los historiadores sociales se dieron cuenta que, a través de la utilización de los testimonios orales, podían convertir en sujetos activos de la historia a grupos o colectivos hasta entonces ignorados por los historiadores, lo que posibilita hacer una “historia desde abajo”.¹⁸⁸

c) Funciones/funcionalidad: La “historia desde abajo” como enfoque historiográfico comprende dos funciones importantes. La primera consiste en “servir de correctivo a la historia de las personas relevantes”,¹⁸⁹ es decir a la “historia desde arriba” centrada en los grandes personajes de la élite, incorporando a los sujetos históricos que han formado parte de los grupos subalternos en la estructura social y cuyas participaciones en los acontecimientos fueron indispensables para el desencadenamiento de un determinado proceso histórico o una determinada coyuntura. Porque los acontecimientos históricos involucran tanto a los personajes de la élite –enfanzados historiográficamente–, como a los sujetos populares –invisibilizados y silenciados–.

¹⁸⁷ Hobsbawm, Eric, “Sobre la historia desde abajo”. En Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 1998, p. 210.

¹⁸⁸ Alted, Alicia y Juan Sánchez, *Métodos y técnicas de investigación en Historia Moderna e Historia Contemporánea*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, 2008, p. 171.

¹⁸⁹ Sharpe, op. cit., p. 50.

La segunda función radica en el hecho de que “abre al entendimiento histórico la posibilidad de una síntesis más rica, de una fusión de la historia de la experiencia cotidiana del pueblo con los temas de los tipos de historia más tradicionales”,¹⁹⁰ es decir, amplía el campo historiográfico al vincular temáticas relacionadas con la estructura y el poder, con aspectos políticos de la experiencia de “los de abajo”, como los movimientos sociales que puede generar.

La funcionalidad de este enfoque se explica por su naturaleza utilitaria, es decir, entendida como un enfoque historiográfico al servicio de la reconstrucción de determinados acontecimientos históricos, sobre todo de aquellos generados por movimientos populares, como será señalado más adelante. Con respecto a lo primero, Alejandro Estrella considera que “la ‘historia desde abajo’ no posee un contenido empírico a priori –no constituye una temática, sino un objeto formal, un modelo teórico abierto a diferentes aplicaciones–”,¹⁹¹ motivo por el cual está determinada por su funcionalidad con respecto a determinados requerimientos historiográficos. Entre éstos se destaca la reconstrucción de la historia de los movimientos populares socio-políticos de la historia reciente, especialmente aquellos de naturaleza revolucionaria como el generado por el MCR durante el periodo de la Unidad Popular. La funcionalidad referida contribuye a superar la invisibilización de sujetos históricos como el campesino pobre y comuneros mapuche de Cautín y Malleco, así como también las organizaciones políticas y movimientos sociales que lograron generar.

Así, los que fueron protagonistas del gobierno de la Unidad Popular son dejados de lado, se les debilita su papel y su experiencia. Pero al quitarles peso a los movimientos sociales populares chilenos de los primeros años de los '70 se está ocultando y distorsionando el pasado: estos movimientos no sólo fueron los protagonistas de los cambios de la sociedad chilena de esos años, sino que además (y consecuentemente) fueron la principal víctima de los ataques de la dictadura pinochetista.¹⁹²

¹⁹⁰ *Ibidem*, p. 51.

¹⁹¹ Estrella, Alejandro, “Las ambigüedades de la ‘historia desde abajo’ de E. P. Thompson: las herramientas del historiador entre la forma, el compromiso político y las disposiciones sociales”. En *Signos Históricas*, n° 22, julio-diciembre, 2009, Distrito Federal, México. En línea:

<http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=34420262003>

¹⁹² Rosenberg, op. cit., p. 41.

3. Estado actual de los conocimientos sobre el tema.

La propia conformación histórica del MCR ofrece la pauta para sistematizar el estado actual de los conocimientos sobre el tema. Este movimiento social mapuche-campesino no fue solamente producto de una coyuntura específica, tampoco es posible explicar su nacimiento únicamente a partir de la influencia de un partido político de izquierda revolucionaria como el MIR, ni tampoco como resultado exclusivo de los históricos movimientos mapuche de recuperación territorial, sino que, considerando conjuntamente estos factores, su historia fue el fruto de la dinámica de distintos procesos históricos que confluyeron en un contexto determinado. En primer lugar destaca la historia del pueblo mapuche y su relación con el Estado de Chile durante el siglo XX, caracterizada por la presencia de una constante lucha de recuperación territorial. En segundo lugar se encuentra el proceso de Reforma Agraria iniciado en el gobierno de Jorge Alessandri, desarrollado germinalmente durante la administración de Eduardo Frei Montalva, y desembocado en una aplicación radical durante el gobierno socialista de Salvador Allende, producto de la presión ejercida por el movimiento campesino y mapuche, de la propia iniciativa gubernamental para transformar la realidad rural del país, de la izquierdización de la sociedad, entre otros factores. Posteriormente se destaca el desarrollo histórico del MIR como factor político determinante en la organización y cristalización del MCR. Estos tres procesos históricos confluyeron en una coyuntura histórica determinada, en ella se desencadenaron los acontecimientos que se pretenden reconstruir. Se trata de un contexto socio-histórico marcado profundamente por el triunfo de la Unidad Popular, fenómeno histórico que forma parte del proceso conocido como “vía chilena al socialismo” y que por lo mismo merece ser evaluado con igual nivel de importancia que el resto de los factores. Finalmente serán abordados los trabajos que particularmente destinan su estudio a la historia del MCR, fundamentalmente dos artículos que han aparecido en el último tiempo y que producto de sus contribuciones merecen ser analizados en su enfoque, metodología y contenido.

Los procesos históricos mencionados anteriormente –y la coyuntura donde se articularon– representan los criterios que estructurarán el análisis sobre el estado actual de los conocimientos sobre la historia del MCR. Se comenzará la revisión de una parte de la

bibliografía asociada al periodo de la Unidad Popular, entendido éste como marco general y contextual en el que se desarrollan y confluyen los restantes procesos y fenómenos históricos.

3.1 Unidad Popular.

Al efectuar una revisión bibliográfica relativa a la historia de la Unidad Popular con el propósito de buscar particularmente información sobre el MCR, se nota a nivel general la existencia de omisiones y vacíos generados respectivamente por los autores. Es por esto que se pretende profundizar justamente en aquellos vacíos de conocimiento sobre la temática de investigación, con el doble propósito de contribuir a la historia de los movimientos socio-políticos populares del periodo de la Unidad Popular y específicamente a la reconstrucción de la historia del MCR en las provincias de Cautín y Malleco.

En el momento de reflexionar y problematizar la ausencia de conocimiento histórico vinculado al objeto de estudio, emerge inevitablemente la siguiente pregunta: ¿por qué existen omisiones con respecto a la historia del MCR en la mayoría de los estudios del periodo de la Unidad Popular? Es llamativo el hecho de que a pesar de la vasta producción bibliográfica sobre este periodo exista poca referencia a los movimientos socio-políticos generados por los sectores populares, los cuales innegablemente fueron sujetos históricos protagonistas en el contexto de la Unidad Popular. En este sentido, y estableciendo posibles respuestas a la interrogante planteada, las omisiones se deben principalmente a la perspectiva de análisis utilizada por gran parte de los autores sobre el periodo en cuestión.

En este aspecto son importantes los aportes que han realizado Mario Garcés y Sebastián Leiva, profundizando lúcidamente en las opciones u omisiones de los análisis sobre la Unidad Popular y sus relaciones con los movimientos sociales populares. El vacío de conocimiento histórico sobre el objeto de estudio se debe en gran parte a lo planteado por los autores, quienes postulan lo siguiente:

[...] la tendencia de la mayoría de los estudios ha sido, hasta ahora, constituir en objeto de análisis casi exclusivamente a los actores políticos ‘formales’, es decir, los partidos políticos,

las temáticas vinculadas a ellos (programas, tácticas, alianzas) y los ámbitos donde estos concentraban su accionar (sobre todo los diversos espacios del aparato estatal).¹⁹³

Se otorga poca importancia a los sectores populares durante el periodo de la Unidad Popular, recibiendo un débil tratamiento en las existentes investigaciones y omitiendo el protagonismo político que estos asumieron en los acontecimientos. Es más, la gran mayoría de las investigaciones orientan su análisis hacia lo que ocurrió dentro del sistema político de partidos, priorizando únicamente la política institucionalizada en el ámbito estatal. Existe por lo tanto una invisibilización de los sectores populares y sus expresiones políticas de movilización social.

Para profundizar aún más este análisis bibliográfico, se mencionará en primer lugar el caso del libro “La Unidad Popular treinta años después”, publicación que contiene trabajos de diversas temáticas desarrolladas por varios autores, todas vinculadas al periodo de la Unidad Popular. Dentro de las temáticas expuestas existen dos que son significativas para efectos de nuestra investigación. La primera recibe el nombre de “Partidos y actores políticos” y contiene un primer sub-tema de presentación, introducido de la siguiente manera por Fernando Alvear:

El documento presentado a continuación es una breve caracterización introductoria de las principales agrupaciones que fueron protagonistas del acontecer político del período de la Unidad Popular. Por lo mismo, no se pretenda extraer de él otra cosa más que los elementos necesarios para la realización o comprensión de análisis más exhaustivos de la esfera de lo político en el período señalado.¹⁹⁴

Las principales agrupaciones que protagonizaron el acontecer político de la Unidad Popular, según la percepción de Fernando Alvear, están representados en los partidos políticos oficiales. Por este motivo, la manera en que se refiere al periodo no escapa a la perspectiva de análisis que acentúa el protagonismo en los actores políticos “formales”. En

¹⁹³ Garcés, Mario y Sebastián Leiva, “Perspectivas de análisis de la Unidad Popular: Opciones y omisiones”. Disponible en http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/leivas/leivas0006.pdf

¹⁹⁴ Alvear, Fernando, “Presentación del tema ‘Partidos y actores políticos’”, en Baño, Rodrigo (editor), *Unidad Popular 30 años después*, Santiago, LOM Ediciones, 2003, p. 91.

este sentido es imposible encontrar información sobre el MCR, más aún si el autor sitúa “lo político” solamente en la esfera partidaria-estatal. Y la única manera en que Alvear se refiere a los sectores populares también responde a esta perspectiva analítica reduccionista, ya que lo hace en función solamente de los principales partidos políticos, considerándolos solamente como “bases sociales de los principales partidos políticos”. En este aspecto difícilmente se encontrarán referencias al MCR, más aún cuando el autor omite al MIR en el ámbito de los partidos políticos y sus bases sociales.

En relación a lo anterior se considera importante analizar el subtema desarrollado por Jorge Arrate titulado “Protagonistas y encrucijadas de la Unidad Popular”. Al referirse a los actores protagonistas continúa en la misma perspectiva que Fernando Alvear, aunque profundizando y adicionando algunos elementos. Sin embargo Jorge Arrate involucra a los movimientos sociales como actores importantes, aunque de forma superficial e incompleta. Sobre ello el autor señala que:

[...] un último actor a tener presente, muy importante para todo el proceso, fueron los movimientos sociales. Me refiero al sindicalismo, que tenía una fuerza significativa y que estuvo muy alineado junto a los partidos y muy junto a Allende, quizás uno pudiera decir que, por momentos, en demasía. Pero surgieron otras formas de organización social que fueron muy interesantes y suscitaban discusiones, debates y problemas. Estoy pensando en los llamados cordones industriales.¹⁹⁵

Si bien Arrate destaca la importancia de los movimientos sociales como actores protagonistas de la Unidad Popular, no profundiza en ello. Incluso, cuando intenta hacerlo, solo se refiere al movimiento urbano y sindical, excluyendo del análisis el protagonismo de los movimientos a nivel rural –campesino y mapuche–.

La segunda temática del libro en cuestión que es significativa para el análisis del estado actual de los conocimientos sobre el MCR es denominada “Los movimientos sociales”. En la presentación del tema Liliana Manzano y Sebastián Zeiss escapan a la tendencia dominante que centra el análisis solamente en el espacio político institucional,

¹⁹⁵ Arrate, Jorge, *Protagonistas y encrucijadas de la Unidad Popular*, en Baño, op. cit., p. 151.

relevando “la influencia de las transformaciones sociales y de los movimientos expresivos de las clases populares en los procesos ocurridos durante la Unidad Popular, y del interés por comprender la importancia política y social alcanzada por estos sectores”.¹⁹⁶

En este sentido los autores explican las particularidades de los sectores populares que incidieron y protagonizaron los acontecimientos de movilización social y política en el periodo de la Unidad Popular. Destacan los tres principales movimientos del periodo y sus bases estructurales: movimiento poblacional, movimiento obrero y movimiento campesino; siendo éste último el que interesa analizar y problematizar. El tema es titulado por los autores como “Movimiento Campesino y Reforma Agraria”, realizando una descripción de la estructura social en el campo y de las federaciones campesinas a nivel nacional. Si bien existe una aproximación al objeto de estudio, es muy superficial y leve, mencionando solamente al MIR y sus lazos con los indígenas. No se menciona la importancia del MCR ni el protagonismo que adquirió en el pueblo mapuche durante el periodo de la Unidad Popular. Los autores se refieren a este tema de la siguiente manera:

[...] se pueden distinguir tres federaciones nacionales: la Confederación Triunfo Campesino, de corte demócrata cristiano; la Confederación Libertad, ligada a la Iglesia Católica, y la Confederación Ranquil, ligada a la Unidad Popular y que más tarde se unió a la CUT. Esta Confederación contaba con una fuerte base indígena, que por su parte estableció fuertes lazos con el MIR.¹⁹⁷

Estos lazos entre la base indígena y el MIR serán profundizados en la presente investigación, destacando la importancia del MCR en esta articulación.

Formando parte del tema “Los movimientos sociales” se encuentra también el subtema titulado “La gran transformación agraria”, presentado por Sergio Gómez, quien propone un análisis con respecto al movimiento campesino –a escala nacional– en el contexto de la Reforma Agraria durante el periodo de la Unidad Popular. El aporte que efectúa el autor es significativo para los propósitos de la investigación, ya que al referirse a

¹⁹⁶ Manzano, Lilibian y Sebastián Zeiss, *Presentación del tema ‘los movimientos sociales’*, en Baño, op. cit., p. 159.

¹⁹⁷ *Ibidem.*, p. 170.

las organizaciones campesinas destaca el protagonismo de los mapuche en la movilización rural, reconociendo que:

[...] en la época de la Unidad Popular hubo una muy fuerte organización de los grupos mapuches. A modo de ejemplo, cuando en la provincia de Cautín se genera una movilización social, el gobierno no manda fuerzas especiales; el gobierno se instala, en la provincia de Cautín, va el Presidente e instala al Ministro de Agricultura J. Chonchol, y a toda la plana mayor del Ministerio de Agricultura para que realmente resuelvan, o intenten resolver, los conflictos que las organizaciones mapuches estaban planteando.¹⁹⁸

La trascendencia que tuvieron las organizaciones campesinas mapuche es reconocida por el autor, señalando que el gobierno prestó gran atención al conflicto rural producido en Cautín. Lo anterior constituye un tremendo aporte para la reconstrucción de la historia del MCR en aquella provincia, ya que entrega información sobre la importancia y trascendencia que tuvo la movilización del campesinado mapuche a nivel nacional. Además el autor hace referencia al MCR, destacando la influencia de sus movilizaciones en la creación de los Consejos Campesinos por la base, tanto Comunales como Provinciales, los cuales fueron organizaciones representantes de la “democracia directa” promovida por el MIR y el MCR. Asimismo Sergio Gómez menciona que “los consejos se crearon a nivel comunal y a nivel provincial. Lo cierto es que estos consejos crecieron por movilizaciones, básicamente del Movimiento Campesino Revolucionario, que era el frente de masas del MIR”.¹⁹⁹ El autor se refiere al MCR como el frente de masas del MIR, sin embargo la expresión es reduccionista ya que representa una perspectiva simplificadora del significado de aquel movimiento político de carácter rural, en el que confluyeron miristas y campesinos chilenos y mapuche, aspecto en el cual se pretende profundizar y demostrar que el MCR fue mucho más que el “frente de masas del MIR”.

Las omisiones y los vacíos sobre la historia del MCR se repiten en el libro “Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular”. Esta investigación consiste en una colección de estudios históricos desarrollada por diversos historiadores que se proponen

¹⁹⁸ Gómez, Sergio, *La gran transformación agraria*, en Baño, op. cit., p. 178.

¹⁹⁹ *Ibidem.*, p. 179.

rescatar desde el olvido el proceso que dio forma al gobierno de la Unidad Popular. Sin embargo, pese a la variedad de los temas, ninguno trata la importancia y el protagonismo de la movilización campesina y mapuche en el gobierno de Salvador Allende. Si bien existen estudios que concentran su análisis en el protagonismo de los sectores populares, persiste la tendencia general de relevar historiográficamente a los actores sociales urbanos, específicamente al movimiento de pobladores y al sindicalismo obrero.²⁰⁰

Jorge Arrate y Eduardo Rojas en el tomo II (1970-2000) de la “Memoria de la izquierda chilena” si bien realizan un análisis político-histórico centrado en los partidos políticos y el Estado, también se refieren al MCR y su vinculación con el MIR. Aunque es un análisis superficial, constituye de cierta manera un aporte para la investigación. A continuación, un fragmento que evidencia lo que se está evidenciando: “El gobierno llama a evitar tomas indiscriminadas de tierras, señalando que las expropiaciones planeadas estarán completas al finalizar ese año. No obstante, el MIR da impulso a estas acciones a través del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) [...]”.²⁰¹ Nuevamente la única referencia que se hace al MCR es en su vinculación con el MIR, mostrando una versión instrumental de su quehacer político, excluyendo del análisis la naturaleza, las características y la trascendencia que tuvo a nivel social. Sin embargo los autores consideran el contexto en que se desarrollaron los acontecimientos vinculados al MCR, lo que de alguna manera representa un aporte para la reconstrucción de su historia en las provincias de Cautín y Malleco. Los autores teniendo en cuenta el contexto de la movilización campesina, sostienen:

En realidad está en curso, sobre todo en el sur, una profundización del proceso de reforma agraria que, desde el punto de vista de los campesinos, además del acceso a la tierra implica

²⁰⁰ El movimiento de pobladores es profundizado por Mario Garcés en “Construyendo ‘las poblaciones’: El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular”. Por su parte, el sindicalismo obrero es trabajado por Franck Gaudichaud en “Construyendo ‘poder popular’: El movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el periodo de la Unidad Popular”. Ambos estudios en Pinto, Julio (coordinador-editor), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, LOM Ediciones, 2005.

²⁰¹ Arrate, Jorge y Eduardo Rojas, *Memoria de la izquierda chilena. Tomo II (1970-2000)*, Santiago, Ediciones Biografía e Historia, 2003, p. 34.

un fortalecimiento de su organización a través de la constitución de sindicatos y de “consejos comunales campesinos”.²⁰²

Aún así, los autores omiten gran parte del protagonismo del MCR en los primeros años del periodo de la Unidad Popular, sobre todo en la radicalización de la Reforma Agraria que involucró a gran parte de los mapuche de ambas provincias. Los autores –en continuidad con la referencia anterior– afirman que:

[...] este proceso adquiere particular importancia entre los mapuches, que obtendrán en 1972 una nueva ley indígena y la creación de la Asociación Nacional Mapuche. Lidera la entidad desde sus inicios Melillán Painemal, militante comunista que será desde entonces uno de los principales líderes e intelectuales de su pueblo.²⁰³

La tendencia de la gran mayoría de los estudios sobre el periodo de la Unidad Popular es la invisibilización de los grupos populares y los movimientos socio-políticos. La producción bibliográfica existente en gran parte pertenece a militantes políticos que participaron a través de sus partidos en el aparato estatal. Ya se revisaron los casos de Jorge Arrate (PS) y Eduardo Rojas (MAPU), quienes a partir de sus experiencias en el gobierno de Salvador Allende reconstruyen los hechos de acuerdo al ámbito en donde concentraban su accionar, dejando en segundo plano –o simplemente en la omisión– el accionar de las organizaciones políticas de base, como el caso del movimiento mapuche-campesino asociado al MCR. De la misma manera Luis Corvalán (PC) en su libro “De lo vivido y lo peleado. Memorias” refiriéndose al periodo de la Unidad Popular, excluye del análisis el protagonismo del movimiento campesino y mapuche en su primera etapa, sobre todo en las zonas del sur chileno. Cuando describe a “la gente del pueblo” se deduce que las prioridades en el periodo de la Unidad Popular eran los actores urbanos. En este sentido Corvalán sostiene:

²⁰² *Ibidem*, p. 35.

²⁰³ *Ídem*.

Por primera vez en la historia de Chile el país fue gobernado por un Presidente y una coalición de izquierda cuya preocupación principal fue la de servir al pueblo, a los trabajadores y a la gente más postergada y desvalida.²⁰⁴

El fenómeno mencionado anteriormente se produce de forma similar en un porcentaje importante de la bibliografía existente y disponible, especialmente la perteneciente a autores que experimentaron el periodo de la Unidad Popular desde el sistema de partidos en el ámbito estatal, interpretando los acontecimientos desde una perspectiva política-institucional. Por ejemplo “1970. La pugna política por la presidencia en Chile” y “Allende y la experiencia chilena: las armas de la política”, ambas obras pertenecientes a Joan E. Garcés, quien cumplió el rol de asesor personal de Salvador Allende. Por otro lado, están los libros “La fuerza democrática de la idea socialista” de Jorge Arrate, y “El gobierno de Allende” de Luis Corvalán, a quienes ya se ha hecho referencia.

Tal como se ha señalado, la gran mayoría de los estudios sobre el periodo de la Unidad Popular omiten la historicidad de los sectores populares y los movimientos socio-políticos que generaron. Sin embargo existen tres excepciones que merecen ser mencionadas, ya que además de cambiar la perspectiva de análisis –rescatando el protagonismo de los movimientos populares–, poseen información significativa para discutir bibliográficamente en relación al objeto de estudio.

En primer lugar nos ocuparemos del libro de Peter Winn titulado “Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo”. Aunque el objeto de estudio se relaciona con el movimiento obrero durante el periodo de la Unidad Popular, existe información vinculada al MCR en las zonas mapuche. Pese a que no se nombra al MCR explícitamente, sí se realiza una descripción general del conflicto que protagonizó y sus métodos de acción política. Así lo describe Peter Winn:

Igualmente dramático e incluso menos compatible con la revolución en fases y desde arriba de Allende fue la toma de tierras agrícolas que comenzó en las zonas indígenas mapuches, que se extendieron rápidamente a los trabajadores rurales y campesinos pobres del fértil Valle Central, el granero de Chile y la base económica y política de las elites tradicionales. Tanto

²⁰⁴ Corvalán, Luis, *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, Santiago, LOM Ediciones, 1999, p. 128.

para la “corrida de cercos” por los indígenas para retomar las tierras que los conquistadores europeos les habían quitado en el siglo precedente, como la toma de los grandes fundos por campesinos decepcionados por la velocidad y alcance de la reforma agraria de Frei, el mensaje era el mismo. Los postergados de Chile habían tomado la victoria de Allende como propia y estaban actuando según su significado mediante su propia acción directa. Fue a la vez un signo de fe en la Unidad Popular y de una sospecha de la burocracia gubernamental.²⁰⁵

La extensión de la cita se debe principalmente a que es la mención más importante que se hace sobre el tema a lo largo del texto. Además constituye una excelente síntesis de los acontecimientos que serán reconstruidos. Y tal como se indicó, pese a que no se nombra al MCR, la situación que se describe corresponde a los acontecimientos que protagonizó, ya que las “corridas de cerco” constituyeron el principal método de acción directa utilizado por el MCR para recuperar el territorio usurpado.

En segundo lugar se abordará la obra de Franck Gaudichaud titulada “Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973”. El estudio realizado por Gaudichaud también se centra en el movimiento popular urbano, motivo por el cual no existe vinculación con la presente temática de estudio. Sin embargo hay que destacar un extracto del prefacio realizado por Michael Löwy en relación a los estudios sobre la Unidad Popular, el cual orienta la presente investigación y justifica la perspectiva historiográfica utilizada:

Numerosos trabajos fueron escritos sobre esta historia, pero escasos han sido los intentos para tratar de reconstituir lo que fue la tentativa de crear, partiendo de las bases, un embrión de ‘poder popular’. En este trabajo, Franck Gaudichaud intenta analizar los acontecimientos ‘desde abajo’, desde el punto de vista de los sectores más conscientes y los más combativos de la clase obrera.²⁰⁶

²⁰⁵ Winn, Peter, *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Santiago, LOM Ediciones, 2004, p. 202.

²⁰⁶ Gaudichaud, Franck, *Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*, Santiago, LOM Ediciones, 2004, p. 11.

Bajo esta misma lógica se busca realizar la reconstrucción de la historia del MCR en las zonas señaladas, contribuyendo simultáneamente al estudio de los movimientos sociales y políticos de “los de abajo” en el periodo de la Unidad Popular. Por otro lado se busca responder a la invitación realizada por Gaudichaud en la presentación general de la obra a estudiar al movimiento campesino en este periodo:

Este estudio se centra principalmente en el movimiento popular urbano dada su importancia y sus rasgos específicos. Sin embargo deja de lado las múltiples luchas en el campo que surgen en este periodo, bajo el auspicio del mismo ‘poder popular’ y que necesitaría en el futuro un amplio análisis.²⁰⁷

Finalmente, el tercer estudio que forma parte de las excepciones analizadas se denomina “Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-1973”, escrito por Hugo Cancino. Esta obra constituye el aporte más significativo para la reconstrucción de la historia del MCR en Cautín y Malleco, debido a que posee gran cantidad de información concerniente al accionar de este movimiento sociopolítico. Lo anterior se encuentra desarrollado ampliamente en el capítulo IV denominado “Las movilizaciones campesinas y la conformación de los Consejos Comunales Campesinos 1970-1973”, dentro del cual se desarrolla considerablemente la conformación del MCR y su accionar. Incluso se elabora un análisis de los métodos de lucha y de la función del MCR, específicamente en el sub-tema “Las ocupaciones de tierras: corridas de cerco y la función del MIR/MCR en Cautín”. El autor se refiere de la siguiente manera a la conformación del MCR:

[...] el MIR creó a mediados de 1970 el ‘Movimiento Campesino Revolucionario’ (MCR), que concibió como el centro de articulación de los pobres del campo, entendiendo bajo esta denominación a las capas no organizadas sindicalmente del agro, como los afuerinos e inquilinos y especialmente el campesinado mapuche²⁰⁸.

²⁰⁷ *Ibíd.*, p. 13. (pie de página)

²⁰⁸ Cancino, Hugo, *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-1973*, Dinamarca, Aarhus University Press, 1988, p. 152.

La descripción que realiza el autor sobre la conformación del MCR en cierto modo es correcta, pero a su vez es incompleta, ya que se menciona únicamente al MIR en su creación excluyendo la importante participación de dirigentes mapuche en su conformación inicial. Sin embargo, más allá de esta diferenciación, la obra de Hugo Cancino representa uno de los principales aportes para el análisis histórico de la conformación del MCR en la provincias de Cautín y Malleco, y consecuentemente para la recreación integral de su historia.

3.2 Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

El MIR representó uno de los factores determinantes en la conformación del MCR, motivo por el cual es necesario analizar parte de la bibliografía sobre su historia en el periodo de la Unidad Popular, para detectar aportes y omisiones en el propósito de enriquecer la discusión bibliográfica y la reconstrucción de la historia del MCR en aquellas provincias. En primer lugar, el libro de Sebastián Leiva titulado “Revolución socialista y poder popular. Los casos del MIR y PRT-ERP 1970-1976” contiene menciones importantes al MCR, aunque superficiales, pues no se profundiza en un análisis mayor sobre su comportamiento en el periodo de la Unidad Popular. No obstante, las referencias que realiza el autor constituyen aportes de gran valor ya que si bien son descripciones breves sobre la vida del MCR, es información relevante para la reconstrucción de su historia. Además el autor reconoce que la relación establecida entre el pueblo mapuche y el MIR ha sido escasamente estudiada, lo que representa una propuesta y un punto de partida para el estudio de esa asociación política expresada en la constitución del MCR. Entre las menciones del autor son rescatables las siguientes:

Por su parte, el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) definía en su II Congreso, realizado en febrero de 1971 en Temuco, su primera plataforma de lucha, planteando la expropiación de todos los fundos de más de 40 has. de riego básico a “puertas cerradas” y sin

indemnización, elección democrática de los Consejos Comunales Campesinos y la creación de una nueva ley de reforma agraria.²⁰⁹

En segundo lugar se destaca el libro “Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile”, cuya edición estuvo a cargo de Pedro Naranjo, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto, y corresponde a una selección de discursos y documentos del MIR. La recopilación se realiza en función de su máximo dirigente, Miguel Enríquez, por lo que las temáticas de los documentos giran en torno a sus discursos, conversaciones, debates, homenajes, informes, intervenciones, etc. En este sentido la presencia de información con respecto al MCR es mínima, solamente aparece la presencia de un documento. Sin embargo, este documento es de gran relevancia para el estudio, ya que se refiere a unos de sus principales líderes. Se trata del discurso emitido por Miguel Enríquez en Temuco el 1 de noviembre de 1971 producto de la muerte de Moisés Huentelaf (asesinado por latifundistas de la zona), dirigente mapuche del MCR en la provincia de Cautín. El discurso es titulado de la siguiente manera por Miguel Enríquez: “Homenaje a Moisés Huentelaf, héroe de la lucha campesina”. En él es posible percibir el impacto que producía el conflicto entre el MCR y latifundistas a nivel nacional, como también de los vínculos existentes entre militantes del MIR y los mapuche. La relación entre ambas partes es descrita por Mario Garcés en el prólogo del libro de la siguiente manera:

[...] el primer y más explosivo desarrollo del MIR se dio, primero entre los estudiantes y muy pronto entre los pobladores “que tomaban sitios” y entre los campesinos que buscaban apurar la reforma agraria y en especial entre los mapuches que “corrían cercos” para recuperar territorios usurpados por “los huincas”.²¹⁰

Tal como en casos anteriores no se nombra explícitamente al MCR, no obstante, constituye un aporte significativo para comprender la importancia de las relaciones entre ambos sujetos históricos.

²⁰⁹ Leiva, Sebastián, *Revolución socialista y poder popular. Los casos del MIR y PRT-ERP 1970-1976*, Concepción, Ediciones Escaparate, 2010, p. 59.

²¹⁰ Naranjo, Pedro et al., *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Santiago, LOM Ediciones, 2004, p. 11.

Para concluir con el análisis bibliográfico sobre la historia del MIR en el periodo de la Unidad Popular, es fundamental señalar que si bien existen varios documentos, artículos y libros sobre su historia, la gran mayoría prioriza el análisis partidario por sobre las bases sociales con las cuales se vinculó. Y en los casos en que se aproximan a este objetivo, se enfatiza y privilegia el movimiento urbano –de pobladores y obreros– por sobre el campesino y mapuche.

3.3 Movimiento campesino y Reforma Agraria.

En relación al movimiento social campesino la bibliografía existente es reducida, por lo que se torna dificultosa la tarea de encontrar información o alguna referencia sobre el MCR. Por ejemplo el estudio de Sergio Gómez titulado “El movimiento campesino en Chile” comprende un análisis general de la historia del movimiento campesino, principalmente desde la década de 1960 en adelante. Sin embargo no existe mención alguna al MCR, ya que la reflexión que realiza el autor sobre el periodo de la Unidad Popular es breve, destacando solamente la importancia de las confederaciones campesinas a nivel nacional como la Confederación Ranquil, ligada al PC. Entonces surge la pregunta ¿porqué se omite al MCR en la historia del movimiento campesino? La omisión responde principalmente a la naturaleza del estudio, el cual consiste en una reflexión general sobre el movimiento campesino en Chile más que en una investigación historiográfica. La omisión se debe también a la perspectiva de análisis utilizada, centrada solamente en las organizaciones campesinas ligadas a los principales partidos políticos, sobre todo en el periodo de la Unidad Popular, como es el caso de la ya mencionada Confederación Ranquil o la Confederación Triunfo Campesino, ligada a la Democracia Cristiana (DC).

Desde otro punto de vista, al indagar en la bibliografía sobre la Reforma Agraria es posible encontrar más información con respecto al MCR, sin embargo ninguna de las opciones constituye un estudio profundo sobre el tema. Solamente aparecen referencias, comentarios y alusiones. Un ejemplo claro es el estudio realizado por el Dr. Solon Barraclough (técnico agrario) en pleno proceso de Reforma Agraria bajo el gobierno de Allende. El autor fue solicitado por el gobierno para realizar un diagnóstico sobre la Reforma Agraria chilena. En la obra publicada, Barraclough se aproxima al MCR cuando

describe lo que sucedía en la zona mapuche, pero sin nombrarlo explícitamente. Este fenómeno responde a la naturaleza de la investigación, ya que es un estudio de carácter general. Sin embargo al referirse a la presión campesina y las “tomas de fundo” sostiene:

Durante los últimos meses de 1970 hubo conflictos en varias provincias del sur. En Cautín, 35; en Valdivia, 24; en Osorno, 24; y en Llanquihue, 20. Sin embargo, la prensa de oposición, insistió en hablar sólo de los conflictos de Cautín, porque en su mayoría estaban asesorados por el MIR. Se habló de ‘alrededor de 50 tomas’ (El Mercurio, enero 1971) en esa provincia, olvidándose que en otras provincias también adquirirían gran importancia.²¹¹

Este aporte es significativo para la reconstrucción de la historia del MCR en Cautín, ya que da cuenta del impacto social que causaron los conflictos en aquella provincia, y del rol de la prensa de oposición frente a los acontecimientos.

Por último se hace referencia a la obra de Arturo Fontaine titulada “La tierra y el poder. Reforma Agraria en Chile (1964-1973), en la cual el autor al analizar el periodo de la Unidad Popular se centra en los conflictos entre campesinos mapuche y latifundistas. Profundiza en el tema de las “tomas de fundo” y “las corridas de cerco”, refiriéndose constantemente al MCR en las zonas mapuche, pero extrayendo la información en gran medida de los diarios de oposición como El Mercurio, el cual tendía a exagerar los hechos y criminalizar la lucha del MCR. Lo anterior se debió principalmente a la incomodidad que causaba en la oposición la integración de la lucha histórica del pueblo mapuche a la lucha por el socialismo. En este sentido es criticable la forma en que el autor reconstruye los hechos históricos, más aún si deja de lado la versión de sus protagonistas. Además el análisis no considera las causas de los conflictos, los problemas históricos y las condiciones socioeconómicas de los sujetos que conforman el MCR.

3.4 Historia del pueblo mapuche.

De la bibliografía existente sobre el pueblo mapuche, han sido escogidas aquellas obras que consideran y analizan sus movilizaciones durante el periodo de la Unidad Popular con el

²¹¹ Barraclough, Solon y José Fernández, *Diagnóstico de la Reforma Agraria chilena*, México, siglo XXI editores, 1974, p. 196.

propósito particular de extraer conocimiento sobre el MCR. Se debe señalar que los estudios sobre el pueblo mapuche constituyen las principales fuentes de información bibliográfica, en ellos es posible encontrar grandes aportes desde el punto de vista del conocimiento histórico sobre el MCR en Cautín y Malleco. Con respecto a lo anterior surge la siguiente pregunta ¿porqué los estudios sobre el pueblo mapuche constituyen los principales aportes para la reconstrucción de la historia del MCR? La respuesta es porque la composición del MCR en Cautín y Malleco era mayoritariamente mapuche, y los estudios sobre este pueblo originario incluyen inherentemente su lucha histórica de recuperación territorial, la cual estuvo muy cerca de alcanzar su objetivo en el periodo de la Unidad Popular. Lo anterior encuentra sus argumentos en los estudios que se analizarán a continuación. Las obras consultadas son: “La Reforma Agraria y las tierras mapuches. Chile 1962-1975”, y “La sangre del copihue. La comunidad Mapuche de Nicolás Ailío y el Estado chileno, 1906-2001”.

La primera obra representa un examen histórico, territorial y jurídico sobre el desarrollo del proceso de Reforma Agraria en la Araucanía. Es destacable la importancia del primer capítulo titulado “La constitución de la propiedad agraria en la Araucanía”, debido a que contiene uno de los aspectos indispensables para argumentar históricamente el conflicto desarrollado en Cautín y Malleco, en el cual el MCR fue protagonista. Se trata del tema de la constitución de la propiedad agraria en aquellas provincias. Hay que tener en cuenta este aspecto, ya que sería muy difícil conocer las causas de la movilización mapuche excluyendo del estudio el conflicto por la posesión de la tierra. El principal propósito de los mapuche que participaron del MCR era “recuperar la tierra usurpada” por latifundistas de la zona y por el Estado chileno. En este sentido los autores sostienen que: “El MCR privilegió la recuperación ‘de hecho’ de las tierras usurpadas y, desde junio de 1970, venía desarrollando un importante proceso conocido como las ‘corridas de cerco’ [...]”.²¹²

Esta obra será consultada permanentemente a lo largo del estudio, puesto que contiene información significativa sobre el MCR en ambas localidades, favoreciendo enormemente la reconstrucción de los acontecimientos y sus vinculaciones con el proceso

²¹² Correa, Martín et al., *La Reforma Agraria y las tierras mapuches. Chile 1962-1975*, Santiago, LOM Ediciones, 2005, p. 139.

de Reforma Agraria desarrollado por el gobierno de la Unidad Popular, radicalizada en gran parte por el MCR de aquellas localidades.

La segunda obra consultada posee un valor similar para la reconstrucción de la historia del MCR, pero se diferencia de la anterior porque mezcla los testimonios de los integrantes de la comunidad mapuche de Nicolás Ailío (que protagonizaron los acontecimientos a reconstruir) con un análisis histórico del conflicto entre aquella comunidad y el Estado de Chile durante el amplio periodo 1906-2001, dentro del cual la Unidad Popular ocupa gran parte del análisis. Es preciso rescatar un fragmento de la obra de Florencia Mallon que contribuye valiosamente a la discusión y problematización sobre la relación etnia/clase en los procesos de transformación social, vinculada directamente con el fenómeno histórico del MCR:

[...] Esto tampoco cambió dentro de la izquierda más radical, o sea en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y su brazo campesino, el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), donde hubo una dramática presencia Mapuche [...] la conclusión era, de todas maneras, que la lucha de clases que unificaría al campesinado ‘chileno’ con el campesinado Mapuche era una etapa más ‘avanzada’ de lucha a la cual había que aspirar. La izquierda radical de los años sesenta, por tanto, seguía manejando un ‘proyecto civilizador’ que tenía como meta final educar a los Mapuche en la política de clase.²¹³

No se profundizará acá en esta discusión, sino que solamente se planteará –a partir de la experiencia de dirigentes mapuche del MCR– que esta problemática etnia/clase corresponde más a un análisis hecho desde el presente que a una percepción generalizada del pueblo mapuche en aquel periodo. La concepción de “Nación Mapuche” no tenía presencia importante en el periodo del MCR en Cautín y Malleco según sus dirigentes, sino que es en la actualidad en donde adquiere mayor fuerza política. En este sentido, con la presente investigación se procura reconstruir la historia del MCR a partir de la percepción que sus militantes poseían en el periodo, tanto los miristas como los campesinos mapuche y chilenos. Con este no se quiere decir que la autora está equivocada –ya que el debate que

²¹³ Mallon, Florencia, *La sangre del copihue: La comunidad Mapuche de Nicolás Ailío y el Estado chileno 1906-2001*, Santiago, LOM Ediciones, 2004, p. 15.

propone es interesante— sino que serán dejadas las reflexiones desde el presente para las conclusiones finales del estudio. En síntesis, el objetivo es primero reconstruir la historia del MCR en Cautín y Malleco, luego vendrán las reflexiones hechas desde el presente, los juicios de valor y las críticas sobre la forma en que se desarrollaron los acontecimientos. Se considera además que lo más importante en este sentido es rescatar desde el olvido la experiencia del MCR en el periodo de la Unidad Popular, superando la “amnesia historicista” con respecto al movimiento campesino y mapuche en la mayoría de los estudios sobre dicho periodo.

3.5 Investigaciones sobre el MCR en particular.

En primer lugar el artículo del historiador Jesús Ángel Redondo titulado “Las tomas de fundos en la provincia de Cautín (Chile), 1967-1973”, representa un aporte significativo para la reconstrucción de la historia del MCR en la provincia de Cautín, el objetivo principal de su estudio son las tomas de fundos en aquella provincia justamente durante el periodo histórico vivido por el MCR, desde su etapa prefigurativa en la segunda mitad del gobierno demócrata cristiano presidido por Eduardo Frei Montalva (1967-1970), pasando por su fase de cristalización y masificación durante la Unidad Popular, hasta su aniquilamiento producto del golpe cívico-militar (1970-1973). Si bien el énfasis está puesto sobre las ocupaciones ilegales de tierras dentro del marco de la conflictividad rural en la provincia, la actividad política del MCR en particular es debidamente tratada y reconocida en su importancia e impacto social:

No obstante, si bien es cierto que el MCR no tuvo una presencia mayoritaria en la provincia, lo que es innegable es que en aquellos lugares donde consiguió tenerla, ésta fue muy influyente, llegando a convertirse en una alternativa política a los partidos de la UP [...] Del mismo modo, la acción política y logística de los grupos revolucionarios, sobre todo el MCR, permitió aumentar el alcance de las protestas (y demandas) indígenas y campesinas.²¹⁴

²¹⁴ Jesús Ángel Redondo, “Las tomas de fundos en la provincia de Cautín (Chile), 1967-1973”, en *Cuadernos de Historia*, Santiago, Universidad de Chile, núm. 42, junio, 2015, p. 174.

Del mismo modo el autor identifica la acción política del MCR como parte importante de uno de los tres factores que transformaron a la provincia de Cautín en foco del conflicto campesino e indígena en Chile durante el proceso de Reforma Agraria, recibiendo aquella zona una atención especial por parte de las autoridades, la prensa y la opinión pública. Los otros dos factores si bien no explicitan la presencia del MCR, comprenden de cierta manera su experiencia histórica: por una parte la primera gran movilización indígena de Chile en el siglo XX, y por la otra, la violencia política del conflicto por la tierra en Cautín.²¹⁵

Por otra parte, es rescatable el trabajo metodológico realizado por el autor en cuanto al minucioso análisis de documentación, su rigurosidad en el uso de fuentes periodísticas y gubernamentales le permitió llevar a cabo una cuantificación, tipificación y caracterización de las tomas de fundos que tuvieron lugar en la provincia de Cautín entre 1967 y 1973. Dentro de este marco de análisis es posible encontrar la presencia del MCR, la cantidad de tomas que ejecutó, los lugares en las cuales sucedieron, y los sujetos involucrados, aportando así de gran manera con información relevante y datos valiosos que nutren la presente investigación.

En segundo lugar el artículo de Ovidio Cárcamo “Juventud rebelde, campesinado indígena y la instalación del discurso de clases en los campos de Cautín. Movimiento Campesino Revolucionario (Chile 1967-1973)” también constituye una contribución significativa para la reconstrucción de la historia del MCR en la provincia de Cautín, el propósito de su trabajo es analizar la presencia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en el contexto de la Reforma Agraria chilena entre 1967 y 1973 en aquella localidad. Además el autor busca describir el proceso político de vinculación entre los militantes del MIR y el campesinado indígena de la zona, relación de la cual precisamente surgió orgánicamente el MCR a fines de 1970. Y a su vez el artículo se propone caracterizar a aquellos jóvenes, mayoritariamente provenientes de la clase media urbana, que desde sus militancias en el MIR contribuyeron a la creación de lo que definieron políticamente como “frente de masas” en el ámbito rural, según el autor, poco

²¹⁵ *Ibidem*, p. 155.

común en la historia agraria de Chile. Aunque el objeto central de estudio es el MCR en Cautín durante el periodo 1967-1973, el énfasis está puesto en mayor medida sobre la influencia del factor mirista en su conformación y despliegue social, sobre todo a partir de la política de creación de los “frentes intermedios” o “frentes de masas” desde la cual se articuló por una parte al MCR:

A diferencia de mucho de estos jóvenes que llegaban en los veranos a la zona mapuche, hubo activistas “profesionales” que siguiendo órdenes de la dirección del movimiento debieran dejar de lado estudios, amigos, novias, comodidades y hasta familia para comprometerse profundamente con la construcción de una base política y social que permitiera llevar a cabo las transformaciones revolucionarias pretendidas por los grupos más radicalizados de la izquierda chilena. Son ellos los que van a participar activamente en las acciones y en la articulación del MCR en el marco de un proyecto global encabezado por el MIR.²¹⁶

Por otra parte el autor destaca la importancia política del movimiento campesino-mapuche de Cautín previo a la configuración orgánica del MCR, movilizaciones desarrolladas desde la segunda mitad de la década de 1960 según los datos entregados. Este fuerte movimiento mapuche-campesino de recuperación de tierras usurpadas se manifestó políticamente a través de las “corridas de cerco”, método colectivo de “acción directa” utilizado inicialmente por comunidades mapuche de las zonas de Carahue y Lautaro, apoyadas por militantes del MIR que llevaban algún tiempo viviendo en ellas:

Pese a ello todavía no se puede atribuir exclusivamente la gestión, organización y ejecución de dichas “acciones de masas” al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, ya que una de las características principales de las primeras corridas de cerco fue la heterogeneidad de sus participantes, quienes más allá del discurso de la cúpula mirista, se inspiraron mayormente en la recuperación de las tierras usurpadas a las comunidades indígenas.²¹⁷

²¹⁶ Ovidio Cárcamo, “Juventud rebelde, campesinado indígena y la instalación del discurso de clases en los campos de Cautín. Movimiento Campesino Revolucionario (Chile 1967-1973)”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Santiago, USACH, volumen 19, núm. 1, 2015, p. 148.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 137.

El autor además aborda las concepciones teórico-políticas que sustentaron el discurso del MIR sobre la lucha revolucionaria en el campo y que justificaron su accionar entre comunidades mapuche y campesinos chilenos pobres. Esto representa un aporte importante en el ámbito de las ideas políticas (ideologías) portadas por los militantes del MIR a nivel de dirección, de sus “cuadros medios” y de la base social. Entre aquellas concepciones el autor desarrolla el concepto de campesino presente en el discurso del MIR, e igualmente, pero de forma más específica, su mirada sobre la situación particular del campesinado indígena de Cautín. Estos elementos enriquecen el propósito de comprender las ideas y opiniones políticas presentes en las discusiones sobre el carácter del MCR, especialmente aquellas asociadas al campo de las identidades étnicas y de clase.

Finalmente cabe señalar que a modo de aporte, el artículo de Ovidio Cárcamo contiene información relevante sobre la conformación del MIR en Cautín, su presencia en la ciudad de Temuco (hogar estudiantil, Universidad de Chile, liceos, poblaciones, etc.) y su inserción en los campos de varias localidades de la provincia. En este sentido el autor aporta testimonios valiosos de miristas que militaron en otros ámbitos sociales como las poblaciones, liceos y universidades, ampliando y diversificando de esta manera el conocimiento sobre el MCR, y por cierto, fortaleciendo el sustento metodológico-testimonial de la presente investigación.

CAPÍTULO II.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS A CONSIDERAR SOBRE LA CONSTITUCIÓN DEL MCR EN CAUTÍN Y MALLECO.

Los campos de La Araucanía experimentaron durante el período de la Unidad Popular una conflictividad política en torno a la cuestión de la propiedad de la tierra que se manifestó, en una de sus formas, como una gran lucha entre el sector latifundista y una parte importante del campesinado pobre de la zona, esencial y mayoritariamente perteneciente al pueblo mapuche. Estos últimos se movilizaron masivamente para recuperar las tierras usurpadas por el Estado de Chile y colonos (extranjeros y nacionales) aprovechando favorablemente el proceso de transformación rural abierto con la aplicación de la Reforma Agraria en la zona. La movilización desarrollada por el MCR representó una manera concreta de como esta contradicción se manifestó y reveló históricamente durante el gobierno de la Unidad Popular, y por consiguiente el conocimiento de su historia en particular, y del origen de los problemas territoriales del pueblo mapuche en general, es necesario e ineludible realizar un análisis histórico sobre los procesos de ocupación militar, usurpación de tierras, colonización, y conformación de la propiedad agraria en la Araucanía, así como también sobre las acciones políticas que las comunidades indígenas expresaron frente a estos proceso, es decir las movilizaciones mapuche desplegadas durante el siglo XX que exigieron y reivindicaron la devolución de las tierras expropiadas. El estudio de estos procesos históricos permite descubrir los antecedentes de larga trayectoria que directa e indirectamente configuraron el escenario social-rural en el cual se desarrollaron los conflictos de tierras protagonizados por el MCR entre 1970 y 1973 en las provincias de Cautín y Malleco.

2.1 Ocupación militar de la Araucanía y colonización del territorio históricamente mapuche: presión de la elite comercial y terrateniente para la apropiación de La Araucanía desde mediados del siglo XIX.

Hacia mediados del siglo XIX existió una clara independencia política y territorial mapuche con respecto a la autoridad del naciente Estado chileno, las relaciones estuvieron reguladas por las resoluciones tomadas en el Parlamento de Tapihue en 1825 durante el gobierno de Ramón Freire. La incipiente República de Chile ejerció jurisdicción efectiva entre la Cordillera de los Andes y el Océano Pacífico en sentido este-oeste, y desde el despoblado de Atacama hasta los últimos límites de la provincia de Chiloé (Tierra del Fuego) en sentido norte sur. Sin embargo entre el río Bío-Bío por el norte y el río Toltén por el sur, no existió autoridad estatal chilena que ejerciera posesión efectiva sobre el territorio, sino que era el pueblo mapuche quien siguió manteniendo desde el periodo colonial el control político, económico y social de La Araucanía.

Si bien el Parlamento de Tapihue reconoció la autonomía territorial mapuche en la zona de La Araucanía, simultáneamente engendró una contradicción jurídica bastante desfavorable para los indígenas, la cual posteriormente generó una serie de fenómenos vinculados al despojo y ocupación territorial, sobre todo a partir de mediados del siglo XIX. Este tratado otorgó la ciudadanía chilena a los mapuche, es decir, reconoció en ellos los mismos derechos ciudadanos que tenían los chilenos. Producto de esta situación, los mapuche se vieron involucrados en una serie de fenómenos legales característicos del sistema político chileno, pero totalmente ajenos a su realidad histórico-social. Fueron por ejemplo tramitaciones, contratos de compraventa, arriendos, préstamos de dinero, y otros mecanismos burocráticos (de naturaleza económica) asociados a la tierra, que posteriormente les generó una serie de problemáticas y conflictos, contribuyendo gradualmente a una considerable pérdida territorial. Las compras y especulaciones de tierras muchas veces se materializaron a través de mecanismos turbios y fraudulentos, producto de lo cual los mapuche fueron objeto de engaños por parte de usurpadores:

La aplicación y el imperio de la norma de igualdad de derechos significó que, en la práctica, durante la primera mitad del siglo XIX en la llamada “Alta Frontera”, que correspondía al

territorio comprendido entre la Cordillera de los Andes y la Cordillera de Nahuelbuta, y la “Baja Frontera”, abarcando el espacio entre la Cordillera de Nahuelbuta y el Mar, fuera objeto de infiltración y usurpación de tierras por parte de los chilenos.²¹⁸

De esta manera el territorio al sur del Bío-Bío, aproximadamente hacia 1830, es decir, posterior al Parlamento de Tapihue, comenzó a ser paulatinamente infiltrado por colonos chilenos de forma pacífica, instalándose como trabajadores agrícolas, arrendatarios y/o propietarios de tierras adquiridas fraudulentamente. Fue, tal como plantea José Bengoa, una suerte de “colonización hormiga” y silenciosa que avanzó sobre el territorio ultra Bío-Bío producto de la expansión económica agraria que estaba experimentando la zona central chilena.²¹⁹ Este lento proceso de infiltración, producto de la colonización espontánea de chilenos provenientes principalmente del centro del país, prefiguró la ocupación de La Araucanía, intensificada hacia mediados del siglo XIX bajo la lógica expansiva de la agricultura chilena.

Todo este proceso prefigurativo de la ocupación territorial respondió a intereses netamente económicos, particularmente vinculados a la creciente actividad agrícola que se expandió desde el centro del país y presionó sobre las tierras del sur. Sin embargo las consecuencias de la expansión de la agricultura del centro del país se manifestó solamente como procesos espontáneos de infiltración y colonización, y no producto de una política definida por la burguesía comercial y terrateniente que gobernaba Chile. Estos grupos dominantes, por lo menos hasta mediados del siglo XIX, no tenían mucho interés por la Araucanía, ya que sus objetivos y prioridades estaban puestos en las riquezas del norte minero y en la producción triguera de las haciendas del Valle Central.

La relativa despreocupación del Estado chileno por los territorios de la Araucanía comenzó a transformarse progresivamente –desde 1850– en un evidente interés por la potencialidad de la zona. Según el historiador Jorge Pinto, “a partir de esos años, una serie de factores que operaron simultáneamente desencadenaron la ocupación de este territorio,

²¹⁸ Correa et. al., op. cit., p. 19.

²¹⁹ Bengoa, José, *Historia del pueblo mapuche (siglo XIX-XX)*, Santiago, LOM Ediciones, 2000, p. 151.

provocando la desintegración del viejo espacio fronterizo”.²²⁰ Así, la burguesía comercial y terrateniente empezó a extender su hegemonía –a través del poder estatal– sobre La Araucanía, revelando los intereses de clase e “imponiendo a la región el proyecto de país y nación, elaborado por los grupos dirigentes que gobernaban Chile desde Santiago”.²²¹

Dentro de los factores que modificaron la relación entre el Estado chileno y el pueblo mapuche, y que simultáneamente incidieron en la ocupación territorial de La Araucanía, está la creciente demanda externa de productos agrícolas –principalmente trigo– debido al aumento de la población mundial y a las exigencias de un sistema capitalista que avanzaba aceleradamente. No obstante lo anterior, el hecho puntual –en tanto factor externo– que provocó el desencadenamiento de la ocupación fue el descubrimiento del oro en California hacia 1848, lo cual incentivó el auge agrícola en nuestro país y las exportaciones de trigo, debido a la ascendente demanda de este producto para cubrir las necesidades de la población que se radicaba en Norteamérica. En este sentido, al ocuparse la totalidad del territorio agrícola de la zona central de Chile, producto de las razones previamente mencionadas, el interés económico de la clase dirigente apuntó hacia las tierras del sur para maximizar las ganancias, que hasta ese momento venían en ascenso.

Por otro lado, pero en concordancia con lo anterior, es necesario asimismo destacar como factor la colonización europea propiciada por el Estado chileno para desarrollar la agricultura e industrializar el sur del país. En 1850 llegan a Chile los primeros colonos alemanes a las zonas de Valdivia, Osorno, Puerto Montt y Llanquihue, contribuyendo a la ya referida expansión territorial, y amenazando también desde el sur al territorio mapuche, que hasta ese momento aún se mantenía bajo su control. En resumidas palabras:

[...] al poblarse de alemanes la zona austral, la suerte de los mapuches quedó sellada. Se encontraron entre dos fuegos expansivos. Por el norte era la República de Chile agrícola y hacendal que requería más tierras de labranza. Por el sur era la colonia alemana exitosa, industrial, modelo de lo que debían ser esas tierras maravillosas [...] Los mapuches

²²⁰ Pinto, Jorge, *La formación del estado y la nación, y el pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión*, Santiago, Ediciones de la DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003, p. 131

²²¹ Ídem.

aprisionados entre dos fuegos se encontraron inermes frente al proceso de colonización que se les venía encima.²²²

El Estado chileno materializó jurídicamente la ocupación de La Araucanía hacia mediados del siglo XIX, específicamente con la promulgación de la Ley de 2 de julio de 1852 que creó la provincia de Arauco, preparando de esta manera el camino para penetrar el territorio mapuche. La incorporación nominal de este territorio como una provincia de propiedad estatal chilena, reflejó el giro que había tomado la política de las clases hegemónicas a cargo del Estado hacia esta zona, tomando la iniciativa en la ocupación territorial a través de una reglamentación jurídica que le permitía apropiarse administrativamente de la zona comprendida entre el río Bío-Bío y Valdivia, y por consiguiente, normar el proceso de conformación de la propiedad agraria chilena al interior de los territorios mapuche.

A partir de esta situación, evidentemente desfavorable para el pueblo originario, se gestarán una serie de legislaciones especiales en torno a la cuestión de la propiedad con el propósito de ocupar el territorio mapuche mediante la colonización chilena y extranjera. De esta manera comenzó la constitución de la propiedad chilena ultra Bío-Bío, proceso que no estuvo exento de mecanismos engañosos por parte de especuladores de tierras, quienes, amparados en los referidos cuerpos legales, formaron propiedad y contribuyeron directamente en este proceso de conformación –esencialmente fraudulenta– de la propiedad agraria chilena en territorio históricamente mapuche. Así, estos especuladores de tierras, actuando concretamente como usurpadores, participaron de las enajenaciones de tierras mapuche al sur del Bío-Bío, las cuales hacia mediados del siglo XIX se materializaban “producto de contratos simulados, arriendos fraudulentos, compraventas impagas y otras formas de usurpación”.²²³

Los mecanismos de usurpación territorial y la conformación de la propiedad agraria a nivel general, provocaron inevitablemente la resistencia mapuche, cuya manifestación concreta encontrará en los conflictos políticos chilenos la oportunidad precisa para

²²² Bengoa, José, *Historia de un conflicto: el estado y los mapuches en el siglo XX*, Santiago, Editorial Planeta Chilena, 2002, p. 43.

²²³ Correa et. al., op. cit., p. 21.

recuperar las tierras usurpadas, especialmente en la Revolución de 1859. Este conflicto entre liberales y conservadores, que simultáneamente representó el antagonismo entre los intereses provinciales y santiaguinos, principal contradicción política del periodo, presentó el escenario propicio para que los indígenas, apoyando a los liberales de Concepción y Talcahuano se involucraran interesadamente, alzándose para luchar y recuperar el control territorial. El posicionamiento de los mapuche junto a los liberales, particularmente federalistas, si bien –en cierta medida– respondió a la comprensión que éstos tuvieron sobre la situación indígena y las consiguientes alianzas que se establecieron, la razón fundamental de este fenómeno fue el descontento y rechazo frente al gobierno central de Santiago que no había reconocido la autonomía territorial mapuche y había impulsado decididamente la ocupación de La Araucanía. Por tanto, cualquier tipo de alianza con los federalistas en contra de los conservadores y el gobierno central constituyó una táctica favorable para el restablecimiento de los antiguos límites y la recuperación de las tierras perdidas. Bajo esta lógica se produjo el alzamiento mapuche de 1859, cuyos hechos son descritos por Bengoa de la siguiente manera:

La revolución del 59 provocó un alzamiento casi general de los mapuches. Con excepción de las agrupaciones costinas del sur, muy ligadas a Valdivia, y las agrupaciones de Choll Choll y Purén (Coñoepeán y Catrileo), todas las demás se sublevaron, impulsadas básicamente por dos factores: el avance en el norte de la frontera del Bío-Bío, y por el sur, la presencia de los colonos alemanes. Los boroanos, por lo general fuera de la alianza arribana, se integraron al levantamiento, y también lo hicieron muchos grupos abajinos dirigidos por el cacique Domingo Melín.²²⁴

El término de la Revolución de 1859 estuvo marcada por la derrota de los liberales y sus aliados indígenas, iniciándose esta vez un proceso de ocupación de La Araucanía de carácter netamente militar, en el que el Estado chileno se convenció de la necesidad de someter al pueblo mapuche producto de su alzamiento en contra del gobierno central y de la obstaculización al avance del “progreso”. Comenzó de esta manera el comienzo del fin para este pueblo, el gobierno central emprendió abierta y militarmente la invasión a La

²²⁴ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...*, op. cit., p. 167

Araucanía. Es precisamente en estos momentos que aparece la figura de Cornelio Saavedra, político y militar chileno, verdadero artífice y principal promotor de la ocupación de los territorios en La Araucanía. A partir del proyecto que llevó su apellido, el plan Saavedra, el ejército chileno entre los años 1862 y 1883 ocupó militarmente la zona mediante la fortificación de líneas defensivas y consecuente consolidación de poblados.

Así, una vez refundado Angol, en 1862, se fortifica la línea del río Malleco, en 1864; luego, en los años 1867 y 1868, son ocupadas por la milicia las localidades de Purén y Lumaco, como también la costa de Arauco hasta Tirúa; hacia 1870 la línea de frontera se fija –por el sur– en Toltén, por el avance desde Valdivia y desde aquí se incorpora la costa hasta Queule, subiendo por el río San José hasta Mariquina. En el año 1874, se avanza desde Lumaco a Traiguén; en 1881 y 1882 se establece la línea militar en el río Cautín, desde la cordillera de Curacautín o Sierra Nevada hasta la desembocadura del río en el mar; y, finalmente, en 1883, se lleva la línea de ocupación a la cordillera de Villarrica y Pucón, Lonquimay y el Alto Bío-Bío.²²⁵

Cabe señalar que desde la refundación de Angol en 1862 hasta la refundación de Villarrica en 1883 –periodo en que se ocupó militarmente la Araucanía– se creó un tenso ambiente marcado por la guerra entre el ejército chileno y los guerreros mapuche que organizaban la resistencia. En este contexto bélico los indígenas respondieron enérgicamente, impidiendo que el ejército chileno –quien comenzó a actuar bajo la lógica de la guerra de exterminio– pudiese controlar la resistencia mapuche. Sin embargo, como bien lo aclara Bengoa, la guerra:

[...] involucraba no solo a los guerreros y al ejército mapuche, sino también a la ‘población civil’. Se incendiaban las rucas, se mataba y capturaba mujeres y niños, se arreaba con los animales y se quemaban las sementeras. Estamos ante una de las páginas más negras de la historia de Chile.²²⁶

²²⁵ Correa et al, op. cit., p. 23.

²²⁶ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...*, op. cit., p. 205.

En este sentido, la ocupación territorial adquirió una connotación de conquista militar que respondió a intereses económicos y geopolíticos de expansión.

La resistencia mapuche durante este periodo logró efectivamente derrotar al ejército chileno en diversas batallas, siendo la de abril de 1868 uno de los primeros enfrentamientos formales entre ambos bandos que concluyó favorablemente para los mapuche. Sin embargo, la reacción del ejército chileno fue mucho más violenta, el cual empleando la táctica de “tierra arrasada” desató desde el verano de 1869, en las zonas de Malleco y Cautín, una guerra de masacre y exterminio con el propósito final de apropiarse efectivamente del territorio, y constituir la anhelada propiedad agraria que necesitaba el Estado chileno para “progresar” económicamente. Las consecuencias de tales acontecimientos provocaron graves y horrorosas consecuencias para el pueblo mapuche, principalmente producto de la gran cantidad de animales que perdieron en manos del ejército como botín de guerra. Vacunos, ovejas y caballos representaban el principal sustento económico y alimentario de esta población, pero producto de la guerra y el pillaje perdieron un gran porcentaje de ellos, viéndose en la obligación de deambular por las ciudades y pueblos de la frontera vendiendo sus objetos de plata y animales restantes para conseguir alimento. Esta situación se vio perjudicada más aún por el invierno de 1869, el cual configuró un cuadro de frío, hambre y enfermedades que provocó la muerte de grandes cantidades de mapuche (hombres, mujeres y niños).²²⁷

Posteriormente, se realizó una serie de parlamentos entre las autoridades militares chilenas encabezadas por Saavedra con diversas agrupaciones mapuche, con el objetivo de lograr un acuerdo y alcanzar la paz, aunque simultáneamente el ejército continuó reconociendo el terreno y realizando expediciones militares con el fin de prefigurar la soberanía sobre todo el territorio e inspeccionar los recursos del lugar, lo cual evidenció el trasfondo económico de la guerra de ocupación de La Araucanía. Como lúcidamente señala el historiador mapuche Pablo Marimán:

[...] las guerras al ser territoriales se hacen también por la obtención de los recursos económicos. Como hemos visto, los informes de los científicos, viajeros y militares

²²⁷ *Ibidem*, p. 224.

registraron estas ‘ventajas’ para conocimiento del Estado. Quizás uno de los elementos que les llamaba poderosamente la atención eran los cultivos, el orden de éstos en el espacio circundante a las ruka, la variedad de productos, la cantidad de tierras usadas como praderas donde pastaban animales bien nutridos [...] Las zonas marginales a la guerra desatada en la frontera del Malleco y Biobío, continuaban siendo estudiadas en sus ventajas materiales y en sus posibilidades de poblamiento.²²⁸

Los distintos parlamentos destinados a lograr las paces no surtieron el efecto esperado, las agrupaciones mapuche que participaron en ellos no aceptaron las propuestas de Saavedra, por consiguiente la guerra mantuvo su proyección y prosiguió. En este sentido la resistencia mapuche frente a la ocupación del territorio ancestral se mantuvo vigente. El conflicto se hizo nuevamente evidente hacia 1870, la guerra se desató en la zona del río Malleco ya que el ejército chileno prosiguió en la invasión del territorio mapuche bajo la misma lógica bélica del año anterior, es decir, arrasando, incendiando chozas y sementeras, robando animales, y todo lo que conlleva una guerra de exterminio, con el objetivo de proyectar la línea del Toltén hasta Villarrica, explorar el río Imperial y levantar fuertes en distintas zonas costeras. Sin embargo esta vez los mapuche resistieron con la astucia que los caracterizaba previniendo los ataques del ejército invasor, evacuando anticipadamente a sus familias y animales hacia zonas alejadas, reemplazando las batallas abiertas y masivas por ataques sorpresivos solventados en el buen conocimiento que tenían del territorio. Por tales motivos las pérdidas humanas y animales usurpados serán menos en este segundo periodo de guerra (1870-1871). Lo anterior no significa una disminución de la violencia, ya que hacia mayo de 1870 la declaración de guerra por parte del ejército chileno fue totalmente abierta y desinhibida, internándose nuevamente hacia el interior de La Araucanía alcanzando la línea del río Cautín, y arrasando con todo a su camino, aunque disminuyendo considerablemente la cantidad de chozas quemadas, ganado robado y pérdidas humanas. No obstante la nueva táctica mapuche, el impedimento para sembrar y cosechar debido a los constantes movimientos y ataques sorpresivos, así como la pérdida de

²²⁸ Marimán, Pablo, “Los Mapuche antes de la conquista militar chileno-argentina”, en Marimán et al., *¡...Escucha, winka...! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y un epílogo sobre el futuro*, Santiago, LOM Ediciones, 2006, p.109.

animales, provocaron el resurgimiento de la hambruna y la miseria. Esta desfavorable situación se tradujo hacia el verano de 1871 en la decisión por parte del ejército mapuche de pasar a la ofensiva, atacando distintas líneas de enclave colonizador y deteniendo de esta forma el plan Saavedra de ocupación territorial que se venía desarrollando. Sin embargo, y producto del nuevo armamento utilizado por la infantería chilena, los mapuche se vieron rápidamente reducidos, siendo derrotados y viéndose obligados a buscar ciertas paces con los chilenos. Así los planes de Saavedra quedaron a medio andar para detenerse a consolidar lo avanzado mediante la colonización, dejando momentáneamente detenidos los proyectos de refundación de Villarrica y adelanto de la línea del Malleco. De este modo, a comienzos de 1871, culminó esta etapa tanto de avance militar como de resistencia, convenciéndose el ejército chileno de que no podía acabar con los mapuche, y estos últimos entendiéndose que sus condiciones eran adversas, optaron por el apaciguamiento.²²⁹

La resistencia indígena logró parcialmente detener la ofensiva militar chilena, demostrando al Estado que la ocupación territorial no sería tarea fácil. Así, a la paralización de la guerra del Malleco en 1871 le suceden diez años de estabilización del conflicto. En este periodo, de acuerdo a las indicaciones de Bengoa, hubieron dos cambios fundamentales que terminaron por sellar la suerte de los mapuche, consolidando la ocupación de su territorio. En primer lugar, se fortalece la línea del Malleco y consecuentemente se lleva a cabo la colonización –principalmente extranjera– de la región, favorecida fundamentalmente por el avance del ferrocarril.²³⁰ Para estos fines, el Estado se apropia de las tierras ocupadas declarándolas como fiscales, desconociendo la propiedad territorial mapuche, y presentándolas a remate entre nuevos propietarios (colonos). Lo que en realidad se estaba configurando era la legitimización del despojo y la usurpación del territorio a este pueblo mediante un sistema legal de expropiación que favorecía la conformación de la propiedad agraria en la Araucanía. En segundo lugar, se debe mencionar el cambio técnico-armamentista del ejército chileno en torno a la guerra contra Perú y Bolivia en 1879, aspecto bastante perjudicial para la resistencia indígena, ya que

²²⁹ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...*, op. cit., pp. 224-247.

²³⁰ Para analizar la importancia del ferrocarril en el proceso de colonización y consiguiente ocupación de la Araucanía véase Pinto, Jorge, op. cit., pp. 197-202.

tuvieron que medir sus fuerzas con un ejército perfeccionado en todos sus ámbitos que pasaría a la ofensiva definitiva contra el pueblo mapuche, conquistando y ocupando absolutamente el territorio para constituir la propiedad agraria. Este ataque generó un tenso clima de rebelión entre los invadidos, quienes no dudaron en rearmarse para concretar el último gesto de resistencia de su larga lucha por defender el territorio.²³¹

En este contexto se gestó la insurrección mapuche de 1881, desarrollada particularmente en la zona del Cautín, región que representó la máxima aspiración del Estado chileno en términos ocupacionales, así como también el último bastión de resistencia mapuche. Se ha explicitado anteriormente que el Estado chileno impulsó el accionar militar a partir de motivaciones geopolíticas, y la zona del Cautín representó precisamente una zona estratégica. Las tierras de Cautín aún no habían sido ocupadas ni alcanzadas por los efectos de la guerra, pero posteriormente a la Guerra del Pacífico el gobierno central decide finiquitar la ocupación de La Araucanía, extendiendo las líneas hasta el río de esta zona y contribuyendo de este modo al crecimiento de las ciudades fronterizas. Para consolidar la ocupación de los territorios era necesaria la fundación de ciudades que tuvieran el rol articulador del espacio regional que se pretendía configurar, y conectarlo de esta manera eficientemente con los mercados externos. La fundación de Temuco en febrero de 1881 respondió precisamente a estos intereses económicos, –además de geopolíticos– para la región del Cautín, lugar en que se desató el alzamiento general mapuche de aquel año. Con respecto a la importancia de la fundación de ciudades en los territorios invadidos, y destacando los fundamentos económicos de la ocupación, el historiador Jorge Pinto señala:

Poco a poco, las nuevas poblaciones se fueron convirtiendo en puntos neurálgicos que articulaban el engranaje regional [...] al convertirse en el punto de concentración de las autoridades y los agentes que movían los hilos de la economía regional, se transformaron en especies de bisagras que conectaban los espacios interiores con los mercados externos hacia

²³¹ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., pp. 249-263.

los cuales se dirigía la producción regional. Sin las ciudades, no se habrían generado los beneficios económicos que se esperaban conseguir con la ocupación.²³²

Estos hechos se insertan en la lógica general del Estado chileno, el cual pretendió prolongar el ferrocarril nacional para conectar la zona central con Valdivia y el sur, para la cual imprescindiblemente se requería avanzar hacia la ocupación del Cautín. Sin embargo, los mapuche obstaculizarán nuevamente el afán expansionista del Estado mediante alzamientos parciales y ataques específicos, pero también, y ya de forma terminal, con el último alzamiento insurreccional en 1881.

La fundación de Temuco fue concebida por los mapuche como la culminación de la guerra, lo que no significó una rendición o retirada del ejército indígena, sino que contrariamente, la instancia para que todos los grupos se alzarán insurreccionalmente como símbolo final de la resistencia. El carácter insurreccional del levantamiento mapuche en las zonas del Cautín es descrito de la siguiente forma por Bengoa:

La estrategia mapuche consistía en atacar simultáneamente todos los fuertes chilenos ubicados en la Araucanía; de allí –si había éxito– se reunirían todos los grupos para atacar la línea del Malleco y arrasarlo con las poblaciones de más allá del Bío-Bío. Con ese plan llegó el día de la insurrección.²³³

De esta manera se fueron desarrollando los ataques mapuche, caracterizados por altos niveles de violencia y resultados eficaces, embistiendo contra varios de los poblados de la zona y destruyendo algunos de ellos (por ejemplo Nueva Imperial). Sin embargo, producto del aumento de contingente militar chileno y la calidad del moderno armamento que estaban utilizando, además de la falta de organización mapuche e incapacidad para articular sus diversas formas de movilización²³⁴ –propia de los fenómenos insurreccionales de lucha– determinaron la derrota del ejército indígena, siendo uno de los últimos actos de resistencia los enfrentamientos de noviembre en los alrededores de Temuco.

²³² Pinto, Jorge, op. cit. p. 195.

²³³ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche*, op. cit., p. 296.

²³⁴ Para comprender la incapacidad del pueblo mapuche de constituir un gran frente de resistencia, véase el análisis realizado por Jorge Pinto en lo tocante a la resistencia mapuche. Pinto, Jorge, op. cit., pp. 210-216.

Simultáneamente a la derrota mapuche el ejército chileno proseguía fundando nuevos fuertes en la zona del Cautín (Freire, Pucón, Lonquimay, Carahue, Nueva Imperial, Cunco, Curacautín, etc.) y ocupando de manera definitiva el territorio.²³⁵ Solamente faltaba la fundación de Villarrica, lugar que:

[...] se había convertido para los sectores políticos, castrenses y comerciantes de Chile en una meta mística. Al consumarse su conquista en los llanos de Wamputuwe (actual Potue) [...] en los primeros días del año 83, se consiguió la apropiación de uno de los puntos de concentración y distribución de las masas ganaderas que se traficaban desde el Puelmapu hacia las zonas lafkenche y williche. Este hito fue el punta de pie para el despliegue de una serie de fuertes en la precordillera andina (1883-1884), así surgen y se suman a Freire (1882), Kunko, Pukon, Palguin, Maichin, Lleuko, Llaima, Likura, Lonkimay, Kateki y Nixito.²³⁶

Con este hecho puntual (la fundación de Villarrica el 1º de enero de 1883) culminó la conquista militar del pueblo mapuche y la consiguiente ocupación territorial. Comenzó así una nueva etapa para esta población, la constitución efectiva de la propiedad agraria en La Araucanía, mediante la colonización, repartición de tierras, arrinconamiento de sus integrantes a reservaciones y avance del ferrocarril. Tal como concluye Bengoa, “la derrota transformó a los mapuches en campesinos minifundistas y pobres del campo, los más pobres de Chile quizá. Esta fue la represalia principal: quitarles sus tierras”.²³⁷

2.2 Estructuración de la propiedad agraria en La Araucanía: agriculturización y campesinización forzosa.

La ocupación político-militar del territorio mapuche entre 1830 y 1883 respondió directamente al interés de la burguesía comercial y terrateniente a cargo del estado chileno de incorporar La Araucanía a la producción agrícola y ganadera demandada desde el centro del país. Los ritmos económicos impuestos por las clases dirigentes de la zona central requirieron a su vez de una modernización de la actividad agrícola para responder a las

²³⁶ Marimán, op. cit., pp. 111-112.

²³⁷ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche*... op. cit., p. 324.

demandas de los mercados externos. Para concretar sus anhelos económicos el Estado chileno transformó al territorio mapuche en propiedad fiscal, con el objetivo de consolidar efectivamente la colonización chilena y extranjera, y a partir de esto, constituir en La Araucanía la gran propiedad agraria. Paralelamente se conformó la propiedad mapuche mediante la reducción territorial y la entrega de pequeñas mercedes de tierras:

Efectivamente, la población mapuche se reduce: miles mueren; su territorio y sus tierras se reducen. Su sociedad y su cultura son reducidas. Se transforma por la fuerza a los mapuche en ciudadanos chilenos, en indígenas que pueden vivir en tierras entregadas como merced y no casualmente llamadas reducciones.²³⁸

La descripción hecha por Alejandro Saavedra permite comprender uno de los requisitos fundamentales para conformar la propiedad agraria en La Araucanía, la desintegración y atomización de la sociedad mapuche, además de su obligada conversión en campesinos pobres. Este último fenómeno es importante enfatizar, ya que la campesinización forzosa del pueblo mapuche –mediante el arrinconamiento y reducción en pequeños retazos de tierra– representa un elemento fundamental para la comprender la identidad colectiva del MCR, en el cual los mapuche se reconocieron también como campesinos pobres y articularon la recuperación territorial “de hecho” en torno a los procesos derivados de la Reforma Agraria hacia el término del gobierno de Frei y durante la interrumpida “vía chilena de transición al socialismo”.

La división establecida entre el proceso previo de ocupación militar y el procedimiento configurador de la propiedad agraria no respondió estrictamente a criterios temporales, aunque en algunas ocasiones sea de tal manera, sino que la separación se debe a razones más bien temáticas. Es necesario aclarar este tema porque el proceso de conformación de la propiedad mapuche y particular se venía desarrollando incluso antes del término de la conquista político-militar, más bien, simultáneamente a él, por razones descritas en párrafos anteriores pero que serán mencionadas de forma más profunda en los siguientes. En síntesis, la sistematización propuesta responde a criterios analíticos más que

²³⁸ Saavedra, op. cit., p. 57.

temporales, aunque indirectamente –como se ha dicho– el relato sigue la respectiva línea temporal.

La conformación de la propiedad agraria en La Araucanía no se desarrolló homogéneamente con respecto al reparto de las tierras, sino que, respondiendo a la lógica capitalista, se establecieron de forma heterogénea distintos tipos de dominio dependiendo de la distribución de la tierra. No cabe duda de que, tanto la ocupación de La Araucanía como la guerra contra los mapuche se realizó bajo el interés de transformar las tierras en grandes centros productivos agrícolas, es decir, conformar la propiedad latifundiaria, así como también, pero en menor medida, la propiedad agraria mediana y familiar. Por su parte, la radicación de los mapuche en pequeñas reducciones de tierra dio origen a la propiedad mapuche, expresada en minifundios comunitarios. Lo anterior permite analizar estructuralmente el proceso al cual se ha hecho referencia.

En lo relacionado a la constitución de la propiedad particular se debe señalar que se llevó a cabo mediante tres canales jurídicos. En primer lugar, el remate de tierra efectuado principalmente en Santiago por el Estado chileno fue el mecanismo de enajenación territorial de los mapuche más utilizado para formar la gran propiedad particular, así como también la pequeña y mediana propiedad agrícola.²³⁹ Los remates –paradójicamente realizados en Santiago– en realidad formaron parte de un sistema legal de expropiación que entregó grandes paños de tierra a los particulares. La ley de 4 de diciembre de 1866, que estableció como terrenos fiscales aquellos situados al sur del río Bío-Bío y determinó el reparto y la subasta pública –entre otros mecanismo de usurpación– del territorio mapuche, fue el respaldo jurídico de este mecanismo. Si bien estableció que cada hijuela (unidad territorial del remate) subastada no debía superar las 500 hectáreas, no especificaba –ventajosamente para los particulares– la cantidad que cada persona podía adquirir por medio de la compra. Producto de este “vacío legal” se remataron hijuelas adyacentes, situación que fue muy bien aprovechada por adinerados terratenientes (provenientes de la zona central y de la frontera) que concentraron y acapararon gran cantidad de tierras, conformando de tal manera los latifundios. Haciendo alusión a los mecanismos legales que

²³⁹ Correa et al., op. cit., p. 27.

incidieron en la gran pérdida territorial mapuche y agregando elementos de violencia presentes en el proceso, Marián destaca que:

[...] también estuvo como intención la venta de tierras a los sectores ricos de la sociedad chilena. Mediante subastas públicas, realizadas en Santiago se iban desgajando más componentes del territorio Mapuche, lo que fue conformando grandes fundos. La violencia que acompaña este proceso queda reflejada en la prensa de la época y en la memoria Mapuche, pues muchos de quienes recibieron los títulos de parte del Estado (colonos chilenos, extranjeros, militares, plutócratas, etc.) una vez en terreno presionaron por sacar a quienes vivían ahí sin papeles y documentos que los pudieran afirmar como propietarios.²⁴⁰

El carácter esencialmente fraudulento en la concentración de la propiedad agrícola también es reconocido por Jorge Pinto, quien sostiene que:

[...] los remates de tierras también fueron motivos de quejas, no sólo por los fraudes que se cometían contra los mapuche, sino porque se aprovechaban para concentrar la propiedad agrícola en muy pocas manos. En 1892, La Igualdad de Temuco denunciaba el desencanto de más de tres mil campesinos que acudieron a rematar tierras fiscales sin conseguir un solo pedazo por la acción de ‘banqueros y millonarios’ que hicieron subir artificialmente los precios.²⁴¹

Efectivamente es reconocible en los remates de tierras el medio más eficaz impulsado por el Estado chileno –beneficiando principalmente a la burguesía terrateniente– para constituir el latifundio en La Araucanía. A modo de ejemplo en la provincia de Cautín aproximadamente desde 1889 comienzan los remates de tierras pertenecientes a distintas localidades (por ejemplo remates de Temuco en 1889, de Lautaro en 1892, de Toltén y Carahue en 1894, de Lautaro nuevamente en 1894, de Lonquimay en 1911, etc.), fenómeno que se desarrollaba simultáneamente –e incluso con anterioridad al año señalado– en toda La Araucanía, y que terminó por entregar a terratenientes gran cantidad del territorio

²⁴⁰ Marimán, op. cit., pp. 120-121.

²⁴¹ Pinto, Jorge, op. cit., p. 220.

mapuche, constituyendo así la propiedad particular latifundiaria en la provincia de Cautín.²⁴²

En segundo lugar, el Estado chileno entregó porciones considerables de tierras a empresas de colonización para que instalaran en ellas colonos extranjeros (alemanes e italianos principalmente), estableciéndose así las denominadas concesiones de colonización, que, ciertamente, representaron otro medio para la formación de extensas propiedades particulares en Cautín. Este mecanismo comenzó a ser aplicado aproximadamente desde la segunda mitad del siglo XIX por el Estado chileno con la finalidad de consolidar el régimen de propiedad particular en La Araucanía, preparando así el escenario para el desarrollo de la agricultura capitalista moderna. Para materializar su anhelo ideal de progreso, la burguesía nacional fomentó –sin obtener los resultados deseados– el establecimiento del sistema agrícola industrial europeo en La Araucanía, transfiriendo amplios territorios a empresas que se dedicaron a trasladar colonos del mencionado continente al país. La pretensión del Estado chileno consistió en establecer agricultores europeos conocedores de aquella realidad para que aplicaran su conocimiento técnico en las potenciales tierras agrícolas del sur de Chile. Para esto, el Estado traspasó la propiedad de las tierras a la empresa de colonización que instaló a estos colonos europeos en La Araucanía, quedando un porcentaje considerable de estas tierras en manos de los grupos que controlaban las concesiones, y otro porcentaje –generalmente menor– para el establecimiento de familias colonas. Asimismo, se debió respetar la propiedad mapuche existente en el territorio donde se instalaron las colonias y las concesiones. Evidentemente el más favorecidos con la “llegada del progreso” fue el empresariado, ya que una vez instalados los colonos, recibió por parte del estado extensos territorios rurales, fenómeno que se tradujo en la constitución de amplios fundos en La Araucanía. Los migrantes europeos instalados por las compañías de colonización también recibieron numerosas hectáreas, aunque considerablemente menor en cantidad si se compara la superficie recibida

²⁴² Para conocer el listado de remates en el territorio mapuche entre los años 1868 y 1895, véase el riguroso estudio de Correa et al., op. cit., pp. 31-33.

por los empresarios que controlaron las concesiones de tierras, pero suficientes para conformar fundos extensos en La Araucanía.²⁴³

La estadística relativa a esta cuestión indica que entre 1901 y 1911 se transfirieron 203.063 hectáreas a los empresarios que establecieron colonias en La Araucanía, y por su parte, los migrantes europeos recibieron 25.000 hectáreas para realizar su trabajo. En el caso particular de la provincia de Cautín, del total de hectáreas entregadas como concesiones en toda la Araucanía, 94.575 formaban parte de aquella región, sin embargo, de esta cantidad solamente alrededor del 10% quedó en manos de colonos extranjeros, distribuido en 211 familias. El resto del territorio, en gran medida, pasó directamente a formar parte de la propiedad privada de las empresas de colonización, tanto de sociedades comerciales, ganaderas e industriales, como de compañías formadas por privados, constituyendo extensas propiedades agrarias, y por consiguiente, consolidando el régimen de la gran propiedad rural de carácter privado en La Araucanía.²⁴⁴

Finalmente es necesario mencionar que el tercer mecanismo utilizado por el estado fue la formación de la propiedad agraria mediana y familiar, optando por la conformación de colonias de extranjeros y –en esta ocasión– también de chilenos.

Con respecto a las primeras, el estado colaboró directamente en la instalación de colonos extranjeros a través de la Agencia de Colonización Gubernamental del Ministerio de Tierras, Relaciones Exteriores, Culto y Colonización. En este sentido, a diferencia de la entrega directa de tierras a empresas de colonización, el Estado chileno se involucró activamente en el emplazamiento de colonias de extranjeros en La Araucanía. Las tierras entregadas por acción de la Oficina de Colonización formaban parte de los territorios que el estado había conservado como fiscales, ya que, como hemos visto, la superficie restante fue rematada y asignada a empresas de colonización. Al interior de los terrenos fiscales localizados por ejemplo en la provincia de Cautín, entre el año 1883 y comienzos del 1900, se instalaron 291 familias distribuidas en cinco colonias extranjeras, las cuales recibieron

²⁴³ *Ibíd.*, p. 37

²⁴⁴ Para conocer de forma detallada los actores involucrados en las concesiones de colonización en la provincia de Cautín, la cantidad de hectáreas entregadas y distribuidas en cada localidad, así como también las irregularidades del proceso, véase la obra que estamos consultando entre las páginas 37 y 39.

19.872 hectáreas, contribuyendo consiguientemente a la formación de fundos en las zonas de Lautaro, Temuco, Galvarino, Imperial y Gorbea, entre otros.²⁴⁵

Tal cual se ha indicado, la configuración de la propiedad agraria mediana y familiar también se hizo efectiva a través de la instalación de colonos y trabajadores chilenos, quienes estimulados por el estado se desplazaron hacia el territorio mapuche en calidad de ocupantes, buscando mejorías materiales en sus vidas a través de la economía agrícola y ganadera. Es necesario mencionar que la ocupación de La Araucanía por colonos chilenos se venía ejecutando ya desde la década de 1830, pero se debe recordar que este fenómeno se desarrolló espontáneamente producto de la expansión económica agraria que estaba experimentando la zona central de Chile, proceso en el cual el estado todavía no direccionaba su política de ocupación hacia las tierras mapuche:

El éxodo a la Araucanía se produjo espontáneamente primero, cuando numerosos campesinos del Valle Central escapan hacia la Frontera al promediar el siglo pasado y formalmente más tarde, cuando el gobierno empieza a estimular una emigración interna para ocupar las tierras arrebatadas al mapuche.²⁴⁶

En efecto, el establecimiento de colonias nacionales en el territorio mapuche, producto de este estímulo estatal, significó que durante el periodo de formación de la propiedad agraria mediana y familiar se instalaran 1.719 familias nacionales en La Araucanía, ocupando un total de 110.314 hectáreas.²⁴⁷

Ha sido analizado hasta aquí la conformación de la propiedad particular en La Araucanía mediante los remates de tierras, las concesiones de colonización, y la formación de la propiedad agraria mediana y familiar a través de colonias de extranjeros y nacionales. Ahora bien, el complejo proceso de constitución de la propiedad rural en La Araucanía también se caracterizó por establecer –en tanto tipo de dominio– la propiedad mapuche, razón por la cual el análisis histórico de su conformación es de suma importancia para comprender los conflictos posteriores. Las expresiones de acción política mapuche por la

²⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 40-41.

²⁴⁶ Pinto, Jorge, *op. cit.*, p. 217.

²⁴⁷ Correa et al., *op. cit.*, pp. 41-42.

recuperación del territorio expropiado hacia finales de la década de 1960 y comienzos de la siguiente, entre las cuales indudablemente el MCR cumplió un rol protagónico, encuentran en la etapa de conformación de la propiedad mapuche muchos aspectos fundamentales para su comprensión (radicación y reducción territorial, campesinización forzada, Títulos de Merced, entre muchos otros). Por estos motivos, y otros que se irán vislumbrando a medida que el análisis progresa, se precisará en las causas, características, y desenlaces de la formación de la propiedad rural mapuche.

La constitución de la propiedad agraria en La Araucanía implicó la expropiación y el despojo de gran parte del territorio mapuche, expulsándolos de sus tierras ancestrales y ubicándolos en pequeños espacios rurales, conformando de este modo pequeños fundos que finalmente representarían la reducida propiedad mapuche. En este sentido, la formación de la propiedad mapuche es consecuencia directa del arrebato de sus tierras por parte del Estado, particulares, y colonos extranjeros y chilenos, insertándola al régimen de propiedad agraria estructurado en La Araucanía bajo la lógica capitalista. Según Alejandro Saavedra:

[...] el proceso de reducción constituye una apropiación por la fuerza de sus territorios y su sometimiento forzado a los vencedores [...] es, en verdad, una segunda y completa conquista de un territorio y el sometimiento de una población libre y soberana.²⁴⁸

Para concretar la constitución de este tipo de propiedad, el Estado chileno radicó a los mapuche mediante tres procedimientos. El primero fue la radicación en las denominadas Colonias de Indígenas, las cuales se ejecutaron entre los años 1873 y 1880 para reubicar a los mapuche que se habían desplazado hacia lugares en donde se conformaron propiedades particulares. Producto de esta situación se determinan otros lugares para colonización, asentando a la población mapuche en la Alta y Baja Frontera (Angol, Nacimiento, Lebu y Arauco). El segundo procedimiento, aplicado entre los años 1875 y 1882, consistió en las radicaciones por sentencias de la Corte de Apelaciones de Concepción y del Juez de Letras de Angol, instituciones que otorgaron solamente diez Títulos de Merced (dominio territorial mapuche bajo determinación estatal), localizados todos en la zona de Angol. Por último, la

²⁴⁸ Saavedra, op. cit., p. 58.

radicación con Título de Merced representó el tercer procedimiento de constitución de la propiedad mapuche, y por cierto, el más significativo en términos cuantitativos. No obstante la entrega y reconocimiento del referido dominio territorial, el estado chileno utilizó criterios bastante ajenos para decretar la cantidad de hectáreas que adjudicaría a las familias mapuche, determinando los Títulos de Merced de forma fraudulenta y despojando territorios ancestralmente ocupados. El criterio utilizado para formar la propiedad mapuche mediante este mecanismo concebía al espacio territorial mapuche únicamente como el hogar y su entorno inmediato cercado, excluyendo los territorios en los cuales desarrollaban su economía expansiva, esto es, pastoreo, ramoneo, extracción de leña y recolección de frutas; actividades propias de su existencia material y cultural. Por tanto, la entrega gratuita de tierras por parte del estado, esto es una merced de tierras, si bien concedía un cierto espacio territorial para la subsistencia de los mapuche, no consideró en lo absoluto aquellos espacios situados en los alrededores de sus casas, propiedad territorial utilizada por este pueblo para las actividades principalmente ganaderas y de labranza. De esta manera se condenaba a la población mapuche, reduciendo su vida material y cultural a pequeños espacios de subsistencia, las denominadas reducciones. Lo anterior en términos cuantitativos significó que entre los años 1884 y 1929 se otorgaran 2.318 Títulos de Merced en toda La Araucanía a favor de familias mapuches, de los cuales 2.038 se entregaron en Cautín, promediando 5,29 hectáreas por persona radicada.²⁴⁹

El estado determinó arbitrariamente, bajo criterios economicistas extraños a la propia historia mapuche, el nuevo tipo de sociedad que debían conformar, dividiendo a las familias y agrupándolas en pequeños fundos comunitarios para así convertirlos en pequeños agricultores. Reconociendo el carácter arbitrario del proceso reduccional, Bengoa destaca lo siguiente:

Fue una verdadera intervención explosiva la que hizo el Estado chileno en la sociedad mapuche. No sólo les quitó las tierras, sino que los agrupó en forma arbitraria y, así, los obligó a convivir de un modo por completo artificial [...] se rompió profundamente la

²⁴⁹ Correa et al., op. cit., pp. 42-52.

sociedad mapuche [...] partió en pedazos las solidaridades y propugnó la división al interior de las familias mapuches.²⁵⁰

El juicio emitido por Bengoa permite reconocer el carácter arbitrario del Estado de Chile en la radicación y reducción de la población, determinando unilateralmente la formación de la propiedad mapuche en exiguos minifundos comunitarios.

Según lo dicho, la conformación de la propiedad mapuche implicó, además de la expropiación de tierras y ganado, la desestructuración social de los mapuche y la restricción de su soberanía política producto del arrinconamiento al que eran sometidos. En este aspecto, la pérdida no era solamente territorial, sino que también política y cultural. En efecto, la constitución de la propiedad y:

[...] el proceso histórico de reducción de la población mapuche, iniciado con la invasión de sus territorios ancestrales, continuado con su derrota militar y culminado con su sometimiento como indígenas radicados en las reducciones, constituye un etnocidio [...] porque el proceso histórico al que nos estamos refiriendo no fue sólo, ni principalmente, un ‘despojo’ de tierras. Se trató de un proceso de destrucción de las sociedades mapuche autónomas y de las principales bases de sustentación de su cultura.²⁵¹

La reducción territorial de la población mapuche provocó efectos sumamente perjudiciales para su proyección material y cultural, entre los cuales se encuentran la campesinización forzada y la pobreza, condiciones resultantes del proceso sistémico que se ha venido analizando, es decir, de la conformación de la propiedad agraria en La Araucanía, pero más determinante aún, de la formación del latifundio en el territorio mapuche. La situación de este sujeto histórico hacia finales del siglo XIX y comienzos del siguiente era deplorable. Jorge Pinto la describe con las siguientes palabras:

[...] el paisaje en la región había cambiado. Arrinconados los mapuche en sus reducciones, campesinizados algunos y obligados a vivir en los arrabales de las nacientes ciudades, paulatinamente los cronistas de la época fueron dando cuenta del triunfo de la ‘civilización’

²⁵⁰ Bengoa, *Historia de un conflicto...* op. cit., p. 54

²⁵¹ Saavedra, op. cit., p. 60

contra la ‘barbarie’. Sin embargo, había aparecido la pobreza, un invitado de piedra que complicaba impensadamente las cosas.²⁵²

El primer efecto mencionado fue la campesinización forzosa de los mapuche, consecuencia directa de la agriculturización impulsada por la burguesía comercial y terrateniente, la cual a través del aparato estatal desplegó una serie de medidas para conformar la propiedad agraria en La Araucanía. Para concretar este proyecto era necesario, desde la perspectiva de la clase dominante, conformar el latifundio y reducir territorialmente a la población mapuche, transformándolos forzosamente en campesinos (agricultores) funcionales al régimen establecido. Sin embargo es necesario señalar que la población mapuche, por lo menos hasta la ocupación de su territorio, había desarrollado la ganadería en amplios territorios como principal actividad económica. Era una sociedad ganadera en expansión, que si bien cultivaba la tierra, no se caracterizó por desarrollar la agricultura de forma intensiva y a gran escala. Los mapuche no desarrollaron la actividad agrícola en reducidos retazos de tierra como pequeños campesinos. Su sustento económico se encontraba en la ganadería de tipo mercantil.

Por los motivos anteriormente mencionados, la radicación de los mapuche en pequeños espacios de tierras transformó negativamente sus vidas ya que no estaban acostumbrados a realizar la actividad agrícola en pequeños territorios, ni menos como única opción de subsistencia. La reducción territorial:

[...] será el contexto de un nuevo giro en su economía. Se produce la campesinización forzosa del Mapuche, viviendo de una economía de subsistencia. La familia extensa tiende a nuclearse en la familia directa, destinando su poca tierra al cultivo de cereales, chacras y a la crianza de ganadería menor (ovino, caprino, porcino) en baja escala.²⁵³

El desajuste de la economía mapuche, producto de la reducción territorial, provocó su transformación obligada en pequeños campesinos, asumiendo todo lo que ello implica, esto es, dependencia de pequeños territorios para subsistir, cultura agrícola de pequeños

²⁵² Pinto, Jorge, op. cit., p. 223

²⁵³ Marimán, op. cit., p. 121.

propietarios productores, desenvolvimiento en minifundios, dependencia del latifundio y los mercados, entre otros.

La pérdida de animales producida por la ocupación militar y la entrega de pequeñas porciones de tierras (Títulos de Merced) de mala calidad por parte del Estado de Chile, como consecuencia de la desigual constitución de la propiedad agraria, provocaron directamente el empobrecimiento y la pauperización de la sociedad mapuche. Por tanto, a la transformación forzada en pequeños agricultores se sumaba la condición socioeconómica de pobreza para esta población sometida. Campesinización y empobrecimiento pasaban a formar parte de la realidad mapuche, la radicación en pequeños territorios provocó el surgimiento del campesinado pobre obligado a vivir de economía de subsistencia, destinando sus escasas tierras al cultivo de cereales y crianza de ganado a pequeña escala. Las palabras de Alejandro Saavedra son bastante aclaradoras al respecto:

La población mapuche se vio forzada a transformarse en campesinos accediendo a pocas tierras. En verdad, el mismo inicio de los mapuche como campesinos estuvo marcado no sólo por la imposición de una actividad nueva sino que además por formas ajenas y precarias de tenencia de tierras escasas y por la extrema carencia de recursos propios para asumir esta actividad.²⁵⁴

En síntesis, la conformación de la propiedad agraria en La Araucanía implicó el establecimiento de diversos tipos de propiedad territorial dependiendo de su extensión y de sus propietarios, sin embargo, el pilar fundamental de este proceso indudablemente fue la constitución del latifundio, cuya posesión quedó en manos de terratenientes (chilenos y extranjeros) y empresas de colonización. Simultáneamente se daba origen a la formación de la propiedad agraria mediana y familiar, constituyendo fundos de menor tamaño que el caso anterior, pero no por ello considerables en su extensión territorial, los cuales quedaron bajo propiedad de colonos extranjeros y nacionales. Finalmente, el eslabón más débil de la estructura agraria configurada en La Araucanía lo representó el minifundio, propiedad mapuche que entrañaba precariedad y empobrecimiento. Estadísticamente de los 3,2 millones de hectáreas pertenecientes a la Araucanía, la conformación de la propiedad

²⁵⁴ Saavedra, op. cit., p. 66.

agraria (1866-1930) implicó la entrega de un 12,8 % del territorio a las familias mapuche, y el porcentaje restante, equivalente al 87,2 % de la superficie mencionada, fue utilizado para constituir la propiedad rural particular y fiscal.²⁵⁵ Evidentemente el reparto arbitrario de la superficie de la Araucanía y la consiguiente reducción territorial de la población mapuche mediante la entrega de Títulos de Merced, implicaron la usurpación de su principal sustento de vida: la tierra. Este despojo dará origen a una serie de conflictos y movilizaciones de carácter reivindicativo que se masificarán progresivamente a partir del siglo XX, y que alcanzarán su mayor auge durante el periodo de la Unidad Popular, momento en que gran parte de las comunidades mapuche empobrecidas –de la provincia de Cautín específicamente– asumirán posturas políticas radicales.

2.3 Organizaciones políticas y movilización mapuche en La Araucanía durante el siglo XX.

La situación socioeconómica de los mapuche hacia comienzos del siglo XX era sumamente adversa, su estabilidad política fue desestructurada y su cultura restringida a una realidad bastante extraña a su propia historicidad. La sociedad mapuche se encontraba en un estado de dispersión forzada que le impedía proyectarse materialmente, la precariedad y la pauperización contribuían a la perpetuación de este estado. La conformación de la propiedad agraria en el territorio mapuche determinó arbitrariamente la reducción de esta sociedad, la expropiación de sus tierras y ganados los condujo inevitablemente a la pobreza. Se configuró así la sociedad mapuche postreduccional del siglo XX, escenario de múltiples conflictos, reivindicaciones y movilizaciones en general, que tendrán a la tierra como eje fundamental de las manifestaciones.

Con todo lo anterior, la sociedad mapuche se ajustó a las nuevas circunstancias impuestas arbitrariamente por el Estado chileno y las clases dominantes, generando instancias de resistencia frente al despojo y proyectándose políticamente en la defensa de sus intereses culturales y territoriales. El proceso reduccional provocó el surgimiento de múltiples conflictos en torno a la tierra, los cuales se canalizaron efectivamente por medio

²⁵⁵ Correa et al., op. cit., pp. 52-55.

de la resistencia y la movilización social, así como también a través de la relación política con el Estado y sus representantes. Dichas manifestaciones se irán configurando orgánicamente dando paso al surgimiento de una serie de organizaciones mapuche de carácter reivindicativo, que tendrán como elementos permanentes de las denuncias y las movilizaciones a "...la tierra usurpada, la violencia ejercida, la discriminación, la marginalidad; esto es, la nueva condición que ha adquirido el mapuche".²⁵⁶ La usurpación de tierras en el proceso de radicación estimuló inevitablemente la respuesta de este pueblo duramente discriminado y abusado por el Estado chileno y los colonos instalados en la zona, exigiendo sus derechos sobre la tierra, la cultura y el respeto para su pueblo.²⁵⁷

La multiplicidad y diversidad de conflictos territoriales desatados durante el proceso de reparto territorial y constitución de la propiedad agraria en La Araucanía (1866-1930) respondieron directamente a la violencia ejercida sobre los mapuche durante la usurpación de sus tierras ancestrales. Esto traería inevitablemente como consecuencia un interminable proceso de resistencia (que dura hasta hoy), cuya expresión dinámica de movilización social fue canalizada a comienzos del siglo XX por las nacientes organizaciones mapuche que, integradas a la sociedad chilena, participaron activamente de la política institucional para solucionar sus reivindicaciones.

La primera organización mapuche de este periodo postreduccional fue la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía, cuyo desarrollo se localizó fundamentalmente en Temuco entre 1910 y 1938, representando el organismo de defensa de los mapuche contra las usurpaciones durante este periodo. Esta asociación se caracterizó fundamentalmente por su marcada tendencia integracionista con respecto al Estado y la sociedad chilena para resolver los graves problemas que sufrían a comienzos del siglo XX. La táctica integracionista utilizada por esta asociación se debió a la condición social de los dirigentes que conformaron el grupo fundador, los cuales no provenían de las comunidades empobrecidas, sino que, contrariamente, pertenecían al segmento letrado de los mapuche que se desempeñaban mayoritariamente como profesores de instituciones educativas chilenas (escuelas y liceos), y que eran hijos o descendientes de aquellos caciques más

²⁵⁶ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., p. 377.

²⁵⁷ Saavedra, op. cit., p. 70.

privilegiados producto de su lealtad con el Ejército chileno durante la ocupación del territorio. Debido a sus vinculaciones con el sistema educativo chileno, pero también del contacto respetuoso con la sociedad en general, los dirigentes de la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía estaban convencidos de que las transformaciones se debían realizar mediante la educación y la participación política, siguiendo una tendencia indigenista moderada. Esta postura integracionista, liderada por los mapuche instruidos, encontraría rápidamente el apoyo de partidos políticos afines a la reivindicación mapuche que estaba conduciendo la Sociedad Caupolicán, nos referimos específicamente al Partido Demócrata, orgánica política con gran presencia en Cautín durante las primeras décadas del siglo XX, y que producto de su sensibilidad con las problemas y conflictos sociales, se posicionó junto a la demanda mapuche llevándola al parlamento y pronunciándola públicamente. Las denuncias en contra de las tropelías e injusticias cometidas, y las demandas para completar aquellas radicaciones que aún se mantenían inconclusas, fueron algunas de las exigencias impulsadas por la Sociedad Caupolicán y alguna de ellas instaladas por el Partido Demócrata en el aparato estatal chileno que impidieron una masificación descontrolada de la violencia acarreada por la usurpación de tierras.²⁵⁸

Es importante mencionar que durante las primeras tres décadas del siglo XX, caracterizadas por el protagonismo de la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía en términos reivindicativos, se cometieron –violentamente– grandes usurpaciones de tierras sobre los mapuche. Estábamos en presencia de la segunda usurpación acometida sobre este pueblo, ya que esta vez el despojo se realizó sobre las tierras entregadas en los Títulos de Merced. Si bien el Estado había determinado el establecimiento de la propiedad mapuche reconocida en los Títulos de Merced, posteriormente decidió que estas tierras serían de propiedad fiscal, y por tal razón, disponibles para ser rematadas a particulares. Esta situación generó una injusta superposición de títulos, debido a que el derecho de propiedad adquirido por los particulares en los remates fiscales se impuso arbitrariamente por sobre la

²⁵⁸ La intención de este apartado no es narrar la historia de la Sociedad Caupolicán, sino que contextualizar su importancia en el proceso de reivindicación territorial del movimiento mapuche; (continúa en p. siguiente) para conocer más acabadamente su trayectoria, véase Foerster, Rolf y Sonia Montecinos, *Organizaciones, líderes y contendas mapuches (1900-1970)*, Santiago, Ediciones del Centro de Estudios de la Mujer, 1988, pp. 18-33.

propiedad mapuche previamente conformada. Se suscitaron así múltiples conflictos territoriales referentes a los títulos de propiedad, resolviéndose gran parte de ellos mediante el uso de la fuerza y la violencia ejercidas tanto por los colonos-propietarios como por las autoridades chilenas, expulsando a las familias mapuche de sus territorios, los cuales ya habían sido reducidos en una primera etapa de usurpación mediante la radicación por Títulos de Merced (1884-1929). La usurpación de las tierras reduccionales significó que “en los primeros cincuenta años de este siglo, casi un tercio de las tierras concedidas originalmente en mercedes, fueron usurpadas por particulares. En 1929, de 2.173 comunidades de Cautín, había en la Corte de Temuco 1.709 juicios con particulares”.²⁵⁹

Precisamente gran parte de los reclamos y denuncias derivados de la problemática antes descrita, serán canalizados por la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía, organismo que en este sentido defendió a los mapuche contra las usurpaciones, manifestándose por medio de protestas y movilizaciones pacíficas, así como también estableciendo denuncias en las intendencias, gobernaciones y tribunales correspondientes, sin obtener resultados concretos.

Otra organización mapuche apareció en la escena reivindicativa durante este periodo, nos referimos particularmente a la Sociedad Mapuche de Protección Mutua, fundada el año 1916 en Loncoche, y que posteriormente en 1922, buscando la unión de todos los mapuche, se transformará en la Federación Araucana. A diferencia de la Sociedad Caupolicán, este organismo reivindicó las prácticas socioculturales tradicionales mapuche por sobre la integración a la estructura sociocultural chilena mediante la educación. Surge de esta manera lo que el historiador mapuche Sergio Caniuqueo denomina como una nueva visión política mapuche, de clara tendencia nativista y radical. Lo anterior se tradujo concretamente en la expresión política de esta organización. Como lo señala Caniuqueo:

La Federación Araucana basó su práctica política en la institucionalidad mapuche, a través del fūxa xawūn (grandes parlamentos), empleando el Pentukun o saludo ritual por medio el

²⁵⁹ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., pp. 367-368. Para analizar más detalladamente las causas de los conflictos territoriales suscitados en el periodo de constitución de la propiedad agraria (1866-193), consúltese Correa et al., op. cit., pp. 56-57. Asimismo, para conocer específicamente algunos de los conflictos de tierra entre 1910 y 1930, impregnados de sangre y violencia, véase el listado expuesto en Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., pp. 369-372.

cual se interiorizaban de las condiciones de existencia espiritual y material de las personas y comunidades; y el Nüxamkawün o conversación, las que actuaban en el contexto de una situación dialógica previa a los grandes discursos (weupitun) de los líderes. La legitimación del xawün y sus resultados utilizaba los perimontun (visiones) y pewma (sueños).²⁶⁰

La resistencia cultural y la reivindicación territorial fueron los ejes articuladores de las manifestaciones impulsadas por la Federación Araucana y el movimiento que le dio solvencia, apelando por la unidad general de todos los mapuche para accionar públicamente ante el Estado chileno, lograr el reconocimiento público de sus costumbres, y luchar contra las tropelías que sufrían constantemente. No obstante la prioridad por reivindicar los valores ancestrales, la Federación Araucana estableció tácticamente vínculos políticos con partidos (Partido Democrático y Partido Comunista) y organizaciones (Federación Obrera de Chile) progresistas para lograr sus aspiraciones. En razón de lo expuesto, esta organización no resistió exclusivamente desde el ámbito cultural, sino que junto a ello planteó formas de lucha sociopolítica impregnadas de autonomismo mapuche.²⁶¹

La tercera organización mapuche de gran relevancia en los conflictos territoriales acontecidos durante el periodo de constitución de la propiedad agraria fue la Unión Araucana, fundada en 1926 por las Misiones Capuchinas de la Iglesia Católica como forma de contrarrestar la influencia de la Sociedad Caupolicán y la Federación Araucana sobre el movimiento mapuche. Las razones de esta reacción fueron principalmente la reivindicación de la religiosidad mapuche y las alianzas establecidas con los comunistas. Con respecto a la primera, los padres capuchinos no aceptaban las tendencias nativistas que buscaban revalorizar la religiosidad mapuche, ya que –contrariamente– planteaban la necesidad de cristianizar, civilizar y asimilar a los mapuche a la sociedad chilena para superar el estado de sometimiento y marginación bajo el cual se encontraban. En relación a las influencias de la izquierda en el movimiento mapuche, los capuchinos –representando de cierta manera la visión eclesiástica católica– las criticaban enérgicamente por considerarlas incitadoras de la

²⁶⁰ Caniuqueo, Sergio, *Siglo XX en Gulumapu: De la fragmentación del Wallmapu a la unidad nacional mapuche. 1880 a 1978*, en Marimán et. al., op cit., p. 176.

²⁶¹ Parte de la historia de la Federación Araucana ha sido analizada detalladamente en Foerster, op.cit., pp. 33-52.

subversión y la violencia, optando por una tranquilizadora integración de los mapuche a la sociedad chilena. En concordancia con lo anterior, la Unión Araucana buscó dirigir el movimiento mapuche con el propósito de lograr el bienestar económico, intelectual, moral y social de este pueblo, erradicando así, a partir de su moral, una serie de “males” tales como la ignorancia, el alcoholismo, la poligamia, la inseguridad de la posesión territorial, el atraso agrícola y la desunión. Bajo esta lógica moralizadora, la Unión Araucana estableció que mediante la educación y la creación de escuelas los mapuche se imbuirían de la cultura occidental. De todos modos, la tierra seguía significando la demanda histórica del movimiento mapuche, más allá de las posturas o tendencias que las organizaciones asumieran en su liderazgo. En este sentido la Unión Araucana expresó enérgicamente múltiples denuncias sobre los abusos que cometían los terratenientes y las autoridades locales chilenas durante los despojos territoriales. Asimismo demandó la radicación de los mapuche que aún no lo estaban, pidió el aumento del suelo a los que habían recibido menos de seis hectáreas y solicitó la solución de los litigios por tierras, entre otras demandas. Sin embargo, con el pasar del tiempo y producto de rencillas internas entre los padres capuchinos y algunos dirigentes mapuche, la Unión Araucana, demostrando la influencia de la Iglesia Católica, abandonó la “conflictiva” lucha por la tierra, priorizando sus tradicionales planteamientos civilizadores e integracionistas por medio de la educación misionera.²⁶²

Durante el segundo periodo de conflictos territoriales caracterizado por la división de la propiedad mapuche, que se extiende entre los años 1930 a 1972, el movimiento mapuche y sus organizaciones se plantearon más enérgicamente en sus reivindicaciones, aumentando la cantidad de manifestaciones y, principalmente, estimulando la generación de un movimiento social autónomo que fuese capaz de enfrentar las problemáticas a partir de sus propias fortalezas.

Las tres organizaciones previamente analizadas continúan representando las principales expresiones orgánicas del movimiento mapuche durante gran parte de este periodo, por lo menos hasta la década de 1960. Ahora bien, se producen algunas

²⁶² Para conocer más detalladamente el desarrollo de la Unión Araucana véase Foerster, op. cit., pp. 52-67.

modificaciones en cada una de ellas, así como también instancias de síntesis entre estas organizaciones que merecen ser aclaradas para comprender la dinámica social del periodo y el nuevo carácter que asumen las reivindicaciones socioculturales y territoriales mapuche. A pesar de las transformaciones que experimentaron estas organizaciones, se mantuvieron algunas continuidades con respecto al periodo anterior, como por ejemplo, lograr el reconocimiento de las autoridades estatales y de los partidos políticos, legitimando de este modo al movimiento mapuche frente al poder ejecutivo para lograr respuestas a sus planteamientos. La participación de los mapuche en la escena política nacional seguía siendo el camino por excelencia para lograr avances en sus reivindicaciones, aunque en este periodo, buscando desarrollar una fuerza indigenista autónoma con respecto a la tutela de los partidos políticos, propuesta impulsada fundamentalmente por la Sociedad Caupolicán (posteriormente Corporación Araucana).

Variadas problemáticas y tensiones que se venían arrastrando desde el periodo anterior, desencadenaron una serie de conflictos territoriales entre los años 1930 y 1972, cuyas principales causas fueron la radicación inconclusa, la superposición de deslindes y usurpación de tierras al interior de los Títulos de Merced, y la división de la propiedad mapuche. Sin negar la importancia y los efectos de las otras causas en la dinámica social del periodo, se hace necesario analizar atentamente los conflictos suscitados por la división de la propiedad mapuche, en razón de que impactó significativamente en el movimiento mapuche y sus respectivas organizaciones.

Primeramente se debe señalar que la división de la propiedad mapuche, especialmente de las comunidades, tiene su precedente –paradójicamente– en la presión ejercida por la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía, representada por su dirigente máximo Manuel Manquilef, para la dictación de una nueva ley indígena que incluyera la división de las comunidades y termine con la radicación. Este dirigente, “...al igual que muchas personas en esa época, consideraba que este era el medio más adecuado para lograr la rápida integración del indígena a la sociedad chilena”.²⁶³ La ley de 1927, impulsada por Manquilef, terminaba con la radicación de los mapuche y establecía la

²⁶³ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...* op. cit., p. 383.

subdivisión de las comunidades con el objetivo de otorgarles tierras como propiedad privada. Este hecho causó gran molestia dentro de la Sociedad Caupolicán y las organizaciones afines, deslegitimando a Manquilef como vocero mapuche debido a que no consultó a las mencionadas organizaciones para la elaboración del proyecto legal. Producto de esta situación, hacia finales de 1926 la Sociedad Caupolicán se opuso a la dictación de la ley de división de las comunidades, pero no pudo impedirlo, ya que fue promulgada definitivamente en 1927. Lo paradójico de esta situación fue que:

[...] los mapuches consideraron con agrado esta proposición, ya que alimentó la esperanza de aumentar sus escasas tierras. Pero la división también fue codiciada por los huincas ocupantes ilegales y por los grupos de poder regionales, quienes veían en ella una manera de ocupar definitivamente las tierras indígenas. Sin embargo, a fines de la década del 20 la gran mayoría de los mapuches se opuso a la división (Ley 4.160), comprendiendo que no hacía sino revestir de legalidad su miseria y que dejaba la puerta abierta para la exacción de sus posesiones.²⁶⁴

Con la aplicación de la ley de división de las comunidades mapuche en el año 1927, perfeccionada por su sucesora en 1930 se produjo una considerable pérdida de hijuelas entre el periodo que va desde este último año hasta 1972, ya que los Juzgados de Indios encargados de dividir las comunidades permitieron la usurpación particular al interior de los Títulos de Merced y la enajenación de tierras resultantes de la división. En síntesis, durante el periodo señalado (1930-1972):

[...] los Juzgados de Indios autorizaron la división de 832 comunidades mapuches con Títulos de Merced y, a la vez, permitieron la enajenación de las hijuelas resultantes de la división, existiendo un período –que va entre los años 1941 a 1947– en que no hubo restricciones para la venta de tierras mapuches. Las autorizaciones para enajenar comprometieron, en la mayoría de los casos, una parte del antiguo Título de Merced y, en otras situaciones, a la totalidad de las tierras de radicación de la comunidad.²⁶⁵

²⁶⁴ Foerster, op. cit., pp. 13-14.

²⁶⁵ Correa et al., op. cit., p. 62.

Los problemas derivados de las leyes de división de los Títulos de Merced evidentemente traerían como consecuencia un debilitamiento de la Sociedad Caupolicán al no entregar las soluciones concretas de las problemáticas que el movimiento social exigía, declinando su accionar sociopolítico hacia 1938, año en que los jóvenes mapuche deciden tomar “las riendas” del asunto. Para diferenciarse del carácter que tenía la Sociedad Caupolicán, estos jóvenes deciden nombrarla Corporación Araucana, dando origen a una nueva organización que protagonizará la reivindicación mapuche durante el periodo que estamos analizando. Se sumaban también a esta iniciativa la Unión Araucana y la Federación Araucana, que a pesar de sus diferencias, dieron origen en 1938 “...a una de las organizaciones más poderosas del movimiento mapuche, hegemonizando el espacio público durante toda la década del cuarenta y cincuenta”.²⁶⁶

La Corporación Araucana presentó mayor afinidad hacia las ideas conservadoras de la época, lo que se explica por la hegemonía interna de la Sociedad Caupolicán, comprometiéndose con el Partido Conservador Unido en términos electorales, alcanzando su máxima expresión con el triunfo de Carlos Ibáñez del Campo cuando su máximo dirigente, Venancio Coñuepán, fue nombrado en el año 1952 como Ministro de Tierras y Colonización, asimismo Romero y Cayupi (dirigentes también) fueron elegidos como diputados, y varias gobernaciones de la Araucanía quedaron bajo poder de dirigentes de la Corporación Araucana. Lo anterior innegablemente demuestra una relación directa con la política estatal, sin embargo esta organización mantuvo el carácter autónomo –mencionado en párrafos anteriores– en lo referente a su presencia en los espacios de poder, desenvolviéndose siempre en la escena electoral como Corporación Araucana. Precisamente fue en la esfera política en donde materializó uno de sus mayores logros: se opuso enérgicamente a la referida ley de división de las comunidades y consiguió su derogación en el parlamento.²⁶⁷

Por su parte la Federación Araucana durante esta segunda etapa de conflictividad territorial proyectará el movimiento indigenista radical hacia el levantamiento de una “República Indígena” en el año 1932. El máximo dirigente de esta organización, Manuel

²⁶⁶ Caniuqueo, op. cit., p. 179.

²⁶⁷ Bengoa, *Historia de un conflicto*, op. cit., pp. 110-114.

Aburto Panguilef, fue un líder mapuche imbuido del discurso socialista, ligándose con los sectores políticos de izquierda de la región. En concordancia, la “República Indígena” fue un reflejo de la República Socialista de Marmaduke Grove instaurada en Chile el año 1932, la cual por su corta duración (doce días) no alcanzó a generar transformaciones sociales de envergadura, sucediendo lo mismo con la experiencia mapuche. Así, el movimiento liderado por Panguilef comenzará a perder fuerzas y a disminuir su convocatoria, dejando de existir en la década de 1940, sin embargo, la existencia de la Federación Araucana marcó un hito dentro de la historia reivindicativa mapuche, sintetizando el discurso étnico con el discurso político, y entendiendo que la situación del pueblo mapuche estaba enlazada a las condiciones sociales de las clases populares chilenas. Como bien señala Bengoa:

El indigenismo radical de Panguilef ha sido el principal movimiento cultural mapuche de este siglo; supo combinar la fuerza del grito racial mesiánico, con la cuestión social y popular chilena. En su interior, se plantearon los dos polos que tensionarán a todos los movimientos indígenas que le seguirán en este siglo: la cuestión étnica y la cuestión social [...] Con este movimiento surgió una nueva identidad cultural postreduccional, de carácter campesino. Se valoriza el espacio comunal, como un lugar físico segregado del resto de la sociedad chilena y que posibilita, por tanto, la reproducción material de la cultura.²⁶⁸

Lo anterior indudablemente representa un antecedente directo de la composición y dinámica del MCR, siguiendo los planteamientos de Bengoa, se sintetizaron en una misma lucha la cuestión étnica (historicidad mapuche) y la cuestión social (campesinado pobre), gestándose un movimiento revolucionario de marcada tendencia política que buscó por todos los medios recuperar la tierra usurpada.

Con respecto a la Unión Araucana durante este periodo cabe señalar que, en relación al anterior, su programa de acción política no presentó cambios significativos. Esta situación no implicó una ausencia de propuestas, ya que el mejoramiento de la ley de colonización mapuche, una mayor dotación de personal en los Juzgados de Indios, la fundación de Cooperativas Araucanas de Consumo, campañas contra el alcoholismo, etc.,

²⁶⁸ Bengoa, *Historia del pueblo mapuche...op.cit.*, pp. 395-396.

fueron reivindicaciones que la Unión Araucana introdujo en el movimiento mapuche, sin embargo esta organización, sin dejar de existir, se unió a la Sociedad Caupolicán en 1933 para realizar gestiones en beneficio del pueblo mapuche, siendo secundarizadas sus propuestas. Posteriormente, a causa de la masividad que fue alcanzando en el movimiento mapuche la estrategia de Venancio Coñuepán, se integra a la Corporación Araucana en 1938. A pesar de lo anterior, continuó manteniendo su esencia como una organización de tendencia cristiana (influenciada por la Iglesia Católica) que impugnó permanentemente el contenido socialista de la Federación Araucana y criticó duramente su pretensión de constituir la República Independiente Mapuche (República Indígena). Se opuso a todo tipo de planteamientos nativistas y radicales que reivindicaran la tradición-religiosidad mapuche, propugnando la occidentalización de su cultura bajo el paradigma cristiano.²⁶⁹

Durante esta etapa de conflictos territoriales, además de las tres organizaciones analizadas, se configuró al interior del movimiento mapuche el Frente Único Araucano, en el año 1939. Esta organización estuvo estrechamente vinculada con los partidos de izquierda, integrándose al Frente Popular que llevaría a la presidencia a Pedro Aguirre Cerda en 1938. Ciertamente el Frente Único Araucano fue una expresión política mapuche del Frente Popular, el cual buscó generar alianzas y ampliar su base de apoyo popular involucrando a las comunidades. Fueron profesores, intelectuales y dirigentes mapuche quienes, siendo partidarios del ideario del Frente Popular, organizaron el Frente Único Araucano con el propósito de crear una nueva sociedad mapuche. Cuando Pedro Aguirre Cerda asume como presidente, esta organización se propuso facilitar al Gobierno la realización de su programa agrícola, de alfabetización y estímulos a los pequeños agricultores mapuche. Su capacidad de convocatoria y articulación orgánica se reflejaron en la gran cantidad de reuniones, conferencias y congresos realizados para determinar los tópicos a reivindicar, así como también por la cantidad de organizaciones e instituciones que participaron. Por su parte, la dinámica sociopolítica se caracterizó por generar múltiples manifestaciones, marchas, declaraciones y peticiones de justicia cuyos contenidos hacían referencia a conflictos territoriales, el desarrollo para las comunidades y la educación para

²⁶⁹ Para conocer la trayectoria de la Unión Araucana durante este periodo véase Foerster, op. cit., pp. 152-155.

sus hijos, entre otros. Finalmente cabe señalar que la decadencia del Frente Único Araucano hacia la década de 1940 se asocia a factores internos como la reducción programática y organizacional, pero también a factores externos como la hegemonía de la Corporación Araucana en el movimiento mapuche y a la disolución del Frente Popular.²⁷⁰

En la ciudad de Temuco hacia el año 1953 se realiza el Primer Congreso Nacional Mapuche, instancia de convergencia que dará origen a la Asociación Nacional de Indígenas de Chile cuya conformación fue producto de la retirada de algunos dirigentes mapuche –los más izquierdistas– del Frente Único Araucano. La presencia izquierdista en las organizaciones mapuche tenía precedentes en la Federación Araucana y en el Frente Único Araucano, pero la relación de estas organizaciones con aquella ideología política se expresó sencillamente en ciertos lazos de afinidad entre ambos sectores. La Asociación Nacional de Indígenas, sin embargo, estableció nexos más profundos al comprometerse orgánica y políticamente con el Partido Comunista, incluso muchos dirigentes tenían filiación con el partido. Representó la primera organización mapuche de orientación netamente político-partidista en su historia reivindicativa.

Si bien la Asociación Nacional Indígena estableció una serie de demandas (territoriales, infraestructurales, tecnológicas, económicas, educacionales, de salud, organizacionales, etc.) significativas para el movimiento mapuche, su repercusión más importante en el proceso reivindicativo fue incorporar la reforma agraria como alternativa para la recuperación territorial. En concordancia con lo anterior Bengoa señala “que esta organización mapuche ligada a la izquierda y al Partido Comunista pone en el centro de su preocupación la defensa de la tierra, inaugurando una perspectiva que será característica en las décadas siguientes”²⁷¹. En este sentido, la Asociación Nacional Indígena fue la primera organización en incorporar la Reforma Agraria a las demandas del movimiento mapuche, concibiéndola como un mecanismo viable para solucionar integralmente el histórico problema de la tierra. Esta organización también comprendió que las problemáticas que arrastraba su pueblo formaban parte de un sistema global instaurado en Chile, razón por la

²⁷⁰ Para conocer profundamente el nacimiento, desarrollo y declive del Frente Único Araucano véase Bengoa, *Historia de un conflicto...* op. cit., pp. 107-112, y Foerster, op. cit., pp. 155-170.

²⁷¹ Bengoa, *Historia de un conflicto...* op. cit., p. 136.

cual sus resoluciones específicas dependían de la solución de los problemas a nivel nacional. Asimismo consideraba que los mapuche también eran campesinos, y que desde esa realidad era necesario articularse con la clase trabajadora para luchar por la Reforma Agraria y los problemas genéricos que aquejaban al “pueblo” (chileno y mapuche).²⁷²

La devolución de tierras usurpadas, tanto las ancestrales que habían pasado a formar parte de grandes latifundistas, como las reduccionales que se encontraban integradas a fundos y que habían sido despojadas de los Títulos de Merced, ya no representaba simplemente algún tipo de reclamo o exigencia al Estado, sino que más afinadamente, constituía una propuesta racionalmente organizada y sistematizada en un proyecto de reforma agraria, que si bien era incipiente, demostraba la capacidad que las organizaciones mapuche –en este caso la Asociación Nacional Indígena– habían desarrollado en ese periodo para generar propuestas. Como justamente señala el historiador Sergio Caniuqueo, entre “1939 a 1953, el movimiento mapuche comienza a complementar sus resistencias y denuncias con la elaboración de propuestas”,²⁷³ cuya máxima expresión es la reivindicación de una Reforma Agraria propiciada por la Asociación Nacional Indígena, precisamente en 1953, punto de clímax del periodo establecido por Caniuqueo. Conforme a lo anterior, esta organización de raigambre comunista copó gran parte de la opinión pública y del accionar sociopolítico, protagonizando activamente el movimiento mapuche previo a la Reforma Agraria, esto es entre 1953, año de su conformación orgánica, y 1962, año de promulgación de la primera Ley de Reforma Agraria bajo el gobierno de Jorge Alessandri. Cabe señalar que hacia 1961 el destino de esta organización mapuche de izquierda fue la inclusión en la Federación Nacional de Campesinos e Indígenas de Chile, concretándose, como destaca Foerster, su anhelo de articulación entre los mapuche y campesinos chilenos.²⁷⁴

Es interesante señalar que la reivindicación territorial mapuche en los años sesenta, aproximadamente, comienza a adquirir una connotación distinta con respecto al periodo anterior. Hasta comienzos de la década de 1960 el movimiento mapuche había actuado reivindicativamente dentro de los marcos legales, posicionando sus demandas en los

²⁷² *Ibidem* pp. 136-137.

²⁷³ Caniuqueo, *op. cit.*, p. 170.

²⁷⁴ Foerster, *op. cit.*, pp. 259-260.

Juzgados de Indios sin obtener resultados –considerables– en lo relativo a la recuperación territorial. Sin embargo, la movilización mapuche verá nacer en su seno una nueva organización que modificará sustancialmente la dinámica social, acelerándola y profundizándola por medio de la acción directa. Es el caso de la Federación Nacional de Campesinos e Indígenas de Chile, organización que surge en el año 1961. Su origen estuvo determinado por el Movimiento Nacional Campesino, colectividad conformada a comienzo de dicho año por la Federación de Trabajadores Agrícolas, la Asociación de Agricultores, la Asociación Nacional de Indígenas y el Frente de Trabajadores de la Tierra. La creación del Movimiento Nacional Campesino tuvo como principal objetivo constituir el Primer Congreso Nacional Campesino, a partir del cual se decide crear una organización unitaria de los trabajadores del campo afiliada a la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT). Como resultado de este proceso convergente surge la Federación Nacional Campesina e Indígena, influenciada por la izquierda partidaria de la época (comunistas y socialistas).²⁷⁵

La realización de una profunda Reforma Agraria que beneficiase con tierras a campesinos y obreros rurales chilenos con carencia de ellas, y que también devolviese a las comunidades mapuche las tierras usurpadas, representaron los pilares fundamentales del conjunto de reivindicaciones impulsadas por la Federación Nacional de Campesinos e Indígenas. De esta manera la Reforma Agraria iniciada en el gobierno de Alessandri influye directamente en el movimiento mapuche de los años sesenta, sin embargo no aparece precisamente para beneficiar a las comunidades, sino que contrariamente, al carecer de profundidad y desconocer la especificidad mapuche, estimula el descontento de las organizaciones que exigían la restitución del territorio usurpado por el latifundio. Lo anterior se tradujo en una estrategia de movilización que presionó al gobierno de Alessandri para que “dictara una ley de Reforma Agraria que hiciera posible la expropiación y restitución de tierras indígenas, asunto que no había sido posible por la vía del reclamo ante los Juzgados de Indios”.²⁷⁶

²⁷⁵ Para conocer de forma más detallada la conformación de la Federación Nacional Campesina e Indígena, véase Correa et al., op. cit., p. 91 y Foerster, op. cit., pp. 297-300.

²⁷⁶ Correa, et al., op. cit., p. 92.

Precisamente debido la situación antes descrita, la Federación Nacional Campesina e Indígena apoyó las tomas y recuperaciones por parte de algunas comunidades entre los años 1961 y 1962, las cuales “sobrepasaron la legalidad y la institucionalidad para hacer frente a sus carencias de tierras”,²⁷⁷ marcando un punto de inflexión en la trayectoria del movimiento mapuche que hasta ese entonces, actuaba dentro de los marcos legales impuestos por el Estado, pero sin obtener resultados favorables para superar su condición de subalternidad con respecto al poder rural.

La Ley de Reforma Agraria que predominó durante el gobierno de Jorge Alessandri no fue dictada con el propósito de transformar la estructura agraria en Chile, en consecuencia no podía resolver legalmente los conflictos y demandas de tierras mapuche. Su capacidad de respuesta frente a las exigencias de las movilizaciones fue nula, evidenciando la esencia capitalista de su gestación (modernización del agro y aumento de la productividad del suelo). Lo anterior explica los fundamentos de las tomas de fundos y recuperaciones de tierras iniciadas en el gobierno de Alessandri. Posteriormente, durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, específicamente en el año 1967, se dicta una nueva Ley de Reforma Agraria, la cual fue interpretada por las comunidades mapuche como un mecanismo legal (distinto al anterior) que daría respuesta a sus reivindicaciones territoriales, iniciándose un importante proceso de recuperación directa que lograría por primera vez a través de la movilización, ocupando de los fundos respectivos, la expropiación de tierras a su favor.²⁷⁸ No obstante los logros de las tomas de fundos, los resultados favorables para las comunidades mapuche que utilizaron este medio para recuperar sus tierras fueron escasos. La Ley de Reforma Agraria del gobierno de Frei no contenía entre sus planteamientos la resolución de los conflictos de tierras mapuche, y en los casos que las comunidades consiguieron tierras, fue resultado de las presiones ejercidas por el movimiento mapuche y sus organizaciones.

²⁷⁷ Foerster, op. cit., p. 304.

²⁷⁸ Entre 1967 y 1969 fueron dos los casos en que efectivamente, producto de la movilización de las comunidades, se expropiaron tierras en su favor. El primer caso fue la recuperación de los fundos Reñico y Didaico de la Sucesión Moena en la comuna de Lumaco, y el segundo aconteció en el predio Ranquilco de Nueva Imperial. Para conocer respectivamente los procedimientos de ambos casos, así como también de otros que no consiguieron la expropiación, véase Correa et al., op. cit., pp. 108-118.

La presión efectuada por las comunidades mapuche mediante las tomas de fundos para recuperar las tierras usurpadas, se agudizó y masificó hacia fines de la década de 1960, específicamente desde 1967, en los últimos años del mandato presidencial de Eduardo Frei Montalva. De esta manera se fue configurando el contexto en el cual aparecerá el MCR en Malleco y Cautín, integrándose rápidamente a la dinámica sociopolítica del periodo y, por lo tanto, formando parte de un movimiento mapuche de larga trayectoria histórica que, en esta ocasión, ejercerá la acción directa como táctica de lucha revolucionaria, tomando fundos y “corriendo cercos” para recuperar las tierras usurpadas.²⁷⁹



²⁷⁹ No se profundizó en el análisis del movimiento mapuche durante la parte final del gobierno de Frei, la razón de esta ausencia de información responde a la necesidad de situar ese contexto en el siguiente capítulo, cuando se interprete la historia del MCR en Cautín, cuya trayectoria se inicia precisamente en los últimos años del gobierno demócratacristiano.

**CONSIDERACIONES HISTÓRICAS, SOCIALES Y POLÍTICAS INMEDIATAS A
LA CONFORMACIÓN DEL MCR EN CAUTÍN.**

3.1 Análisis de la estructura social de clases reinante en los campos de Cautín.²⁸⁰

La movilización mapuche protagonizada por el MCR en ambas provincias se planteó como principal objetivo recuperar radicalmente los territorios usurpados que se encontraban formando parte de los fundos de la zona, los cuales estaban en poder de los terratenientes que concentraban gran parte del espacio rural. Esta recuperación territorial significó el desencadenamiento de una serie de conflictos de distinta índole entre las clases sociales implicadas, por un lado, a los campesinos mapuche que lucharon organizadamente bajo la conducción del MCR contra el despojo, y por el otro, los latifundistas que tenían bajo su poder las tierras consideradas como usurpadas, y que por tal razón serán reivindicadas y recuperadas directamente por ese movimiento social. Esta contradicción de clases con intereses históricamente antagónicos se desató rápidamente hacia el término del gobierno de Eduardo Frei producto del agitado ambiente de movilización social imperante en los campos de La Araucanía. En este contexto, la iniciativa de lucha emprendida por el MCR en términos revolucionarios comenzó a incidir, e incluso a modificar, la estructura de clases de la sociedad rural Cautín.

Por todo lo anterior, comprender la conformación del MCR y la lucha sociopolítica que impulsó, requiere necesariamente un análisis exhaustivo de la estratificación rural de Cautín en relación a la distribución de la propiedad territorial, lo cual permite conocer las características de las clases sociales implicadas en los acontecimientos que se pretenden reconstruir, así como también la de aquellos grupos que, aunque no participaron directamente, formaban parte de la cuestión agraria en Cautín. De acuerdo a lo expresado,

²⁸⁰ Por ser la provincia de Cautín el escenario principal en el cual se expresó el MCR, la provincia de Malleco no será considerada en este análisis.

la interpretación estructural-clasista de esta generalidad social se basa en las relaciones de poder que articulan el entramado social, cuyo fundamento –y criterio de análisis– es la propiedad de la tierra.

En primer lugar, el grupo de los grandes propietarios lo constituyó la gran burguesía agraria poseedora de enormes extensiones de tierras, razón por la cual representó la clase social que dominó los campos de Cautín y consecuentemente dirigió la agricultura de la zona. Es necesario precisar que este grupo hegemónico fue de carácter netamente capitalista producto de su vinculación con este sistema económico nacional. Esta apreciación responde a la necesidad de enfatizar que estos grandes propietarios no fueron terratenientes de carácter feudal, es decir, terratenientes puros destinados a la acumulación de tierras en términos de prestigio y nobleza, sino que al estar estrechamente relacionados – aunque de forma dependiente– con el sistema económico chileno, destinando sus productos al mercado (interno y principalmente externo), se erigieron como terratenientes capitalistas. En un estudio realizado el segundo semestre del año 1972 sobre la Reforma Agraria chilena, José Antonio Fernández señaló al respecto lo siguiente:

Los terratenientes puros apenas si existían. Los terratenientes chilenos eran y son empresarios capitalistas en la agricultura, en la banca, en la minería, en la industria o en el comercio o conjuntamente en varias ramas. La agricultura era dirigida de acuerdo a las necesidades del desarrollo capitalista dependiente de Chile y desde hace tiempo no ha habido contradicciones significativas entre burguesía agraria e industrial, financiera o comercial.²⁸¹

Ahora bien, el carácter capitalista de los latifundistas no se tradujo necesariamente en un desarrollo productivo de la agricultura en Cautín, al contrario, estos grandes propietarios disponían de predios con enormes extensiones que no eran aprovechados socio-económicamente, sus inversiones de capitales eran destinadas de manera preferente hacia la industria nacional, el gran comercio y las finanzas. Producto de esta situación, y de la concentración de la propiedad territorial en pocas manos, se estableció un latifundio improductivo en términos agrícolas que utilizó parcialmente el recurso tierra. La escasa producción era destinada, en menor medida, al consumo urbano, y, predominantemente, al

²⁸¹ Barraclough, op. cit., pp. 4-5.

comercio de exportación, ya que el débil capitalismo agrario se encontraba ligado condicionadamente a la demanda del mercado mundial.²⁸²

La estructura social-rural de Cautín estaba entonces determinada por un rígido sistema de tenencia de la tierra que concentró dicho recurso en escasas manos. Como consecuencia de un largo proceso histórico de acumulación de tierras, la gran burguesía agraria resultó ser el máximo representante del poder rural en la zona, manteniendo –desde sus intereses de clase– intacta y sin modificaciones la estructura agraria frente a los intentos de reformas que apuntaban a su transformación. La hegemonía rural se sustentó en la gran propiedad de la tierra, la cual “daba a la ‘élite’ terrateniente una alta cuota de poderes sociales, políticos e institucionales que les permitía mantener una estructura social rígida y sin oportunidades para las mayorías campesinas”, por tanto, de no modificarse esta estructura agraria, “ninguna medida que se adoptara en forma aislada originaría una respuesta importante en el desarrollo del sector”.²⁸³ En este sentido, los terratenientes al mantener su condición de clase dominante en el campo, no tolerarían ninguna perturbación en la distribución del poder rural, conservando como grupo social tradicional el dominio político y económico de la estructura agraria.

Lo anterior en términos cuantitativos significó que la gran burguesía rural en la provincia de Cautín poseía 411 propiedades de más de 500 hectáreas, cantidad que específicamente se distribuye de la siguiente manera:²⁸⁴

Cantidad de hectáreas	Número de propiedades
500 - 999	250
1000 - 1999	117
2000 - 4999	37
5000 y más	7

Esta información estadística, sustentada en las cifras del censo del año 1970, refleja claramente el monopolio que los terratenientes de la zona poseían sobre predios grandes

²⁸² Vitale, Luis, “América Latina: ¿feudal o capitalista?” en Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina*, Santiago, LOM Ediciones, 2007, pp. 456-459.

²⁸³ Alaluf, David, “Consideraciones sobre la política agraria 1965-1969”, en Alaluf, David, *Reforma Agraria: Seis ensayos de interpretación*, Santiago, ICIRA, 1970, p. 22.

²⁸⁴ Datos extraídos de “Pan, tierra y socialismo”, *Punto Final*, Santiago, año V, n° 121, 5 de enero de 1971, p. 28.

extensiones, siendo bastante representativo el hecho de que solamente 7 propiedades (distribuidas entre pocas familias) tenían la cantidad de 5000 hectáreas, e incluso más. De esta manera, el sistema de la gran propiedad rural era monopolizado por terratenientes que a su vez hegemonizaban la estructura de clases agraria en la provincia de Cautín.

El segundo sector social de la estructura de clases de Cautín lo representó el grupo de los medianos propietarios agrícolas, quienes al igual que los grandes terratenientes, conservaban un carácter esencialmente capitalista. Este mediano propietario dedicado fundamentalmente a la empresa agrícola destinaba su producción hacia el mercado, explotaba trabajo asalariado y asumió como principal objetivo la acumulación de excedentes, es decir, la ganancia. Por otra parte, en el ámbito de la posesión territorial, el mediano propietario agrícola gozó de tierras suficientes para desplegar una mediana empresa capitalista, razón por la cual no presentó grandes problemas por falta de terrenos para la producción. Estadísticamente este sector tiene 2.177 propiedades que fluctúan entre 100 y 499 hectáreas, datos que se desglosan de la siguiente manera:²⁸⁵

Cantidad de hectáreas	Número de propiedades
100 - 199	1.332
200 - 499	845

No obstante las grandes extensiones de tierras, los medianos propietarios agrícolas se encontraban inmersos desfavorablemente en una situación de dependencia con respecto a quienes controlaban el funcionamiento capitalista de la agricultura: la gran burguesía agraria. Esta clase hegemonizaba extensiones de tierras superiores a las que alcanzaba el poder de los medianos propietarios, privilegio que sumado a su vinculación con el capital industrial, financiero y comercial, representaba un factor capitalista –por lo demás monopólico– que creaba ciertos problemas a los medianos propietarios agrícolas. Entre ellos se encontraba principalmente la imposibilidad de controlar los excedentes producidos por su actividad empresarial agraria. Por una parte, esta pequeña burguesía careció de formas de financiamiento seguras y baratas que la obligaron a recurrir a los capitalistas

²⁸⁵ Ídem.

financieros, quienes estableciendo elevados intereses se apropiaron de dichas ganancias. Por otra parte, el monopolio sobre los canales de distribución y comercialización, controlado por los grandes capitalistas comerciales, determinó los bajos precios de los productos que la pequeña burguesía agraria ofrecía, vulnerando su situación económica, expropiando sus excedentes, y en consecuencia, siendo víctimas de una explotación comercial. Pero además el aparato estatal, representando los intereses de los grandes grupos burgueses, expropió los excedentes de estos medianos propietarios por medio de los impuestos que el sistema tributario establecía para el sector agrícola.²⁸⁶

En términos territoriales existían ciertas diferencias cuantitativas entre los grandes y medianos propietarios, pero en términos clasistas ambos grupos formaban parte de la burguesía agraria de la provincia de Cautín (conjuntamente alcanzaban la cantidad de 14.928 personas según cifras del censo referido). Pese a que los medianos propietarios sintieron perjudicadas sus aspiraciones en cuanto a las ganancias, sus intereses de clase fueron asimilados “hacia arriba” en la estratificación rural, siguiendo el camino determinado por sus “hermanos mayores”, quienes definieron el funcionamiento de la agricultura en términos capitalistas. Si bien no lograban acumular cuantiosos capitales, el sistema de tenencia de la tierra controlado por los grandes propietarios les permitió gozar de numerosas hectáreas, privilegio social al cual no renunciarían. Así, entre ambos sectores burgueses existieron elementos contradictorios, pero no plenamente antagónicos, ya que en tiempos electorales y/o de conflictividad social y política no dudaron en posicionarse junto a la gran burguesía rural, sobre todo en el momento que vieron amenazados sus intereses materiales sobre la tierra, especialmente producto de las presiones ejercidas “desde abajo” por los movimientos de pequeños propietarios mapuche. Es necesario recordar que los medianos propietarios al igual que sus “hermanos mayores” también participaron activamente en la usurpación de tierras a los mapuche, motivo por el cual mucho de los grandes y medianos fundos de la zona que estaban bajos su poder, fueron reivindicados por el MCR al estar incluido dentro de sus límites gran parte del territorio despojado.

²⁸⁶ *Ibidem*, pp. 27-28.

En el sistema de tenencia de la tierra, que tal como se ha precisado determinó la estratificación rural de Cautín, es posible reconocer un tercer sector social, el de los pequeños propietarios. A esta categoría pertenece el campesinado pobre de la región, tanto chileno como mapuche, colectividad que alcanza la cantidad de 184.675 personas, equivalente al 85,25% de la población rural total. Específicamente los datos señalan que de esta cantidad de personas, 134.629 son comuneros mapuche y 50.046 son pequeños propietarios chilenos.²⁸⁷

Las cifras del censo ya referido indican que la población rural total de la provincia de Cautín alcanzaba la cantidad de 216.638 personas, por consiguiente, los pequeños propietarios (184.675) constituyeron el sector más numeroso de la provincia, siendo específicamente los mapuche, dentro de esta categoría socioeconómica, el grupo mayoritario (134.629).²⁸⁸

Los pequeños propietarios empleaban la pequeña explotación familiar de subsistencia en superficies reducidas de tierras, además de erosionadas y de muy bajo rendimiento. Si a estas deficiencias se agrega la utilización de técnicas rudimentarias y la baja tecnología en el proceso de explotación de estas malas y escasas tierras, se generaba una situación sumamente desfavorable que condenaba al campesinado –mayoritariamente mapuche– a ser el sector más empobrecido y explotado de la región. En general, esta explotación a pequeña escala “es un modo de producción estancado, los sectores que dependen casi

²⁸⁷ *Ibíd.*, p. 27.

²⁸⁸ De aquí en adelante cuando se haga alusión a los pequeños propietarios, se estará haciendo referencia lo que significa –simplificadamente– que de cada 10 campesinos, 6 son mapuche. (*continúa en página siguiente*) Ahora, 1972 (2 años después del censo utilizado en el artículo que hemos citado recurrentemente) las cifras aumentan, ya que según Jacques Chonchol, Ministro de Agricultura de aquel entonces, en un simposio organizado a fines de 1971 señaló que “en la provincia de Cautín, que es una de las provincias importantes de Chile, con 500 mil habitantes, de los cuales 250.000 son rurales, una porción del 70% del campesinado es mapuche. (...) provincia donde de cada 10 campesinos, 7 son indígenas”; en Jacques Chonchol, *La Reforma Agraria y la experiencia chilena*, en Lelio Basso et al, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, p. 159. El segundo motivo respecto de la alusión a los mapuche –principalmente– como pequeños propietarios tiene que ver con la conformación del MCR, ya que en la provincia de Cautín la fuerza motriz de este movimiento revolucionario era fundamentalmente mapuche. Si bien al interior del MCR existieron campesinos chilenos pobres, la presencia del campesinado mapuche era predominante, tanto en su base social como en su dirigencia.

exclusivamente de él, como los mapuches, alcanzan los índices mayores de subdesarrollo”.²⁸⁹

Las tierras que contralaban los campesinos mapuche, tal como se ha venido mencionando, eran escasas y de muy mala calidad en términos productivos, situación que tenía su origen en el reparto desigual de este recurso desarrollado durante la conformación de la propiedad agraria en la provincia de Cautín. En este contexto de escasez del recurso tierra, las condiciones estructurales para desarrollar las fuerzas productivas de sus pequeñas explotaciones eran inexistentes. Las posibilidades de acumular excedentes y obtener plusproductos de su propio trabajo eran reducidas, ya que esta clase social:

[...] no sólo no contrata fuerza de trabajo, sino que tiene que vender la suya, ya que los limitados recursos que controla le impiden trabajar permanentemente en sus explotaciones. Su producto ni siquiera alcanza para el autoconsumo y mantiene de condiciones de vida misérrimas.²⁹⁰

Las relaciones comerciales de tipo mercantil predominantes en los campos de Cautín eran perjudiciales y extremadamente desfavorables para el campesinado mapuche (también para el chileno), esencialmente porque el plusproducto de su propio trabajo les era arrebatado mediante mecanismos de compra y venta –determinados por las desfavorables relaciones de intercambio mercantil– por intermediarios, comerciantes de pueblos y ciudades, usureros y toda clase de especuladores. Así, a la escasez y precariedad de las tierras, se agregaba la sobreexplotación a la cual eran sometidos por el capitalismo agrario, características esenciales de la situación socioeconómica del pequeño propietario mapuche. En síntesis, “podemos definir al pequeño propietario como aquel que posee una mínima cantidad de tierra y que es objeto de expropiación del plusproducto de su propio trabajo por comerciantes, usureros, intermediarios y otros”.²⁹¹ Todos estos elementos de naturaleza socioeconómica, sumados a los mecanismos de usurpación y despojo de tierras (estafas, engaños, violencia, etc.) contribuían directamente a la precarización de esta clase social, y

²⁸⁹ Barraclough, op. cit., p. 8.

²⁹⁰ *Ibidem*, p. 188.

²⁹¹ “Pan, tierra y socialismo”, op. cit., p. 27.

especialmente en el caso de los mapuche, a la configuración de un campesino pobre, pero también, producto de las condicionantes antes descritas, de un sujeto potencialmente revolucionario capaz de dinamizar sociopolítica y colectivamente un movimiento de recuperación de tierras sin precedentes. Precisamente en este sector del campesinado mapuche, y en este contexto de movilización social, militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) se insertaron de forma temprana para generar los lazos intersubjetivos con jóvenes y comunidades mapuche que posteriormente le dieron sustento y base social al surgimiento del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en la provincia de Cautín y Malleco, fenómeno que por cierto será analizado y profundizado en apartados posteriores.

Para completar el análisis de esta estructura social-clasista se debe señalar, aunque de forma superficial, la existencia de otras clases y capas sociales en esta sociedad rural de Cautín. Primero, los trabajadores que formaron parte del régimen de asentamiento (impulsado fundamentalmente por la Reforma Agraria del gobierno de Frei), es decir los asentados, representaban el 0,3% de la población rural total. En segundo lugar, los asalariados alcanzaban un porcentaje de 1,4% y solamente el 47% de ellos está sindicalizado. La condición socioeconómica de esta clase social era bastante precaria, sus integrantes habitaban en viviendas miserables y reciben bajos salarios. Un tercer grupo lo constituyeron los arrendatarios, sector poco numeroso que se estiman en 1266 personas. Se trata de campesinos muy precarizados que sufrieron problemas relativos al incumplimiento de las leyes del trabajo y de los contratos de arrendamiento de tierras. Finalmente, entre los grupos con mayor pobreza destacaron los medieros (tipo de obrero agrícola), con 1571 integrantes que vivían en condiciones extremadamente desfavorables, y los allegados (personas o familias que le trabajaban a pequeños propietarios) que sobrevivían en condiciones similares a los medieros, pero que por falta de fuentes se desconoce su número.²⁹²

²⁹² *Ibidem*, p. 29.

3.2 El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Desde sus orígenes hasta las primeras inserciones en comunidades mapuche de Cautín y Malleco (1965-1969).

Aunque de manera ineludible se analizará un segmento importante de la trayectoria del MIR (desde sus orígenes hasta comienzos del gobierno de la Unidad Popular), el propósito aquí planteado no busca desarrollar profundamente una historia de este partido revolucionario, sino que comprender en perspectiva histórica su proyección política y social entre los sectores populares de aquel periodo, específicamente, la vinculación y articulación que determinados militantes miristas establecieron con el movimiento mapuche en alza de la provincia de Cautín hacia finales del periodo presidencial de Eduardo Frei Montalva, fenómeno de convergencia que provocará el surgimiento inicialmente orgánico del MCR en el espacio rural de dicha provincia.

El MIR fue el producto de la confluencia de diversas organizaciones y militantes provenientes de distintas tendencias revolucionarias del país, las cuales, distanciándose de la izquierda tradicional (Partidos Comunista y Socialista) por su incapacidad e ineficiencia para hacer la revolución, se plantearon como una alternativa a la política electoralista y pacifista de aquellas agrupaciones.²⁹³ Durante aquel proceso de unidad revolucionaria, iniciado el año 1961, las individualidades y colectividades involucradas se propusieron constituir un nuevo partido para hacer la revolución en Chile, objetivo que conduciría a la realización del Congreso de Fundación del MIR el 15 de agosto del año 1965.²⁹⁴

La fase de unificación de la izquierda rupturista se desarrolló en un contexto estimulante para la constitución de organizaciones revolucionarias. En el plano internacional, las luchas de liberación nacional en África y Asia, los movimientos nacionalistas europeos, la consolidación del proceso transicional al socialismo en China, y el desarrollo de la Revolución Cubana, entre otros, impactaron fuertemente en la conciencia colectiva de los revolucionarios chilenos. De los hechos anteriores, indudablemente el de

²⁹³ Para conocer las organizaciones y militantes que convergieron en la fundación del MIR véase Vitale, Luis, *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*, Santiago, Ediciones del Instituto de Investigación de Movimiento Sociales “Pedro Vuskovic”, 1999, pp. 16-17.

En línea http://mazingher.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/h.pdf; Goicovic, Igor, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Concepción, Ediciones Escaparate, 2012, pp. 16-17.

²⁹⁴ Vitale, op. cit., p. 8.

mayor trascendencia fue la Revolución Cubana de 1959, ya que por vez primera una revolución de carácter socialista triunfaba en América Latina. Respecto de la influencia de los hechos revolucionarios en la isla Caribeña, el historiador Julio Pinto sostiene: “La victoria de los guerrilleros cubanos en 1959, en efecto, pareció sacar a la revolución social del ámbito de los horizontes utópicos, instalándola como una propuesta inmediata y viable para los pueblos de América Latina”.²⁹⁵

Durante el proceso de unidad revolucionaria (1961-1965), el contexto nacional también presentaba elementos políticos y sociales que influyeron significativamente en la conformación del MIR. Los lineamientos táctico-estratégicos implementados por la izquierda tradicional hasta ese momento eran interpretados por los grupos revolucionarios chilenos como ineficientes para transformar radicalmente la sociedad. Las reformas al sistema de dominación, la vía pacífica-electoralista, y la política de colaboración de clases, entre varios elementos más, obstaculizaban la emancipación social y revolucionaria de los explotados que se encontraban en una etapa de ascenso en las luchas sociales y políticas de aquel entonces. Por tales motivos el MIR surgió en ruptura con la izquierda tradicional, distanciándose de ella y disputándole la conducción del movimiento popular.

La síntesis entre el impacto de los acontecimientos a nivel internacional – especialmente la Revolución Cubana– y la situación social y política chilena de la década de 1960, generó el escenario propicio para el brote de una izquierda revolucionaria inspirada en el marxismo-leninismo, que, promoviendo la insurrección popular armada, propuso derrocar el sistema capitalista en Chile por medio de una revolución socialista. Respecto de la síntesis histórica recientemente planteada, el historiador Mario Garcés afirma que el nacimiento del MIR:

[...] hay que situarlo en esa confluencia: una revolución triunfante versus una estrategia poco eficiente de la izquierda chilena de entonces. La operación fundacional del MIR parecía de este modo sencilla: afirmar el componente militar de la lucha revolucionaria, lo que por cierto hizo al igual que muchos grupos revolucionarios de América Latina que se propusieron seguir el camino cubano, pero la verdad completa, es que el MIR no solo afirmó la cuestión

²⁹⁵ Pinto, Julio, “Hacer la revolución en Chile”, en Pinto, Julio, op. cit., p. 9.

militar sino que resucitó en Chile a los clásicos del marxismo, y en particular al Lenin revolucionario de principios de siglo [...] y rechazó la tradición estalinista y soviética de mediados de siglo, partidaria de la coexistencia pacífica. Es decir, el MIR no solo afirmó la necesidad del componente militar de la lucha revolucionaria, sino la cuestión de la formación de un partido revolucionario que acometiera la tarea, de una vez por todas, de hacer la revolución en Chile”.²⁹⁶

Los fundamentos teóricos y políticos del accionar del MIR fueron sistematizados en su Declaración de Principios, documento redactado el mes de septiembre del año 1969 por Luis Vitale. A partir de entonces, el MIR se reconoció como un partido revolucionario que se “organiza para ser la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile que buscan la emancipación nacional y social”, para lo cual estableció como finalidad el “derrocamiento del sistema capitalista y su reemplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos de poder proletario, cuya tarea será construir el socialismo y extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases”.²⁹⁷

La lucha revolucionaria que el MIR estaba impulsando en Chile para la destrucción del sistema capitalista, tenía como fundamento histórico el enfrentamiento entre las clases sociales que consideraba como antagónicas: el proletariado y la burguesía. En este sentido, el MIR reconocía al proletariado chileno como la clase de vanguardia revolucionaria que debía ganar para su causa al campesinado, intelectuales, técnicos y clase media empobrecida. En esta confrontación el MIR conduciría intransigentemente la lucha contra los explotadores, planteándola en términos clasistas y evitando cualquier tipo de conciliación que contribuyera a la amortiguación del conflicto.²⁹⁸

A partir de los fundamentos teórico-políticos plasmados en la Declaración de Principios, el MIR en lo nacional consideró necesario enfrentar a lo menos dos tareas programáticas tras las cuales debía movilizarse a los sectores populares: la liquidación del imperialismo y la revolución agraria. En lo tocante a la expulsión del imperialismo, el MIR

²⁹⁶ Naranjo, Pedro et al., op. cit., p. 10.

²⁹⁷ *Declaración de principios. Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)*, en Naranjo et al., op. cit., p. 99.

²⁹⁸ Ídem.

planteaba la nacionalización –sin indemnizaciones– de las empresas en manos de la burguesía internacional (cobre, salitre, hierro, etc.), de las grandes casas comerciales y de los bancos extranjeros. También estableció como tarea programática la ruptura de los pactos con Estados Unidos y el desconocimiento de la deuda externa contraída con dicho país. En segundo lugar, la revolución agraria significaba para el MIR la expropiación, sin indemnizaciones, de las tierras que estaban en poder de los latifundistas, entregándolas a los campesinos que trabajaban en ellas, para lo cual la revolución agraria debía ser concretada por el mismo campesinado a partir de la ocupación de tierras.²⁹⁹

En la realización del programa, el MIR sostenía como fundamental la participación protagónica de las clases explotadas a través de la movilización y la lucha de clases (huelgas, ocupaciones de tierras, fábricas y terrenos, grupos de autodefensa, etc.). De este modo “el programa planteado solo podrá realizarse derrocando a la burguesía e instaurando un gobierno revolucionario dirigido por los órganos de poder de obreros y campesinos”.³⁰⁰

De esta manera el accionar del MIR durante los años 60, periodo que corresponde a su etapa fundacional,³⁰¹ estuvo caracterizado por la enfática posición crítica que asumió frente a la ya referida izquierda tradicional (PC y PS) y por las complicaciones para definir consensuadamente la política y estructuración del partido, lo cual era de suma urgencia si proponía convertirse en la vanguardia marxista-leninista del proletariado y capas oprimidas de Chile. Lo anterior “se vio dificultado por las diferencias que existían en su interior, de ahí que durante este período los esfuerzos de la organización se concentraran en la homogeneización política y en la estructuración orgánica”.³⁰² Este período de disputas internas, que se dio entre 1965 y 1967, a su vez estuvo caracterizado por un cierto –aunque limitado– crecimiento al interior del campo popular, especialmente a nivel poblacional, universitario y sindical. En este sentido, como acertadamente aclara Luis Vitale, para

²⁹⁹ *Programa del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)*, en Naranjo et al., op. cit., pp. 103-105.

³⁰⁰ *Ibidem*, p. 105.

³⁰¹ Utilizamos el criterio establecido por Mario Garcés para periodizar la historia del MIR: “La historia del MIR debiera entonces considerar el menos estas tres etapas, que hemos insinuado: los años sesenta, que constituye su etapa fundacional; la Unidad Popular, que representa el momento de mayor crecimiento e impacto en la política chilena; y los años de la dictadura, que combinan iniciativas radicales de resistencia junto con la represión que terminó prácticamente por destruir al MIR como ‘vanguardia revolucionaria’”. En Naranjo et al., op. cit., p. 10.

³⁰² Leiva, op. cit., pp. 50-51.

comprender concreta y cabalmente el quehacer del MIR en este período se debe considerar la situación política que experimentaba la sociedad chilena en el gobierno de Eduardo Frei Montalva, así como también el estado del movimiento popular, escenario en el cual comenzaría a desenvolverse el MIR. En este contexto:

[...] después de que Frei promulgara su mediatizada ‘chilenización del cobre’ y su menguada Reforma Agraria, los trabajadores del campo y la ciudad –que se habían esperanzado en las promesas de la DC– comenzaron a radicalizarse, junto a las bases y el ala izquierda democristiana, promoviendo un proceso de luchas sociales [...] en el cual se insertaron los militantes y política concreta del MIR y del ala izquierda socialista que alcanzó acuerdos revolucionarios en el Congreso de Chillán.³⁰³

Las diferencias internas, empero, no serían superadas, agudizándose la conflictividad entre los distintos grupos que hasta ese momento formaban parte del MIR, sumando a este fenómeno un estancamiento en su crecimiento orgánico y una –todavía– reducida inserción en los espacios populares.³⁰⁴ Esta situación comenzaría a ser modificada con la realización del Tercer Congreso del MIR en el mes de diciembre del año 1967, el cual resolvería en favor de un recambio político y generacional en la dirección nacional del partido, función que de ahí en adelante quedará bajo conducción del grupo joven liderado por Miguel Enríquez. A partir de entonces la organización aumentó su accionar en el ámbito de las armas, tanto a nivel propagandístico como en lo concreto. El quehacer del MIR en este sentido se realizó a través de “acciones directas” que buscaban “recuperar” dinero para destinarlas al trabajo revolucionario en los sectores populares, siendo los asaltos a sucursales bancarias las acciones principales.³⁰⁵ Por otra parte, aunque se había ganado presencia en la política nacional y en los sectores populares, y la cantidad de militantes se había incrementado, las limitaciones y deficiencias en términos orgánicos aún se mantenían vigentes.

³⁰³ Vitale, *Contribución...*, op. cit., p. 12.

³⁰⁴ Casals, Marcelo, *El alba de una revolución: La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1965-1970*, Santiago, LOM Ediciones, 2010, p. 217.

³⁰⁵ Pérez, Cristián, “Historia del MIR. ‘Si quieren guerra, guerra tendrán’”, en *Estudios Públicos* 91, Santiago, 2003, p. 14.

A nivel orgánico, las contradicciones internas comenzaron a agudizarse, siendo la principal aquella que se daba entre un grupo de militantes y la nueva dirección. Esta contradicción se relacionaba específicamente con la cuestión del accionar armado y la posición del partido frente a los procesos electorarios de 1969 (parlamentarias) y de 1970 (presidenciales).³⁰⁶ La tensión derivó finalmente en la marginación voluntaria de varios militantes, produciéndose una crisis interna que terminaría por fraccionar definitivamente al MIR, dividiéndose hacia mediados de 1969.

Inmediatamente posterior a la crisis interna, el MIR entró en un proceso de reorganización partidaria que buscaba, por una parte, proyectar la política revolucionaria hacia las clases populares que se encontraban en un proceso de movilización ascendente y extensiva desde mediados de la década de los 60, y por la otra, intensificar la política de acciones armadas –principalmente los asaltos a bancos–, método de lucha que enfatizaría la connotación político-militar del MIR.³⁰⁷ Respecto de la inserción en la dinámica social popular hacia finales de la década de los 60 y comienzos de la siguiente, es necesario subrayar que esta organización aprovechó el ascenso de las movilizaciones y la intensificación experimentada por la lucha de clases en el período para introducirse y participar activamente en ellas. Sobre estos fenómenos, Pedro Naranjo sostiene que:

[...] desde 1967 había comenzado en Chile un proceso de ascenso y extensión de las movilizaciones de masas, los primeros en activarse fueron el movimiento estudiantil en torno a la reforma universitaria, luego surgió la acción de los pobladores en su lucha por la

³⁰⁶ Según los planteamientos de Sebastián Leiva, las diferencias entre la dirección conformada en el Tercer Congreso y los marginados, respecto de la cuestión castrense, se produjeron porque los primeros criticaban que “...desde 1965 en adelante no se había impulsado efectivamente el accionar armado, quedándose el planteamiento de la lucha armada sólo en el discurso, cuestión que los marginados respondían señalando que aquellas acciones debían iniciarse sólo una vez que la organización se asentara en mayor grado en el movimiento social, con lo cual implícitamente daban cuenta de los aún embrionarios vínculos con éste”. Por otra parte, pero vinculado directamente con lo anterior, las diferencias relativas a los procesos electorales se explicaban porque “...los marginados planteaban la necesidad de discutir la posible participación de la organización en ambos procesos electorales, máxime cuando la dinámica que estaba desarrollando el movimiento popular apuntaba a vincularse a este proceso. En contraposición, el sector mayoritario del partido se planteaba absolutamente en contra de la alternativa electoral”. Leiva, op. cit., p. 51.

³⁰⁷ La reestructuración del partido y su nuevo modelo organizacional se encuentran explicados en Goicovic, Igor, “El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la irrupción en la lucha armada en Chile, 1965-1990”, en Pozzi, Pablo y Claudio Pérez (editores), *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*, Santiago, LOM Ediciones, 2012, p. 165; y Leiva, op. cit., p. 52.

vivienda y otras reivindicaciones, después los mapuche en la zona sur y su demanda por la tierra, para después extenderse a otras zonas campesinas; con posterioridad el proceso de activación se expresó en los trabajadores de la pequeña y mediana industria, en los empleados y trabajadores del sector público, y culminó ya muy próximo al gobierno de Allende con la clase obrera sindicalizada de la gran industria”.³⁰⁸

En este período de ascensión de la lucha de clases, influenciado también por la coyuntura electoral del año 1970, gran cantidad de miristas se distribuyen por todo el país insertándose en los sectores más activos y radicales del movimiento de masas, apoyando sus reivindicaciones de manera participativa y comprometida, pero más aún, contribuyendo a su extensión y radicalización. Sin embargo, como bien señala Pedro Naranjo: “El MIR no creó estas formas de lucha, sino las recogió de sectores avanzados de las masas, después las impulsó como una línea de acción general y sistemática orientada a poder romper la legalidad burguesa”.³⁰⁹ Lo anterior se concretaría hacia finales del período presidencial de Eduardo Frei Montalva, específicamente desde la medianía del año 1970, con la creación de una serie de “frentes de masas” o “frentes intermedios” que tenían como propósito sistematizar las reivindicaciones de los sectores populares en lucha y conducirlos por caminos políticamente revolucionarios. Estos “frentes intermedios” surgieron al calor de las demandas y reivindicaciones populares, particularmente en el desarrollo mismo de las “acciones directas” que se venían concretando desde la segunda mitad de 1969 y se intensificarían en el transcurso de 1970 –tomas de terreros rurales y urbanas, “corridas de cercos”, entre otras–. Destacaron así los siguientes “frentes intermedios”: Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), y el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR).³¹⁰

En lo que respecta al MCR, se debe destacar que precisamente en la dinámica de las “acciones directas” ejecutadas por el movimiento social a cargo de campesinos y

³⁰⁸ Naranjo et. al., op. cit., p. 60.

³⁰⁹ *Ibidem*, p. 61.

³¹⁰ Goicovic, Igor, “El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la irrupción de la lucha armada en Chile, 1965-1990”, op. cit., p. 165. Un análisis histórico del desarrollo de los frentes en el movimiento de masas se encuentra tratado en la obra de Sebastián Leiva, op. cit., pp. 52-124

comuneros mapuche en las zonas de Cautín y Malleco, las ya mencionadas “corridas de cercos”, el MIR logra insertarse por medio de militantes que sintieron la necesidad de proyectar la política del partido al interior del pueblo mapuche y sectores campesinos, convergencia que dará origen al objeto de estudio de la presente investigación.³¹¹

3.3 El movimiento mapuche de recuperación de tierras durante la segunda mitad del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1967-1970).

Si bien las reivindicaciones de las comunidades mapuche por la recuperación de tierras usurpadas estaban experimentando una escalada a partir del año 1960, será en torno a la dictación de la Ley de Reforma Agraria N° 16.640 del año 1967 –bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva– que se harán sentir con gran intensidad, a tal punto de accionar directamente para recuperar los predios que estaban en poder del latifundio. Las comunidades mapuche que se desplegaron en este sentido, vieron en la aplicación de la Reforma Agraria un escenario propicio para instalar sus históricas demandas territoriales y, utilizando su marco legal, exigir soluciones concretas. Así, desde 1967:

[...] los mapuches comienzan un proceso creciente de ocupaciones de fundos históricamente demandados por las comunidades, recuperando ‘de hecho’ las tierras usurpadas dentro de los Títulos de Merced [...] Bajo esta modalidad los mapuches presionan por la expropiación de las tierras y su transferencia a las comunidades demandantes, aplicando las normas de la Ley de Reforma Agraria 16.640 [...]”³¹²

No obstante las posibilidades que entregaba la Reforma Agraria de Frei para la recuperación territorial, y a pesar de la presión directa ejercida para lograr tal propósito, las comunidades mapuche no lograban solucionar el problema de la tierra. Uno de los motivos de esta situación fue la lentitud para aplicar el proyecto reformista del agro en la Araucanía, cuestión que fomentaría el descontento mapuche y, consecuentemente, desencadenaría la conflictividad rural. Se sumaba a lo anterior la escasa participación mapuche en la

³¹¹ Este fenómeno histórico será analizado posteriormente de forma más profunda, por ahora corresponde comprender uno de los factores –el MIR– que influyó en la conformación del MCR.

³¹² Correa et. al., op. cit., pp. 100-101.

discusión parlamentaria de este cuerpo legal, lo cual expresaba “la poca incidencia que la demanda mapuche tenía, al menos, en la formulación normativa de la Reforma Agraria”.³¹³

Por otra parte, aun cuando la Reforma Agraria se proponía resolver el problema de la tierra combatiendo la existencia de un extendido minifundio, tarea que teóricamente involucraba a los campesinos mapuche por formar parte de él como pequeños propietarios, estos quedaron al margen de la Ley 16.640 al no ser reconocidos en su especificidad étnica. Esta desconsideración implicaba no entregar soluciones a las demandas territoriales de los indígenas, interpretando la cuestión bajo lógicas modernizantes, es decir, apuntando a mejorar sus condiciones de vida material mediante la entrega de apoyo crediticio y asistencia técnica.³¹⁴ Tal como sostienen los historiadores Carlos Ruiz y Augusto Samaniego, “no hubo un diagnóstico acertado acerca de la realidad del pueblo mapuche por parte de los funcionarios y tecnócratas del gobierno de Frei, lo que impidió que se formulase una política realmente acorde con las aspiraciones mapuches”.³¹⁵

Las reivindicaciones de las comunidades mapuche por el derecho a recuperar las tierras usurpadas no encontraban respuestas satisfactorias por parte del gobierno, pero no necesariamente por una cuestión de voluntad política, sino que por la propia naturaleza reduccionista de la Ley 16.640 que consideraba a los mapuche única y exclusivamente como campesinos pobres, desconociendo su histórica condición étnica de pueblo originario y todo lo que ello implica. Así entendido, y como se ha señalado, este cuerpo legal no reconoció la historicidad de la cuestión territorial indígena, dando cuenta:

[...] de la incapacidad institucional del Estado para hacer frente a la demanda mapuche y del desconocimiento de la situación socioeconómica e histórica de estas comunidades, las que comenzarán a emerger en la escena política con demandas de tierras y de Reforma Agraria, pero para las cuales los instrumentos jurídicos son insuficientes, ya que no permiten resolver sus reivindicaciones [...].³¹⁶

³¹³ *Ibidem*, p. 105.

³¹⁴ *Ídem*.

³¹⁵ Ruiz, Carlos y Augusto Samaniego, “Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Cuestión mapuche entre 1967-1970”, *CEME*. En línea http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/samaniegoa/samaniego0005.pdf

³¹⁶ Correa et al., *op. cit.* p. 101.

Dado lo anterior, será el propio movimiento mapuche que incidiendo directamente recuperará las tierras por medio de las ocupaciones de fundos y las “corridas de cercos”, promoviendo su propia Reforma Agraria impregnada de dinámica, profundidad y radicalidad, pero sin dejar de aprovechar el marco legal de la Ley 16.640 para legitimar su accionar.³¹⁷ Esta presión se hará presente de manera creciente entre 1967 y 1970, fenómeno que incidirá directamente en el carácter que asuma la Reforma Agraria durante el período 1970-1973, esto es, acelerando el ritmo de su aplicación.

En lo concreto, el proceso de recuperación de tierras se iniciará –a partir de 1967– en la provincia de Malleco bajo la iniciativa de comunidades mapuche vinculadas a la Confederación Nacional Campesina e Indígena de aquella provincia, particularmente en las comunas de Lumaco y Ercilla. Este proceso es de gran relevancia histórica dentro de las movilizaciones del campesinado mapuche en el período que se está analizando, ya que fueron las primeras acciones de este sector social en la Araucanía que –por medio de la ocupación de tierras– logró recuperar los fundos Reñico y Didaico de la Sucesión Moena, en Lumaco, y los fundos Chiguaihue y El Carmen, en Ercilla.³¹⁸

El caso de la primera comuna nombrada, iniciado a partir de 1967, representa un hito para el movimiento mapuche y para el proceso de Reforma Agraria en la Araucanía, debido a que era la primera ocasión en la que el gobierno de Eduardo Frei, actuando mediante su organismo agrario –Corporación de la Reforma Agraria (CORA)– aplicó la citada Ley de Reforma Agraria N° 16.640 para responder a la demanda territorial mapuche. El conflicto se resolvió finalmente el 16 de octubre de 1969 con la expropiación de 5.074, 2 hectáreas pertenecientes a fundos de la Sucesión Moena, tierras que pasaron a ser propiedad de la Cooperativa Lautaro de Lumaco, utilizándose para ello el artículo 3° de la Ley 16.640 que establecía como terrenos expropiables aquellos que superaran las 80 hectáreas de riego básico, y el artículo 75, que exigía a los beneficiarios la constitución de una Cooperativa de Reforma Agraria para recibir las tierras.³¹⁹

³¹⁷ *Ibidem*. p. 107.

³¹⁸ *Ibidem*, p. 108.

³¹⁹ *Ibidem*, pp. 108-113.

Por su parte, los hechos acontecidos en la comuna de Ercilla, especialmente al interior del fundo Chiguaihue, exhiben la capacidad que tienen los factores subjetivos –el movimiento mapuche– de insertarse e incidir radicalmente en los procesos históricos –Reforma Agraria–. El accionar de las comunidades mapuche en el caso de Chiguahue demostró el procedimiento que siguieron para reivindicar las tierras ancestrales, primeramente exigiendo la resolución de sus demandas a las autoridades de gobierno y, posteriormente, asumiendo ellas mismas la función resolutoria a través de la “acción directa”.³²⁰ En este sentido, la comunidad Reque Lemun procedió a ocupar el 27 de agosto de 1969 las tierras que formaban parte del Fundo Chiguaihue, las cuales habían sido exigidas en primera instancia al gobierno el 4 de marzo de 1968 por medio de una carta en conjunto con otras comunidades. Las 200 familias que participaron de la toma del predio presionaban de este modo al gobierno pidiendo la devolución de las tierras usurpadas, proponiendo que para ello se aplicara la Ley de Reforma Agraria en lo relacionado con la mala explotación del fundo, aspecto que estaba incluido en la legislación agraria como criterio de expropiación. Agregaron también a la reivindicación territorial la ampliación de la superficie en la cual vivían los habitantes de las reducciones debido a la escasez de tierras al interior de los Títulos de Merced, realidad que les impedía sembrar para el sustento de sus familias y el pastoreo de animales. No obstante el procedimiento legalista y las conversaciones realizadas con autoridades gubernamentales y ejecutivos de la CORA, la reivindicación territorial no logró los resultados deseados porque los predios no fueron expropiados.³²¹

Los dos ejemplos citados sobre la radicalización del movimiento mapuche en la provincia de Malleco demuestran que las tomas de terrenos comenzaron a constituir la herramienta predilecta del campesinado indígena para recuperar el territorio usurpado. Los hechos descritos también dejaban en manifiesto la inserción del movimiento mapuche en el proceso de Reforma Agraria, utilizando este marco normativo para exigir la expropiación de los predios que no cumplieren con las exigencias de la Ley 16.640, y por este medio legal, recuperar las tierras ancestrales. Sin embargo, y a modo de síntesis:

³²⁰ *Ibíd.*, p. 113.

³²¹ *Ibíd.*, pp. 113-118.

[...] los resultados en la aplicación de la Ley de Reforma Agraria a favor de comunidades mapuches en conflictos aún son limitados. Los casos que se resuelven entre 1967 y 1969 se restringen a los predios de la Sucesión Moena en Lumaco y Ranquilco de Nueva Imperial. Los predios Chiguaihue, Alaska y Pidenco, de la comuna de Ercilla, no fueron expropiados, persistiendo el conflicto por la tierra.³²²

A medida que se desataron los hechos en la provincia de Malleco, la agitación social se expandió rápida y geográficamente por toda La Araucanía, el proceso de Reforma Agraria sobrepasó la propia iniciativa política del gobierno demócrata cristiano, su voluntad se vio superada por la presión que el movimiento mapuche ejerció simultáneamente sobre la institucionalidad jurídico-estatal y el latifundio local. Este estremecimiento de la sociedad rural se expresó políticamente también en la provincia de Cautín, localidad en la cual los hechos adquirieron mayor conflictividad social, y a su vez, experimentaron el surgimiento de nuevas y más efectivas formas de recuperación territorial a partir de la segunda mitad de 1970. Aparecieron así las denominadas “corridas de cerco” en la provincia de Cautín, método de acción política directa mediante las cuales se buscó restablecer los límites originales de los Títulos de Merced y recuperar las tierras usurpadas que formaban parte de los fundos colindantes. Por otra parte, es necesario destacar que desde los inicios de esta nueva fase de “acción directa”, e inclusive con anterioridad a ella, ya existía presencia de miristas en los campos de Cautín y Malleco, los cuales habían generado los contactos necesarios para introducirse en las comunidades y sumarse a la lucha de los mapuche. Precisamente fue en el desarrollo mismo de la movilización social donde germinó el MCR, concretamente en las ejecuciones de las “corridas de cerco”, es decir, en la efervescencia misma de la lucha directa por la recuperación territorial.³²³

³²² *Ibíd.*, p. 121.

³²³ El tema de las “corridas de cerco” no ha sido tratado en estos párrafos por formar parte de la historia del MCR, por lo tanto, serán descritas y especificadas contextualmente en el siguiente capítulo. El análisis hasta aquí hecho, al igual que sobre el MIR (punto anterior), solamente pretendía dar a conocer el otro factor que influyó en la conformación del MCR, esto es, la movilización social mapuche a fines del gobierno de Frei, hasta el surgimiento de las “corridas de cerco”.

“DOS CAUCES SE JUNTAN”: PROCESO FORMATIVO DEL MCR EN CAUTÍN.

4.1 La inserción de miristas en los campos de Cautín.

Para comprender a cabalidad la formación del MCR es indispensable considerar la labor desempeñada por los primeros militantes del MIR que se instalaron en los campos de La Araucanía, tanto aquellos que llegaron desde ciudades como Concepción y Santiago, como los que estaban radicados por distintos motivos en Temuco y sus alrededores. El análisis de este proceso no obstante requiere previamente el tratamiento de algunas cuestiones políticas propias del MIR en lo que refiere al pueblo mapuche.

La Declaración de Principios del MIR –redactada en 1965– no hizo referencia explícita a las comunidades indígenas como sector social ni a la histórica lucha del pueblo mapuche.³²⁴ El principio político-ideológico del marxismo-leninismo orientó el pensamiento revolucionario de los máximos dirigentes e intelectuales orgánicos del MIR para interpretar la lucha de clases en Chile, por lo tanto el proletariado aparecía como el sujeto revolucionario de vanguardia, quedando el pueblo mapuche fuera de todo análisis político, por lo menos durante el primer período de existencia del partido (1965-1967). Esta realidad es relatada por Julián Bastías, mirista de Concepción y estudiante de sociología en la universidad de aquella ciudad, que realizó tempranamente trabajo político de inserción en las zonas rurales de Cautín:

En los primeros años de nuestro Partido, por lo menos en lo que nos concierne a nosotros, el MIR de Concepción, yo recuerdo que era utópico y casi del orden de una hazaña, el pensar realizar un trabajo político con los mapuches [...] en nuestras reuniones de base, en donde estábamos todos reunidos, no recuerdo ni una sola vez que hubiésemos tenido un debate

³²⁴ Vitale, *Contribución...* op. cit., p. 10.

ideológico político sobre el papel que los mapuches pudiesen jugar en la lucha revolucionaria.³²⁵

Roberto (“Pelado”) Moreno, profesor de economía en la sede de la Universidad de Chile en Temuco y dirigente del MIR en la zona (secretario regional) desde 1967, recuerda claramente la ausencia de una política dirigida particularmente desde el partido hacia los mapuche, situación que es revertida una vez que se comienza a estructurar la organización en Temuco:

En Temuco donde yo llegué a vivir, eran 6 o 7 jóvenes, la mayoría de ellos universitarios, conversaban sobre la revolución, pero no tenían inserción, algo en la universidad, poco, pero ninguna otra parte, y el mundo mapuche era absolutamente ajeno a sus preocupaciones, entonces el que metió el tema fui yo, empecé a mirar estadísticas, situaciones, me di cuenta que si uno no se metía en el mundo mapuche estaba simplemente perdiendo el tiempo.³²⁶

El pensamiento revolucionario del MIR hasta ese momento, según lo visto, no había incorporado la cuestión política mapuche en su concepción estratégica, en Temuco particularmente la realidad política en general, y de la izquierda en específico, presentaba una tendencia similar, así lo describe precisamente Roberto Moreno a partir de su conocimiento sobre aquella limitación política:

La gente que estaba en Temuco, porque también estaba el PC, la Democracia Cristiana, Izquierda Cristiana, había gente que estaba pensando la revolución, pero tampoco iban al campo, y la visión que tenían los comunistas era que había que hacer sindicatos, porque no había que desarrollar ni potenciar el campesinado, ellos eran estalinistas, el campesinado era reaccionario, entonces no es raro que el MIR tampoco lo viera, y fue una acierto que yo me diera cuenta.³²⁷

³²⁵ Bastías, Julián, *Chile-Memoria Histórica: MCR (Movimiento Campesino Revolucionario)*. En línea: http://red-latina-sin-fronteras.lacoctelera.net/post/2010/01/09/chile_memoria-historica-mcr-movimiento-campesino (sin enumeración de páginas)

³²⁶ Entrevista con Roberto Moreno, Santiago, marzo de 2016.

³²⁷ Ídem.

Por su parte Víctor Gavilán, militante del MIR en Temuco desde el año 1966, y en ese momento estudiante de servicio social en la sede local de la Universidad de Chile, reconoce en coincidencia con Luis Vitale que el partido en ese tiempo “no tenía una definición de una política clara para los mapuche”, aludiendo también a un cierto dogmatismo marxista presente en la izquierda tradicional (de la cual el MIR no se sentía parte), a partir del cual era imposible visibilizar la identidad política de los mapuche en su condición de pueblo originario:

En una estructura absolutamente marxista claro que sí, nosotros habríamos tenido serios problemas, que pudo haber sido los problemas de la izquierda tradicional, porque los partidos de izquierda también eran marxista-leninista, los comunistas, los socialistas en esa época, aplicaban una línea “científica” del marxismo, el problema de las nacionalidades, el problema de los grupos étnicos ¿cómo lo vas a tratar?, no eran proletarios, [...] Si nosotros nos vamos a meter en el marco teórico de una marxismo ortodoxo, objetivamente no habríamos tenido dónde ubicar a los mapuche pobres, burgueses y proletarios tendrían que ser los únicos grupos sociales que estarían en contradicción, pero nosotros teníamos medieros, trabajadores temporales, mapuches que un día cultivaba su propia tierra pero también trabajan en algún fundo mitad de tiempo.³²⁸

La ausencia de una política específica hacia los mapuche en el MIR no fue un impedimento para que universitarios miristas de Concepción durante el gobierno de Eduardo Frei, como el caso de Julián Bastías, decidieran conocer la realidad socio-económica de este pueblo en la provincia de Arauco. Motivados por convicciones más bien humanitarias, estudiantes de la Universidad de Concepción organizados en un grupo pro-indigenista llamada “Ayllu”, recorrían los campos de Arauco ya desde el año 1966 compartiendo, fraternizando y solidarizando con los campesinos mapuche al interior de las reducciones. Aunque los estudiantes que realizaban estas tareas respondían de cierta manera al MIR, fue bastante complicado para ellos politizar los primeros contactos en términos revolucionarios. Al respecto, Julián Bastías sostiene: “Esas primeras experiencias expresan la inmadurez de una relación que no era aún política. Nuestras convicciones

³²⁸ Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

humanitarias descubrieron la miseria del pueblo mapuche y estos últimos escucharon con desconfianza y curiosidad nuestros ideales revolucionarios”.³²⁹

El MIR comienza a experimentar una retroalimentación de estas tempranas inserciones cuando a las actividades humanitarias, se suman las investigaciones científicas de tipo sociológicas impulsadas por estudiantes y profesionales penquistas de esta disciplina. Esta vez, las interpretaciones sobre la realidad socioeconómica de las comunidades mapuche localizadas en provincia de Arauco se realizaban declaradamente bajo convicciones políticas, ya que se pretendía verificar las necesidades de estos grupos indígenas con el propósito de establecer programas reivindicativos. Por medio de la aplicación de encuestas sociológicas los estudiantes universitarios –entre ellos miristas e indigenistas– aspiraban a conocer científicamente la realidad social a transformar. Estos estudios traerían consigo resultados fructíferos para el MIR, ya que a partir de ellos se generaron contactos estratégicos que posteriormente facilitaron la introducción de la política revolucionaria del partido, influencia política de importancia en el posterior surgimiento del MCR.³³⁰

No obstante esta temprana penetración social, el MIR hacia 1967 –a nivel general– todavía se mantenía dentro de los límites universitarios, y en menor medida, en el sector de pobladores, omitiendo todavía la presencia del pueblo mapuche dentro de su programa. En Temuco, a pesar de la cercanía con este sector, tampoco el MIR se había desplegado política y orgánicamente más allá del espacio estudiantil-universitario, como afirma Roberto Moreno recordando su llegada a Temuco (directamente a la Universidad de Chile):

Cuando llegué el MIR existía, funcionaba, se reunía, se juntaban normalmente en la universidad, en algún café, 6-7 jóvenes, mucha estructuración no había aparte del trabajo en la universidad, que lo desarrollaban particularmente los que estudiaban en la universidad, no había trabajo obrero tampoco, tampoco había mucha clase obrera en Temuco, la gente no iba al campo, porque para hacer trabajo campesino hay que irse a vivir al campo.³³¹

³²⁹ Bastías, Julián, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundo*, Santiago, LOM Ediciones, 2009, p. 8.

³³⁰ Bastías, *Chile...op. cit.*

³³¹ Entrevista con Roberto Moreno, Santiago, marzo de 2016.

Se producía así una contradicción dentro del partido, ya que a partir de aquel año el movimiento mapuche por la recuperación de tierras comienza a experimentar un ascenso en La Araucanía, y el MIR por su parte aún no se vinculaba concreta y políticamente con ese fenómeno social que utilizaba la “acción directa” como método de lucha, cuestión que el partido venía planteando estratégicamente (insurrección popular) desde sus orígenes.

En diciembre de 1967 se realiza el Tercer Congreso del MIR³³², instancia en la cual la cuestión mapuche comienza a aparecer incipientemente en las discusiones y planteamientos tácticos. Luis Vitale, quien estuvo presente en aquella instancia organizativa, se refiere a la cuestión del pueblo mapuche de la siguiente manera:

Recuerdo que en el debate sobre la táctica para aplicar coyunturalmente la tesis insurreccional a la situación política que vivía nuestro país, Miguel defendió el papel revolucionario que podían eventualmente jugar los pueblos rurales, con el fin de aumentar el número de campesinos que podían entrar al proceso insurreccional [...] Comenzó así por primera vez a discutirse el papel que podían jugar los mapuches, problema sobre el cual no se tenían informaciones precisas por la falta de inserción que tenía el MIR en la comunidad mapuche. Estas sugerencias pusieron de manifiesto la necesidad de agilizar la penetración en el campo.³³³

En la superación de aquella realidad es necesario destacar el rol político cumplido por el joven mirista Miguel Cabrera, conocido entre los mapuche y el MIR como el “Paine”, quien participó siendo estudiante secundario y con tan solo 15 años en la fundación del MIR en Temuco en octubre de 1965. El hecho de que su padre fuera uno de los fundadores del Partido Socialista en Temuco le permitió conocer contactos políticos (socialistas) en la zona y sus alrededores, además “Paine” había ingresado a los 12 años a la juventud de aquel partido, factor que aumentó aún más la red de contactos iniciales que el MIR utilizó muy bien para introducirse en los campos y comunidades mapuche de Cautín y, posteriormente, Malleco. “Paine” sumó rápidamente a su primo Marcos Zambrano al

³³² Para conocer en profundidad el contenido político del tercer congreso del MIR, véase Ortiz, Matías, “El tercer congreso del MIR: Giro generacional, re-estructuración orgánica y cambios en la militancia, 1967-1969”, en *Tiempo Histórico*, Santiago-Chile, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, n° 6, 2013.

³³³ Vitale, *Contribución...* op. cit., p. 19.

naciente partido en Temuco, después a comienzos del año 1966 se suma Víctor Gavilán (siendo estudiante universitario como se ha visto anteriormente), quien en su temprana relación con “Paine”, aproximadamente desde 1967, recorrieron juntos las primeras zonas rurales en busca de inserción en las comunidades e introducción de la política revolucionaria del MIR entre los mapuche, trabajo político que se vio fortalecido por la ascendencia mapuche de Gavilán y por hablar un poco de mapudungun.³³⁴ Víctor Gavilán, de nombre político Camilo Tokicura, reconoce la importancia de “Paine” en la estructuración del MIR en Temuco:

Nosotros tuvimos la suerte de tener a Miguel Cabrera “Paine” que había sido de la juventud socialista y tenía muchos contactos socialistas en el campo entre los mapuche, entonces yo y él viajamos a todos esos lugares y tomamos contacto con esa gente, y les explicamos cuál era la nueva onda y la onda era hay que recuperar la tierra, entonces ese hecho de decirle a los mapuche yo tengo un método y te voy a proponer este método cómo recuperar la tierra.³³⁵

Se fueron sumando progresivamente más miristas a ese grupo inicial, Marcelo Salinas y su hermana Ana, quienes hasta ese momento al igual que “Paine” y Víctor Gavilán aún no pertenecían a una estructura local del MIR, sino que dependían orgánicamente de la sección regional de Concepción. Posteriormente en septiembre de 1967 se crea el Comité Regional Cautín, en la ciudad de Temuco, que reunió a los primeros miristas de la zona en un espacio político común, a Víctor Gavilán que venía del trabajo estudiantil-universitario y de pobladores, Miguel Cabrera “Paine” que era estudiante secundario y ya comenzaba a recorrer junto a su primo y Gavilán los campos de Cautín, Roberto Moreno que era profesor universitario de economía y representaba la figura intelectual del grupo, además de su liderazgo, Marcelo Salinas y su hermana que trabajaban en Temuco, todos ellos junto a otros miristas constituyeron la fuerza política local y organizada del MIR en la provincia, el Comité Regional Cautín. Este proceso es descrito con precisión por Víctor Gavilán:

³³⁴ Gavilán, Víctor, *La Nación Mapuche. Puelmapu ka gulumapu*, Santiago, Editorial AYUN, 2007, p. 138.

³³⁵ Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

Se había organizado en Temuco en Octubre de 1965, con no más de diez integrantes. Un año más tarde en 1966 la membrecía había aumentado a 50 militantes. En Septiembre de 1967 se crea el Comité Regional Cautín dirigido por Roberto Moreno, Miguel Cabrera “Paine” y Marcelo Salinas. Más adelante se integraron al Comité Regional: Víctor M. Gavilán (Camilo Tokicura) Ambrosio Badilla (Flaco Ariel) y Julián Bastías.³³⁶

A partir del año 1967 los miristas comienzan a insertarse más fuertemente en La Araucanía, recorriendo e instalándose directamente en los campos de la provincia de Cautín. La intención era decididamente generar contactos con los mapuche para involucrarse en sus luchas y acumular fuerza social para sus fines estratégicos, desafío político que implicaba convivir junto a las comunidades y asimilarse dentro de sus dinámicas cotidianas. Esto le permitiría posteriormente al MIR introducir su política revolucionaria y masificarla entre el campesinado mapuche. La presencia orgánica y militante del MIR en Cautín posibilitaría una definición concreta de su quehacer con respecto a las demandas indígenas, reconociéndolas a partir de las relaciones inter-subjetivas entre sus militantes y los campesinos mapuche, las cuales irán aumentando y fortaleciéndose a medida que los miristas se incorporan en las comunidades y aprenden de su historia. En este sentido, según las palabras de Víctor Gavilán, protagonista de estos hechos: “el problema de la tierra, de los insumos, de los créditos, y la salud y la vivienda eran las reivindicaciones principales de su programa”, y para encontrar respuestas a ellas, los miristas “habían definido que la acción directa de las masas podría devolver la tierra usurpada a los mapuche”, en consecuencia, “decidieron irse directamente a la comunidad mapuche y aprender de la realidad”.³³⁷ Los miristas de Cautín optaron rápidamente por irse a vivir y militar en los campos, entre las comunidades mapuche fundamentalmente, como fue la experiencia de Gustavo Marín, nombrado políticamente como “José Peralta”, estudiante de sociología de la Universidad Católica en Santiago que se instaló hacia 1969 en Loncoche motivado por conocer directamente la realidad del campesinado en la zona, y que rápidamente se hizo mirista en Temuco al entrar en contacto con militantes estudiantiles (como Víctor Gavilán y otros). En su testimonio sobre lo jóvenes que eran al

³³⁶ Gavilán, *La Nación Mapuche*, op. cit., p. 137.

³³⁷ *Ibidem*, p. 138.

momento de emprender la inserción en los campos, Gustavo Marín destaca la prioridad de la práctica política por sobre la teoría revolucionaria:

Los miristas de Cautín éramos un grupo donde el promedio de edad era 19-20 años, seamos realistas, yo llegué a Cautín a los 19 años. El Paine tenía unos años menos que yo, el viejo era el Víctor Gavilán, pero tendría cuánto, 25 años. El tata sería el Pelao Moreno que tendría en ese momento 30 y que sería el intelectual del grupo [...] Entonces ese grupo no se caracterizaba por ser un grupo de intelectuales, se caracterizaba por ser un grupo de activistas, pero en ese momento en vez de activistas le llamábamos militantes revolucionarios, y lo que lo caracterizaba, lo que le dio un rasgo político singular es que todos nos fuimos a vivir al campo con los mapuche, es decir todos, casi todos los que estuvimos en el momento de las “corridas de cercos” de la toma del fundo, eran el Paine, yo, el Chivo y el Titín, y otros.³³⁸

La misma postura política es recordada por Víctor Gavilán, enfatizando la importancia de la militancia práctica como fuente de aprendizaje para el diseño y elaboración del lineamiento político-táctico del partido en la zona, y como forma concreta de acumular fuerza social para los objetivos estratégicos del MIR:

Yo creo que el MIR a pesar de ser un partido marxista-leninista desde el punto de vista de la teoría, nosotros en la relación con los campesinos y los mapuche logramos romper ese esquema mental que decía no hay revolución sin teoría revolucionaria, entonces se elaboraba primero la teoría y después nos íbamos al campo, nosotros invertimos la situación, pero la invertimos porque alguna gente y no recuerdo bien quien, pero yo era también de esa misma línea junto con el Paine y otros compañeros que dijeron esa discusión es antigua. [...] Entonces nosotros dijimos invirtamos la cosa, porque no partimos de la práctica inmediatamente y a partir de esa práctica concreta vamos a empezar a elaborar una teoría, eso yo creo que nos resultó porque no perdimos tiempo en empezar a elaborar una teoría de cómo tener que ingresar allá, que es lo que un marxista tradicional habría hecho y de hecho habían documentos elaborados en Concepción, había una escuela de sociología en Concepción con tipos teóricos, habían sociólogos que venían de Argentina, otros sociólogos que eran de

³³⁸ Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015.

Uruguay, de Brasil, muchos de ellos nos ayudaron pero con una estructura mental marxista bastante ortodoxa, eso no funcionó mucho y nosotros nos fuimos al campo, y entonces yo digo que nosotros rompimos la estructura tradicional de cómo meternos ahí, y eso fue muy importante para nosotros porque en corto tiempo logramos descubrir que los mapuche lo que querían era recuperar sus tierras, ese era el eje central para ellos, para nosotros era acumular fuerza social, política y transformarla en fuerza militar para el objetivo estratégico que el MIR tenía de una guerra popular.³³⁹

Sobre el carácter de la inserción Gustavo Marín recuerda que no estaba cargada de contenido ideológico-teórico, sino más bien del sentimiento del “hacer” en lo cotidiano, de conocer y aprender de las nuevas realidades y sujetos que iban contactando, especialmente de la realidad mapuche y su particularidad:

No tenía idea de las lecturas teóricas, por lo tanto no hicimos un análisis de la estructura de clases y de las contradicciones secundarias y principales, no, por eso nuestra inserción era social, humana, cotidiana y donde el objetivo principal era, repito, luchar contra la injusticia. Ahora, luchar contra esa injusticia porque estábamos viviendo en una zona con gente en condiciones de extrema pobreza, no sólo pobre, sino que extremadamente pobre. [...] Nosotros hicimos una inserción puramente intuitiva ante la realidad de la injusticia, cuando tú dices al contactarse y conocer la realidad mapuche, ahí esa frase está muy bien, tú muestras de que uno va descubriendo un pueblo, y no sólo un campesinado cuando está viviendo con ellos, porque ese pueblo tiene nombres y apellidos particulares, habla en una lengua particular, tiene prácticas religiosas particulares, tiene lógicas familiares particulares.³⁴⁰

Ya instalado el MIR en Cautín, y en la medida de que se iba ramificando la presencia mirista en los campos y al interior de las comunidades, la incorporación de jóvenes mapuche al partido comienza a darse de manera creciente, asumiendo incluso la militancia. Fueron dos las localidades específicas en las cuales se asentó inicialmente el MIR para materializar sus propuestas y aprender de la realidad mapuche, y desde ellas comenzar a crecer en términos orgánicos y ramificarse socialmente por el campo y la ciudad de la

³³⁹ Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

³⁴⁰ Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015.

provincia de Cautín. Sobre este proceso sociopolítico, así como también respecto de los lugares de establecimiento mirista, Víctor Gavilán indica:

1.- Mañío Manzanal, en la comuna de Carahue y cuyo contacto inicial fue el profesor Santibáñez-Quinchavil. Allí el MIR reclutó a sus primeros militantes mapuche. El radio de acción fueron las comunidades de Pichihue, Lincay, Checura, Pidumallin, Cudecahuel, Mañío Rucanan y Cudico.

2.- Vega Redonda, al este de la ciudad de Lautaro y cuyo contacto original fue el Pastor Conejeros, de la Iglesia Pentecostal del sector. Allí se trabajó en un área bastante extendida que comprendía Vega Redonda y la Calle del Medio. Un vasto territorio mapuche con tierras usurpadas por los grandes fundos colindantes. La comunidad Catrileo y Dollinco fueron la residencia de Paine y Tokicura. El fundo La Rinconada de propiedad de don Fernando Schultz, se había enclavado en medio de la comunidad mapuche.³⁴¹

A medida que transcurren estos hechos, simultáneamente se irán incorporando otros miristas a la dirección del partido, como Gustavo Marín, Ambrosio Badilla y Víctor Gavilán. De la misma manera jóvenes mapuche comienzan a militar en el MIR, mucho de los cuales serán futuros dirigentes del MCR, como fue el caso de Víctor Molfinqueo, apodado políticamente “Alejandro Manque”, quien recuerda muy bien la influencia ejercida por Gustavo Marín en la zona de Loncoche:

Algunos militantes del MIR llegaron a las zonas, la particularidad del MIR es que sus militantes llegaron a la zona, hicieron política con la gente y construyeron el ánimo de lucha y de cambio de la sociedad con la agente abajo. Quizá fue una de las hazañas del MIR, pudo llegar de esa manera la gente humilde, la gente pobre. [...] En esta zona es con la llegada de Gustavo Marín, logró captar algunos jóvenes, en mi caso, el caso de Huentelaf, el caso de varios jóvenes que logró captar en tanto que militante mirista, pero nosotros no sabíamos que era militante del MIR, tampoco sabía que existían distintos partidos, ni que había una lucha entre partido, y que habían posiciones diferentes entre grupos tampoco sabíamos, a lo mucho se sabía que en tanto jóvenes mapuche que el presidente de la época era demócrata cristiano y se llamaba Eduardo Frei Montalva, más no se sabía, entonces el hecho de que Gustavo

³⁴¹ Gavilán, op. cit., pp. 138-139.

hablara de la cuestión del estado, del gobierno, de las luchas, todo eso era novedad para nosotros. En el caso de acá fue él.³⁴²

El punto de llegada por excelencia de Gustavo Marín fue la ciudad de Temuco, específicamente el Hogar Universitario de la Universidad de Chile de aquella ciudad, lugar en el cual residía Víctor Gavilán. En aquella residencia, relata Gustavo Marín, “se hacían generalmente las reuniones del Comité Regional del MIR de Cautín. El ‘Pelao’ Moreno era el dirigente y nos reuníamos Gavilán, ‘Titín’, el ‘Chivo’, ‘Paine’, Alarcón, después llegó ‘Horacio’, Julián Bastías”.³⁴³

Dentro de las relaciones que José Peralta logró establecer al interior de las comunidades, destaca aquella entablada con Víctor Molfinqueo, joven mapuche que posteriormente será un destacado líder del MCR. Este nexo inter-subjetivo es comentado por Gustavo Marín: “Con Víctor recorrimos todas las reducciones de la región de las comunidades en torno a Pindapulli y Ancahual: Carrillanca, Briceño, Molfinqueo, Huentelaf. Pasamos semanas haciendo reuniones, conversando con los jóvenes, con los viejos, con las mujeres”.³⁴⁴

El fenómeno anterior se reprodujo crecientemente en distintos sectores rurales de Cautín, la incorporación de jóvenes mapuche al MIR era un fenómeno que se incrementaba considerablemente. Víctor Gavilán, refiriéndose a la labor de Miguel Cabrera en este proceso plantea: “En Lautaro, Vega Redonda, Paine se había reclutado a varios mapuche para las filas del MIR. Entre otros, destacan Rafael Railaf, las hermanas Traipe, Angelito, Rosa Painevilu, el chico Colipi, los Paine, Juan Huillipan y muchos más”.³⁴⁵

Rafael Railaf, joven mapuche mencionado anteriormente, reconoce que si bien los estudiantes universitarios provenientes de distintas ciudades de Chile (Santiago, Concepción, Temuco, Valdivia) se fueron a vivir al campo y se introdujeron profundamente hacia el pueblo mapuche, tuvieron que lidiar con algunas dificultades para generar

³⁴² Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

³⁴³ Railaf, Rafael et al., *A desalambiar. Historias de mapuches y chilenos en la lucha por la tierra*, Santiago, Editorial AYUN, 2010, p. 76. “Horacio” era el nombre político que utilizaba Julián Bastías al interior del MIR.

³⁴⁴ Ídem.

³⁴⁵ Gavilán, op. cit. p. 139

movilización social. Los “viejos” mapuche –en palabras de Railaf– eran muy reacios a los agentes externos portadores de la mentalidad chilena y la política partidaria, no querían ser guiados por culturas ajenas, por consiguiente, el trabajo de los miristas tuvo algunas complicaciones para fomentar la organización.³⁴⁶ No obstante las trabas culturales, los “viejos” mapuche fueron dándose cuenta que estos miristas tenían arraigo popular y muchos de ellos pertenecían a la región –como “Paine”–, comprendiendo producto de ello las intenciones de la política mirista. Pero este convencimiento en muchas ocasiones no fue producto del contacto directo con los miristas, sino por medio de los jóvenes mapuche –sus hijos– que primeramente conocían a los estudiantes, estableciendo relaciones con ellos, y posteriormente las hacían llegar a sus padres –los “viejos” mapuche. Así lo plantea Gustavo Marín:

Nosotros conversábamos con los hijos. Víctor era hijo de don Guillermo Molfinqueo, Félix era hijo de don Belisario Huentelaf, Ignacio era hijo de don José Luis Carrillanca, otro líder de la región. Todo eso fue generando una nueva relación padre-hijo, un diálogo, una interpelación.³⁴⁷

Los miristas hacían reuniones junto a jóvenes mapuche para conocer la realidad de su pueblo a partir de sus propias experiencias e interpretaciones, ofreciendo la ayuda necesaria para contribuir a la solución de sus problemas históricos y, simultáneamente, proponiendo la lucha como forma de recuperación territorial. Sobre una de esas reuniones, Rafael Railaf señala:

[...] y yo fui a escuchar y ahí decidí entrar a la pelea. En esa reunión estaban los estudiantes del MIR. Ellos preguntaban qué era lo que nos aquejaba. Para nosotros lo central era el asunto de la tierra, que las habían quitado, entonces había que luchar. De esa forma nos organizamos, pero costó dos años para estar discutiendo. Les pedimos a los estudiantes que fueran ellos a buscar los Títulos de Propiedad, que estaban en el archivo de asuntos indígenas en Temuco, y ellos se preocuparon de eso.³⁴⁸

³⁴⁶ Railaf et al., op. cit., pp. 54-55.

³⁴⁷ *Ibidem.*, p. 74.

³⁴⁸ *Ibidem.*, p. 56.

Así, durante este proceso de integración progresiva en Cautín de los primeros estudiantes miristas, las reuniones con los jóvenes mapuche cumplían –entre otras– una función de asesoramiento legal para recuperar las tierras usurpadas. Lo anterior demostraba una cierta confianza de los indígenas –incluyendo los “viejos”– hacia los miristas como resultado de una convivencia estable en el tiempo. Las palabras de Julián Bastías son esclarecedoras:

La continuidad de nuestra permanencia permitió a los camaradas mapuches convencerse de que estábamos allí para conocer sus problemas y ayudarles con nuestros conocimientos, con nuestros contactos con profesionales, con la institucionalidad y con el manejo de las leyes chilenas, que ellos descubrían. Durante un tiempo viajábamos a menudo con los dirigentes de las reducciones hasta la ciudad; nos entrevistábamos con abogados, funcionarios del Juzgado de Indios y otros miembros de la burocracia estatal. Empleamos todos los mecanismos institucionales posibles para recuperar legalmente la tierra usurpada. En unos se iban a repetir los trámites de decenas de años anteriores. Dirigentes mapuches fueron asesorados principalmente por Camilo, José Peralta y Paine.³⁴⁹

Fueron precisamente estas formas de actuar de los estudiantes miristas lo que impregnó de legitimidad a sus discursos frente a las colectividades mapuche. Indudablemente los factores subjetivos e inter-subjetivos son de gran importancia para conformar cualquier tipo de organización, esto es, aquellos contactos previos y formas de comportamiento con el sujeto colectivo frente al cual se pretende proponer una forma específica de lucha.

La reflexión anterior permite explicar también otro de los aspectos que se han precisado en párrafos anteriores, como lo es el ingreso de jóvenes mapuche al MIR. El caso de los hermanos Quinchavil –Rudecindo y Luis–, expresa de forma precisa la cuestión de los contactos previos:

Mi hermano, el Lucho, fue el primero que ingresó al partido, al MIR [...] El tomó contacto con un par de compañeros de estos que andaban en ‘las arrancás’. En el ‘67 o ‘68 en el

³⁴⁹ Bastías, *Memorias...* op. cit., p. 97

campo andaban algunos compañeros que les decíamos ‘los de las arrancás’, porque después de las acciones arrancaban. Así llegó un compañero y se contactó con mi hermano. Mi hermano fue el primero que militó en el MIR, el primero que tuvo contacto con el MIR, que trabajó y que protegió a un par de compañeros que llegaban a la comunidad que se llama Mañío Manzanal, a mi casa [...] A través de mi hermano yo conocí a los compañeros de él, a los amigos, a los compañeros de partido y así fue el proceso hasta que yo llegué al MIR.³⁵⁰

Los planteamientos de Julián Bastías serán coincidentes con la cuestión sostenida hasta aquí, específicamente en lo referente a la integración gradual de los primeros miristas y la convivencia permanente en las reducciones mapuche. Este militante del MIR se introdujo en Cautín el mes de junio de 1969, y su labor política tuvo resultados fructíferos, tanto para el partido como para las comunidades mapuche que posteriormente recuperarán parte de las tierras usurpadas. Su relato testimonial revela parte de su experiencia entre mediados de 1969 y de 1970:

Las acciones directas en Cautín no habían empezado aún. Llegábamos a una docena de comunidades en donde vivíamos por períodos. En ellas formábamos nuestros primeros militantes mapuches y organizábamos reuniones o asambleas abiertas a todos los campesinos pobres del lugar [...] Yo vivía en el campo en Cautín, en diversos lugares. A veces me quedaba dos días en Temuco por reuniones [...] Yo recorría los campos entre Huerere, Quechurehue, Cunco y Melipeuco buscando nuevos contactos y reuniones con campesinos empobrecidos [...] Estábamos a algunos meses de la elección presidencial de 1970. Hacía ya un año que yo estaba instalado en la región precordillerana de Cautín. Otros tres activistas se encontraban en comunidades de la costa o alrededor de Temuco. Habíamos ya creado nuestro Comité Regional Cautín y contábamos con algunos militantes y bases partidarias campesinas [...] Yo bajaba de vez en cuando de la precordillera de Cunco y Melipeuco para reuniones de nuestro Comité Regional a Temuco y descendía hacia la costa para ayudar al trabajo en terreno de Aldo, Marcos y otros camaradas [...] Imperial, Carahue, Puerto Saavedra eran pueblos que atravesábamos rápidamente para frecuentar las comunidades mapuches en donde habíamos logrado ser aceptados.³⁵¹

³⁵⁰ Railaf et al., op. cit. pp. 27-28.

³⁵¹ Bastías, *Memorias...* op. cit., pp. 68-97.

En síntesis, la presencia del MIR en Cautín se explica esencialmente por la inserción temprana de algunos estudiantes universitarios que lograron percibir las condiciones socio-económicas de las comunidades mapuche. La situación de pobreza que la gran mayoría de ellas experimentaba tenía como antecedente la usurpación de sus tierras ancestrales, las cuales se encontraban formando parte de los grandes fundos de la región. Esta realidad fue percibida por los miristas en la medida que se fueron incorporando progresivamente en los campos de Cautín, aproximadamente desde 1967 en adelante, e integrándose de la misma manera a las comunidades mapuche. Los contactos que lograron establecer – principalmente– con jóvenes mapuche, contribuyeron a esta penetración en las reducciones indígenas. Una vez aceptados por las distintas comunidades, los miristas comenzaron a proponer reuniones y asambleas para conocer de manera más precisa y cercana sus problemas. Por lo tanto, la legitimidad del MIR, se construyó “desde abajo” a partir de una interpretación concreta de la realidad en la cual estaban inmersos. El testimonio de Julián Bastías permite corroborar lo anterior:

Nuestra vivencia en las reducciones nos ayudó a relativizar nuestra doctrina y a comprender la realidad social como fuente de toda política adecuada. Debíamos interrogar la realidad y a sus actores sin prejuicios. Ahora dialogábamos con los campesinos sobre sus condiciones de vida y sus posibilidades de resolver sus necesidades vitales. Era nuestra tarea política el llegar a descubrir con los propios trabajadores de la tierra sus prioridades de lucha.³⁵²

En concordancia con lo anterior, no se aplicó de manera dogmática el marxismo-leninismo que inspiraba teóricamente a los estudiantes miristas, tampoco se empleó algún programa político derivado de la dirección del MIR que promoviera algún trabajo particular con el pueblo mapuche. Por el contrario, lo sucedido fue precisamente lo que sostiene Gustavo Marín: “El objetivo era impulsar la lucha en el campo partiendo de los propios intereses de los campesinos y mapuche. Teníamos claro que no debíamos imponer nuestra propia estrategia, sino escuchar lo que reclamaba la gente”.³⁵³

³⁵² *Ibíd.*, p. 98.

³⁵³ Railaf et al., *op. cit.*, p. 76.

La prioridad era, tal como sostiene Gustavo Marín, contribuir en el desencadenamiento de la lucha por la recuperación territorial a partir de las propias convicciones y motivaciones de los campesinos mapuche. La dinámica del movimiento indígena iba en ascenso, por tanto los miristas no tenían más opción que aportar con sus herramientas políticas –interpretación de la realidad local, formas de organización, propuestas de lucha, entre otras– acomodándolas al ritmo de la movilización, las cuales se irán configurando en la convergencia con las comunidades mapuche y durante la intensificación de las acciones. Así lo explica Rudecindo Quinchavil cuando entrega el testimonio sobre su incorporación al MIR:

Lo importante del MIR era que nos daba elementos para interpretar la realidad, para poder explicarme como estaba el mundo, para poder entender mejor la situación política y en función de ese entendimiento hacer las cosas, que eran prácticas de lucha. Eso ser en corto, porque no estaba en el centro ideologizar a la gente, entregarle ideología, sino que el movimiento popular era tan intenso que no habían muchos momentos para teorizar mucho en lo político sino mas bien en el accionar y si el accionar era correcto uno no se ponía a discutir si había que hacerlo o no, estaba por delante la justeza de la acción [...] Yo ingresé al MIR en un proceso, donde de repente me doy cuenta que estoy en un lugar y ahí aprendí a interpretar un poco las cosas y no me puse a discutir que el Marx aquí, que el Lenin allá, sino que había una injusticia –esto del problema de la tierra– y yo veía por instinto que había que hacer algo y ese algo estaba ahí, en las acciones directas de uno mismo, no esperar soluciones de arriba.³⁵⁴

Todas las experiencias y testimonios hasta aquí analizados e interpretados en perspectiva histórica permiten comprender la evolución social y política del movimiento mapuche, su radicalización y, finalmente, su decantación en una innovadora forma de lucha para recuperar las tierras usurpadas: las “corridas de cerco”. Para el surgimiento de ellas, el factor mirista fue fundamental por todo lo que se mencionó hasta este punto, aunque no será el único factor que gatilló estas “acciones directas”, como se verá a continuación.

³⁵⁴ Railaf et al., op. cit., p. 28.

4.2 Las primeras “corridas de cerco” en Cautín.

Las “corridas de cerco” fueron el método de acción política directa utilizado inicialmente por determinadas comunidades mapuche de la provincia de Cautín para recuperar las tierras usurpadas a sus antepasados por los colonos chilenos y extranjeros de los fundos colindantes, quienes habían aumentado sus tierras justamente desplazando los límites sobre los Títulos de Merced, entregados anteriormente por el mismo estado de Chile a las familias mapuche durante el proceso de radicación. En la historia del movimiento mapuche no existían antecedentes directos de la utilización de este medio de lucha, recién surge como práctica política innovadora a fines del gobierno de Frei en el contexto de la Reforma Agraria, etapa previa a la conformación orgánica del MCR en Cautín. El proceso de usurpación de tierras experimentado por las comunidades mapuche es identificable en el testimonio de Rafael Railaf:

El primer paso, el asunto del dolor de nuestro pueblo mapuche, es por el asunto del arrebato de la tierra porque los viejos anteriores no sabían leer y hablar el español, y tenían un rechazo muy grande por la forma como a ellos le quitaban las tierras, eso es lo que me contaba mi abuelo y mi abuela por parte de madre y padre, entonces yo tenía en ese tiempo como 7-9 años y ese asunto a mi me dolía el corazón.³⁵⁵

Los primeros miristas que entraron en contacto con este sentido común reinante en las comunidades mapuche de Cautín se percataron rápidamente cuál era la principal contradicción histórica de la zona, la inserción y permanencia en las comunidades les permitió conocer y sentir de cerca el descontento de los mapuche,

Había un par de compañeros, el Pepe Goñi y la Flaca Alejandra, que venían sistemáticamente a trabajar con nosotros, con el MIR de Temuco, y ellos se instalaban en alguna parte, en alguna reducción, en alguna casa, de ellos yo recojo la visión de que la espina más reciente y más punzante eran las usurpaciones de tierra que habían ocurrido después de la derrota de los mapuche y la constitución de las reducciones. La Flaca es la que cuenta que los mapuche le decían que se levantaban en la mañana y se encontraban que el cerco dividía su comunidad

³⁵⁵ Entrevista con Rafael Railaf, Lautaro, febrero de 2015.

con el latifundista, con el chileno que tenía tierra, había sido corrido, entonces esa manera de correr los cercos para cercenarle todavía más propiedades originalmente es de los chilenos, entonces dicen hagámoslo al revés. Esa fue la partida, fue el principio, porque fue el modo de empezar a hacer reconquista de la tierra, recuperación de la tierra, porque se hablaba en general de la recuperación de los territorios pero el tema era cómo empezar una acción, ojalá de masas con mucha gente, que permite ir haciendo ese camino y no simplemente hacer propaganda. Eso fue muy importante, la corrida de cerco fue la clave que permitió poner en movimiento una masa muy importante de gente en Cautín y también en Malleco.³⁵⁶

La usurpación de tierras era un tema latente entre los jóvenes comuneros mapuche que se fueron sumando progresivamente a la lucha, la recuperación por lo tanto se presentaba como la opción más directa y efectiva para revertir aquella injusticia que la institucionalidad no había resuelto adecuadamente, pero que de toda formas representaba un canal que debían utilizar para justificar y legitimar las corridas de cerco, tal como lo demuestra la narración de Víctor Molfinqueo, uno de los primeros dirigentes jóvenes mapuche de este incipiente y potencial movimiento de recuperación territorial:

Los viejos sí que nos habían enseñado historia en la casa, y que al lado abajo de la comunidad habían sido usurpadas 80 hectáreas de tierra, eso sí que lo sabíamos, que la comunidad contaba con un título de merced y que ese papel no estaba en la comunidad pero seguramente estaba en la Oficina de Asuntos Indígenas en Temuco particularmente, eso lo sabíamos más o menos, y quizá no estaba a la orden del día tampoco la recuperación de tierras, nadie había hablado de eso, los viejos se habían resignado a vivir lo que se vivía nomás, la gente había enjuiciado, mis abuelos, mis tíos, habían enjuiciado, habían estado en estas oficinas de tierras de asuntos indígenas, juzgados de indios, entonces la gente se había resignado, y esa fue la chispa que logró encontrar el MIR, que había allí una resignación pero que era posible abrir el fueguito otra vez hablando de la historia y de la política con la juventud que había en ese tiempo, y ahí entramos nosotros a tallar, porque nos dimos cuenta de que era posible recuperar la tierra porque la tierra estaba ahí, puesto que el usurpador estaba ahí, después estuvimos claros de que era posible hacer una corrida de cerco, y cuando fuimos a buscar el papel a Temuco ya estaba claro que era posible, dependía del ánimo nomás, y como ya no

³⁵⁶ Entrevista con Roberto Moreno, Santiago, marzo de 2015.

éramos los primeros acá tampoco sino que ya se había escuchado de corridas de cerco en Lautaro, entonces eso hace que nosotros empezamos a darle cuerpo al discurso pero también a los hechos.³⁵⁷

Gustavo Marín desde su llegada a Loncoche se relacionó directamente con Víctor Molfinqueo, en su condición de mirista comprendió con precisión la realidad social y económica de la zona, el estado de ánimo de la población y las razones de la injusticia, además porque conoció directamente a su familia y vivió un tiempo junto a ellos. La usurpación de tierras era según Gustavo Marín la esencia de aquella situación, y por lo tanto concluyó junto a ellos y en terreno que la recuperación era la única opción que transformaría sus condiciones de vida, conocimiento que a la vez iba nutriendo la política revolucionaria del MIR:

Ahora, claro, eran hijos de pequeños propietarios, ni siquiera eran pequeños propietarios los que lanzaron las primeras corridas de cerco, o eran pequeños propietarios muy pobres, o eran hijos de pequeños propietarios muy pobres, por eso se podían caracterizar como afuerinos, es decir, aquellos trabajadores asalariados, temporeros, que trabajaban en los fundos por temporada en función de los trabajos que había que hacer, ya sea por las cosechas o por reparaciones, pero eran literalmente desempleados que se mantenían amontonados en los grupos familiares donde los “protegían”, los ayudaban a sobrevivir en las pequeñas propiedades que tenían. Víctor Molfinqueo vivía en una esquina del jardín de la casa que el papá le pasó. Entonces esas eran las condiciones, por lo tanto para mí ese grupo campesino que motorizó, inició el MCR, eran jóvenes, mapuche, campesinos, pobres, que querían luchar contra la injusticia, y la forma que adoptó en ese momento la lucha contra la injusticia puesto que eran mapuche, era la recuperación de la tierra.³⁵⁸

Esta efectiva forma de acción para recuperar las tierras usurpadas se concretó a partir de varias reuniones y discusiones previas entre los miristas más insertos en esa provincia y, como se ha visto, con algunos mapuche cercanos a ellos (jóvenes y “viejos”). Las conversaciones entre ambas partes giraban en torno a la forma más adecuada y efectiva

³⁵⁷ Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

³⁵⁸ Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015.

para recuperar las tierras en cuestión, y al mismo tiempo se iba fortaleciendo los lazos de confianza necesarios para lanzarse juntos a la lucha, como bien recuerda Gustavo Marín cuando enfatiza la influencia que también ellos como miristas ejercieron:

Y ahí empezó, ese tipo de conversaciones que yo te comento de lo cotidiano, una conversación que surge tomando un mate, se hicieron decenas y decenas de conversaciones de nosotros con ellos en ese momento, y el Paine conversaba de esto, y el Víctor conversaba de esto, y eran conversaciones que en un momento aparecían. Ahí comenzó a aparecer la idea de recuperar la tierra. Es una conversación entre los dos, porque ellos estaban en una actitud de resignación pero no definitiva, ellos decían lo que pasa es que nosotros tratamos de recuperar la tierra, pero lo hicimos a través de los Juzgados de Indios y nunca nos resultó, por lo tanto no vamos a poder, una fatalidad casi asumida, siempre ha sido así y no van a poder ser así, pero basta que un mirista les diga “pero no, es injusto y hay que recuperar la tierra”, para que ellos digan inmediatamente “sí, hay que recuperarla”.³⁵⁹

Desde el ámbito jurídico el abogado Juan Saavedra, de relación directa y cercana con el MIR de Temuco desde su origen, destaca en su relato la idea de la justa recuperación implícita en la lucha de los mapuche, mostrando procedimentalmente la ejecución de la corrida de cerco y destacando la importancia de los pasos legales que siguieron para justificar la recuperación:

Una parte que no se toca es lo jurídico, todo esto tuvo forma jurídica, las recuperaciones, que era una corrida de cerco sobre territorio que no era de la comunidad, lo primero era con en plano en mano, llegaba la autoridad y le decíamos están recuperando, y poníamos el peso de la prueba al dueño del fundo, y pedíamos que midieran el fundo, y medíamos un fundo que tenía 600 hectáreas, lo medíamos y tenía 800, claramente se habían modificado los límites (...) Las primeras acciones con fuerza fueron corridas de cerco, es cierto eso, pero es recuperación de tierras, las comunidades mapuche tenían un título de merced que le habían entregado donde fijaba límites, se fijaron estas concesiones de tierra hacia el año 1920, 20-22 creo fueron las últimas, entonces los límites eran la línea que sigue el estero tanto hasta llegar al roble, límites naturales, pero tan frágiles como el roble, entonces los agricultores se dieron

³⁵⁹ Ídem.

maña de desviar esteros, de cortar el famoso roble, y habían quitado tierras a las comunidades. Las primeras recuperaciones de terreno las hicieron con los títulos en mano, y fijando más o menos cual debería ser el límite, y se corrió de forma tal que los agricultores no tenían forma de defenderse, porque decían nosotros tenemos 100 hectáreas en esta comunidad, y si ustedes la miden habían 80, las otras 20 las tiene este fundo y este otro que nos quitó.³⁶⁰

Es importante considerar el hecho político de que para los miristas, al interior del partido, no fue fácil encontrar la propuesta de lucha indicada y específica para agitar una movilización social de acción directa, fueron los propios comuneros mapuche involucrados inicialmente quienes plantearon el método concreto de lucha para recuperar las tierras ancestrales, naciendo de la propia experiencia histórica del pueblo mapuche, ellos más que cualquiera conocían su realidad y los mecanismos necesarios para transformarla radicalmente.

Los miristas visualizaron la miseria y la pobreza del pueblo mapuche, asimismo descubrieron a partir de su permanencia en las comunidades y de los contactos establecidos con sus integrantes, el despojo histórico de sus tierras. Pero sin dejar de lado esa realidad, lo que concretamente atraía y motivaba a los revolucionarios era verse envueltos en una polarización de los grupos sociales antagónicos en la sociedad rural de Cautín, esto en términos marxistas-leninistas –desde los cuales se inspiraban– suponía una agudización de la lucha de clases en el campo. Desde estos criterios, el aumento de la conflictividad de clases derivaría en el comienzo de un proceso de movilizaciones ascendentes en el tiempo, cuya esencia sería la interpretación por parte del campesinado mapuche de que sus enemigos eran los grandes propietarios de aquellas tierras que antes les pertenecían. El hecho de que los campesinos mapuche descubrieran tal problemática histórica, generaba las condiciones que posibilitarían el inicio de las “acciones directas” que el partido aspiraba a desarrollar. Sus intenciones eran innovar, crear hechos y formas de lucha distintas, idealmente antes de las elecciones de septiembre de 1970 para así demostrar la preexistencia de una fuerza social diferente que ya estaba luchando por transformar

³⁶⁰ Entrevista con Juan Saavedra, Santiago, noviembre de 2016.

revolucionariamente la sociedad.³⁶¹ Sobre la lucha de acción directa impulsada por el MIR al interior de los sectores populares, persiguiendo objetivos estratégicos, Roberto Moreno demuestra cómo se conecta con la acción colectiva que ciertos sectores mapuche ya estaban materializando en los campos de Cautín:

Nosotros traíamos la idea de la acción directa de masas, una idea que viene de la estrategia del MIR, la idea es genérica, el trabajo de masas tiene que tener esa característica, acción directa de masas, sean estudiantes, pobladores, campesino, obreros, para todos la consigna era la misma, estaba instalado, cuando empezamos a meternos en el campo teníamos ya la idea de que había que hacer una acción directa de masas, la idea de hacer una acción directa de masas se empalma perfectamente con la idea de corrida de cerco, pero es una idea que nosotros traemos pero que a ellos le hace sentido porque para hacer una corrida de cerco se tiene que meter mucha gente, hacerlo en la noche, simultáneamente meter los postes, poner el alambre, y al otro día estaba listo el cerco, y eso son 40-50 personas por lo menos trabajando, entonces es una acción directa de masas.³⁶²

Si bien había claridad en cuanto a la coincidencia política de los miristas y los jóvenes mapuche, especialmente sobre la acción directa, los primeros no supieron precisar cuándo sucederían los hechos ni como se desatarían concretamente en la confrontación con los latifundistas y la fuerza policial. Esta incertidumbre es constatada por Julián Bastías con el siguiente testimonio:

Mientras tanto, no teníamos grandes planteamientos que proponer a los mapuches, sino nuestra transparencia y entrega total. Vivir con ellos era ya para nosotros una nueva forma de hacer política [...] Sabíamos que debíamos inscribirnos en las acciones directas como nuestra Dirección Nacional lo hacía en Santiago. Habíamos descubierto una cantidad de problemas a agitar y entre ellos el de la usurpación de tierras. Parecía ser éste el predominante. Esperábamos que se decidiera en nuestro Comité Regional o Nacional, pero todo seguía en veremos.³⁶³

³⁶¹ Bastías, *Memorias...* op. cit., p. 86.

³⁶² Entrevista con Roberto Moreno, Santiago, marzo de 2015.

³⁶³ *Ibidem*, pp. 89-90.

La búsqueda de la forma de lucha adecuada en el sentido antes planteado maduraba en medio de la convergencia entre los jóvenes estudiantes revolucionarios y miembros de algunas comunidades mapuche despojadas de sus tierras. Estos últimos de manera paulatina iban compartiendo con los primeros durante el transcurso de las conversaciones, la función de decidir cuál camino a seguir. Aquello expresaba claramente la legitimidad y la confianza que habían alcanzado los miristas entre los mapuche, así como también la manifiesta actitud de lucha de estos últimos para recuperar las tierras. Los militantes del MIR tenían claro que el tipo de lucha debía desarrollarse bajo la lógica de la “acción directa”, además, aplicando los postulados del partido, tenían que asociarla a la propaganda nacional de la necesidad de la vía armada para hacer la revolución. Sin embargo se procuraba evitar el enfrentamiento directo para impedir pérdidas humanas, por lo tanto, el tema de la lucha armada si bien era expresado como necesario para hacer la revolución, se mantenía únicamente en el plano propagandístico. Por el momento el MIR entendía que el camino de la lucha armada debía tener un rol pedagógico para denunciar la injusticia del sistema agrario burgués, por consiguiente las “acciones directas” tenían que proyectarse en este sentido: “Teníamos que encontrar una línea de acción que siendo semi-legal no atrajera la represión, pero a su vez se lograra algo para demostrar un camino paralelo a la legalidad burguesa”.³⁶⁴

La discusión sobre el quehacer del movimiento mapuche comenzaba así a adquirir mayor dinámica entre los sujetos involucrados, y simultáneamente se iba ampliando geográficamente hacia los miristas de otras localidades. La necesidad de las “acciones directas de masas” propuesta por el MIR y la histórica demanda mapuche de recuperación territorial, comenzaban a entrecruzarse progresivamente, pero seguían sin encontrar la solución final. En este aspecto, como bien señala Julián Bastías a partir de su experiencia:

Las opiniones iban y venían, desde Quinchavil, de Mañío Manzanal, hasta Miguel Enríquez y la Comisión Política en Santiago. Nosotros, cuadros medios y activistas, éramos correa de

³⁶⁴ *Ibidem*, p. 99.

transmisión de tal intercambio, tratando de aportar al mismo tiempo con nuestras opiniones locales respectivas.³⁶⁵

Estas largas discusiones finalmente llegarían a su desenlace con la lúcida aparición del padre de los hermanos Luis y Rudecindo Quinchavil, jóvenes mapuche militantes del MIR y futuros dirigentes del MCR. Este veterano mapuche conocido como Chachay Quinchavil, quien en esos momentos tenía 60 años de edad, fue quien propuso en una de las tantas reuniones entre miristas e indígenas el procedimiento concreto para que las comunidades involucradas recuperaran las tierras usurpadas. La “corrida de cerco” aparecía como la vía de recuperación territorial que expresaba de mejor manera la “acción directa de masas” en el campo, y fue justamente un campesino mapuche quien la formuló, culminando con las prolongadas discusiones sobre esta cuestión. El momento exacto durante el cual Chachay Quinchavil formuló la acertada decisión de la “corrida de cerco”, fue registrado testimonialmente por Julián Bastías:

Miren, compañeros y amigos, hace tiempo que se discute respecto a lo que debemos hacer con nuestra tierra usurpada. Pienso que hay una sola respuesta y es simple: nuestra investigación legal con auténticos planos nos demuestra que hay un error comparando con la realidad. Hay cercos que no están donde la ley los ha reconocido, hay que ponerlos en el lugar adecuado. Siguiendo los planos, tenemos el derecho, y el deber incluso, de arrancar el cerco de donde está mal puesto y llevarlo hasta el límite estipulado por la ley. Debemos correr el cerco.³⁶⁶

También Víctor Gavilán recuerda la importancia de ese momento y de la presencia del comunero mapuche Quinchavil, su precisa intervención influyó directamente en la necesidad de correr los cercos, demostrando a través de la práctica la forma de recuperar las tierras usurpadas:

El viejo Quinchavil dijo hagámoslo en nuestra propia comunidad, entonces él nos contó, se acordaba que su tierra realmente terminaba en tal lugar, yo recuerdo porque conseguí ese

³⁶⁵ *Ibíd.*, p. 100.

³⁶⁶ *Ibíd.*, p. 105

título de merced, yo vine a Temuco, hablé con la Viola Navarrete, le conté toda la historia, necesito este título de merced, efectivamente el viejo no estaba equivocado, los límites de su tierra estaban bien como él decía, era harta tierra que le habían quitado.³⁶⁷

La localidad de Mañío Manzanal, ubicada en la comuna de Carahue, fue uno de los dos lugares en donde se instaló inicialmente el MIR y en la cual logró adherir a su causa revolucionaria a varios jóvenes mapuche que posteriormente serían dirigentes del MCR en Cautín. Precisamente en ese lugar, y en el desarrollo de una de tantas reuniones entre miristas y campesinos mapuche:

Paine y Tokicura habían descubierto por boca del Chachay Quinchavil, quien a la fecha ya tenía 60 años de edad, que el método concreto para recuperar la tierra usurpada, debía ser la corrida de cercos. A partir de esa verdad, toda la organización partidaria se puso en movimiento para llevar a la práctica esa “acción directa de masas”.³⁶⁸

Las “corridas de cerco” aparecían en la escena rural de Cautín como un acto de justicia, ya que su aplicación tenía como fundamento jurídico los planos que evidenciaban los límites originales de los Títulos de Merced, los cuales al ser comparados con los límites reales, demostraban claramente que los fundos vecinos se habían ampliado sobre las tierras de las comunidades mapuche involucradas. Los miristas aportaron en gran medida a la justificación legal de las “corridas de cerco”, ya que fueron ellos quienes a través de sus contactos lograban acceder a los archivos requeridos por los campesinos mapuche, particularmente aquellos documentos que contenían información sobre los títulos de propiedad sobre la tierra reivindicada. Aportaron en este proceso abogados simpatizantes del MIR, como el mencionado Juan Saavedra, quienes conseguían los Títulos de Merced de Tierras en la Oficina de Asuntos Indígenas de Temuco, facilitándolos a los miristas quienes a su vez los llevaban a las comunidades, para analizarlos conjuntamente con los campesinos mapuche que tenían planeado realizar las “corridas de cerco”. El propósito era, una vez

³⁶⁷ Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

³⁶⁸ Gavilán, op. cit., p. 139.

efectuada la “acción directa”, reclamar con el “documento en mano” sus derechos a la tierra usurpada.³⁶⁹

Una vez recopilado los archivos, los miristas junto a los “viejos” mapuche que representaban a las comunidades, procedían a analizarlos. Gustavo Marín, quien estuvo presente en este tipo de reuniones, señala al respecto:

Recuerdo con emoción que nos reuníamos para ver esos documentos. Poníamos el plano del título sobre el mapa que mostraba la propiedad de la tierra y se veía clarísimo dónde estaba el cerco antiguo, no había que ser geógrafo para darse cuenta. Además los viejos tenían una visión clara del cerco, se les había quedado grabada, sabían que pasaba por tal riachuelo, por tal manzano, por tal quebrada. Cuando alguien te ha usurpado la tierra y tu casa, el lugar donde naciste y te criaste, no se te olvida nunca más.³⁷⁰

El testimonio de Gustavo Marín permite comprender que las comunidades mapuche actuaban dentro de un marco de absoluta legalidad al sustentar con documentación de esta naturaleza su accionar, sin embargo no lo hacían por medio de la institucionalidad que hasta ese momento no había solucionado sus demandas históricas, sino que hacían justicia por sus propios medios mediante la “acción directa”. Fueron demasiados los casos en que los Juzgados de Indios dilataron las demandas mapuche y no solucionaron satisfactoriamente los conflictos de tierras, más aún, generalmente resolvieron en beneficio de los terratenientes. Por estas razones las “corridas de cerco” representaban el método que solucionarían la histórica cuestión de la tierra para las comunidades mapuche implicadas. Así lo sostiene Gustavo Marín:

Cuando nos dábamos cuenta de esta historia, la corrida de cerco aparecía como una cuestión de justicia elemental. Era el medio para la recuperación de la tierra usurpada. Los mapuche ya habían llegado a la conclusión de que si seguían reclamando justicia a los tribunales o al gobernador, nunca iban a lograr nada, la única manera era recuperar la tierra, recuperarla corriendo el cerco.³⁷¹

³⁶⁹ Ídem.

³⁷⁰ Railaf et al., op. cit., pp. 74-75.

³⁷¹ Ibídem, p. 76.

Por su parte, Rudecindo Quinchavil también subraya que la idea de recuperación territorial era una constante histórica en la conciencia colectiva del pueblo mapuche, sin embargo reconoce que no habían encontrado un criterio de acción de lucha que lograra organizar el descontento social de las comunidades en cuanto al problema territorial.

Asimismo, junto a la lucidez sobre el despojo de tierras, existía una sensación de impotencia predominante en la memoria histórica del pueblo mapuche, que al encontrar una vía de canalización en las “corridas de cerco”, se desató impulsivamente por medio de la movilización social. Las palabras del hijo de Chachay Quinchavil explican bastante bien este fenómeno, quien acentúa el carácter histórico de la problemática territorial:

Entonces una persona tenía más terreno que toda la comunidad junta, que además antes era de nosotros. Y te enojas más todavía cuando te das cuenta que eso era tuyo, de tu papá, de la familia. Esas son las cosas que te llevan a participar en las ‘acciones directas’ que las organizaba el MIR [...] Era histórico. Un problema del cual todo el mundo se quejaba y no veía solución y esto de las acciones directas planteó una solución y aún más cuando se hacían las acciones y resultaban. Entonces eso prendió.³⁷²

Ahora bien, en el ámbito de lo concreto la materialización de la idea de “las corridas de cerco” fue sumamente rápida, una vez escuchadas las palabras de Chachay Quinchavil – aprobadas por todos los presentes en esa reunión– esta propuesta de acción revolucionaria se expandió rápidamente entre los miristas y las comunidades afines. No hubieron discusiones sobre su validez, todos estaban esperando el elemento que catalizara las voluntades de avanzar en la recuperación de las tierras. El restablecimiento de sus límites originales mediante la “acción directa” parecía ser método más efectivo. Los hechos, en consecuencia, pasaron desde el plano de las discusiones a una etapa netamente operativa, en esos momentos primaba el qué y cómo hacer. Para avanzar en ese sentido, los miristas involucrados se pusieron a la orden de las comunidades mapuche producto de sus experiencias y el conocimiento de los territorios, por su parte, las colectividades indígenas

³⁷² Railaf et al., op. cit., p. 29.

adhirieron a los revolucionarios a la organización de las acciones y conducción del movimiento.³⁷³

La primera “corrida de cerco” en la provincia de Cautín organizada e impulsada por el MIR fue el mes de mayo de 1970 en Mañío Manzanal. El mismo Chachay Quinchavil estaba convencido de comenzar las acciones en su propia comunidad que llevaba por nombre Quinchavil-Santibáñez, “corriendo los cercos” para recuperar las 45 hectáreas usurpadas por el fundo adyacente. El día 14 de mayo fueron llegando progresivamente colaboradores de otras localidades que ya conocían de este hecho, jóvenes temuquenses, campesinos mapuche de otros lugares como Vega Redonda de Lautaro, y también de comunidades vecinas. Todos preparaban lo que sucedería al día siguiente. El día 15 de mayo sería el indicado –y programado– para efectuar la primera “corrida de cerco”. Víctor Gavilán, siempre presente en todo este proceso, entrega el testimonio de los momentos previos a la ejecución del acto:

Estamos en el día 15 de mayo de 1970. Alrededor de las 7 de la tarde, la gente comenzó a congregarse en el galpón de la vivienda de los Quinchavil. Llegaron 10 familias de su propia comunidad, 30 hermanos de las comunidades vecinas, 8 hermanos de Lautaro y 6 estudiantes de Temuco. La reunión comenzó con una introducción del Chachay Quinchavil quien en Mapudungun hizo un llamado a su gente a confiar en Chau Dios Ngenechen. Más adelante dijo: ‘aquí está el papel de la oficina de Asuntos Indígenas. No robaremos nada, solo cambiaremos el cerco que está arriba en la loma y lo llevaremos bordeando el pangal’. El grito aprobatorio de todos fue como si el espíritu de antaño se hubiera posesionado de ellos. Estaban dispuestos a dar la pelea.³⁷⁴

El gran apoyo experimentado por los organizadores de esta primera “corrida de cerco” fue evidente, tal cual lo indica Víctor Gavilán. El testimonio también constata la justificación legal, ya que previo a la ejecución del acto los dirigentes ya tenían en su poder los documentos necesarios para justificar su legitimidad. En esa misma reunión, realizada en Calle del Medio de Lautaro, Víctor Gavilán recoge el testimonio de otro de los organizadores involucrados, Miguel Cabrera. “Paine” fue el mirista más reconocido por la

³⁷³ Bastías, *Memorias...* op. cit., p. 106.

³⁷⁴ Gavilán, op. cit., p. 140.

comunidad Quinchavil-Santibáñez, que si bien era de nacionalidad chilena, su familiarización con las costumbres del pueblo mapuche y las comunidades, lo convertían en un integrante más:

Compañeros, esta noche recuperaremos la tierra de los Quinchavil. Para eso tenemos que organizarnos en escuadras para desalambrazar y remover las estacas, para llevarlas a sus lugares originarios que ustedes conocen muy bien. Pero además compañeros, deben saber muy bien que mañana comienza la pelea con el patrón Dawitzal y con los pacos que estarán aquí a medio día. Debemos entonces estar dispuestos a defender la corrida de cerco. Todos nos iremos a vivir en aquellas tierras recuperadas. Mañana todas nuestras pu lamgen, pu pichiche, pu domo estarán acompañándonos en esta pelea que recién comienza.³⁷⁵

Las palabras de “Paine” dan a conocer el nivel de organización para preparar y planificar la “corrida de cerco”, delegándose funciones a cada grupo para concretar de manera eficiente la tan anhelada recuperación territorial. Asimismo se advertía a las comunidades y colaboradores sobre las consecuencias de tal operación, específicamente la reacción del latifundista y de la policía, ante lo cual debían preparar la defensa –en caso de conflicto– para así demostrar a estos actores que la “corrida de cerco” era una acción racionalmente organizada. La preparación de la “acción directa”, y también su materialización, van desarrollando en los campesinos mapuche una cultura política organizacional. Respecto de la importancia de la organización, así como también de su necesidad, Rudecindo Quinchavil, joven mapuche protagonista de esta primera “corrida de cerco”, entrega el siguiente relato:

Organizar una recuperación era una acción militar, en el sentido de organizar la estadía, de organizar la defensa y además de conversar los problemas. Desde ese punto de vista yo creo que ayudó mucho a la formación de la conciencia de la gente, porque ahí hubo que hablar del papel que juegan los pacos y explicar que hay que defenderse de ellos, de la necesidad de la propia defensa, de la fuerza propia, de que hay que observarlos, de las señales que hay que

³⁷⁵ Ídem.

dar, qué hay que hacer si llega alguien, quien va a hablar, todas esas cositas prácticas. Y así vas aprendiendo que hay que organizarse.³⁷⁶

Seguidamente a la delegación de funciones, se procedió de inmediato a la realización del acto. Era la noche del 15 de mayo de 1970 cuando comenzaron a desalambrar y retirar las estacas del cerco, para luego hacer los hoyos en los deslindes originales del Título de Merced e instalar el nuevo cerco que delimitaría el territorio recuperado. El jefe y coordinador de la acción era el propio Chachay Quinchavil, su principal ayudante era “Paine”, y el encargado de las “escuadras” (grupos ejecutores) era Luis Quinchavil. Los sujetos y grupos restantes también debían cumplir con determinadas funciones. Los estudiantes al amanecer tenían que dirigirse a la ciudad a buscar respaldo y organizar la solidaridad, las mujeres por su parte se ocupaban de cocinar, y el profesor Santibáñez-Quinchavil (dirigente de una de las comunidades implicadas) sería el encargado de relaciones públicas con las autoridades y la policía.³⁷⁷

Finalmente las comunidades partícipes, luego de dos meses de resistencia, ganaron a su favor el juicio que trató este conflicto, quedando el territorio en poder de la Reserva Quinchavil-Santibáñez.³⁷⁸ Es necesario mencionar que pese al esfuerzo colectivo de ambas comunidades por restablecer los deslindes originales del territorio que las involucraba, no se trabajó colectivamente las tierras recuperadas, ya que estas pertenecían de forma particular a cada colectividad. Consecuentemente, el territorio fue dividido y cercado con el objetivo de delimitar las propiedades correspondientes.³⁷⁹

Esta “acción directa de masas” fue muy significativa para el movimiento del campesinado mapuche revolucionario que se estaba gestando, ya que fue la primera “corrida de cerco” exitosa del año 1970 en compañía del MIR. Los militantes de este partido –a esas alturas, chilenos y mapuche– comprobaban en los hechos mismos que esta “acción directa” del campesinado indígena empobrecido era un método eficaz para recuperar las tierras usurpadas, ya que daba respuesta inmediata a sus demandas. No

³⁷⁶ Railaf et al., op. cit., p. 30.

³⁷⁷ Gavilán, op. cit., p. 140

³⁷⁸ Ídem.

³⁷⁹ Railaf et al., op. cit., p. 31.

obstante la envergadura e importancia de este hecho, la primera “corrida de cerco” fue calificada por sus ejecutores como de experimentación. La gran “corrida de cerco”, o como la denominaron en ese entonces, la “corrida histórica”, sería programada para el mes de julio en la comuna de Lautaro.³⁸⁰

Sin embargo, previo a la ejecución de la definida como “histórica”, se realizó una segunda “corrida de cerco”, también considerada como experimental por sus organizadores. Esta se concretó el 3 de junio de 1970 en la comuna de Lautaro, siendo la primera de una serie de “corridas de cercos” que se desatarán en esta zona. La comunidad mapuche Coliqueo-Huenchual fue su protagonista, apoyada por campesinos mapuche de Vega Redonda y Calle del Medio, quienes procedieron a desplazar los deslindes del fundo El Vergel hacia los límites originales del Título de Merced, recuperando de esta manera entre 90 y 95 hectáreas.³⁸¹ El propietario de las tierras en cuestión era el latifundista José Datwiller, quien fue entrevistado tres meses después de este hecho por la prensa local:

Finalmente este agricultor, nos declaró que la corrida de cercos comenzó precisamente el 3 de junio en el fundo El Vergel. Se ampliaron los indígenas ocupando 90 a 95 hectáreas. Había participado la reducción Coliqueo-Huenchual ayudado por otros aborígenes. Que a la fecha no se había tomado ninguna medida a nivel de autoridades [...].³⁸²

La siguiente “corrida de cerco” sería la calificada como “histórica” por los campesinos mapuche y miristas que impulsaban las movilizaciones, efectuada el día 12 de julio de 1970 sobre el fundo La Rinconada, localizado en Vega Redonda, comuna de Lautaro. Los grupos antagónicos involucrados eran, por un lado, la comunidad mapuche Catrileo-Paine, y por el otro, el latifundista Fernando Schultz. La “corrida de cerco” fue preparada con anticipación el día 25 de junio, lo cual demuestra la importancia que tenía para sus protagonistas. Entre los organizadores, además del mirista “Paine”, destacó el

³⁸⁰ Gavilán, op. cit., p. 139.

³⁸¹ *Ibíd.*, p. 141.

³⁸² *El Diario Austral* de Temuco, 3 de septiembre de 1970, p. 11. Desde un punto de vista historiográfico, este acontecimiento es significativo para la investigación, ya que constituye el primer registro de la prensa sobre las “corridas de cerco”. Desde aquí en adelante, además de los testimonios, será la prensa escrita una fuente significativa de información, tanto de las primeras “acciones directas”, como también del MCR y su despliegue sociopolítico.

grupo de jóvenes mapuche que había participado en la primera “corrida de cerco” de Mañío Manzanal, entre los que destacaron Railaf, Colihual, Huillipan, Catalán, Coliqueo y una de las hermanas Traipe. Asimismo destacaron los miristas “Paine” y “Camilo Tokicura”, quienes llegaron al lugar la tarde del 30 de junio. La “acción directa”, organizada con anterioridad por los sujetos antes nombrados, sería dirigida por el líder de una de las familias mapuche involucradas, el Lonko Paine.³⁸³

Otro factor que hizo de esta “corrida de cerco” como la más importante, fue la gran variedad de colaboradores y participantes. Este movimiento mapuche crecientemente estaba causando impacto en la sociedad rural de Cautín, ya no eran solamente los miristas insertos en otras localidades de la provincia y las comunidades mapuche afines los llamados a participar protagónicamente de esta “corrida histórica”, sino que también llamaba la atención de militantes de otros partidos de izquierda, estudiantes –universitarios y secundarios–, funcionarios públicos, cristianos, obreros, empleados, etc. Este acontecimiento experimentó así el apoyo de habitantes urbanos y rurales, fenómeno que se masificará y diversificará a medida que el movimiento mapuche se intensifica.³⁸⁴ Sobre esta diversidad, uno de los principales encargados de esta “corrida de cerco”, el –aquel entonces– joven mapuche Rafael Railaf, relata: “Y había, no miento, había muchas personas, de diferentes partes, también para saber y aprender de las cosas que estábamos haciendo. Vino gente de todas partes y cuando íbamos a otro lugar, llegaban y allá estaban”.³⁸⁵ Por su parte Víctor Gavilán, refiriéndose al apoyo solidario de los distintos sujetos que adhirieron a esta causa mapuche, y mencionando a mucho de ellos, señala:

³⁸³ Precisamente este dirigente mapuche fue quien apodó al mirista Miguel Cabrera como “Paine”, adoptado simbólicamente por la familia. Miguel se presentó como “Sergio” cuando se insertó en la comunidad en el año 1968, por lo que sería reconocido como “Sergio Paine” en la familia. El testimonio entregado por Víctor Gavilán (“Camilo Tokicura”), presente en la reunión del 12 de julio en la casa de la familia Paine, da a conocer esta singular situación: “Este es mi hijo Sergio Paine –que por muchos años vivió en la ciudad– y ahora que estamos en lucha de nuevo, mi hijo vuelve para ayudarnos a recuperar nuestras tierras. El se quedará con nosotros por un tiempo, como también su amigo lafkenche el peñi Camilo Tokicura. Con ellos conversaremos mucho porque han aprendido bastante como estudiantes. El peñi Rafael organizará las escuadras de trabajo para esta noche y mañana todos estaremos como un solo hombre defendiendo nuestra tierra”. En Gavilán, op. cit., p. 41.

³⁸⁴ Bastías, *Memorias...* op. cit., pp. 134-136

³⁸⁵ Railaf et al., op. cit. p. 57. Railaf reconoce a esta “corrida de cerco” como la primera, sin embargo, como ya se ha sostenido, corresponde a la “corrida histórica”, que fue la tercera. Ahora bien, probablemente Railaf la destaca como la inicial, primero, por ser la más importante y la que marcaría “oficialmente” el inicio de

La corrida de cercos al fundo La Rinconada contó con mucha solidaridad. Incluso participaron en ella, Pepe y Oscar del MOAC (Movimiento Obrero de Acción Católica), del sacerdote católico Wilfredo Alarcón, de Piñalelbun [...] También estuvieron presentes en la ‘corrida esperada’ el estudiante de la Universidad de Chile-Temuco, Luis Almonacid [...] Había también entre los presentes, un grupo de militantes mapuche del Partido Comunista Revolucionario (PCR) quienes, posteriormente, crearon una organización llamada Netuaiñ Mapu (lucha por la tierra), donde se destacaron como dirigentes Guillermo Leñan y Juventino Velásquez, entre otros. También participaron militantes socialistas de la ciudad de Lautaro, gente de los Traperos de Emaús de Temuco y Santiago. También estuvo allí Julián Bastías, el estudiante de la Universidad de Concepción que se había radicado a vivir con los Mapuche de Cunco, en 1968, y muchos otros estudiantes y profesionales revolucionarios que estaban convencidos de que la acción directa de las masas era el camino victorioso para recuperar la tierra usurpada al pueblo mapuche.³⁸⁶

Los sujetos implicados en la ejecución de esta “corrida de cercos” alcanzaron la cantidad de 400 personas aproximadamente, las cuales de manera organizada, y bajo la conducción del Toki Paine y Miguel Cabrera (“Paine”) procedieron cuidadosamente a desalambrar, retirar las estacas, cavar los nuevos hoyos y, finalmente, construir los nuevos cercos.³⁸⁷ Este procedimiento es narrado de forma más detallada por uno de sus protagonistas, Rafael Railaf:

En la corrida de cerco se hacía la olla común. Ahí se armaban los grupos y cada uno tenía una tarea. Uno, de tres personas iba desclavando y sacando el alambre. Otro enrollándolo y los demás sacando las estacas y el resto haciendo inmediatamente el cerco nuevo, haciendo los hoyos. Así que a las cuatro de la mañana tenía que estar partiendo y a las seis estaba todo listo. Y en la olla común comíamos y algunos descansaban y otros seguían (cambio pág.) cuidando lo recuperado. Las mujeres eran muy bravas, discutían con los “pacos”, hacían dos rondas, cuidaban a los niños, atendían a los trabajadores y a los enfermos. La que estaba era combativa, se convertía en miliciana. A la corrida de Lautaro llegó mucha gente a aprender

todas las siguientes, y segundo, porque las dos anteriores fueron aplicadas solamente a modo de experimentación.

³⁸⁶ Gavilán, op. cit., p. 142.

³⁸⁷ Ídem.

una orientación, venían de todos lados, estudiantes... Y después, cuando se tomó el fundo la gente se volvió loca, hasta de Santiago venían estudiantes.³⁸⁸

Finalmente, el día 13 de julio por la mañana, pese a la presión del latifundista Fernando Schultz junto a carabineros provenientes de la ciudad de Lautaro que exigían la desocupación del fundo La Rinconada, amenazando incluso con un desalojo violento en caso de que los ocupantes no desistieran de su acto, la comunidad Catrileo-Paine recuperó sus tierras. Con el Título de Merced correspondiente lograron legitimar su accionar frente a Schultz y las autoridades, demostrando que originalmente la comunidad había recibido 220 hectáreas, pero que los dueños anteriores del fundo La Rinconada habían usurpado 100 de estas. El Título de Merced original, entregado por la Oficina de Tierras y Colonización en el año 1914 a la comunidad Catrileo-Paine, consolidaba finalmente la recuperación territorial, ante lo cual el latifundista no tuvo otra opción que resignarse.³⁸⁹

Esta “corrida histórica” además de haber sido exitosa para la comunidad comprometida, presentó dos aspectos de importancia que deben ser reconocidos –y considerados– para comprender integralmente el desarrollo del movimiento mapuche y la formación del MCR en Cautín. Por una parte, la “corrida de cerco” adquirió mayor aceptación y realce entre los mapuche de Lautaro como método para resolver las históricas demandas de tierras de manera inmediata; y por otra parte, relacionado con lo anterior, permitió a los miristas –“Paine” y “Tokicura” principalmente– fomentar todavía más el componente revolucionario al interior del movimiento mapuche y acentuar la necesidad de una organización estructurada que permitiera proyectarlo políticamente en el plano de la lucha de clases, cuestión que establecerá los cimientos del MCR. Una expresión de ello fue que, posterior a esta exitosa “corrida cerco”, el joven mapuche Rafael Railaf fue escogido como jefe de la base mirista en Vega Redonda, designación que posteriormente le permitió ser un destacado dirigente del MCR.³⁹⁰

Las “corridas de cerco” aparecerán nuevamente en la escena rural el 11 de agosto de 1970, esta vez de forma más impactante y masiva, ya que tres comunidades mapuche

³⁸⁸ Railaf et al., op. cit., pp. 57-58.

³⁸⁹ Gavilán, op. cit., pp. 143-144.

³⁹⁰ *Ibidem*, p. 142.

procedieron simultáneamente a restablecer los límites originales de sus tierras en tres fundos de la provincia de Cautín. Las comunas de Lautaro y Nueva Imperial fueron nuevamente escenario del procedimiento radical de los campesinos mapuche. El impacto de estos hechos, en parte, se explica por la cobertura de la prensa local:

En tres sectores de la provincia, grupos de indígenas corrieron ayer los cercos de sus propiedades usurpando terrenos que no les corresponden. La acción fue en cadena. Primero, 80 aborígenes se hicieron de 10 hectáreas del fundo “3 Hijuelas”, 15 kilómetros al interior de Lautaro. Seguidamente, desde Nueva Imperial se informó que algo similar había ocurrido en los terrenos del agricultor Merke Thiers por parte de la comunidad Huanaco-Huelchún. Finalmente, la inquietud volvió a Lautaro al darse a conocer que campesinos de la comunidad Dollinco habían corrido sus cercos hacia el interior de la propiedad de Aquiles Matus.³⁹¹

La versión entregada por *El Diario Austral* asegurando que los mapuche “usurparon tierras que no les corresponden”, se contradice con el mensaje entregado por la comunidad Dollinco por medio de una proclama enviada a la prensa local:

Por otra parte a la prensa local sin firma llegaron proclamas de la comunidad Dollinco, los que hacían ver su disconformidad por la situación actual que les afecta. Indicaban que con correr los cercos se hacía justicia a tierras que en años anteriores les habían sido usurpadas.³⁹²

La comuna de Lautaro vuelve a experimentar hechos de esta índole a fines del mes de agosto de 1970, esta vez protagonizado por la comunidad mapuche Antonio Quidel que recuperó 40 hectáreas pertenecientes al Título de Merced, las cuales se encontraban incorporadas al Fundo Santa Ana cuyo propietario era Pablo Paslack:

Nuestro corresponsal en Lautaro nos comunicó anoche, asimismo, que la misma noche del martes último los indígenas de la reducción Antonio Quidel procedieron a correr el cerco del fundo ‘Santa Ana’, de propiedad de Pablo Paslack, en una extensión de 40 hectáreas

³⁹¹ *El Diario Austral* de Temuco, 12 de agosto de 1970, p. 1.

³⁹² *El Diario Austral* de Temuco, 12 de agosto de 1970, p. 1.

sembradas. Este fundo está ubicado a 18 kilómetros al oeste de Lautaro, en el camino a Curacautín.³⁹³

Las “corridas de cerco” se desarrollaban así crecientemente, masificándose por los campos de Cautín y simultáneamente recibiendo el apoyo de aquellos sujetos y colectividades que consideraban como justa la reivindicación indígena. Un ejemplo de este respaldo fue la “corrida de cerco” ejecutada en la madrugada del 31 de agosto conjuntamente por las comunidades mapuche Pérez-Molfinqueo y Francisco Briceño, localizadas en Pinchafil, comuna de Loncoche. La acción se realizó sobre el fundo María Elena de propiedad de Luis Montecinos, y experimentó un amplio apoyo popular. Ejemplo de ello fue la declaración pública emitida por la Asociación de Pequeños Agricultores de Loncoche respaldando esta “corrida de cerco”:

1. La Asociación de Pequeños Agricultores de Loncoche, del departamento de Villarrica, que agrupa a más de 1.800 campesinos organizados en 37 comités, quiere comunicar a todos sus asociados y a todos los trabajadores de la zona que hemos acompañado a las comunidades mapuches de Pérez-Molfinqueo y de Francisco Briceño, en la acción de corridas de cerco para recuperación de tierras usurpadas.

2. Las comunidades mapuches de Pérez-Molfinqueo y de Francisco Briceño son colindantes y se encuentran ubicadas en Pindapulli y Huincalicán respectivamente, y son más conocidas como Pinchafil.

3. Esta acción de corrida de cercos se ha realizado por la tramitación de más de 30 años, por parte de los Tribunales de Justicia y para recuperar más de 120 hectáreas de tierras, que a pesar de pertenecerles según consta en actas de la Comisión de Título de Merced a indígenas de fecha 5 de mayo de 1913, se encontraba en manos de particulares. Por otra parte en estas comunidades se ve claramente que existe un grupo de jóvenes cesantes y que no poseen tierras, que tienen que vivir allegados a sus parientes o emigrar de sus hogares para partir a otras ciudades o a la Argentina.

³⁹³ *El Diario Austral* de Temuco, 25 de agosto de 1970, p. 13.

4. El principal usurpador de la tierra, después de la entrega de títulos de merced a las comunidades mapuches, fue Elías Montecinos, quien arrebató la tierra violentamente, en un hecho que resultó sangriento.

5. A través del tiempo, la tierra usurpada fue dividiéndose y quedando en manos de otros particulares.³⁹⁴

El apoyo popular se expresaba así de manera concreta, participando directamente de las acciones junto a las comunidades mapuche. La importancia de este fenómeno radica en el apoyo prestado por campesinos chilenos a los campesinos mapuche en la lucha por la tierra, generándose una convergencia dinámica de gran parte del campesinado pobre de la provincia de Cautín. Indudablemente esta confluencia, así como también la solidaridad activa de otros sectores chilenos (estudiantes secundarios y universitarios, obreros, funcionarios públicos, militantes de izquierda, cristianos, etc.) contribuyeron a la rápida propagación de este movimiento de recuperación territorial –especialmente de las “corridas de cerco” – en los meses previos a la elección presidencial de Salvador Allende.

Aunque existió participación de campesinos chilenos en algunas “corridas de cerco”, como la descrita anteriormente, la confluencia del campesinado pobre de Cautín –chileno y mapuche– se efectuó mayoritariamente, y de forma paralela, en las “ocupaciones de fundo” que el movimiento de las comunidades indígenas revolucionarias impulsó como método de acción para recuperar las tierras ancestrales ubicadas fuera de los Títulos de Merced, por tanto, no reconocidas en dichos títulos de propiedad mapuche. Estas tierras se encontraban integradas en los fundos colindantes a las comunidades que las reivindicarían, principalmente en las comunas de Lautaro y Loncoche.³⁹⁵

Lo anterior se materializó a fines de agosto de 1970 en Lautaro cuando las comunidades mapuche pertenecientes a las reducciones Juan de Dios Acuña, Lorenzo Curiqueo y Coche Levín, se tomaron el fundo Poco a Poco de una extensión de 150 hectáreas, las cuales se encontraban en poder del latifundista José Datwiler. Los mapuche

³⁹⁴ *El Diario Austral* de Temuco, 6 de septiembre de 1970, p. 11.

³⁹⁵ Correa et al., op. cit., p. 128.

procedieron a expulsar del predio a 196 animales, asumiendo que era la tierra lo que reivindicaban. Finalmente no se registraron incidentes al momento de la ocupación.³⁹⁶

Posteriormente, en la comuna de Loncoche la comunidad mapuche Briceño procedió a ocupar terrenos de la sucesión Elías Montecinos, específicamente Pinchafil. El informe de la prensa alerta sobre la presencia de “elementos extremistas” y “jóvenes barbudos” que participaron directamente en los hechos, lo que supone la presencia de miristas y estudiantes en la toma del fundo:

Indígenas de la comunidad Briceño, de la comuna de Loncoche, invadieron la propiedad de la Sucesión Elías Montecinos en el lugar llamado “Pinchafil”. Los invasores portaban banderas nacionales y fuertemente armados se instalaron en el predio [...] todos estos hechos obligaron al gobernador, Roberto Catalán, a trasladarse al lugar señalado en compañía del comisario de Carabineros y fuerza policial dispuesta a cualquier emergencia [...] La invasión se registró alrededor de las 7 horas del lunes último y la autoridad departamental se impuso a las 15 horas. Luego se tomaron las medidas de emergencia disponiéndose que parte de la fuerza policial quedara a la zaga de la autoridad y ello impidió todo asomo de violencia y choque por parte de los invasores. La participación directa de elementos extremistas como asimismo de un grupo de jóvenes barbudos fueron comprobados tres días antes de estos hechos [...].³⁹⁷

Respecto de la convergencia campesina, las “ocupaciones de fundos” permitían a los campesinos chilenos pobres, mucho de ellos sin tierras, involucrarse en la lucha que se estaba desarrollando y acceder a este recurso monopolizado por el latifundio. La solidaridad de los campesinos mapuche con sus pares chilenos es constatada en el testimonio de Rafael Railaf:

La corrida de cerco era por las tierras usurpadas y era sólo mapuche. La toma de fundo y el asentamiento incluía también a los winkas. Porque tampoco podíamos echar a los trabajadores del patrón que estaban ahí, eran de nuestra clase.³⁹⁸

³⁹⁶ *El Diario Austral* de Temuco, 27 de agosto de 1970, p. 1.

³⁹⁷ *El Diario Austral* de Temuco, 2 de septiembre de 1970, p. 1.

³⁹⁸ Railaf et al., op. cit., p. 58.

En concordancia con lo anterior, como bien señala Rudecindo Quinchavil, “la toma de fundo participaban mapuche y no mapuche y en la corrida de cerco eran esencialmente mapuche los que recuperaban la tierra que antes les pertenecía”.³⁹⁹ Sin embargo, más allá de las diferencias de los sujetos implicados, el problema esencial era la reivindicación territorial, cuestión que incitaba la convergencia del campesinado chileno y mapuche. Esto explicará la naturaleza orgánica del MCR y la definición política en el momento de su conformación, cuestiones que serán tratadas más adelante. En síntesis, hacia fines de la presidencia de Frei el movimiento mapuche de recuperación de tierras utilizará las “corridas de cerco” y las “ocupaciones de fundos” como tácticas de lucha para conseguir sus propósitos, las cuales fueron organizadas y conducidas por la alianza entre indígenas de diferentes localidades, especialmente de las comunas de Carahue, Lautaro y Loncoche, y algunos militantes del MIR insertados tempranamente en ellas bajo convicciones partidarias. El desarrollo extensivo del proceso de “corridas de cerco” respondió por lo tanto a la convergencia entre miristas y comunidades mapuche dispuestas a recuperar las tierras, y también al apoyo práctico de diferentes sujetos y colectividades. Asimismo, estas “acciones directas” se masificaron rápidamente en el movimiento mapuche porque solucionaban de forma inmediata la demanda territorial. El uso de documentos legales que exhibían los límites originales de los Títulos de Merced permitía a los campesinos mapuche gozar de legitimidad frente a los latifundistas involucrados y a las autoridades. Se debe considerar también como factor de la generalización de las “corridas de cerco” la no utilización de la fuerza pública por parte del gobierno de Frei en la parte final de su mandato, evitando los desalojos y la represión al movimiento mapuche en los meses previos a las elecciones para no sufrir el rechazo de la población rural y la consiguiente pérdida de masa electoral. Todos estos elementos influyeron directamente en la continuidad y masificación del movimiento social que el campesinado mapuche –y en menor medida chileno– estaba desarrollando crecientemente en los campos de Cautín por la recuperación territorial. De la misma manera, y sumado a lo anterior, la síntesis de las experiencias intersubjetivas entre miristas y campesinos mapuche durante las “corridas de cerco”

³⁹⁹ *Ibidem*, p. 38.

descritas en extenso anteriormente, serán proyectadas orgánicamente en el plano de lo político con la formación del Movimiento Campesino Revolucionario en el mes de septiembre de 1970. A modo de balance, el testimonio de Víctor Molfinqueo entrega una mirada esclarecedora sobre este fenómeno de las corridas de cerco, fundamentalmente sobre las razones que favorecieron su rápida y expansiva propagación:

Yo creo que sobre todo porque las usurpaciones habían sido masivas, muchas, entonces el hecho de que hubiese prendido en alguna parte la posibilidad de recuperación de tierras, en este caso en Lautaro, de inmediato abre las posibilidades para otra gente también, porque era algo que estaba muy cubierto, pero que se destapa, y al destaparse, las comunidades que habían sufrido usurpaciones dijeron aquí está la papa, no queda otra, tenemos que organizarnos y hacer lo que hicieron la gente de otro lado, porque después hubieron corridas de cerco y los hicieron los mapuche solos, y el MIR no alcanzaba a llegar, porque el MIR era pequeño, en las primeras corridas de cerco sí que tuvieron gran influencia, pero en algunas no tuvieron influencia ninguna, porque dicen que en tal parte recuperaron la tierra por qué nosotros no, entonces si había gente joven con un poco de más educación también, se dieron cuenta que lo único que hizo esa gente fue recuperar lo que le habían usurpado y nosotros también por qué no, surgieron algunas corridas así, espontáneas diríamos, pero no tan espontáneas, sino que una realidad que estaba tapada nomás, eso hace que se masifique.⁴⁰⁰

⁴⁰⁰ Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.



“Corrida de cerco” en el fundo Dollinco de Aquiles Matus, comuna de Lautaro.
Fuente: *El Diario Austral* de Temuco, 3 de septiembre de 1970, p. 11.

4.3 Nacimiento y organización del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en Cautín y Malleco.

El acto fundacional del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) se realizó el mes de septiembre de 1970 en Temuco, específicamente en el subterráneo de la Iglesia Metodista de aquella ciudad. El espacio físico fue solicitado por Víctor Gavilán al Pastor Helmuth Knatt, señalándole que allí se desarrollaría un curso de capacitación sindical durante todo un fin de semana. Sin embargo, “el Pastor Knatt nunca supo que allí en su iglesia había nacido la organización campesina que durante dos años dirigió la lucha a muerte por la

recuperación de las tierras del pueblo mapuche”.⁴⁰¹ A esta reunión asistieron cuarenta representantes mapuche de las corridas de cerco de toda la provincia de Cautín, los miristas involucrados en este proceso, y aproximadamente veinte observadores invitados por el comité organizador. De los protagonistas de las corridas de cerco se hicieron presentes, entre otros, Víctor Molfinqueo, Félix Huentelaf, Gustavo Marín, Víctor Gavilán, Miguel Cabrera, Ambrosio Badilla y Julián Bastías.⁴⁰² Todos concordaron en la necesidad de otorgarle un funcionamiento más orgánico al movimiento social que se estaba propagando rápidamente por los campos de Cautín. Esta estructuración permitiría generar una articulación organizada con el campesinado pobre chileno, y en consecuencia, encauzar políticamente –y con amplitud social– la lucha de reivindicación territorial. Así lo confirma uno de los protagonistas de aquella reunión:

A fines del 70 empezó una lógica más ‘orgánica’. Con Gavilán, ‘Paine’, ‘Titín’, el ‘Chivo’, ‘Horacio’ y otros compañeros, hicimos una reunión en la Iglesia Metodista de Temuco. Nos reunimos con los dirigentes de las corridas. Destacaban claramente Rafael, Félix, Víctor, los Quincha. Discutíamos que íbamos a hacer, cómo íbamos a seguir el movimiento. Para los dirigentes mapuches las cosas estaban claras. ‘Tenemos un objetivo: seguir ocupando las tierras’. Pero para ir más allá de las corridas y ocupar los fundos, el problema fundamental era la alianza de los mapuche con los inquilinos, la mayoría chilenos. Para todos estaba claro que había que ganarse a los compañeros, no aparecer como ‘los indios invadiendo el territorio de los blancos’. Había que hablar con ellos, explicarles que eran igual explotados que nosotros.⁴⁰³

El MCR desde su origen contó con la presencia protagónica de los dirigentes de las corridas de cerco, cuestión de gran importancia que dotaba de legitimidad y sustento social a la naciente organización, entendiendo que como campesinos indígenas eran los más afectados por el latifundio y, consiguientemente, los llamados a protagonizar la dirección de su propio movimiento social-revolucionario. El testimonio de unos de sus dirigentes, Víctor Molfinqueo, es bastante esclarecedor al respecto:

⁴⁰¹ Gavilán, op. cit. p. 147.

⁴⁰² Ídem.

⁴⁰³ Railaf et al., op. cit., pp. 79-80.

Esta vez nos juntamos en Temuco, en el subterráneo de una iglesia por ahí, y es allí donde aparece la posibilidad de que todos los dirigentes de esas tomas que habíamos hecho, de esas recuperaciones, formaran una especie de coordinación [...] Y ahí se ve cómo va creciendo un cuerpo que interpretaba a esta gente que hacía recuperaciones de tierras en otros sectores y nosotros participando de esta coordinación, que gustaba a todos los participantes porque le daba más fuerza a cada uno.⁴⁰⁴

Por su parte Víctor Gavilán se refiere de forma similar a esta convergencia inicial que dio forma orgánica al MCR, lectura histórico-política que evidencia una definición inicial, lo que en ese preciso momento significaba para quienes lo fundaron:

El Movimiento Campesino Revolucionario pretendía agrupar inicialmente a todas aquellas comunidades mapuche que habían tenido una experiencia en corrida de cerco, esa fue la primera aproximación de qué era el MCR, era la agrupación de todas aquellas comunidades mapuche que habían tenido experiencia en una corrida de cerco, agruparse porque esa agrupación les permitía defenderse desde el punto de vista macro, amplio, defender lo que ellos habían hecho, porque como esa era la manera de recuperar la tierra mapuche a nosotros nos parecía que eso iba a permitir que otros sectores mapuche en otras provincias, en otras zonas, aprendieran y tuvieran una representación.⁴⁰⁵

Víctor Molfinqueo también entrega en su testimonio una aproximación a la definición de este naciente movimiento político, destaca en ella el proceso de confluencia de los dirigentes de las corridas de cerco en Cautín y Malleco que en esos momentos participaban activamente de la lucha, al igual que los miristas involucrados en esta etapa de movilización:

La organización del MCR surge al calor de la lucha, porque las corridas de cerco ya se habían dado y el MCR es una organización que cristaliza con los dirigentes de las corridas anteriores. La reunión en esa iglesia fue antes de la elección de Allende y ya las corridas de

⁴⁰⁴ *Ibidem*, p. 102.

⁴⁰⁵ Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

cercos habían sido antes. La unión de los dirigentes que ya habíamos participado en las corridas de cerco más los miristas que estaban insertos en las corridas.⁴⁰⁶

La definición del nombre de la orgánica no estuvo exenta de disyuntivas, sobre todo porque debía precisar acertadamente su composición interna y el carácter político que la definiría como revolucionaria. La superioridad indígena en términos cuantitativos supuestamente conllevaría a determinar rápidamente el nombre, sin embargo, la conciencia social –y más aún de clase– de los mapuche en tanto campesinos pobres, superó los límites del indigenismo para incluir a sus pares chilenos, y así promover la revolución social en el campo que acabaría con el monopolio de la burguesía agraria sobre la tierra. Este nivel de conciencia mapuche es observable en el testimonio de Rafael Railaf:

Después de varias corridas de cerco había que colocar un nombre al movimiento porque si no tenía nombre era así nomás; entonces empezamos a discutir con ‘Chundo’, el finao ‘Paine’, el ‘Titín’; conversábamos en mi casa, en la montaña, donde hacíamos el trabajo clandestino en la noche. ‘¿Cómo ponerle a la organización?’ [...] ‘¿Movimiento? Bien’. Mapuche no, porque era demasiado indigenista. Y salió Movimiento Campesino Revolucionario, que no significaba solamente mapuche, era también para los winka pobres y los estudiantes. Porque nosotros pensábamos que si dábamos la lucha éramos débiles, porque éramos muy pocos, no éramos millones como los winka. Eso permitía darles un pequeño empujón para que ellos pudieran motivarse y apoyarnos. Porque si bien nosotros teníamos pocas tierras, por lo menos teníamos las ovejas, las gallinas, los huevos, pero el winka pobre no tenía nada.⁴⁰⁷

Por su parte los miristas también enfatizaron la necesidad de articularse con los campesinos pobres chilenos, y a partir de esta concepción clasista, “los pobres del campo” según la categorización establecida por el MIR, proyectar una orgánica amplia en su composición subjetiva y revolucionaria en su carácter político:

Como el objetivo era aliarnos con los compañeros inquilinos de los fundos, apareció el MCR: Movimiento Campesino Revolucionario. Los miristas resumimos toda esa enorme cuestión

⁴⁰⁶ Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

⁴⁰⁷ *Ibidem*, pp. 60-61

diciendo que como los mapuche eran campesinos y los inquilinos también, para no dividirnos pongámosle “campesino” y agregamos “revolucionario” porque nuestro objetivo era hacer la revolución.⁴⁰⁸

Evidentemente los miristas tuvieron mucha influencia al momento de decidir sobre el nombre en cuestión, el ideal revolucionario que transportaban procuraba interpretar esa realidad en los términos de la lucha de clases, pero no desde la abstracción dogmática, sino que concreta e históricamente procuraron elevar desde sus experiencias la lectura social y política de la realidad rural en Cautín. Sin excluir el protagonismo y la importancia del resto de los sujetos presentes en aquella instancia resolutive, el rol jugado por los miristas fue fundamental. El mirista “José Peralta” así lo sostiene:

En ese momento discutimos: ¿qué nombre le vamos a poner a este movimiento? Varios dijimos: ‘no le vamos a poner Movimiento Indígena Revolucionario’, porque la palabra indígena nos sonaba mal y además aparecía como MIR. Como el objetivo era aliarnos con los compañeros inquilinos de los fundos, apareció el MCR: Movimiento Campesino Revolucionario. Los miristas resumimos toda esa enorme cuestión diciendo que como los mapuche eran campesinos y los inquilinos también, para no dividirnos pongámosle ‘campesino’ y agregamos ‘revolucionario’ porque nuestro objetivo era hacer la revolución, aunque más directamente queríamos hacer calzar igual que el MIR, las palabras movimiento y revolucionario. Los mapuche dijeron de acuerdo. Era un MCR con la misma bandera roja y negro, la C era toda la diferencia.⁴⁰⁹

Se estableció definitivamente el nombre de Movimiento Campesino Revolucionario, que además de apelar a la amplitud y solidaridad de clase, se hacía parte de la política de “frentes de masas” o “frentes intermedios” que estaba impulsando el MIR a lo largo y ancho del país: Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), Movimiento Universitario de Izquierda (MUI) y Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR). Definido el carácter político, el MCR plasmó sus planteamientos de lucha en un manifiesto fundacional:

⁴⁰⁸ *Ibidem*, p. 80.

⁴⁰⁹ *Ídem*.

1. El Movimiento Campesino Revolucionario es la organización de campesinos que luchan por la tierra de manera decidida y consciente.
2. Esta organización campesina surgió de la lucha. Allí está su raíz. En su origen estaba formada por mapuche que por las noches desarrollaban las corridas de cercos para recuperar las tierras usurpadas. Pero hoy día todos los campesinos sin distinción de raza, sexo, edad, religión o partido político, están presentes en las filas del Movimiento Campesino Revolucionario.
3. En consecuencia, para ser miembro del Movimiento Campesino Revolucionario se requieren dos condiciones a) ser campesino b) estar totalmente dispuesto a luchar por la tierra y a terminar con el latifundio.
4. Los pequeños colonos y asalariados agrícolas luchan en el seno de su sindicato por el aumento de sus salarios. Los pequeños propietarios luchan en el seno de los comités para obtener créditos baratos. El salario y el crédito son útiles pero insuficientes. Son solo migas. El Movimiento Campesino Revolucionario marcha a la cabeza mostrando el camino, abriendo la brecha, diciendo a todos los campesinos y obreros agrícolas: ¡HAY QUE LUCHAR POR LA TIERRA!
5. El Movimiento Campesino Revolucionario lucha para terminar con el poder de los propietarios terratenientes y de la burguesía agraria. Los campesinos organizados en el Movimiento Campesino Revolucionario luchan para terminar con todos aquellos que mantienen el monopolio de la tierra, y que son responsables del hambre, del frío, del saqueo, de la cesantía, en una palabra de la explotación.
6. Luchando por la tierra, los campesinos organizados en el Movimiento Campesino Revolucionario, se instalan al lado de los obreros, pobladores, estudiantes y soldados formando así una alianza revolucionaria poderosa obrero-campesina que permita a las fuerzas populares pasar a la ofensiva para tomar el poder y construir el socialismo en Chile.
7. Haciendo la revolución. El Movimiento Campesino Revolucionario avanza hacia la formación del hombre nuevo, un hombre de conciencia socialista que no busca la explotación de sus compañeros. Un hombre nuevo que parte del principio que ¡La tierra es un bien que debe pertenecer a todos los trabajadores!
8. Este Manifiesto ha sido aprobado por el Primer Congreso del Movimiento Campesino Revolucionario de Cautín, que tuvo lugar en Temuco, en septiembre de 1970. ¡Tierra o muerte! ¡Nadie nos trancará el paso!

Movimiento Campesino Revolucionario (MCR).⁴¹⁰

La dirección de la naciente organización quedó a cargo de un comité coordinador electo en aquella reunión, compuesto por siete personas. Cuatro eran jóvenes comuneros mapuche: Víctor Molfinqueo de Loncoche, Rafael Railaf de Lautaro, Pascual Catrileo de Calle del Medio, Carmelo Huilcaman de Traiguén, representando el trabajo realizado en la provincia de Malleco. En esa zona el mirista “Paine” se insertó en las comunidades, estableció contactos con dirigentes que también se sumaron a las corridas de cerco y a las tomas de fundo, dándole –limitadamente– forma a la presencia del MCR en Malleco, como bien testimonia Gustavo Marín, quien se hizo cargo del contacto partidario con el comité local de aquella provincia, particularmente con Traiguén:

Ahí hay que considerar Malleco, por eso Malleco apareció para nosotros como una cuestión importante, porque Paine que era vecino de Traiguén, de Lautaro a Traiguén era muy cerca, él se fue para allá en un momento dado, los contactos se hacían tomando un mate, oiga peñi sabe que por ahí hay un fundo que queremos tomarnos, y qué pasa con este fundo, ese fundo está abandonado, vamos a verlo, y el Paine se metía en una reunión con campesinos y mapuche, y entonces se reunían y se tomaban el fundo. Paine fue el que más estuvo en Malleco, lo tomaron preso en Traiguén por haber participado de la toma del fundo Estados Unidos y después lo desalojaron.⁴¹¹

El trabajo político desplegado en la provincia de Malleco dependió directamente del comité regional de Cautín durante su existencia, la inserción y la presencia en aquella zona no se comparaba en ningún sentido con el gran despliegue orgánico efectuado en la provincia de Cautín, aún así, el MIR se extendió hacia esa zona, principalmente hacia las localidades de Traiguén y Lumaco, que se encontraban relativamente cerca de Lautaro, zona en donde estaba enraizado “Paine”, quien precisamente fue el mirista que abrió

⁴¹⁰ Gavilán, op. cit. pp. 147-148. El documento que incluye el Manifiesto Fundacional del MCR fue proporcionado al autor por Malú Donoso, quien trabajó en Cautín con el “Flaco Ariel”, encargado de finanzas del Secretariado Regional del MIR entre 1970 y 1973. Refiriéndose a Malú Donoso, Gavilán dice que debió salir al exilio en Bélgica, y que hasta 1992 se encontraba viviendo en Canadá.

⁴¹¹ Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015.

inicialmente el trabajo allí entre los mapuche, promoviendo la lógica política seguida en la vecina provincia de Cautín:

Fue Malleco vecino de Cautín, y más bien fue en Angol y Traiguén, habían cabros estudiantiles en Malleco, había un responsable que venía del comité local Malleco, el Chivo y después venía otro compadre, pero Malleco no tenía la dimensión de Cautín, lo que pasa es que Malleco, la parte de la que yo te hablo es justo la vecina de Cautín, Traiguén y Angol, y está Lautaro, no era la provincia de Cautín, pero había un comité local.⁴¹²

El historiador Martín Correa en su estudio sobre el fundo Estados Unidos y la comunidad mapuche de Quetrahue, Lumaco (Malleco) destaca la temprana presencia de “Paine” en la zona, y por lo tanto del MIR:

La presencia de personas con preparación política y con vinculación a organizaciones y movimientos de izquierda, como es el caso de “Paine”, entre otros, militante del MIR, quienes catalizaron las demandas y ayudaron a organizar el movimiento al interior de la comunidad. [...] *Paine*, el militante del MIR, es recordado por todos los miembros de la comunidad de Quetrahue hasta la actualidad, ya sea por el trabajo que desarrolló en la organización de la toma del predio Estados Unidos como por los lazos afectivos que con él desarrollaron quienes participaron del proceso.⁴¹³

Por otra parte, el resto de los miristas que participaron de la construcción del MCR en aquel momento fundacional, eran reconocidos por las comunidades indígenas: José Gregorio Liendo (conocido como Comandante Pepe) de Collipulli, Víctor Gavilán de Cañete y Miguel Cabrera de Temuco.⁴¹⁴ Esta composición orgánica a nivel de conducción política era una expresión clara de la compenetración alcanzada entre el agente revolucionario externo, representado por los militantes del MIR, y las comunidades involucradas en el proceso de recuperación territorial, representadas por los comuneros revolucionarios. Se debe destacar además que esta confluencia se consolidó dinámicamente

⁴¹² Entrevista con Gustavo Marín, Santiago, febrero de 2015.

⁴¹³ Correa, Martín, “La Reforma Agraria en Quetrahue”, pp. 3 y 16. Documento de trabajo facilitado por el autor.

⁴¹⁴ *Ibidem*, p. 148.

a medida que las corridas de cerco avanzaban por los fundos de la región, es decir, la prefiguración del MCR se arraiga en el desarrollo mismo de los hechos, y no externamente a ellos.⁴¹⁵

Sobre esta convergencia también es necesario precisar que las corridas de cerco —en tanto herramienta directa de recuperación territorial— fueron propuestas y emprendidas por las propias comunidades. Sin embargo, se podría aportar una imagen equívoca del desarrollo del movimiento social impulsado por el MCR si no advertimos que, a pesar del original aporte mapuche en cuanto al método de “acción directa” para recuperar las tierras, fue la expresión mirista de Cautín el factor que teóricamente le dio forma al MCR. En palabras de Julián Bastías:

El MCR es creado por el MIR de Cautín. No es creado ni por la Comisión Política del MIR en Santiago, ni por los campesinos mismos de Cautín. Es el Comité Regional del MIR en Cautín que inventó el MCR. Lo cual no significa que la creación del MCR, sea totalmente artificial, y que no haya correspondido a una realidad de lucha existente, En efecto las estructuras superiores del MIR de Cautín no hacen sino que bautizar y formalizar un movimiento que existía desde algunos meses en las comunidades mapuches de algunas localidades de Cautín.⁴¹⁶

Para un mayor grado de precisión y proximidad a la historicidad del MCR, diremos que la “vanguardia” joven del movimiento indígena se incorporó orgánicamente al MIR de Cautín, lo cual “significaba que buena parte de los agitadores y conductores de acciones y asambleas de ese movimiento eran miristas mapuches y chilenos”.⁴¹⁷ A modo de síntesis, se ha pretendido interpretar dialécticamente la conformación del objeto de estudio, esto es, como una relación recíproca entre dos entidades contradictorias que al concatenarse generan un nuevo elemento. Lo contradictorio radica en que los elementos constitutivos del MCR provenían de sectores sociales diferentes, por un lado los miristas representaban a la revolucionaria juventud universitaria, y por el otro los mapuche formaban parte del

⁴¹⁵ Bastías, Julián, *Chile-Memoria Histórica: MCR (Movimiento Campesino Revolucionario)*. En línea: http://red-latina-sin-fronteras.lacoctelera.net/post/2010/01/09/chile_memoria-historica-mcr-movimiento-campesino

⁴¹⁶ Ídem.

⁴¹⁷ Ídem.

campesinado más pobre de la provincia. Pero también esta atracción se vio reforzada por un contexto nacional, latinoamericano y mundial de lucha social y revolucionaria, así como también por las relaciones intersubjetivas consolidadas entre ambas partes. En síntesis, el MCR ha sido interpretado en estos párrafos como el resultado de “dos cauces que se juntan”, expresión que surge del testimonio entregado por el dirigente mapuche “Alejandro Manque” precisamente sobre esta cuestión:

[...] porque nuestra actitud de lucha y de recuperación de tierras aparece también porque en el mundo soplaban vientos de lucha y de libertad y de posibilidades de socialismo. Y el MIR nace porque soplaban estos vientos y logra hacer llegar, a las comunidades indígenas en este caso, estos vientos de cambio y de justicia. Gracias a eso se masifica este movimiento. Son dos ríos que avanzaban y que llega un momento en que los dos cauces se juntan. No es solamente que a los miristas se les ocurrió ir al campo o que sólo a los mapuche y campesinos se les ocurrió tomarse la tierra.⁴¹⁸



⁴¹⁸ Testimonio de Víctor Molfinqueo, p. 107.



“Nadie nos trancará el paso”, uno de los lemas del MCR en Cautín. Curacautín, 1972.

Fuente: <http://simbolospatrios.cl/displayimage.php?pid=323>

DESARROLLO POLÍTICO DEL MCR EN LAS PROVINCIAS DE CAUTÍN Y MALLECO: DESDE EL TRIUNFO ELECTORAL DE SALVADOR ALLENDE HASTA EL GOLPE MILITAR.

5.1 El MCR durante los primeros meses del Gobierno de la Unidad Popular.

La movilización social del campesinado indígena avanzaba extensivamente desde fines del gobierno de Eduardo Frei mediante las corridas de cerco, proceso que se masificará intensamente a partir del triunfo electoral de la Unidad Popular. Las nuevas condiciones históricas creadas por la apertura de un proceso de construcción socialista, así como también, la no utilización de la represión sobre el movimiento popular, favorecieron la proliferación de las acciones colectivas del campesinado mapuche. El liderazgo que asumirá el MCR en el transcurso de las recuperaciones de tierras también será un factor fundamental para la profundización del movimiento social campesino a comienzos del periodo presidencial de Salvador Allende, especialmente en la provincia de Cautín, en donde el campesinado indígena seguía presionando con más intensidad y radicalidad para la aplicación de la Reforma Agraria en la Araucanía.

Las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970 resultaron favorables para Salvador Allende Gossens, candidato de la Unidad Popular que se sobrepuso al candidato de la derecha nacional, Jorge Alessandri Rodríguez, y a su similar de la Democracia Cristiana, Radomiro Tomic Romero. Desde ese momento, en lo que respecta a la problemática del agro, la Unidad Popular se propuso decididamente profundizar y extender el proceso de Reforma Agraria para transformar las estructuras –social, política y económica– del campo en la dinámica del proceso de cambio global de la sociedad chilena. En este sentido, el Programa de Gobierno de la Unidad Popular planteaba lo siguiente:

La Reforma Agraria es concebida como un proceso simultáneo y complementario con las transformaciones generales que se desea promover en la estructura social, política y económica del país, de manera que su realización es inseparable del resto de la política general. La experiencia ya existente en esta materia y los vacíos o inconsecuencias que de

ella se desprenden, conducen a reformular la política de distribución y organización de la propiedad de la tierra [...].⁴¹⁹

Para concretar este planteamiento, el gobierno se comprometió a acelerar el proceso de Reforma Agraria mediante la expropiación de los predios que excedían la cabida máxima establecida (80 hectáreas de riego básico) y la incorporación inmediata al cultivo agrícola de las tierras abandonadas y mal explotadas de propiedad estatal. Asimismo enfatizaba la propuesta del cooperativismo como forma de organización de la propiedad rural, en la cual cada campesino tendría título de dominio sobre la casa y el huerto asignado, así como también sobre los derechos correspondientes en el predio indivisible de la cooperativa. Así, este sistema buscaba desarrollar gradualmente formas cooperativas de trabajo agrícola, resguardando la propiedad familiar de cada campesino. La Unidad Popular pretendía de este modo preparar las condiciones en el agro para transitar hacia el socialismo en el campo mediante la colectivización –controlada por el Estado– del trabajo agrícola y de la propiedad territorial.⁴²⁰

De los siete puntos establecidos por el Programa de Gobierno sobre la Reforma Agraria, el último hacía alusión a la problemática territorial mapuche, el cual expresaba la importancia de mantener la integridad de las tierras indígenas impidiendo que el despojo de ellas continuara desarrollándose. También se propuso –siempre dentro de la legalidad– ampliar las tierras mapuche para responder a la demanda de este pueblo, utilizando los mecanismos expropiatorios que la Ley de Reforma Agraria contenía. Por otra parte, desde una perspectiva progresista, fomentaría el desarrollo socioeconómico de las comunidades mediante el apoyo crediticio y la asistencia técnica. Así decía el punto siete: “Defensa de la integridad y ampliación y asegurar la dirección democrática de las comunidades indígenas, amenazadas por la usurpación, y que al pueblo mapuche y demás indígenas se les asegure tierras suficientes y asistencia técnica y crediticia apropiadas”.⁴²¹

⁴¹⁹ *Programa básico de Gobierno de la Unidad Popular*, aprobado por los Partidos Comunista, Socialista, Radical y Social Demócrata, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Acción Popular Independiente, el 17 de diciembre de 1969 en Santiago de Chile, p. 21. En línea: http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0000544

⁴²⁰ *Ibíd.*, p. 22.

⁴²¹ *Ibíd.*, p. 23.

Ahora bien, en el plano de lo históricamente concreto, el gobierno de Salvador Allende desde un comienzo estuvo marcado por contradicciones que hicieron de su accionar político una tarea bastante compleja. Las disposiciones legales emanadas desde el Estado en lo referente a la cuestión agraria e indígena se verán sobrepasadas por el progresivo protagonismo de las organizaciones campesinas y las comunidades mapuche, respectivamente. Es decir, por un lado estaba la conducción política que debía ejercer la institucionalidad de la Unidad Popular para la eliminación del latifundio –objetivo central de la Unidad Popular en el agro– y la aceleración del proceso de Reforma Agraria (aumentando el ritmo de las expropiaciones), y por el otro, el movimiento social campesino-indígena que imponía su propio ritmo para acabar con el monopolio de la tierra, dinámica en la cual el MCR estará inmiscuido protagónicamente utilizando muchas veces la Ley de Reforma Agraria a su favor, sin embargo los hechos demostrarán que la tendencia apuntará a la superación del orden legal.

La contradicción entre el accionar del gobierno popular frente a la cuestión agraria e indígena tendrá como eje central el tema de las recuperaciones de tierra, especialmente las corridas de cerco impulsadas por el MCR que permitían a las comunidades mapuche más combativas hacer justicia con sus propias manos. Más aún, fueron precisamente las acciones directas desplegadas por el MCR en Cautín y Malleco (incluyendo las tomas de fundos) las que acentuaron en gran medida la contradicción antes descrita. Aunque el gobierno de Salvador Allende actuó a favor del proceso general de aceleración de la Reforma Agraria y en beneficio del pueblo mapuche, el MCR por su parte agregará el componente radical para recuperar sus tierras, es decir, llegar a la raíz del problema para solucionarlo, cuestión que el movimiento mapuche –prefigurativo del MCR– estaba desarrollando expansivamente por los campos de Cautín con anterioridad a la elección de Allende. En consecuencia, y de manera general, “la problemática agraria, y concomitante con ella, las movilizaciones campesinas se situaron en el centro y eje de la coyuntura política del primer año y medio del Gobierno Popular”.⁴²²

⁴²² Cancino, op. cit., p. 145.

Todas estas problemáticas y contradicciones se produjeron a su vez porque la Unidad Popular procedió a utilizar el marco legal agrario desarrollado por el gobierno anterior, es decir utilizó las disposiciones legales de la Reforma Agraria demócrata cristiana para cumplir sus objetivos programáticos. El hecho de que la política agraria del gobierno allendista no “rompiera” con el proyecto agrario empleado en el periodo anterior, agudizó aún más las contradicciones con el movimiento mapuche que se encontraba *in crescendo* rupturistamente contra la legalidad estatal. En este contexto, el MCR desbordó el programa agrario de la Unidad Popular promoviendo simultáneamente, mediante las acciones directas, una reforma agraria alternativa y revolucionaria. Sobre este fenómeno contradictorio el dirigente mapuche del MCR, Víctor Molfinqueo, expone la visión crítica que tenían en ese momento sobre la aplicación de la reforma agraria:

Entonces el MIR y el MCR comenzamos a tejer una política diferente a la que se estaba aplicando en cuanto a Reforma Agraria se trata, porque de hecho en estos años ya venía aplicándose una ley de Reforma Agraria que fue promulgada durante el gobierno de Frei Montalva, y entonces el MCR trata de engarzar su política con la política que estaba aplicando después el gobierno de Allende, pero esta política del agro logramos injertarnos en esa gran política de Reforma Agraria, entonces de eso surgía el planteamiento de porqué 80 HRB puesto que eso es lo que contemplaba la ley de Reforma Agraria, entonces nosotros dijimos que hay que bajarla a 40 HRB puesto que con 80 HRB se tocaba a una gran burguesía agraria que tenía muchas tierras y que estaban mal explotadas pero al mismo tiempo había una burguesía no despreciable que tenía una cantidad de tierra enorme igual, porque las 40 HRB en la práctica se manifestaban como en 300-400 hectáreas, porque eso depende mucho de cómo es el campo, si es plano, si hay cerros, si hay montañas, en fin, entonces a veces habían fundos de 500 hectáreas o más y que aún no tenían 40 HRB, entonces un poco se dio en esos términos la discusión.⁴²³

El dirigente mapuche agrega que las diferencias políticas con la Unidad Popular, particularmente con la versión demócrata cristiana de la reforma agraria, tenían que ver

⁴²³ Entrevista con Víctor Molfinqueo, Loncoche, octubre de 2015.

directamente con las aspiraciones revolucionarias del MCR que se veían limitadas por la legalidad y el reformismo:

Pero en general siempre buscamos diferenciarnos de la política de la UP, porque decíamos en esa época, y de todas maneras es más o menos evidente, que la UP no tenía una política definida de Reforma Agraria, porque la Reforma Agraria que se aplicaba era la de Frei, entonces nosotros galopábamos sobre esa ley, y con nuestras diferencias con la UP, y nosotros trabajamos más bien en la perspectiva de una salida revolucionaria para Chile, no así la UP, la UP lo que buscaba eran reformas sobre todo al estado capitalista chileno.⁴²⁴

En relación a esta misma contradicción Víctor Gavilán señala que fue un acierto del MIR y el MCR proponer nuevos límites para la expropiación de fundos, con justa razón exigieron dentro de su programa medidas revolucionarias para erradicar el latifundio y distribuir las tierras productivas entre quienes más la necesitaban:

Una de las cosas que nos dimos cuenta es que en la ley de reforma agraria solamente se expropiaban los fundos que estaban sobre 80 HRB, y nosotros descubrimos que en la gran mayoría de los fundos de la zona la cantidad de tierra incluida en el riego básico eran de 40 a 80, vale decir prácticamente las mejores tierras no estaban siendo expropiadas, entonces ahí hubo un cambio y nosotros el MCR propuso de que, al final eso se empezó a poner en práctica por la exigencia de los campesinos, los trabajadores, los mapuche del MCR, se expropiaron una buena cantidad de fundos mayor de 40 HRB.⁴²⁵

Así, en los días posteriores al triunfo electoral de Allende, la prensa local ya advertía sobre la tensa situación reinante en los fundos de Cautín, particularmente en la agitada comuna de Lautaro, anunciando que el Juzgado de Letras de aquella localidad debía emitir algún fallo referente a los problemas generados por indígenas que corriendo cercos en varios fundos de la zona, recuperando aproximadamente mil hectáreas.⁴²⁶ Al mes siguiente, comienzan a surgir una serie de denuncias producto del accionar mapuche, y aunque no queda explicitada la presencia del MCR, su participación –directa e indirectamente– en

⁴²⁴ Ídem.

⁴²⁵ Entrevista con Víctor Gavilán, Lebu, marzo de 2015.

⁴²⁶ *El Diario Austral* de Temuco, 7 de septiembre de 1970, p. 11.

estos hechos es innegable debido a que esta organización fue la principal impulsora de las corridas de cerco y tomas de fundo en Lautaro. En lo concreto, a comienzos de noviembre aparecen nuevas denuncias por estas acciones directas en predios de dicha localidad, siendo perjudicados Emilio Haury con 60 hectáreas, Benjamín Truan con 15 hectáreas e Isidora García con 18 hectáreas.⁴²⁷ Algunos días después vuelven a denunciar nuevas “corridas de cerco” en las cercanías de Lautaro (Meuco), esta vez José Salgado Castro, administrados del fundo Brasil de propiedad de Luis Fabres Silva, señaló que alrededor de 60 personas procedieron a correr cercos apropiándose de 37 hectáreas del fundo mencionado.⁴²⁸ Esta tendencia se reproducirá de la misma manera a lo largo de todo el mes de noviembre, desarrollándose nuevas tomas de fundo en Lautaro, primero en las hijuelas del antiguo fundo Los Laureles pertenecientes, entre otros, a los latifundistas Enrique Luchsinger, John Affeld y Nelson Affeld;⁴²⁹ luego en los terrenos de Higuera Tercera pertenecientes a Enrique Luchsinger, del fundo Los Laureles, comuna de Galvarino (departamento de Lautaro);⁴³⁰ luego nuevamente en Lautaro, esta vez fue el fundo Huerqueco de 345 hectáreas, propiedad del latifundista Guillermo Fauré Silva, el que fue “tomado” por campesinos mapuche provenientes de los alrededores del fundo.⁴³¹

Es necesario reconocer, tal como se mencionó en el párrafo previo, que no es posible constatar la presencia directa del MCR en todos estos hechos, sin embargo su accionar contagió al resto de las comunidades mapuche dispuestas a recuperar las tierras usurpadas. Desde este punto de vista, la demostración de tales hechos responde a la necesidad de comprender el contexto de agitación social en el cual se desenvolverá el MCR, siendo precisamente a comienzos del mes diciembre de 1970 el momento en el cual saldrá a la luz pública –por lo menos así lo evidencia la prensa local– con una toma de fundo de gran impacto mediático. El MCR ya había adquirido una dinámica mayor, ya que las tomas de fundo serán utilizadas con mayor frecuencia y adquirirán gran masividad. Con ello “se extendió el proceso de recuperación a la ampliación de la escasa superficie que poseían las

⁴²⁷ *El Diario Austral* de Temuco, 4 de noviembre de 1970, p. 11.

⁴²⁸ *El Diario Austral* de Temuco, 13 de noviembre de 1970, p. 8.

⁴²⁹ *El Diario Austral* de Temuco, 17 de noviembre de 1970, p. 9.

⁴³⁰ *El Diario Austral* de Temuco, 18 de noviembre de 1970, p. 10.

⁴³¹ *El Diario Austral* de Temuco, 22 de noviembre de 1970, p. 8.

comunidades, reivindicando en el proceso de ocupación la totalidad de los fundos colindantes”.⁴³² Para ello, el MCR presionó por la aplicación de la ley de Reforma Agraria en todos los fundos tomados, exigiendo su expropiación para recuperar las tierras ancestrales. En este sentido, el gobierno de la Unidad Popular representaba el contexto ideal para legitimar la reivindicación territorial, aunque con el riesgo de ser controlada por la institucionalidad, sin embargo, esta contradicción será constantemente aprovechada en su favor por el MCR que recorrerá decididamente los campos de Cautín. Al respecto Julián Bastías sostiene que “la llegada del gobierno popular de Allende [...] legitimó las luchas emprendidas, tratando al mismo tiempo de institucionalizarlas. Sin embargo, este proceso de justicia social corrió por el campo chileno como el galope de un caballo desbocado”.⁴³³

El MCR aparecerá nuevamente en la escena política en el fundo Tres Hijuelas ubicado en Lautaro, cuya propiedad pertenecía al ya conocido Carlos Taladriz. Se debe recordar que un porcentaje este fundo había sido ocupado aproximadamente por 80 campesinos mapuche pocos días antes de la elección presidencial, siendo específicamente 12 hectáreas las recuperadas. El latifundista había iniciado acciones judiciales, solicitando el desalojo con fuerza policial, sin embargo la represión no fue utilizada hacia fines del gobierno de Frei ni a comienzos del mandato presidencial de Allende, por consiguiente no encontrando respuestas a su demanda. *El Diario Austral* en conversaciones con Ricardo Henzl, miembro de la familia involucrada, obtuvo una versión de los hechos:

Sabedora la gente de eso, hoy (ayer) en la mañana se tomaron el fundo completo. Si no me equivoco son aproximadamente 600 hectáreas el fundo “Tres Hijuelas”, haciendo barricadas, haciéndola por gran parte de gente extraña de la zona, de un campamento Lautaro que lo nombran ellos. En estos momentos tengo en mi mano una foto que entregaré al periodista para que ojalá se publique donde sale: “Tierra o Muerte. Venceremos. Movimiento Campesino Revolucionario”, y después otros motes un poco groseros. Ojalá se publicara esto en nuestro diario regional “El Diario Austral” [...].⁴³⁴

⁴³² Correa et al., op. cit., p. 140.

⁴³³ Bastías, *Memorias...* op. cit., p. 135.

⁴³⁴ *El Diario Austral* de Temuco, 1 de diciembre de 1970, p. 1.

La ocupación de parte del fundo Tres Hijuelas en aquellos días previos a la elección de Allende por parte de campesinos mapuche, fue ampliada el lunes 30 de noviembre a todo el predio, esta vez bajo la conducción del MCR, quien levantó el Campamento Lautaro con evidentes consignas revolucionarias, entre ellas aparecía la figura del Che Guevara, lo cual demostraba la presencia de las ideas miristas entre los mapuche. Asimismo procedieron a trabajar el fundo, haciéndose cargo de algunas faenas del predio y rastreando con un tractor la tierra para la siembra.⁴³⁵ Esta actitud productiva expresaba la disposición de los campesinos indígenas liderados por el MCR de trabajar la tierra recuperada, esperando mientras tanto la expropiación del fundo. Con esta actitud el MCR se hacía partícipe del proceso de Reforma Agraria impulsado por la Unidad Popular, coincidiendo ambos en la necesidad de profundizar el proceso de restitución de tierras usurpadas y acelerar el proceso de expropiaciones para eliminar el latifundio, pero distanciándose rotundamente en el método a utilizar para lograr estos objetivos.

El impacto producido por esta toma de fundo del MCR se reflejó en la atención puesta por el Intendente de Cautín Gastón Lobos, quien viajó a Lautaro apenas se hicieron conocidos los hechos ocurridos en el fundo Tres Hijuelas de Carlos Taladriz. La autoridad gubernamental buscó mediante el diálogo la salida pacífica del conflicto, ya que la justicia había fallado a favor del latifundista y por lo tanto debían abandonar el predio. Las 110 personas presentes en el Campamento Lautaro equivalentes a 23 jefes de hogar con sus respectivas familias (solamente 3 chilenos, el resto eran mapuche) decidieron mantener su postura hasta que la Corporación de la Reforma Agraria (CORA) expropié el fundo y entregue las tierras que antes les habían pertenecido. Agregaron que solamente reconocerían como interlocutores al Intendente de Cautín Gastón Lobos y al Gobernador del Departamento de Lautaro, Fernando Teiller, únicas autoridades que podían ingresar al fundo. No obstante la intransigencia expuesta ante el Intendente, la colectividad se comprometió a no provocar la violencia y mantener una actitud pasiva, estado del cual saldrían si eran provocados por terceros.⁴³⁶

⁴³⁵ *El Diario Austral* de Temuco, 5 de diciembre de 1970, p. 1.

⁴³⁶ *El Diario Austral* de Temuco, 1 de diciembre de 1970, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 2 de diciembre de 1970, p. 1.

En este ambiente de tensión, el gobierno de la Unidad Popular por medio de sus representantes en Cautín (Gastón Lobos y Fernando Teiller) buscó encauzar las reivindicación territorial mapuche del MCR dentro de la ley de Reforma Agraria, promoviendo el diálogo como método de solución a los conflictos de tierras, por tanto no autorizando el empleo de fuerza policial, y buscando evitar el enfrentamiento directo entre indígenas y latifundistas, es decir, amortiguando la “lucha de clases”. Por otra parte, el gobierno comprendía la situación de las comunidades indígenas y entendía como legítima sus aspiraciones territoriales, no obstante, no aceptaba que los afectados por cuenta propia aplicaran la Reforma Agraria, sino que debía ser el Estado el encargado de conducir el proceso.⁴³⁷



“Tierra o Muerte”, uno de las consignas de lucha del MCR.

La imagen muestra la entrada del Campamento Lautaro, constituido a partir de la “toma” del fundo Tres Hijuelas de Carlos Taladriz.

Asimismo, los carteles demuestran la presencia mirista en el campamento.

Fuente: *Punto Final*, Santiago, año V, número 130, 11 de mayo de 1971, p. 31.

⁴³⁷ *El Diario Austral* de Temuco, 13 de diciembre de 1970, p. 10; Correa et al., p. 142.



Imagen del Campamento Lautaro tomada desde otro lugar (respecto de la imagen anterior). “Tierra o Muerte venceremos” y “Los pobres bienvenidos, los ricos a la mierda” son consignas que el MCR plasma en sus carteles. Además la imagen del revolucionario argentino Ernesto Che Guevara, expresión de la influencia mirista en el campamento. Fuente:

El Diario Austral de Temuco, 1 de diciembre de 1970, p. 1.

Para orientar la política agraria en tal sentido y demostrar la motivación por implementar transformaciones sociales en el agro, la Unidad Popular dio inicio a una campaña masiva por 15 días en la provincia de Cautín con el objetivo de frenar las acciones directas del campesinado chileno y mapuche en los fundos de la zona. Esta consistió en dar a conocer el proyecto de Reforma Agraria que el gobierno aplicaría en la provincia, recorriendo sus 16 comunas para comunicar el programa de gobierno, tanto a las organizaciones campesinas y como a las de empleadores agrícolas (latifundistas principalmente). El mensaje era que el “Gobierno Popular está al lado de los campesinos y luchará junto a ellos para que alcancen la justicia que en otros gobiernos han reclamado”, pero se oponía tajantemente a que “se proceda a crear un clima que en ningún caso favorece a la realización de una Reforma Agraria ordenada”.⁴³⁸ Simultáneamente el mensaje hacía el llamado a los empleadores agrícolas (patrones) a frenar la violencia y amenazas de lado,

⁴³⁸ *El Diario Austral* de Temuco, 14 de diciembre de 1970, p. 1.

dejando al gobierno solucionar las situaciones conflictivas. El nudo crítico entre la Unidad Popular y el MCR dentro este llamado, radicaba en el rechazo hacia aquellos que hacían justicia propia mediante las ocupaciones, entre los cuales el MCR era un referente.

Mientras la Unidad Popular desarrollaba su campaña para detener las acciones directas en los campos de Cautín, tratando de apresurar las expropiaciones de los fundos que la ley permitía antes de que fuesen ocupados, el MCR paralelamente proseguía en su dinámica de recuperación territorial. Siguiendo este curso, el 17 de diciembre aproximadamente 80 campesinos mapuche afiliados al MCR se tomaron en Lautaro el fundo Huerqueco Alto de propiedad de Alberto Schwaim, denunciando abandono agrícola y falta de tierras para ellos; luego, una hora después, alrededor de 60 indígenas también pertenecientes al MCR se tomaron el fundo Las Vertientes de propiedad del mismo latifundista, e igualmente ubicado en Lautaro.⁴³⁹ En este último, fue organizado el Campamento Galvarino por el MCR, uniéndose al ya mencionado Campamento Lautaro. De esta manera se iba desarrollando en la comuna de Lautaro la propuesta de los campamentos como espacios prefigurativos del socialismo en el campo, dentro de los cuales el funcionamiento social y económico se fundamentaba en principios colectivistas. La Revista *Punto Final*, en un artículo sobre la lucha efectuada por los mapuche, contiene una referencia a esta política del MCR:

El ideal de los campamentos mapuches de Lautaro, organizados por el Movimiento Campesino Revolucionario, MCR, es convertir esa comuna en un solo gran paño triguero, en que los mapuches trabajarán en forma socialista. En los campamentos Lautaro, Galvarino y Caupolicán, se están llevando a la práctica formas socialistas de vida y trabajo, lo que ya representa un gran vuelco ideológico del mapuche.⁴⁴⁰

⁴³⁹ *El Diario Austral* de Temuco, 18 de diciembre de 1970, p. 1.

⁴⁴⁰ Rivera, Osvaldo, “La derecha conspira para detener la Reforma Agraria”, en *Punto Final*, Santiago, año V, nº 122, suplemento “Documentos”, 19 de enero de 1971, p. 3.



Entrada del fundo Las Vertientes “tomado” el MCR en Lautaro.

“Campamento Galvarino. Tierra o Muerte. Movimiento Campesino Revolucionario”

Fuente: *El Diario Austral* de Temuco, 20 de diciembre de 1970, p. 1.



Fuente: *El Rebelde*, Santiago, número 9, diciembre de 1971, p. 15.

Dos días después de la ocupación territorial del fundo Las Vertientes que dio origen al Campamento Galvarino, los hechos se trasladaron a la comuna de Carahue, específicamente al fundo “Rucalán” de la familia Landarretche. El predio de 800 hectáreas según datos del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) estaba mal explotado, solamente tenía 167 hectáreas cultivadas. Motivados por esta situación, y también respondiendo al impulso revolucionario que experimentaba el movimiento social en Cautín, campesinos chilenos y mapuche del MCR, provenientes de la localidad de Tranafuerte ubicada a 8 kilómetros del fundo, procedieron a ocuparlo sin hechos de violencia.⁴⁴¹ Luego de estar instalados en el fundo, decidieron formar el Campamento Arnoldo Ríos que se caracterizó por expresar la consigna de “Pan, Tierra y Socialismo”.⁴⁴²



“Campamento A. Ríos, Tierra o Muerte”, Movimiento Campesino Revolucionario”

Entrada del fundo Rucalán de la familia Landarretche, comuna de Carahue.

Fuente: <http://simbolospatrios.cl/displayimage.php?pid=324>

⁴⁴¹ *Ibíd.*, p. 5.

⁴⁴² Correa et al., *op. cit.*, p. 145. El nombre del Campamento Arnoldo Ríos fue establecido en homenaje al estudiante mirista muerto en un enfrentamiento armado con integrantes del Partido Comunista en Concepción, el mes de diciembre de 1970.



Fuente: <http://simbolospatrios.cl/displayimage.php?pid=319>



Familias del Campamento Arnoldo Ríos de Lautaro.

Fuente: *Punto Final*, Santiago, año V, número 130, 11 de mayo de 1971, p. 3.

La tranquilidad en este nuevo campamento del MCR fue interrumpida bruscamente cuando una semana después, el 24 de diciembre, el latifundista Juan Landarretche junto a un grupo de agricultores, pese a los intentos de funcionarios del INDAP y a sabiendas de la Intendencia que no hizo nada por detener la reacción patronal, ejecutaron la retoma del fundo armados de metralletas, disparando trescientas balas contra los campesinos presentes en el lugar. Los hechos se produjeron de la siguiente manera:

A las 18:30 horas, los agricultores lanzaron la ofensiva final. Colocaron como barrera protectora a un grupo de campesinos que se mantenían leales a sus patrones y de esa manera neutralizaron a los que se habían atrincherado en Rucalán. De atrás, los latifundistas lanzaban ráfagas de metralleta y las casas del fondo quedaron acribilladas por los impactos de bala. Los campesinos del MCR, ante la inferioridad de condiciones, finalmente se replegaron, llevando dos heridos.⁴⁴³

Ese era el carácter que comenzaron a tener los hechos en Cautín a fines de 1970, siendo esta retoma un anticipo de lo que ocurriría en 1971, año en que las tomas de fundos por parte del MCR asumirán más fuerza, especialmente desde mediados de año, y las “retomas” se harán una constante de la reacción patronal, incluso desde comienzos de 1971. Mientras tanto, la crítica situación del agro en Cautín genera preocupación en el gobierno, el cual buscará satisfacer la demanda de los campesinos mapuche mediante la aplicación de la Reforma Agraria. Para acelerar este proceso, a partir del mes de enero de 1971 se aplicará una estrategia de expropiación masiva de fundos (aquellos que la ley permitiese), lo que se conoció como “el Cautinazo”. A partir de los primeros días de enero, se instaló en Temuco –por orden de Allende– el Ministerio de Agricultura y la Corporación de la Reforma Agraria (CORA) para trabajar coordinadamente en la resolución de las demandas mapuche, y de paso apaciguar el ímpetu revolucionario del MCR y la reacción violenta de los latifundistas. El ministro encargado del agro, Jacques Chonchol, subrayó que las expropiaciones se agudizarán y extenderán a partir de ese momento utilizando la ley 16.640 de Reforma Agraria, expropiando fundos que sobrepasaran las 80 hectáreas de riego básico o que se encontraran abandonados y/o mal explotados, así como también aquellos en los

⁴⁴³ Rivera, op. cit., p. 5.

que no se cumplieran las leyes laborales. El establecimiento del Ministerio de Agricultura en Cautín fue un hecho significativo, ya que se daba inicio al proceso de Reforma Agraria en la Araucanía.⁴⁴⁴

Fue así como durante el verano del año 1971 se llevó a cabo un proceso masivo de expropiaciones de predios en las distintas comunas de Cautín a favor de comunidades mapuche. Las localidades de Galvarino, Lautaro, Perquenco, Carahue, Freire, Loncoche y Temuco experimentaron este proceso entre el 21 de enero y el 17 de febrero de aquel año, siendo expropiados 14 predios que en total sumaban 13. 416, 2 hectáreas físicas equivalentes a 1.468, 79 de riego básico. En ellos se formaron asentamientos con participación de comunidades mapuche. En lo que respecta a los fundos “tomados” por el MCR, es posible comprobar la expropiación de 5 de ellos en su favor, localizados en las comunas de Carahue, Lautaro y Galvarino, entre los cuales destacaron: Rucalán, Santa Ana y Las Vertientes.⁴⁴⁵

Paralelamente al “Cautinazo”, apareció en la escena otro elemento de importancia que relacionó al MCR con el gobierno de la Unidad Popular: la cuestión de los Consejos Comunales Campesinos. La problemática de la participación campesina en el proceso que reformaba el agro constituyó un eje central de las contradicciones entre las propuestas institucionales y el movimiento social. En un documento anexo a su “Programa Básico”, la Unidad Popular proponía la creación del Consejo Nacional Campesino, que tendría por función asesorar a los entes políticos encargados de la Reforma Agraria. Este organismo debía ser escogido democráticamente por las instancias organizativas de base, siguiendo la misma dinámica los consejos campesinos de cada zona en particular. La principal función de estos organismos era determinar las medidas sociales, políticas y económicas para ejecutar la Reforma Agraria. Estas propuestas fueron cumplidas cuando Salvador Allende procedió “a firmar el 21 de Diciembre de 1970, el Decreto N° 481 de constitución del Consejo Nacional Campesino y de organización de los Consejos Campesinos a escala provincial y comunal”⁴⁴⁶

⁴⁴⁴ Correa, et. al., op. cit., pp. 143-144.

⁴⁴⁵ *Ibidem*, pp. 145-146.

⁴⁴⁶ Cancino, op. cit., p. 150.

No obstante el estímulo a la participación social, en la práctica los consejos funcionaban simplemente como órganos consultivos para el gobierno, recogiendo las opiniones de los campesinos en materias de desarrollo rural, producción agropecuaria, reforma agraria, política de precios, administración del sector agrícola, etc. En cuanto a sus integrantes, el Consejo Nacional Campesino debía estar compuesto por dos representantes de cada Confederación campesina, de Asentamientos, la Confederación de Cooperativas Agrícolas y la de pequeños propietarios, sin embargo, quedaban excluidos de su participación los campesinos no organizados en sindicatos, trabajadores afuerinos e indígenas.⁴⁴⁷ Precisamente este último aspecto será duramente criticado por el MCR que no compartía las designaciones arbitrarias de quienes serían sus representantes ante el gobierno, ni tampoco el sentido verticalista –de las cúpulas gubernamentales hacia el campesinado– que seguía la constitución de los consejos provinciales y comunales.

Producto de lo anterior, en medio de la agitación social protagonizada por el MCR comienzan a surgir los Consejos Comunales Campesinos elegidos directamente desde las bases movilizadas, germinando un poder popular campesino que entrará en contradicciones con los Consejos Campesinos establecidos por decreto gubernamental a nivel nacional, provincial y comunal. En este contexto, el MCR pasaba de aquella etapa de movilizaciones reivindicativas que presionaban por la aplicación de la Reforma Agraria, a la etapa siguiente de movilización campesina –chilena y mapuche– en torno al fortalecimiento de la organización política y a la construcción del poder campesino.⁴⁴⁸

Las localidades que primeramente experimentaron el surgimiento de los Consejos Comunales Campesinos desde la base fueron las comunas de Lautaro y Cunco, precisamente donde el MCR protagonizaba las tomas de tierra. Era de suma importancia para esta organización revolucionaria impulsar la creación de los consejos campesinos como instancias de control de las políticas estatales frente a la cuestión agraria, campesina y mapuche, y como espacios propicios para el ejercicio de la “democracia directa” en lo tocante a la resolución de problemas específicos de cada localidad. Es así como en el mes

⁴⁴⁷ Ídem.

⁴⁴⁸ “La movilización campesina en Cautín”, en *Punto Final*, Santiago, año V, n° 127, 30 de marzo de 1971, p. 5.

de enero se da inicio al proceso formativo de los Consejos Comunales Campesinos por la base, destacándose la participación del MCR, el MIR y el PS, quienes “inmersos en las ocupaciones de predios y otras movilizaciones, agitaron la consigna de la necesidad de construir el Poder Popular en el campo y contribuyeron decisivamente a organizar e implementar su formación y a elaborar su programa de acción”.⁴⁴⁹

Los Consejos Comunales Campesinos por la base serán insertados en una estrategia amplia de lucha revolucionaria que será constituida justamente por el MCR en su Segundo Congreso, realizado desde el 13 al 16 de enero en la ciudad de Temuco. Víctor Gavilán señala que el Segundo Congreso del MCR contó con “delegados de corridas de cerco, tomas de fundo, sindicatos campesinos, comités organizadores de consejos locales campesinos y representantes de las comunidades mapuche de Bío-Bío, Malleco, Arauco, Cautín y Valdivia”.⁴⁵⁰ Entre los temas tratados destacaron la denuncia a la Ley de Reforma Agraria por el carácter burgués que entrañaba, exigiendo la dictación de una nueva legislación para el agro. Además se planteó la necesidad de luchar por la tierra enfrentando a la burguesía agraria que monopolizaba este recurso, y en consecuencia, causante del atraso, el hambre y la miseria en los campos. Asimismo se asumía como necesario presionar para que se expropiaran todos los grandes fundos lo más rápido posible en beneficio de los “pobres del campo”. En una de las conclusiones, el MCR criticaba duramente la actitud de la Unidad Popular por seguir utilizando una Reforma Agraria hecha durante el gobierno de Frei:

El gobierno quiere remediar el atraso del campo chileno usando una ley de Reforma Agraria que fue hecha por los ricos [...] cree que se puede mejorar la situación de los campesinos usando una ley que fue hecha por la burguesía para explotar a los pobres del campo [...] Para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores del campo hay que terminar con el acaparamiento de la tierra por unos pocos, y esta ley de Reforma Agraria no sirve para terminar con el acaparamiento de tierras [...] y si la ley no sirve, los campesinos unidos y

⁴⁴⁹ Cancino, op. cit., p. 163.

⁴⁵⁰ Gavilán, op. cit., p. 200.

organizados buscamos nosotros mismos el camino para solucionar nuestros problemas y defender nuestros intereses.⁴⁵¹

El camino propuesto por el MCR para acabar con el monopolio burgués de la tierra era levantar, por medio de la lucha organizada, una nueva Ley de Reforma Agraria hecha por el campesinado mismo que sirviera a los intereses de clase de la gran mayoría rural mediante la expropiación de todas las tierras de la burguesía agraria. En otra de las conclusiones emanadas del congreso, el MCR rechazando la Reforma Agraria vigente, manifestaba que “la nueva tiene que ser una herramienta de la lucha de clases, que nos permita destruir el poder de la burguesía agraria e ir creando en el campo un poder obrero-campesino”.⁴⁵²

Derivado de lo anterior, específicamente de la propuesta de un “poder obrero-campesino”, la constitución de los Consejos Comunales Campesinos por la base pasarían a cumplir la función de construir una contra-hegemonía en el espacio rural, utilizando como herramienta una nueva Reforma Agraria de carácter revolucionario que permitiera romper con el sistema latifundiaro hegemónico en la sociedad rural de Cautín, y del país en general. En este proceso, la constitución de los Consejos Comunales Campesinos por la base sería el primer paso para proyectar políticamente las conclusiones establecidas en el Segundo Congreso del MCR. Ellas quedaron sistematizadas en lo que fue la plataforma de lucha de esta instancia organizativa, la cual contenía –resumidamente– los siguientes puntos:

1. Expropiación de todos los fundos con más de 40 hectáreas de riego básico.
2. Expropiación de animales y maquinarias junto con la tierra.
3. No derecho de reserva a los patrones.
4. No pago por la tierra expropiada.
5. Apoyo crediticio a los medianos propietarios.
6. Elección democrática de los Consejos Comunales Campesinos.

⁴⁵¹ “Piden una nueva Ley de Reforma Agraria”, en *Punto Final*, Santiago, año V, n° 125, 2 de marzo de 1971, p. 10.

⁴⁵² *Ibíd.*, p. 11.

7. Una nueva ley de Reforma Agraria de carácter revolucionaria.⁴⁵³

Evidentemente con la plataforma no se resolvían los problemas que el MCR evidenciaba, sino que serviría de orientación para que el movimiento social reinante en los campos de Cautín expresara políticamente sus demandas. La dinámica de esta proyección la seguirían dando las “acciones directas de masas”, pues la movilización campesina fortalecía la conciencia de clase del campesinado y mejoraba los niveles de organización, en este caso, de los Consejos Comunales Campesinos. Es precisamente a raíz de lo anterior que se crea el primer Consejo Comunal Campesino, justamente el mismo día que se daba por finalizado el Segundo Congreso del MCR en Temuco. Este se erigió el 16 de enero en la comuna de Lautaro, elegido mediante votación directa por los campesinos chilenos y mapuche de dicha comuna, principal centro de operaciones del MCR en Cautín. Al constituirse el Consejo Comunal Campesino, inmediatamente los campesinos mapuche y chilenos realizaron una marcha por las calles de Lautaro expresando la importancia de este nuevo hito para el MCR:

En Lautaro, el sábado 16 de enero, el MCR entró al pueblo con sus fuerzas comunales desplegadas, una columna de campesinos pobres en líneas de cuatro en fondo, organizadas por comités de base según la zona de procedencia, cargando sus respectivos cartelones de identificación y sus consignas precedidos por una gran imagen del Che Guevara y flanqueados por tres destacamentos milicianos armados con simbólicos bastones de madera [...] Las personas que formaban esta gigantesca columna de casi un kilómetro de largo y que estaba integrada por lo menos por 1.300 campesinos, provenían de las bases del MCR en toda la comuna.⁴⁵⁴

De esta manera se daba por terminado el Segundo Congreso del MCR, quedando como voceros oficiales Alejandro Manque (Víctor Molfinqueo) y Félix Huentelaf, ambos jóvenes mapuche oriundos de la comuna de Loncoche. Además fueron confirmados nuevamente los 5 integrantes del ente coordinador ya existente, sumándose representantes

⁴⁵³ Gavilán, op. cit., pp. 200-201.

⁴⁵⁴ “La movilización campesina en Cautín”, op. cit., p. 6.

mapuche de distintas localidades como Traiguén, Puerto Saavedra, Villarrica, Imperial y Nehuentúe.⁴⁵⁵



Marcha del MCR por las calles de Lautaro el 16 de enero de 1971. El hecho marcaba el término del II Congreso del MCR y la creación del Consejo Comunal Campesino de aquella comuna. Fuente: *Punto Final*, Santiago, año V, número 127, 30 de marzo de 1971, p. 5.

Así comprendido los hechos, la relación entre el MCR y la Unidad Popular durante los primeros meses de gestión gubernamental se caracterizó por ser contradictoria e intensa. Se sucedieron sin grandes espacios de tiempo, corridas de cerco, tomas de fundo, reacción patronal, expropiaciones de fundos y constitución de Consejos Comunales Campesinos por la base. En todos ellos la presencia del MCR fue protagónica, generando inquietud en el gobierno producto de la radicalización del movimiento social campesino que tendía a sobrepasar la institucionalidad. Sin embargo, después de los tres primeros meses del año

⁴⁵⁵ Gavilán, op. cit. p. 201.

recién iniciado el MCR tenderá a la calma y a un relativo reflujo de su dinámica, estados que comenzarán a cambiar hacia mediados de año, cuando el MCR revitalice sus acciones directas, especialmente las “tomas de fundo”. Pero por otra parte, la reacción patronal asumirá mayor protagonismo y las “retomas” violentas de fundos serán una constante a lo largo de 1971, agudizándose aún más la conflictividad de clases en Cautín.

5.2 El MCR durante el año 1971: agudización de la lucha de clases en Cautín. Desde el reflujo de las movilizaciones hasta la reorganización patronal. (marzo 1971-1972)

El accionar del MCR durante los primeros meses del gobierno de la Unidad Popular se caracterizó, entre otras cosas, por lograr resultados favorables para las comunidades mapuche adscritas a su dinámica revolucionaria de recuperación territorial. La aceleración de las expropiaciones por parte del gobierno en la provincia de Cautín respondió en cierta medida a la presión ejercida por el MCR, más aún, muchas “de las expropiaciones realizadas en 1971 a favor de mapuches incluyeron predios que habían sido reivindicados por el MCR a fines de 1970 y a principios de 1971”.⁴⁵⁶ A partir de este fenómeno las relaciones entre el movimiento campesino e indígena vinculado al MCR y la Unidad Popular tenderán relativamente a estrecharse, aunque sin eliminar las contradicciones existentes. Las expropiaciones en beneficio de las comunidades mapuche adscritas al MCR contribuyeron a disminuir el ritmo de las “tomas de fundo”, entendiendo que la iniciativa del gobierno apuntaba a solucionar el histórico despojo territorial del pueblo mapuche. Otro factor que incidió en esta parcial tranquilidad fue el afecto que gran parte del campesinado pobre de Cautín sentía sobre la personalidad de Salvador Allende, pues era el primer presidente que decididamente se había propuesto contribuir a la resolución de sus demandas. Una muestra de aquello fue que, pese a las contradicciones entre la propuesta legalista del Consejo Provincial Campesino Cautín (bajo influencia gubernamental) y la formulada desde las bases por los Consejos Comunales Campesinos, hacia fines de febrero

⁴⁵⁶ Correa et. al, op. cit., p. 151.

el gobierno, reuniéndose con dirigentes del MCR, se comprometió a legitimar la formación de estos últimos por elección directa de las bases de aquella provincia.⁴⁵⁷

La dinámica de estas relaciones creó una relativa tendencia al reflujo del movimiento campesino chileno y mapuche conducido por el MCR, producto de la inmersión en un proceso expropiatorio que debía superar las trabas legales y las diferencias de criterios al interior del conglomerado de gobierno. Así, después de aproximadamente tres meses de agitación social y política en los campos de Cautín, el potencial revolucionario en términos de la cantidad de “tomas de fundo” disminuyó, situación que será levemente superada hacia mediados de 1971 cuando el MCR promovió una nueva campaña de recuperación territorial.

No obstante el relativo reflujo experimentado por el MCR, seguirán desarrollándose nuevas acciones directas, aunque de manera mucho más esporádicas en relación con el periodo anterior. Es así como en el mes de abril, integrantes del MCR procedieron a ocupar el fundo Boldo localizado en Temuco como acto de presión para que se aceleraran las expropiaciones:

Un grupo de doce personas pertenecientes al Movimiento Campesino Revolucionario, ocuparon el fundo “Boldo” de dos mil doscientas hectáreas, ubicado en Temuco. El predio es de propiedad de Laura Etchebarz viuda de Tolosa. Los ocupantes piden que se acelere la expropiación por parte de CORA, dichas personas portaban armas de fuego, sin embargo no hubo incidentes.⁴⁵⁸

Posteriormente el día 18 de abril se sucederán seguidamente –sin incidentes– tres tomas a cargo del MCR en distintas fundos de Cautín. Una de ellas fue realizada a las 5 de la madrugada sobre la hijuela Carén de 90 hectáreas por veinticinco sujetos pertenecientes al MCR, el grupo estaba dirigido por el mapuche Tiburcio Catripán Curipe. Tres horas antes de este acto, en la comuna de Lautaro un grupo de 46 mapuche liderados por Manuel Segundo Pascual Millaleo, también integrantes del MCR, se “tomaron” el fundo La Peña de 1.000 hectáreas, cuyos propietarios eran Alberto López Pérez, Rodolfo Velásquez Cruz,

⁴⁵⁷ Cancino, op. cit., p. 182.

⁴⁵⁸ *El Diario Austral* de Temuco, 18 de abril de 1971, p. 7.

Moisés Velasco Cruz y Enrique Loyola Francoise. Con el transcurrir de las horas, la cantidad de ocupantes aumentó a 150 personas. Dos horas más tarde, nuevamente en Lautaro, 16 indígenas liderados por José Miguel Colicheo Melipán, todos del MCR, se instalaron en el fundo El Carmen del latifundista Larraguibel Recart, cuya superficie alcanzaba las 450 hectáreas. La cantidad de ocupantes aumentó rápidamente a 100 personas.⁴⁵⁹

En la provincia de Malleco también comenzaba a darse este proceso de toma de tierras, al mismo tiempo que se iban masificando por la provincia de Cautín, tal como sucedió en el fundo Estados Unidos con la comunidad mapuche de Quetrahue, hecho registrado por la prensa regional:

Predio “Estados Unidos”: Detenidos Seis de los Usurpadores de Fundo en Traiguén. Seis mapuches sindicados como instigadores de la ocupación ilegal del fundo “Estados Unidos” de Traiguén fueron detenidos ayer y puestos a disposición de la justicia. Esta es la segunda detención que se hace en tres días de elementos que han usurpado predios y procedido a robar especies y a tipificar el delito de asalto, daños y usurpación. El fundo “Estados Unidos” está ubicado a 15 kilómetros por el camino de Traiguén a Lumaco. Fue ocupado ilegalmente el día 25 de Abril a las 5 de la madrugada por veinte familias mapuches que hacen un total de unas cien personas, todas del sector Quetrahue de Lumaco. El predio es de propiedad de Anacleto Marín Godoy. La “toma” tuvo características similares a las del fundo “Brasil Sur” de Lautaro, es decir, asalto, robo y daños.⁴⁶⁰

Paralelamente al desarrollo de las “tomas de fundo” antes mencionadas, se produjo un hecho de violencia que marcará el inicio de la conflictividad entre el MCR y los latifundistas de la zona. Si bien a comienzos de 1971 se desataron algunas disputas con hechos de violencia en torno a las ocupaciones de predios, ellos se desarrollaron de forma esporádica y formaron parte de un proceso continuo en el tiempo. Sin embargo, tal como se ha indicado, a partir del mes de abril los conflictos entre las partes antagónicas se repetirán de manera más constante, enmarcándose dentro de un proceso mayor de agudización de la

⁴⁵⁹ *El Diario Austral* de Temuco, 19 de abril de 1971, p. 1.

⁴⁶⁰ *El Diario Austral* de Temuco, 1 de mayo de 1971, p. 1.

lucha de clases que se prolongará, con diferente frecuencia e intensidad, hasta el Golpe Militar en septiembre de 1973.

Lo anterior en el plano de los hechos se expresó en la madrugada del 17 de abril de 1971, cuando elementos del MCR y del MIR se enfrentaron con un grupo de latifundistas militantes y simpatizantes del derechista Partido Nacional, quienes decidieron “retomar” el fundo La Palma en la comuna de Curarrehue ocupado por el MCR, de propiedad de Otto Grunner. Este último encabezó el grupo formado por Pradino Soto Vásquez, Hernán Quezada Ansarena, Erwin Krausse Saleswky, Raimundo Krausse Saleswky, Víctor Amar Langkemann, Manuel Alberto Ulloa Salazar y Peter Compton Peddar, ente otros. Como resultado del enfrentamiento resultaron seis personas heridas, de las cuales una pertenecía al bando de los agricultores y el resto al grupo de los indígenas formado por Ernestina Curipe, Segundo Curipe, Herminda Catripán, Clorinda Curipe y Salvador Villa, todos miembros del MCR. De estos últimos, producto del enfrentamiento, Juan Segundo Curipe Catripán hirió de bala al agricultor Rolando Matus Castillo, provocándole la muerte dos días después.⁴⁶¹

Estos hechos se reproducirán con el mismo carácter en la comuna de Lautaro, cuando un grupo mapuche de la reducción Burgos intentó “tomarse” el fundo Brasil Sur el día jueves 20 de mayo, en ese momento a cargo del administrador del predio Javier Maldonado. El grupo de indígenas adscritos al MCR fue recibido con disparos por el administrador, resultando la muerte del joven campesino mapuche Juan Huillipán, de 19 años. Al día siguiente, el dueño del fundo Alfredo Palma entregó voluntariamente el predio a la CORA para su expropiación. Paradójicamente antes del incidente, el fundo ni siquiera aparecía en los registros de la CORA para ser expropiado, lo que había motivado la insistencia de los campesinos mapuche del MCR en tomarse Brasil Sur.⁴⁶²

Simultáneamente al desarrollo de estos hechos violentos, el gobierno utilizaba la política del diálogo frente a las movilizaciones mapuche para tratar ordenar el caos reinante

⁴⁶¹ *El Diario Austral* de Temuco, 18 de abril de 1971, p. 8; “Por qué los campesinos se toman la tierra”, en *Punto Final*, Santiago, año V, n° 132, 8 de junio de 1971, pp. 30-31; “Cautín: la región del fascismo devoto”, en *Punto Final*, Santiago, año VII, n° 187, 3 de julio 1973 1971.

⁴⁶² *El Diario Austral* de Temuco, 21 de mayo de 1971, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 25 de mayo de 1971, p. 7; “Por qué los campesinos se toman la tierra”, op. cit., p. 32.

en Cautín. Buscó por este medio político insertar –y resolver– la demanda mapuche dentro de los marcos legales y preparar el escenario político para continuar con las expropiaciones.⁴⁶³ Dentro de estos lineamientos, el MCR se comprometió a devolver el fundo La Peña ocupado desde el 18 de abril de 1971. La noticia fue difundida por la prensa local mediante el siguiente escrito:

En el curso de la próxima semana quedará solucionado el problema del fundo ‘La Peña’ de Lautaro que permanece ocupado desde el 18 de abril último por el Movimiento Campesino Revolucionario. Así lo informó ayer el intendente Gastón Lobos al ser consultado sobre la materia. Rodolfo Velasco Cruz, uno de los propietarios manifestó que se había consultado al intendente Gastón Lobos sobre esta ocupación manifestando que sería devuelto rápidamente.⁴⁶⁴

Las devoluciones de fundos por parte del MCR continúan en julio, cuando a comienzos de mes es entregado el fundo Muco Bajo de Lautaro a sus dueños Santiago y Ricardo García. Según los parámetros de la Comisión de Conflictos (conformada por miembros de la Intendencia, CORA e INDAP) el fundo no era expropiable porque no tenía la cabida básica de las 80 hectáreas de riego básico.⁴⁶⁵ Hacia fines del mismo mes, el MCR nuevamente procede a entregar un predio, esta vez fue el fundo La Montaña Recortada de Martín Schneider. El terreno fue devuelto por medio del intendente Gastón Lobos a su propietario. Así lo da a conocer “El Diario Austral”:

“Movimiento Campesino Revolucionario” entregó al intendente fundo “La Montaña Recortada”. Sin violencia fueron desalojados a las 15.30 horas de ayer los mapuches del “Movimiento Campesino Revolucionario” que ocupaban el fundo “Montaña Recortada” de Martín Schneider. En el predio quedó vigilancia policial para evitar una eventual retoma [...] Los indígenas miristas escucharon al intendente que les dijo que no se iban a permitir más las tomas. Que Allende estaba velando por ellos y que en este Gobierno Popular no venían al caso este tipo de presiones. Los mapuches no estaban armados más que de garrotes y se

⁴⁶³ Correa et al., op. cit., p. 153.

⁴⁶⁴ *El Diario Austral* de Temuco, 29 de mayo de 1971, p. 9.

⁴⁶⁵ *El Diario Austral* de Temuco, 1 de julio de 1971, p. 8

retiraron pacíficamente deponiendo la actitud beligerante que tuvieron para con David Palavecino de la Comisión de Conflictos. El propietario Martín Schneider manifestó su conformidad al recibir el predio devuelto por el Movimiento Campesino Revolucionario.⁴⁶⁶

Si bien el MCR entregando fundos perdía presencia política en Cautín, en agosto del mismo año logró recibir por parte de la CORA tierras expropiadas. Así fue como en la comuna de Lautaro la CORA expropió el fundo El Vergel y una hijuela de 40 hectáreas perteneciente a éste, las cuales eran tierras que habían sido usurpadas a la comunidad mapuche Coliqueo-Huenchual. Se debe recordar que estas tierras habían experimentado la primera “corrida de cercos” en Lautaro el 3 de junio de 1970, acción que formó parte de los hechos que darían nacimiento al MCR pocos meses después.⁴⁶⁷

En el mes subsiguiente el MCR reaparece en la escena de las “acciones directas”, pues en la comuna de Cholchol los militantes (hermanos) Juan y Luis Huenchúen Coñuepán se apropiaron de 30 hectáreas usurpadas por el fundo Los Aromos, que estaban en poder de Ruth Kinderley Parker y que correspondían a tierras ancestrales. Lo mismo ocurriría a fines de octubre en la comuna de Lautaro, en donde comunidades mapuche asociadas al MCR se “tomaron” los predios San José de Ballona, San José Chico, Las Quinientas y Frederina, exigiendo que fuesen expropiadas por estar en abandono y explotadas de mala manera.⁴⁶⁸

El propio mes de octubre estará marcado por un hecho trágico para el MCR, un acontecimiento de impacto nacional que agudizará aún más el antagonismo entre la burguesía agraria y el campesinado pobre de Cautín, especialmente aquellos asociados y simpatizantes del MCR. Los hechos comienzan la noche del 22 de octubre cuando una cantidad cercana a 60 personas, de las cuales 40 eran mapuche y 20 chilenos,⁴⁶⁹ se “tomaron” el fundo Chesque en la comuna de Loncoche. El predio tenía 830 hectáreas físicas y cerca de 80 de riego básico, y se encontraba casi en el abandono por parte de su propietario, el latifundista Martín Doyharzábal. Ante la nula respuesta por parte de la

⁴⁶⁶ *El Diario Austral* de Temuco, 29 de julio de 1971, p. 1.

⁴⁶⁷ Correa, et. al, op. cit., p. 166.

⁴⁶⁸ *Ibíd.*, p. 152.

⁴⁶⁹ Gavilán, op. cit. p. 207.

CORA para expropiar el fundo, los campesinos del asentamiento Michimalonco –del MCR– decidieron apoderarse del predio sobrepasando la ley. Los hechos continuaron de la siguiente manera:

El dueño de ‘Chesque’, Martín Doyharzábal, pidió auxilio de inmediato a los grupos que los terratenientes de Cautín, como en otras provincias del país, han armado y entrenado para hacer frente a los campesinos. Acompañados de tres carabineros de Loncoche, el grupo de latifundistas consiguió llegar hasta las casas del fundo, donde se atrincheraron y abrieron fuego con armas que escondían en ese lugar. Los carabineros se retiraron a Loncoche, pero regresaron más tarde y los campesinos aseguran que los policías también participaron en la lucha en que cayó muerto Huentelaf y en la que resultaron varios heridos. El gobernador de Loncoche, Eduardo Brito, militante del Partido Social Demócrata, fue avisado en tres oportunidades de lo que ocurría en el fundo ‘Chesque’, pero se negó a abandonar una reunión para acudir al lugar del incidente.⁴⁷⁰

La reacción patronal otra vez causaba la muerte de un campesino mapuche del MCR, esta vez fue Moisés Huentelaf quien, atacado por la espalda, fue asesinado de un balazo en el cráneo la noche del viernes 22 de octubre. Posteriormente, derivado del proceso judicial iniciado más tarde, fueron detenidos los agricultores Martín Doyharzábal, Sergio Contreras y Enrique Andrews, y 12 mapuche y trabajadores agrícolas militantes del MCR, entre los que se encuentra el hermano del fallecido, Félix Huentelaf. Luego la cantidad aumentaría a 25 detenidos.⁴⁷¹

⁴⁷⁰ “Lucha campesina: un polvorín bajo tierra”, en *Punto Final*, Santiago, año VI, n° 143, 9 de noviembre de 1971, p. 2.

⁴⁷¹ *El Diario Austral* de Temuco, 25 de octubre de 1971, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 27 de octubre de 1971, p. 1; *El Diario Austral* de Temuco, 28 de octubre de 1971, p. 1.

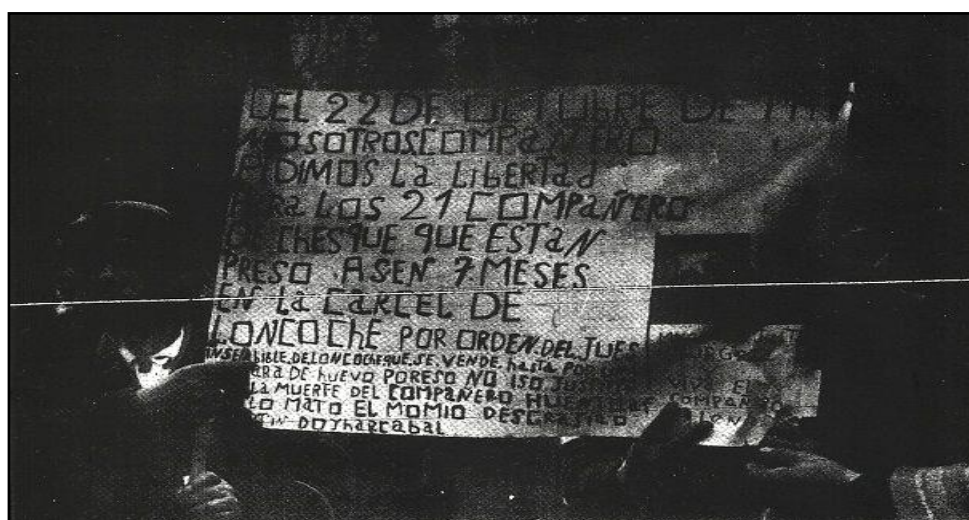


Campesinos del MCR manifestándose por las calles de Temuco en protesta por el asesinato del dirigente Moisés Huentelaf. En las imágenes se puede observar la masividad de la manifestación, destacándose la presencia orgánica del MIR y el FER (Frente de Estudiantes Revolucionario). Fuente: “Lucha campesina: un polvorín bajo tierra”, en *Punto Final*, Santiago, año VI, número 143, 9 de noviembre de 1971, pp. 2-3

Paradójicamente por orden de la Corte de Apelaciones de Temuco y el Juzgado de Loncoche quedaron detenidos 21 mapuche, siendo liberados los 3 agricultores rápidamente. Uno de los presos era Félix Huentelaf, dirigente del MCR y hermano del asesinado, quien estuvo 7 meses encarcelado al igual que el resto de los detenidos. En un reportaje realizado por el periódico “El Rebelde”, órgano oficial del MIR, es posible recoger las siguientes declaraciones de Félix Huentelaf, por aquel entonces en prisión:

Ayer nosotros teníamos seguridad de que íbamos a conseguir la libertad. En realidad los abogados habían dicho que antes de los seis meses no podíamos hacer nada, pero que después de seis meses teníamos la libertad. Pero no fue así. La Corte de Apelaciones no dio la libertad. Eso lo tenemos muy claro todos los compañeros del Chesque [...] no nos dio la libertad, bueno, porque no hay un compañero, por último, en la Corte de Apelaciones. Por último, un trabajador no es ministro. Por último, un trabajador no es juez. No es un abogado. Entonces, por eso no tuvimos libertad [...] sabemos que la ley que existe en Chile es una ley clasista, dominante, que favorece a una clase y derroca a la clase trabajadora [...] y aquellos

ministros momios que estaban allí defendiendo a sus compadres, los compadres terratenientes, los compadres monopolistas, los compadres dueños de fábricas, digamos, esos ministros son compadres con todos esos momios [...] Pero nosotros tenemos claro que la mayoría en Chile, los otros trabajadores están a favor de nosotros, diciendo ‘los trabajadores del Chesque están allí por las leyes, porque la justicia es clasista y porque si no fuera la justicia clasista, bueno, estarían los momios que los desalojaron y que mataron al compañero Moisés Huentelaf [...] Y aquellos gallos que están allá en el Congreso, en el Parlamento, en el Senado, todos son gallos momios que son hijos de momios, de terratenientes, hijos de latifundistas [...].⁴⁷²



Manifestación por la liberación de los 21 campesinos mapuche aprisionados durante 7 meses por el incidente en el cual fue asesinado Moisés Huentelaf. Fuente: *El Rebelde*, Santiago, número 33, 6 de junio de 1972, p. 5.

Finalmente, luego de algunos meses después de este fatal hecho, en 1972 el fundo Chesque fue expropiado por la CORA en favor de los demandantes, momento en el cual ya habían sido liberados los 21 campesinos mapuche que se habían mantenido en prisión por 7 meses. Lo anterior fue destacado por *El Rebelde*:

⁴⁷² “Chesque: Patronos libres, campesinos presos porque la ley es momia. Reportaje a Félix Huentelaf”, *El Rebelde*, Santiago, n° 33, 6 de junio de 1972, pp. 6-7. Para conocer de manera más profunda los análisis y repercusiones de la muerte de Moisés Huentelaf y el injusto encarcelamiento por 7 meses de los 21 mapuche, véase *El Rebelde*, Santiago, n° 33, 6 de junio de 1972, p. 5; *El Rebelde*, Santiago, n° 35, 20 de junio de 1972, p. 2; *El Rebelde*, Santiago, n° 49, 26 de septiembre de 1972, p. 7.

Ahora la CORA les entregó sus tierras. Félix Huentelaf, Secretario General del Consejo Provincial Campesino de Cautín, planteó durante la entrega del predio las nuevas tareas de los campesinos del Chesque. El fundo funcionará como CERA junto al predio Michimalongo. Como el propietario de Chesque lo dejó desmantelado, los trabajadores de Michimalongo pondrán las herramientas y maquinarias para empezar a trabajar inmediatamente el CERA. En la toma de posesión del predio participaron los 21 campesinos que estuvieron presos, el jefe de Área de CORA en Villarrica, Mario Ríos, y Félix Huentelaf por el Consejo Campesino. Las hectáreas entregadas a los campesinos son 430. La lucha que los trabajadores de Chesque iniciaron hace ocho meses aún no ha terminado. Y ellos así lo entienden. Desde el Consejo Comunal están exigiendo una nueva ley de Reforma Agraria para los campesinos, que los trabajadores decidan en sus organismos de base y que se les dé cárcel a los patrones, a los asesino de Moisés Huentelaf.⁴⁷³

La muerte de Moisés Huentelaf no impidió que siguieran sucediendo “tomas de fundo” en Cautín, aunque estas ya no tenían la misma intensidad y frecuencia que antes. Aun así, a fines de noviembre el Comité de Cesantes Moisés Huentelaf de Choroico, cuyo nombre era en homenaje al militante del MCR asesinado un mes atrás, procedió a ocupar el fundo Los Retazos de 380 hectáreas, propiedad del latifundista Hernán Urrutia. El grupo de 15 personas que ejecutó la acción contaba con la colaboración de 5 campesinos del asentamiento Fidel Castro, quienes unas semanas antes de habían “tomado” la reserva legal del ex-fundo Caracas, propiedad de Félix García.⁴⁷⁴

Antes de terminar el año se producen más expropiaciones en beneficio de comunidades mapuche, aunque durante el periodo septiembre-diciembre éstas habían disminuido notoriamente. No obstante, el 3 de diciembre la CORA expropió fundos en las comunas de Loncoche y Carahue, los cuales habían sido ocupados por el MCR y por el Ñetuain Mapu (organización mapuche ligada al Partido Comunista Revolucionario, PCR).⁴⁷⁵

De esta manera culminaba el año 1971 para el MCR en Cautín, marcado por expropiaciones de fundos, conformación de órganos de poder campesino (Consejos

⁴⁷³ *El Rebelde*, Santiago, n° 45, 28 de agosto de 1972, p. 7.

⁴⁷⁴ *El Diario Austral* de Temuco, 1 de diciembre de 1971, p. 1.

⁴⁷⁵ Correa et al, op. cit., p. 166.

Comunales campesinos por la base) y sobre todo por la agudización de la lucha de clases que generó muertos en ambos bandos. Esto último marcará un precedente para lo que sucederá en 1972, año en que las contradicciones de clase se intensificarán más todavía y los latifundistas por su parte comenzarán a reaccionar de manera más organizada y permanente en el tiempo, fenómeno que encontrará su máxima expresión el mes de septiembre de 1973.

5.3 El MCR, la insurrección de la burguesía agraria y el Golpe Militar (1972-1973).

Las movilizaciones en las cuales se vio envuelto el MCR no lograrán masificarse durante 1972, la propensión al reflujo del movimiento de recuperación territorial seguía siendo la tendencia general, tal como el año anterior. Es así como gran parte de las tierras recuperados ese año no fueron producto de “acciones directas”, sino que de compromisos establecidos ente las distintas comunidades mapuche y el gobierno para expropiar los fundos. Lo anterior no significó una ausencia o desaparición del MCR de la escena rural de Cautín, sino que sus apariciones serán breves y de baja frecuencia. El principal factor que incidió en esta disminución de las movilizaciones campesinas –chilenas y mapuche– fue la reacción patronal violenta que durante 1972 se organizó potentemente para impulsar su propia lucha en el campo que buscaba detener el avance de la Reforma Agraria de la Unidad Popular, pero con mayor atención, el impulso que el MCR estaba dándole al movimiento campesino, imprimiéndole a la Reforma Agraria el elemento revolucionario. Fue así como el MCR y el movimiento campesino mapuche en general se vieron enfrentados a “la violencia organizada por la derecha política y las organizaciones de agricultores, que implementaron como respuesta a las ocupaciones de fundos propiciadas por las comunidades y sus organizaciones la ‘retoma’ armada de los predios”.⁴⁷⁶ No obstante la crítica atmósfera que envolvió al agro de Cautín durante todo el año 1972, al gobierno se mostró dispuesto a proseguir con la devolución de tierras usurpadas al pueblo mapuche, voluntad que se materializó entre enero y noviembre de aquel año.⁴⁷⁷ Varios de

⁴⁷⁶ Correa et al., op. cit., p. 171.

⁴⁷⁷ Ídem.

los predios en cuestión serán expropiados a favor de comunidades mapuche adscritas al MCR.

En el mes de febrero, como una forma de reimpulsar el alicaído movimiento mapuche de fines de 1971, el MCR vuelve a utilizar la “corrida de cercos” para recuperar tierras ancestrales, nuevamente en la comuna Lautaro. Esta organización revolucionaria organizó su clásica “acción directa” sobre los fundos Santa Ana y Las Piñas, de los propietarios Lorenzo Taladriz y Alfredo González, respectivamente. La prensa local dio a conocer la noticia:

Los hechos se produjeron a las 7.30 horas de la mañana de ayer cuando alrededor de 50 mapuches pertenecientes a las comunidades de Pedro Huical e Ignacio Hueiquillao, integrados en el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), procedieron a ocupar 67 hectáreas sembradas de trigo pertenecientes al fundo ‘Santa Ana’ de Lautaro, propiedad de Lorenzo Taladriz Alvarez, y 6 hectáreas del fundo ‘Las Piñas’ de Alfredo González Taladriz.⁴⁷⁸

Las comunidades realizaron un acto de justicia al “correr los cercos” ya que las tierras implicadas habían sido propiedad de sus antepasados (abuelos), por tanto lo que hicieron fue simplemente recuperar lo que pertenecía a sus comunidades. Las palabras de los protagonistas demuestran esta inspiración de justicia: *El Diario Austral* de Temuco en conversaciones con los protagonistas logró recoger sus testimonios:

Estamos reclamando el derecho de los viejos, dijeron. Y no nos salimos mientras no nos den solución. Lo que queremos es el terreno y la cosecha. Harto ya se aprovechó el caballero de nosotros y se enriqueció, así que nos quedamos también con el trigo, con la cosecha. Vino el gobernador y nos propuso entregar la siembra. Pero no le aguantamos. Es bastante lo que se han aprovechado estos caballeros con la tierra de nosotros. Y si nos vienen a sacar a balazos, aquí estamos nosotros para defendernos. Aunque no tenemos más armas que estos palos.⁴⁷⁹

⁴⁷⁸ *El Diario Austral* de Temuco, 2 de febrero de 1972, p. 1.

⁴⁷⁹ *El Diario Austral* de Temuco, 2 de febrero de 1972, p. 6.

Los latifundistas a comienzos de 1972 ya estaban bien organizados para defender sus intereses de clase, habían formado los “Comités de Retoma”, organizaciones de tipo paramilitar que tenían por función detener el accionar del MCR y el movimiento campesino mapuche en general. Para ello, ya en el mes de octubre del año anterior, la Federación de Sindicatos de Empleadores Agrícolas de Cautín (expresión gremialista de los latifundistas) había decidido constituir y articular una red de grupos armados con el objeto de proteger los fundos de sus socios.⁴⁸⁰ El poder armado de la clase patronal en Cautín se desplegaría cada vez que las comunidades mapuche ocuparan los fundos, pero los campesinos por su parte no tenían más armas que los palos y garrotes para defender lo conquistado, y la masividad. De cualquier manera, la superioridad numérica de los campesinos pobres no podría contrarrestar el armamento que la clase antagónica tenía en su poder. Esta aseveración es corroborada por Hugo Cancino, quien señala que aquellas “armas simbólicas de los milicianos del MCR de Lautaro y de otras localidades, no pudieron defender las posiciones conquistadas frente a las metralletas y rifles de los patronos”.⁴⁸¹

Expresión de lo anterior fue justamente lo acontecido en los fundos Santa Ana y Las Piñas –hecho mencionado en párrafos anteriores– que se mantenían controlado por comunidades mapuche adscritas al MCR. El mismo en que “corrieron los cercos” de ambos predios, se produjo la respuesta patronal bajo la lógica antes descrita. La “retoma” no se hizo esperar y el mismo día por la tarde la Federación de Empleadores Agrícolas de Cautín y el Sindicato de Empleadores Agrícolas de Lautaro, presidido por Carlos Podlech, organizaron previamente un “Comité de Retoma” de 70 latifundistas y “retomaron” a balzos los fundos en cuestión sin dejar heridos. Entre los atacantes estaban también Lorenzo Taladriz, Carlos Barbas, Miguel Fuschloger, Luis Eguiguren, y otros.⁴⁸² El “Comité de Retoma” logró sus objetivos y los predios fueron restituidos a los latifundistas. 5 indígenas fueron detenidos, siendo liberados más tarde por no existir causas para mantenerlos en ese estado.

⁴⁸⁰ Cancino, op. cit., p. 186.

⁴⁸¹ Ídem.

⁴⁸² “Cautín: la región del fascismo devoto”, op. cit., p. 23.

En el mes de marzo el MCR volvería a aparecer en acción, esta vez masivamente al sur de Carahue, en la localidad de Nehuentúe, cuando 51 trabajadores de los fundos Nehuentúe y San Antonio, de Mario Alvarez y Sergio Álvarez respectivamente, ocuparon ambos predios (de 500 hectáreas aproximadamente cada uno) junto a sus familias y apoyados por integrantes de asentamientos cercanos al lugar pertenecientes también al MCR, alcanzando en total una cantidad de 500 personas. Los fundos fueron transformados en el Campamento Jorge Fernández, en homenaje al estudiante mirista fallecido accidentalmente producto del estallido de un explosivo que transportaba en su bolsillo, en las cercanías del fundo Moncul.⁴⁸³

A medida que avanzaba el año 1972 continuaron las ocupaciones fundo del MCR y las respectivas respuestas con armas de los “Comités de Retoma”. A mediados de abril 25 integrantes del MCR se “tomaron” el fundo Los Pinos de la comuna de Toltén, exigiendo la expropiación del predio que alcanzaba las 1.200 hectáreas, cuyo propietario era Abelardo Mora.⁴⁸⁴ Al día siguiente los “Comités de Retoma” desempeñaron sus funciones sobre el fundo, hiriendo de bala a los mapuche Ignacio Antileo Calmunil, Pascual Landeros Curilaf y Antonio Landeros Antileo. Los latifundistas nuevamente lograron sus objetivos y el fundo fue restituido a su propietario.⁴⁸⁵

El mes de mayo experimentó también hechos de esta naturaleza, pero en esta ocasión con resultados similares a lo acontecido en octubre del año 1971 cuando fue asesinado Moisés Huentelaf. Esta vez el joven mapuche que perdió la vida fue Juan Huillipán de Vega Redonda en la “toma” del fundo Brasil al interior de la comuna de Lautaro. Según relata Víctor Gavilán, quien conoció al joven mapuche muerto:

Allí hubo una resistencia patronal organizada por el administrador y un par de inquilinos que comenzaron a disparar con fusiles y rifles contra el grupo Mapuche, causando la muerte de Juan Huillipán. Los resistentes se rindieron y el fundo fue tomado. Los campesinos

⁴⁸³ *El Diario Austral* de Temuco, 24 de marzo de 1972, pp. 1 y 6.

⁴⁸⁴ *El Diario Austral* de Temuco, 18 de abril de 1972, p. 6.

⁴⁸⁵ *El Diario Austral* de Temuco, 19 de abril de 1972, p. 1.

bautizaron este fundo como el Campamento Juan Huillipán. El fundo fue expropiado más tarde y pasado también al área social de producción.⁴⁸⁶

La reacción violenta de los terratenientes se repetirá el mismo mes de mayo en la comuna de Lautaro el 16 de mayo. Ese día 30 agricultores movilizados en 7 vehículos, fuertemente armados con rifles, carabinas, revólveres y metralletas, “retomaron” el fundo Muco que había sido recuperado con anterioridad por comunidades mapuche ligadas al MCR. El ataque del “Comité de Retoma” provocó heridas a 5 miembros de aquella organización, 4 de los cuales fueron impactados por balas. Los militantes del MCR no estaban armados, por lo que el ataque de los latifundistas no obtuvo mayor resistencia, cuestión que se repite en cada una de las “retomas”.⁴⁸⁷

Los conflictos de esta naturaleza desarrollados durante el primer semestre de 1972 demostraron que el despliegue patronal no buscaba solamente proteger sus propiedades de las acciones del MCR, sino que además se opuso violentamente al proceso de recuperación territorial efectuado por la movilización del campesinado chileno y mapuche, y también al proceso de Reforma Agraria aplicado por el gobierno de Allende que removía los cimientos del orden social agrario.

El grupo central de la reacción patronal en Cautín lo constituía en ese momento el Partido Nacional y varios personeros del Partido Demócrata Cristiano, de estos últimos había un grupo de capitalistas que controlaban la cadena SOPESUR (Sociedad Periodística del Sur), a la cual pertenecía el diario de Temuco “El Austral”. Este último se transformó progresivamente en tribuna de los latifundistas de la zona y de la derecha política local, oponiéndose rotundamente al proceso de Reforma Agraria implementado por el gobierno de la Unidad Popular, y más drásticamente aún, al MCR.⁴⁸⁸ Los principales protagonistas

⁴⁸⁶ Gavilán, op. cit., p. 207.

⁴⁸⁷ “Cautín: la región del fascismo devoto”, op. cit., p. 23; *El Diario Austral* de Temuco, 17 de mayo de 1972, p. 1.

⁴⁸⁸ *El Diario Austral* de Temuco ha sido constantemente utilizado como fuente de información para esta investigación, ya que en sus páginas aparecieron muchos hechos protagonizados por el MCR, sin embargo, es posible constatar una tendencia deslegitimadora hacia esta organización revolucionaria en sus escritos, y por el contrario –paradójicamente– una victimización de los dueños de fundos. No se querido profundizar en un análisis de la prensa local porque lo significativo para esta investigación es recoger los hechos y evidenciar el protagonismo del MCR en la movilización mapuche por la recuperación de tierras. Lo anterior no pretende

de la reacción patronal fueron los grandes latifundistas de Cautín, como los hermanos Carlos y Alfonso Podlech, el primero era presidente del Sindicato de Empleadores Agrícolas de Cautín, y el segundo, asesor jurídico de este gremio. También destacaban los grandes propietarios como Pablo Goebbeles, Carlos Taladriz, Miguel Fuchlocher, Adolfo Werner, Guillermo Coulon y Luis Eguiguren. Asimismo es posible reconocer latifundistas vinculados de alguna manera al Partido Nacional, como Víctor Carmine y Carlos Schlager.⁴⁸⁹

El MCR y la movilización de las comunidades mapuche se verán reducidas por esta reacción patronal que ya prefiguraba lo que acontecería en septiembre de 1973, cuando latifundistas armados y militares inicien la cruel represión sobre los militantes mapuche y campesinos pobres comprometidos con la transformación del agro, especialmente sobre militantes del MCR. Es así como no surgen grandes conflictos durante el segundo semestre de 1972, el MCR se había replegado para evitar más muertes en sus filas y en el pueblo campesino en general. A esto ayudó las expropiaciones realizadas por la CORA durante este periodo, de las cuales se vieron beneficiadas comunidades mapuche asociadas al MCR. Ejemplo de ello fueron los casos del fundo Bajo Muco expropiado el 25 de mayo en la comuna de Lautaro, el fundo Santa Ana en la misma comuna de Lautaro el 23 de junio, restituido a la comunidad Casimiro Cayumil; el fundo Nehuentúe en la comuna de Carahue el 20 de julio; y el predio El Mirador en Lautaro el 28 de julio.⁴⁹⁰

La insistencia de la Unidad Popular por seguir implementando la Reforma Agraria, que hacia el segundo semestre de 1972 seguía expropiando fundos y restituyendo tierras al pueblo mapuche, de las cuales varios fueron destinadas a comunidades indígenas asociadas al MCR que se habían mantenido en los fundos “tomados” esperando la expropiación, provocó aún más el ímpetu reaccionario de la burguesía agraria y sus grupos armados. La insurrección de esta clase social se expandió rápidamente por los campos de Cautín, preparando el escenario para el Golpe de Estado que darían los militares en septiembre del año siguiente.

aminorar la importancia de un análisis de este tipo, sino que precisar los elementos necesarios para contribuir a la reconstrucción de la historia del MCR en Cautín.

⁴⁸⁹ Rivera, op. cit. pp. 6-7.

⁴⁹⁰ Correa et al., op. cit., pp. 179-180.

El ambiente de Cautín en 1973 se tornaba cada vez más tenso, sobre todo por una burguesía rural insurrecta que no retrocedería hasta acabar con el movimiento social y político del campesinado mapuche. Este panorama es interpretado lúcidamente por Hugo Cancino, quien señala lo siguiente:

Hacia los inicios de 1973, el campo chileno y especialmente la provincia de Cautín que había sido el escenario de un movimiento social en ascenso en 1971, ha llegado a ser uno de los bastiones de la contrarrevolución burguesa, uno de los centros de articulación de plurales sectores sociales rurales, desde pequeños propietarios a la burguesía agraria, implicados en un movimiento social anti-socialista.⁴⁹¹

Por su parte, el movimiento social del campesinado pobre de Cautín ligado al MCR no tuvo muchas manifestaciones durante 1973. Si bien a partir del mes de mayo se reanudan las movilizaciones para recuperar tierras usurpadas, el MCR no estuvo involucrado en ellas. Su aparición recién se hará notar el mes de agosto, aproximadamente un mes antes del Golpe Militar que acabaría con su existencia. Los hechos fueron noticiados de la siguiente forma:

A las 11.30 horas de ayer fueron ‘tomados’ por 40 mapuches del Movimiento Campesino Revolucionario, MCR, los fundos ‘San Ramón’ y ‘Tres Esquinas’, de 550 y 480 hectáreas, pertenecientes a Sergio Madrid y a Carlos San Martín. El parte oficial, junto con señalar que los autores de la toma pertenecen al MCR, agrega que no portaban armas, que no secuestraron personas ni levantaron barricadas, limitándose a cerrar los accesos con palos y alambres.⁴⁹²

El Diario Austral de Temuco en el mes de septiembre contribuyó a preparar el escenario para que los militares entraran en acción, publicando noticias sobre la presencia de armas al interior del Campamento Jorge Fernández en la localidad de Nehuentúe. Asimismo este medio de comunicación enfatizó la existencia de una supuesta escuela de

⁴⁹¹ Cancino, op. cit., p. 187.

⁴⁹² *El Diario Austral* de Temuco, 7 de agosto de 1973, p. 7.

guerrillas y una fábrica de granadas y bombas al interior del fundo. La noticia salía a la luz después de un allanamiento realizado por militares del Regimiento Tucapel:

Veinte detenidos en calidad de incomunicados, algunas armas, granadas, bombas, dinamitas y elementos de construcción de artefactos explosivos, es el resultado de un allanamiento que se practicó el Asentamiento Jorge Fernández, ex fundo de Miguel Larroulet a 2 kilómetros de Nehuentúe en la comuna de Puerto Saavedra y que estuvo a cargo de los efectivos militares del Regimiento Tucapel.⁴⁹³

A partir de esta noticia y otras similares durante los siguientes días, se buscaba vincular al MCR a una supuesta guerrilla que se estaba preparando al interior del Campamento Jorge Fernández. Sin embargo, en honor a la verdad, el MCR no tenía preparado ningún tipo de lucha armada como la que “El Diario Austral” quería hacer creer a la opinión pública. Este medio de comunicación más bien buscaba justificar públicamente la necesidad de que las Fuerzas Armadas intervinieran los campos de Cautín para acabar con el MCR y todo el movimiento social a favor de la Reforma Agraria. “El Austral”, como ya se ha dicho, era propiedad de personeros del PDC que llamaban a frenar la “vía chilena al socialismo” y destruir todo intento de transformación agraria que afectara al latifundio. Por tanto, en tiempos de agudización de la lucha de clases, los medios de comunicación como “El Austral” se posicionaron bajo los intereses de sus propietarios, contribuyendo a justificar y legitimar a través de sus páginas la necesidad de la intervención militar para acabar con los intentos de socialismo en el campo. La Revista Ercilla también contribuyó, a su manera, en la creación de un escenario bélico y guerrillero en la zona de Nehuentúe, evidenciando una supuesta escuela guerrillera en la zona con un arsenal bastante significativo, reforzando así la necesidad y legitimidad de la intervención militar en el lugar:

Hacía referencia a la detección de los planes extremistas que culminaron con el descubrimiento del arsenal y escuela de guerrillas en Nehuentúe, en la zona costera de la provincia de Cautín. Allí se incautaron rudimentarias, aunque poderosas armas, entre ellas

⁴⁹³ *El Diario Austral* de Temuco, 2 de septiembre de 1973, p. 1,

bombas antitanques hechas con tarros y accionadas por un ingenioso sistema de detonantes fabricados con carretillas de hilo y trozos de cajas de fósforos.⁴⁹⁴

Por el contrario, Víctor Gavilán entrega una versión de los hechos que pareciera acercarse más a la realidad de aquel entonces, y de lo que en realidad se hacía al interior del fundo:

Era efectivo que allí existía una escuela de capacitación campesina, de formación política y sindical, pero no un ‘centro guerrillero’ como el Diario Austral de Temuco divulgó en una publicación de aquella época. El fundo Nehuentúe había sido expropiado y se creó allí el más grande de los complejos de producción agrícola de la provincia de Cautín [...] Las fuerzas combinadas del regimiento Tucapel de Temuco y de la fuerza aérea crearon el terror en Nehuentúe antes del golpe militar. Detuvieron a cerca de cien mapuche del área. Fueron interrogados a golpes y simulacros de fusilamientos, sumergimiento forzado en las aguas del río Trovolhue y picanazos en el cuerpo [...] Algunos mapuche fueron colgados de la cintura, amarrados a los helicópteros, levantados y paseados por entre los árboles para obtener información, amedrentar al resto y obligarlos a hablar. Nadie dijo nada. Todos sufrieron estoicamente la represión [...] Allí no había escuela de guerrilleros, sólo mapuche en pie de lucha, defendiendo su tierra y su cultura.⁴⁹⁵

El testimonio de uno de los fundadores del MCR permite evidenciar que el Golpe Militar había sido preparado antes del 11 de septiembre en Cautín, en ello habían contribuido los latifundistas y su medio de comunicación “El Austral”, el PN y algunos personeros del PDC, y el regimiento Tucapel de Temuco, todos confabulados para derrocar el gobierno de Allende y destruir todo tipo de expresión revolucionaria. Evidentemente los campesinos mapuche del MCR fueron uno de sus objetivos principales, la represión sobre ellos cayó desproporcionadamente. Al respecto Gavilán señala:

El pueblo mapuche fue el que mayores atrocidades sufrió durante el golpe militar. Muchos cuerpos, ya en descomposición, aparecían flotando en el río Toltén. El hospital regional de

⁴⁹⁴ “Cautín, la máquina desmontada”, en *Ercilla*, n° 1991, semana del 26 de septiembre al 2 de octubre de 1973, p. 33.

⁴⁹⁵ Gavilán, op. cit., p. 211.

Temuco informó, alrededor del 20 de septiembre, que cerca de 40 cadáveres mapuche habían llegado a la morgue del hospital. Todos habían sido muertos por balas.⁴⁹⁶

EL 11 de septiembre de 1973 el coronel Hernán Ramírez asumió por orden de la Junta Militar el cargo de Intendente. La existencia del MCR quedaba entonces sellada, se arrasaba con todo vestigio de socialismo en el campo. El pueblo mapuche en particular sufriría duramente la reacción armada de los militares y de la burguesía agraria insurrecta, bloque histórico que truncó violentamente el proceso de recuperación de tierras, imponiendo una contra-reforma agraria que devolvió los predios a los grandes propietarios.



Campamento Jorge Fernández, Nehuentúe. Lugar donde el regimiento Tucapel de Temuco intervino militarmente antes del 11 de septiembre de 1973, creando falsamente la imagen de un centro guerrillero. Fuente: http://red-latina-sin-fronteras.lacoctelera.net/post/2010/01/09/chile_memoria-historica-mcr-movimiento-campesino

⁴⁹⁶ *Ibidem*, pp. 213-214.



Fuente: Revista Ercilla, n°1991, semana del 26 de septiembre al 2 de octubre de 1973, p. 33.



CONCLUSIONES.

El ejercicio teórico desarrollado inicialmente para interpretar la historia del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en las provincias de Cautín y Malleco entre los años 1967-1973, permitieron consolidar la perspectiva historiográfica mediante la cual se contribuyó a reconstruir gran parte de la historia de este movimiento mapuche-campesino. Ahora bien, el procesamiento teórico no surgió desde una abstracción ahistórica para luego acercarse al objeto de estudio, sino que contrariamente, emergió de una indagación previa sobre los fragmentos de historia del MCR que existen en diferentes fuentes de información, de los testimonios recogidos directamente, de la información depositada en los archivos de prensa, etc. Primeramente la puerta de entrada lo constituyó el análisis de los distintos testimonios disponibles en la bibliografía sobre el tema y el tratamiento sistemático de los relatos recogidos en las entrevistas, fuentes que al contener las experiencias de los sujetos que dieron forma al MCR, adquirieron un valor significativamente útil para nutrir su reconstrucción historiográfica, aunque con la debida contrastación con las fuentes restantes, sobre todo aquellas depositadas en revistas y periódicos.

En ese sentido, entendiendo que los testimonios son insuficientes por sí mismos para la disciplina a la cual adscribimos, se procedió a consultar la bibliografía de carácter historiográfico para complementar la información testimonial. Este esfuerzo fue más complejo producto de la escasez de investigaciones y estudios sobre el MCR, aún más, nos atrevemos a plantear que no existen trabajos sistematizados y rigurosos acerca de su totalidad histórica, solamente referencias superficiales y algunos estudios particulares que tratan el tema pero no lo problematizan ni profundizan. Sin embargo, se tomaron todos estos fragmentos para involucrarlos –previamente analizados y sometidos a crítica– a la “caja de herramientas” con la cual se procedería a historizar la experiencia del MCR.

La revisión de la prensa vinculada al tema fue otro “camino” de llegada a la realidad que se pretendió reconstruir historiográficamente, siendo la prensa local el mayor depósito de información en cuanto al desarrollo de los hechos y su impacto en los planos social y político, tanto en lo local como a nivel nacional. Asimismo, la prensa de izquierda fue una fuente de información sumamente útil para recoger noticias, análisis político, descripciones

e interpretaciones respecto del MCR, además de imágenes que ilustraron de cierta manera la realidad a la cual nos aproximamos.

Sintetizando lo anterior, fue un trabajo previo de indagación y profundización en el tema a investigar el que permitió establecer las perspectivas de análisis precisas para reconstruir la historia del MCR. Esta “caja de herramientas” que se ha mencionado, posibilitó el establecimiento de los elementos teóricos profundizados al comienzo de la investigación, los cuales fueron transformados articuladamente en la óptica analítica de la realidad histórica que nos propusimos reconstruir.

Es necesario señalar que este esfuerzo no se hubiese concretado sin el aporte de las fuentes testimoniales, ya que a partir de ellas fue posible acercarse a los elementos subjetivos necesarios para comprender la conformación del MCR, y a su vez representaron la mayor fuente de información. En este sentido, la “memoria histórica” cumplió un rol trascendental en esta compleja tarea de reconstrucción, ya que nos aproximamos a parte de la historia del MCR por medio de los propios testimonios y experiencias de sus protagonistas.

Finalmente, respecto del objeto de estudio mismo, debemos señalar –a modo de conclusión– que el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en Cautín fue inicialmente el fruto de la confluencia social entre determinados jóvenes militantes del MIR y algunas comunidades mapuche de Cautín hacia finales de la década de 1960. Esta síntesis histórica, de subjetividades distintas, provocó la gestación de un movimiento sociopolítico constituido fundamentalmente por campesinos y comuneros mapuche. Simultáneamente se expresó como un movimiento social que recuperó directamente una cantidad significativa de tierras usurpadas al pueblo mapuche por el Estado de Chile y latifundistas de la región. En lo concreto, organización revolucionaria y movimiento social conformaron un solo *corpus* sociopolítico, esencia misma del MCR. La síntesis entre el factor político, representado por los primeros miristas insertos en las comunidades indígenas de Cautín, y el componente social, expresado en el movimiento del campesinado pobre (mayoritariamente mapuche, pero también con presencia de chilenos), explican la naturaleza y la dinámica del MCR.

El periodo de la Unidad Popular representó para las comunidades mapuche la oportunidad histórica de recuperar las tierras usurpadas por el Estado chileno y los latifundistas, cuestión que no había tenido precedentes de tal magnitud en la historia de este pueblo. Fue precisamente esta proyección de recuperación territorial la que los latifundistas impidieron que continuara avanzando, para ello utilizaron todos los medios con tal de no perder su mayor privilegio: la gran propiedad privada de la tierra. En torno a ella la lucha se agudizó a niveles superiores, al punto en que el poder militar decidió intervenir para terminar con el proceso de Reforma Agraria, y de paso, acabar con la existencia del MCR y sus integrantes.



BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

ALMEIDA, MANUEL, *Dirigentes y dirigidos: Para leer los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, Popayán, Envió Editores, 2010.

ALTED, ALICIA Y JUAN SÁNCHEZ, *Métodos y técnicas de investigación en Historia Moderna e Historia Contemporánea*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, 2008.

ARÓSTEGUI, JULIO, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.

ARÓSTEGUI, JULIO, *La investigación histórica: Teoría y método*, Barcelona, Editorial Crítica, 2001.

ARRATE, JORGE, *La fuerza democrática de la idea socialista*, Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco, 1985.

ARRATE, JORGE Y EDUARDO ROJAS, *Memoria de la izquierda chilena. Tomo II (1970-2000)*, Santiago, Ediciones Biografía e Historia, 2003.

ARTAZA, PABLO et al (editores), *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*, Santiago, LOM Ediciones, 2009.

BALANDIER, GEORGES, *Antropología política*, Barcelona, Ediciones Península, 1969.

BAÑO, RODRIGO (editor), *Unidad Popular 30 años después*, Santiago, LOM Ediciones, 2003.

BARRACLOUGH, SOLON Y JOSÉ FERNÁNDEZ, *Diagnóstico de la Reforma Agraria chilena*, México, siglo XXI editores, 1974.

BASTÍAS, JULIÁN, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundo*, Santiago, LOM Ediciones, 2009.

BENGOA, JOSÉ, *Historia del pueblo mapuche (siglo XIX-XX)*, Santiago, LOM Ediciones, 2000.

BENGOA, JOSÉ, *Historia de un conflicto: el estado y los mapuches en el siglo XX*, Santiago, Editorial Planeta Chilena, 2002.

BOURDÉ, GUY Y MARTIN, HERVÉ, “Las escuelas históricas”, Madrid, Ediciones AKAL, 2004

- BURKE, PETER, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- BURKE, PETER, *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.
- CANCINO, HUGO, *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-1973*, Dinamarca, Aarhus University Press, 1988.
- CASALS, MARCELO, *El alba de una revolución: La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo" 1965-1970*, Santiago, LOM Ediciones, 2010.
- CORREA, MARTÍN et al., *La Reforma Agraria y las tierras mapuches. Chile 1962-1975*, Santiago, LOM Ediciones, 2005.
- CORVALÁN, LUIS, *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, Santiago, LOM Ediciones, 1999.
- CORVALÁN, LUIS, *El gobierno de Salvador Allende*, Santiago, LOM Ediciones, 2003.
- DÍAZ-POLANCO, HÉCTOR, "Etnia, clase y cuestión nacional", en *Cuadernos Políticos*, nº 30, México, D.F., Editorial Era, octubre-diciembre de 1981.
- DUSSEL, ENRIQUE, *20 tesis de política*, México, Siglo XXI Editores- CREFAL, 2006.
- FOERSTER, ROLF Y SONIA MONTECINOS, *Organizaciones, líderes y contiendas mapuches (1900-1970)*, Santiago, Ediciones del Centro de Estudios de la Mujer, 1988.
- FOLGUERA, PILAR, *Cómo se hace Historia Oral*, Madrid, Editorial EUDEMA, 1994.
- GARCÉS, JOAN, *Allende y la experiencia chilena: las armas de la política*, Barcelona, Editorial Ariel, 1976.
- GARCÉS, JOAN, 1970. *La pugna política por la presidencia en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972.
- GARCÉS, MARIO, *Recreando el pasado: Guía metodológica para la memoria y la historia local*, Santiago, ECO, 2002.
- GARCÉS, MARIO Y SEBASTIÁN LEIVA, *El Golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, Santiago, LOM Ediciones, 2005.
- GAUDICHAUD, FRANCK, *Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*, Santiago, LOM Ediciones, 2004.

GAVILÁN, VÍCTOR, *La Nación Mapuche. Puelmapu ka gulumapu*, Santiago, Editorial AYUN, 2007.

GOICOVIC, IGOR, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Concepción, Ediciones Escaparate, 2012.

GUERRA, FRANÇOIS-XAVIER, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992.

GRAMSCI, ANTONIO, *Maquiavelo, sociología y ciencia política en Escritos Políticos (1917-1933)*, México, siglo veintiuno editores, 1990.

HOBBSBAWM, ERIC, *Sobre la historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 1998.

ILLANES, MARÍA ANGÉLICA, *La batalla de la memoria*, Santiago, Editorial Planeta Chilena, 2002.

LE GOFF, JACQUES, *El orden de la memoria*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1991.

LECHNER, NORBERT, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Santiago de Chile, FLACSO, 1984.

LEIVA, SEBASTIÁN, *Revolución socialista y poder popular. Los casos del MIR y PRT-ERP 1970-1976*, Concepción, Ediciones Escaparate, 2010.

LLOBERA, JOSÉ (compilador), *Antropología política*, Barcelona, Editorial ANAGRAMA, 1979.

MALLON, FLORENCIA, *La sangre del copihue: La comunidad Mapuche de Nicolás Ailío y el Estado chileno 1906-2001*, Santiago, LOM Ediciones, 2004.

MARIMÁN et al., *¡...Escucha, winka...! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y un epílogo sobre el futuro*, Santiago, LOM Ediciones, 2006.

MATTELART, ARMAND et al., *La ideología dominante en una sociedad dependiente. La respuesta ideológica de la clase dominante chilena al reformismo*, Buenos Aires, Ediciones Signos, 1970.

MOUFFE, CHANTAL, *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.

NARANJO, PEDRO et al., *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Santiago, LOM Ediciones, 2004.

PALACIOS, GUILLERMO (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, s. XIX*, México, El Colegio de México, 2007.

PINTO, JORGE, *La formación del estado y la nación, y el pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión*, Santiago, Ediciones de la DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

PINTO, JULIO (coordinador-editor), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, LOM Ediciones, 2005.

PORTANTIERO, JUAN CARLOS, *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1983.

POZZI, PABLO Y CLAUDIO PÉREZ (editores), *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*, Santiago, LOM Ediciones, 2012.

PRIETO, ALBERTO, *Procesos revolucionarios en América Latina*, México, Ocean sur, 2009.

QUIJANO, ANÍBAL, *José Carlos Mariátegui. Textos básicos*, Lima, Fondo de cultura económica, 1991.

RAILAF, RAFAEL et al., *A desalambrar. Historias de mapuches y chilenos en la lucha por la tierra*, Santiago, Editorial AYUN, 2010.

RAUP, PHILIP, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar Ediciones, 1977.

SAAVEDRA, ALEJANDRO, *Los Mapuche en la sociedad chilena actual*, Santiago, LOM Ediciones-Universidad Austral, 2002.

SCHMITT, CARL, *El concepto de lo político*. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios. Versión de Rafael Agapito, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

TARROW, SIDNEY, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

TEJERA, HÉCTOR (coordinador), *Antropología política: enfoques contemporáneos*, México, Editorial Plaza y Valdés-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

TILLY, CHARLES Y LESLEY J. WOOD, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a facebook*, Barcelona, Editorial Crítica, 2010.

TUÑÓN DE LARA, MANUEL, *Historia y realidad del poder. El poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX*, Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1967.

ULIANOVA, OLGA, *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile-Ariadna Ediciones, 2007

VITALE, LUIS, *Introducción a una teoría de la Historia para América latina*, Buenos Aires, PLANETA, 1992.

WINN, PETER, *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Santiago, LOM Ediciones, 2004.

ZEMELMAN, HUGO, *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, México, Siglo XXI Editores y Universidad de las Naciones Unidas, 1989.

ARTÍCULOS

ALMARIO, ÓSCAR, “Contribución a un balance y perspectivas de la historia política regional en el suroccidente colombiano, desde la relación Historia-Antropología”, en César Ayala (ed.), *La historia política hoy: sus métodos y las ciencias sociales*, Bogotá, CINEP-Universidad Nacional de Colombia, 2004.

AZKARATE, AGUSTÍN, *Memoria y Resignificación. Apuntes desde la gestión del patrimonio cultural*. En:
http://www.fundacionfernandobuesa.com/pdf/20070718_ponencia_a_azkarate.pdf

BASTÍAS, JULIÁN, *Chile-Memoria Histórica: MCR (Movimiento Campesino Revolucionario)*. En línea:
http://red-latina-sin-fronteras.lacoctelera.net/post/2010/01/09/chile_memoria-historica-mcr-movimiento-campesino

BENAVIDES, LEOPOLDO, *La historia oral en Chile*. En:
<http://cronopio.flacso.cl/fondo/pub/publicos/1987/DT/000312.pdf>

BOLÍVAR, INGRID JOHANNA, “La interacción histórica entre política y cultura”, en César Ayala (ed.), *La historia política hoy: sus métodos y las ciencias sociales*, Bogotá, CINEP-Universidad Nacional de Colombia, 2004.

BURKE, PETER, “Obertura: La nueva historia, su pasado y su futuro”, en Burke, Peter, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993.

CÁRDENAS, MARÍA, “La historia la escribe la gente. Entrevista a Gabriel Salazar”, *Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME)*. En:
http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0025.pdf

DE LOS ARCOS, María Fernanda, “El ámbito de la nueva historia política: una propuesta de globalización”, en *Historia Contemporánea*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993. Disponible en: http://revista-hc.com/includes/pdf/09_04.pdf

ERICE, FRANCISCO, *Memoria histórica y deber de memoria: Las dimensiones mundanas de un debate académico*. En: <http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:http://www.eumed.net/entelequia/pdf/2008/e07a03.pdf>

ESTRELLA, ALEJANDRO, “Las ambigüedades de la ‘historia desde abajo’ de E. P. Thompson: las herramientas del historiador entre la forma, el compromiso político y las disposiciones sociales”, *Signos Históricos*, n° 22, julio-diciembre, 2009, p. 8 Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa, Distrito Federal, México. En: <http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=34420262003>

FRASER, RONALD, *La historia oral como historia desde abajo*. En: http://www.ahistcon.org/docs/ayer/ayer12_05.pdf

GALAFASSI, GUIDO, “Teorías diversas en el estudio de los movimientos sociales. Una aproximación a partir del análisis de sus categorías fundamentales”, en *Cultura y representaciones sociales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 6, núm. 11, 2011. Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/crs/article/view/27112>

GARCÉS, MARIO: “La historia oral, enfoques e innovaciones metodológicas”, *CEME*: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/garcesm/garcesm0007.pdf

GARCÉS, MARIO Y SEBASTIÁN LEIVA, “Perspectivas de análisis de la Unidad Popular: Opciones y omisiones”. *CEME*: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/leivas/leivas0006.pdf

GIL PUJOL, XAVIER, “Notas sobre el estudio del poder como nueva valoración de la historia política”, en *Pedralbes. Revista de Historia Moderna*, Barcelona, núm. 3, 1983. Disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/Pedralbes/article/view/100417>.

GIMÉNEZ, GILBERTO, “Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM, vol. 56, núm. 2, abril-junio, 1994.

GOICOVIC, IGOR: “Sujetos, Mentalidades y Movimientos Sociales en Chile”, *CEME*: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/goicoi/goico0012.pdf

GRAMSCI, ANTONIO, “La revolución contra el capital”, en Manuel Sacristán, *Antonio Gramsci: Antología, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.

GREZ, SERGIO: “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social. (Chile, siglo XIX)”, *CEME*: [http://www.archivochile.com/Chile actual/21 est ide/chact estidea0011.pdf](http://www.archivochile.com/Chile_actual/21_est_ide/chact_estidea0011.pdf)

GREZ, SERGIO, “Historiografía, memoria y política. Observaciones para un debate”, *CEME*: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/grezs/grezs0012.pdf

GREZ, SERGIO: “Historiografía y memoria en Chile. Algunas consideraciones a partir del manifiesto de historiadores”, *CEME*: http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0017.pdf

GUERRA, FRANÇOIS-XAVIER, “El renacer de la historia política, razones y propuestas”, en José Andrés Gallego (dir.), *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una nueva historia*, Madrid, Actas, 1992.

HERNÁNDEZ NUÑEZ, YEPSALY, *Hombres corrientes e historia social: ¿una nueva ortodoxia?* En: <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/26090/1/articulo3.pdf>

HOUTART, FRANÇOIS, “Los movimientos sociales y la construcción de un nuevo sujeto histórico”, en Atilio Borón, Javier Amadeo y Sabrina González (compiladores), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, CLACSO, 2006. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/P4C3Houtart.pdf>

JULLIARD, JACQUES, “La política”, en Le Goff, Jacques y Pierre Nora (eds.), *Hacer historia*, vol. II, Barcelona, 1979

KROTZ, ESTEBAN, “Poder, símbolos y movilizaciones: sobre algunos problemas y perspectivas de la ‘Antropología política’”, en *Nueva Antropología*, México, vol. IX, núm. 31, diciembre, 1986.

MELUCCI, ALBERTO, “La teoría de los movimientos sociales”, en Jean Cohen, Alain Touraine et al, *Teoría de los Movimientos Sociales*, Costa Rica, FLACSO, 1998.

MOYANO, CRISTINA, “La historia política en el bicentenario: Entre la historia del presente y la historia conceptual. Reflexiones sobre la nueva historia política”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Universidad de Santiago de Chile, vol. 15, n° 1, 2011

PROL, MARÍA MERCEDES, “Entre la ciencia política y la historia, entre los actores y las estructuras”, en *Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, Buenos Aires, año 2, núm. 5, 2010.

PÉREZ, CRISTIÁN, “Historia del MIR. ‘Si quieren guerra, guerra tendrán’”, *Estudios Público*, n° 91, Santiago, 2003. En:

http://www.cepchile.cl/1_3208/doc/historia_del_mir_si_quieren_guerra_guerra_tendran.html#.UU-y5xwm3lc

PIZZORNO, ALESSANDRO, “Introducción al estudio de la participación política”, en Alessandro Pizzorno, Marcos Kaplan y Manuel Castells, *Participación y cambio social en la problemática contemporánea*, Buenos Aires, Ediciones Siap-Planteos, 1975.

QUIROGA, PATRICIO: “Memoria, monumento y amnesia histórica”, *CEME*: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/quirogazp/quirogaz_p0005.pdf

RASCHKE, JOACHIM, “Sobre el concepto de movimiento social”, en *Zona Abierta*, Madrid, núm. 69, 1994. Disponible en: http://www.ses.unam.mx/docencia/2014II/Raschke1994_SobreElConceptoDeMovimientoSocial.pdf

REVILLA, MARISA, “El concepto de movimiento social. Acción, identidad y sentido”, en *Última Década*, Viña del Mar, núm. 5, 1996. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19500501>

RETAMOZO, MARTÍN: “Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, vol. LI, núm. 206, mayo-agosto, 2009. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42115999004>

RODRÍGUEZ, FRANCISCO, *Memoria histórica e identidad cultural en el ensayo centroamericano: el caso de Guatemala, las líneas de su mano*. En: http://www.tec.cr/sitios/Docencia/ciencias_lenguaje/revista_comunicacion/Volumen%2011%20N%BA4%202001/pdfs/frodriguez.pdf

ROSEMBERG, JULIA Y ROSENDE LUCIANA: “Oralidad y memoria”, en *CCEHS*, N° 1, octubre 2009, Santiago.

RUIZ, CARLOS Y AUGUSTO SAMANIEGO, “Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Cuestión mapuche entre 1967-1970”, en *CEME*.
En línea http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/samaniegoa/samaniego0005.pdf

SVAMPA, MARISTELLA, “Protesta, movimientos sociales y dimensiones de la acción colectiva en América Latina”. Texto presentado en las *Jornadas de Homenaje a Charles Tilly*, Universidad Complutense de Madrid-Fundación Carolina, 7-9 de mayo del 2009, p. 7. Disponible en: <http://maristellasvampa.net/archivos/ensayo57.pdf>

THIELEMANN, LUIS, “El Movimiento Popular y la historiografía en Chile: Elementos para un balance a 40 años del Golpe de Estado”, en *Revista de Historia y Geografía*, Santiago, Universidad Católica Silva Henríquez, núm. 29, 2013. Disponible en:

<http://ediciones.ucsh.cl/ojs/index.php?journal=RHyG&page=article&op=view&path%5B%5D=209>

TOURAINÉ, ALAIN, “Los movimientos sociales”, en *Revista Colombiana de Sociología*, Colombia, núm. 27, 2006.

TREJO, PABLO, “Los proyectos políticos: una propuesta para el estudio de los movimientos sociopolíticos en la historia”, en *Relaciones*, México, El Colegio de Michoacán, vol. XVI, núm. 53, 1993. Disponible en: <http://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/053/PabloTrejoRomo.pdf>

SALAZAR, GABRIEL, Función perversa de la ‘memoria oficial’, función histórica de la ‘memoria social’: ¿cómo orientar los procesos auto-educativos? (Chile, 1990-2002), *CEME*. En: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/salazarvg/salazarvg0034.pdf

UNIDAD POPULAR, *Programa básico de Gobierno de la Unidad Popular*, aprobado por los Partidos Comunista, Socialista, Radical y Social Demócrata, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Acción Popular Independiente, el 17 de diciembre de 1969 en Santiago de Chile, p. 21. En: http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0000544

VITALE, LUIS, *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*, Santiago, Ediciones del Instituto de Investigación de Movimiento Sociales “Pedro Vuskovic”, 1999. En: http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/h.pdf

DIARIOS, PERIÓDICOS, REVISTAS:

El Austral de Temuco, 1970-1973.

El Rebelde (MIR), 1970-1973.

Punto Final, 1970-1973.

Ercilla, 1970-1973.

El Siglo, 1970-1973.

ENTREVISTAS:

Rafael Railaf, dirigente mapuche del MCR en Lautaro. Entrevista realizada por el autor, Lautaro, febrero de 2015.

Víctor Molfinqueo, dirigente mapuche del MCR en Loncoche. Entrevista realizada por el autor, Loncoche, octubre de 2015.

Gustavo Marín, dirigente del MIR en Temuco. Miembro del comité regional Cautín-Malleco y del comité central. Entrevista realizada por el autor, Santiago, febrero de 2015.

Víctor Gavilán, dirigente del MIR en Temuco. Miembro del comité regional Cautín-Malleco. Entrevista realizada por el autor, Lebu, marzo de 2015.

Roberto Moreno, dirigente del MIR en Temuco. Miembro del comité regional Cautín-Malleco, del comité central y de la comisión política. Entrevista realizada por el autor, Santiago, marzo de 2016.

Juan Saavedra, abogado ayudista del MIR en Temuco. Entrevista realizada por el autor, Santiago, noviembre de 2016.

AUDIOVISUALES

“Nutuayin Mapu. Recuperaremos nuestra tierra”, Carlos Flores, Guillermo Cahn, Luis Araneda, Samuel Carvajal, Antonio Campi, Chile, 1971.

“No nos trancarán el paso”, Guillermo Cahn y Héctor Ríos, Chile, 1971.

“La Spirale”, Armand Mattelart, Jacqueline Mieppiel, Valerie Mayoux, Francia, 1976.

